W.

Una historia

STEVE SEM-SANDBERG

Traducción del sueco a cargo de
Carmen Montes Cano

IMPEDIMENTA

W.

Una historia

STEVE SEM-SANDBERG

Traducción del sueco a cargo de
Carmen Montes Cano

IMPEDIMENTA

WOYZECK.

(confidencial)

Doctor, ¿ha visto usted alguna vez la doble naturaleza? Cuando el sol está en lo alto del mediodía y es como si al mundo lo devorasen las llamas, me ha hablado una voz terrible.

DOCTOR.

Woyzeck, tienes una ***aberratio***.

WOYZECK.

(se pone el dedo sobre la nariz)

Los hongos, doctor. Ahí, ahí está el intríngulis. ¿Ya ha visto usted qué figuras forman los hongos al crecer en el suelo? ¡Quién pudiera leerlas!

GEORG BÜCHNER, ***Woyzeck***[1]

I.

Durante el examen del encausado

Si llevamos a cabo un estudio detallado de la vida del paciente antes de que su psique quedara destruida, llegaremos seguramente a la conclusión de que la causa de que fallaran el cerebro y las venas puede hallarse en la forma mediocre en la que vivió su existencia, en sus excesos y su decadencia moral.

Johann Christian August Heinroth
«Lehrbuch der Störungen des Seelenlebens oder
der Selenstörungen und ihrer Behandlung»
(1818)

(¡Mátala, mata a la Woostska,
mátala de una puñalada…!)

En el interrogatorio policial posterior no pudo recordar de dónde surgieron aquellas palabras ni cuál fue la voz que las pronunció, dijo simplemente que fue como si la mano de un gigante lo hubiera agarrado de pronto por el pecho y lo hubiera arrojado al suelo. Y la fuerza de ese movimiento resultó tan…, bueno, cómo decirlo, tan ***enmudecedora*** que, más tarde, fue como si no se hubiera producido, como si las palabras ni siquiera hubieran sido pronunciadas. Había acordado con Johanna que ese día se verían en Funkenburg. O más bien: él no sabía con certeza si habían acordado algo en concreto. La última vez que se vieron, fue ella la que acudió a él y lo tocó por primera vez en mucho tiempo y le preguntó por el nombre de un soldado de la guardia urbana al que creía que él conocía y entonces él le preguntó a ella si no podía ir con él también alguna vez, ahora que las tardes eran largas y claras. Y ella lo miró con esos ojos oblicuos de loba y esa sonrisa que a saber por qué le brindaba tan a menudo, divertida y medio compasiva a la vez, como cuando se mira a un niño, y le dijo que iría con él de mil amores. A pesar de que no habían acordado nada en concreto, dijo, y los dos policías se lo quedaron mirando sin entender de qué hablaba. Uno era un agente de pelo ralo que estaba sentado detrás de una robusta mesa de roble; el otro, un colega bastante más joven, flaco y larguirucho. Era el joven el que levantaba acta, pero en lugar de escribir estaba sentado juntando los pulgares y humedeciéndose los labios con la lengua como si le incomodara encontrarse en la misma sala que un hombre al que habían sorprendido cometiendo el más atroz de todos los crímenes posibles. W. se miró las manos. Ya no le temblaban. De ahí que, dijo al fin, bajara a El Ganso Dorado ya por la mañana. No sabía con certeza si habían acordado ir juntos o no, ella no le había dado su palabra. Pero no se encontraba allí cuando él llegó. Tampoco se encontraba en casa de Warneck, ni en la calle Sandgasse, donde le alquilaba una habitación a la señora Wognitz. Debió de irse por la mañana temprano, y entonces, por primera vez, él decidió acudir allí. ¿Acudir adónde?, dijo el agente. A Funkenburg. Al restaurante del jardín. Tal vez ella quería llegar temprano, para asegurarse de que les dieran una mesa cerca de la orquesta. Aunque por unos conocidos que andaban haraganeando en las inmediaciones del antiguo lavadero supo que más temprano aún aquella misma mañana la habían visto en Brühl caminando del brazo del soldado Böttcher, y a ese Böttcher lo conocía él de antes, un hombretón alto e imponente, de piel algo sonrosada con un bigote frondoso y anchas patillas. Él ya los había visto juntos varias veces. En una ocasión fue en los jardines de

Bosens Garten. Pasó cerca de ellos y decidió no saludarlos. Pero ¿acaso les importó? Caminaban del brazo y Johanna no tenía ojos para otro, iba sonriéndole, aunque no como le sonreía a él, a Woyzeck, igual que se le sonríe a un niño o a un necio, sino abiertamente, diría incluso que con descaro, lisa y llanamente, y vaya si no hubo algo en aquella sonrisa que hizo que le hirviera todo por dentro después, no sabía si fue aquella misma noche u otra noche cualquiera o incluso varias semanas más tarde, estaba tan furioso y tan desesperado que no pudo sino ir a buscarla a Sandgasse a pesar de que ella se lo había prohibido expresamente, y claro entonces él no sabía si había vuelto a estar con el tal Böttcher o si fue con otro y tampoco pudo comprobarlo porque la señora Wognitz, a la que arrendaba el cuarto, apareció con una escoba y lo espantó escaleras abajo y luego la vio en la ventana gritando de suerte que la oyó el barrio entero ***hay que irse a casa ya, Woyzeck, hay que irse a casa: ¡adiós, adiós…!*** El agente ya ha perdido por completo la paciencia con él. Quiere saber qué pasó con el arma homicida. ¿La tenía preparada la primera vez que se dirigió a Funkenburg, es decir, por la mañana? ¿O fue luego, cuando comprendió que la viuda Woost se las entendía con aquel soldado, como quiera que se llamara? ¿Cómo se llamaba? Eso último se lo dice a su subordinado, que lee raudo las notas que ha escrito y responde refunfuñando. Blöttcher, dice, y se humedece las comisuras con la lengua. ¿O quizá se había agenciado el arma con anterioridad? En todo caso, ¿cómo la había conseguido? W. se pasa las manos por la cara. De ningún modo alcanza a comprender por qué les preocupa tanto el arma, precisamente. Trata de explicarles que esa hoja de sable lleva mucho tiempo en su poder, no estaba entera, quedaba menos de la mitad y la guardaba en una bolsa de tela, pero le faltaba la empuñadura. Así que tenía pensado llevar a cabo el crimen ya desde el momento en que comprendió que la viuda Woost no iba a cumplir su palabra, sino que había decidido irse con el soldado ese, ¿cómo se llamaba, Blechner? Que no, no fue eso lo que ocurrió. Yo no decidí nada, dice tan tranquilo y sereno como puede. Todo estaba ya decidido de antemano, ¿sabe, agente? Era como si la mano de un gigante me hubiera agarrado el pecho y luego fue como si nada hubiera ocurrido. Me sentía el corazón ligero, dice, y se mira fijamente las manos, que tiene cerradas sobre las rodillas. Han empezado a temblarle otra vez. El agente también empieza a observarle las manos. Bien, si volvemos al día de autos, dice después de haber lanzado una mirada elocuente a su colega. Y después de que averiguaras que la viuda Woost se encontraba en compañía del tal soldado Böttcher, ¿qué ocurrió después? Él se pasa las manos por el cuero cabelludo, las baja hacia la frente y luego por los ojos hasta la barbilla y el cuello. Ahora le tiemblan más aún, le tiembla todo el cuerpo. Trata de recordar. Se le confunden los días. En realidad las últimas semanas no había tenido casa fija, más bien había ido de aquí para allá, pedía préstamos a corto plazo donde podía, dormía donde accedían a darle cobijo y al raso los días que no encontraba nada. De todos modos, eran noches cálidas y secas. Pero la paciencia del agente se había agotado ya por completo. ¿La llevabas encima también durante ese tiempo?, pregunta refiriéndose a la hoja de sable. Y él no sabe qué responder. A ver, tiene que comprenderlo,

agente, uno va reuniendo cosas, la hoja de sable estaba partida por la mitad pero tal vez fuera posible canjearla por algo, comida, por ejemplo. Ni por un momento se imaginó que pudiera dársele tal uso. Y luego se le olvidó todo igualmente. Me había encontrado con unos conocidos del mesón, el boticario y Bon, el ayudante del matarife, y también los dos aprendices de Warneck. Me senté con ellos un rato pues estaban a la sombra y querían invitar. ¿Así que en ese momento estabas bebido? ¡No, bebido no! Cómo explicárselo. Era como si se encontrara en un lugar donde no existían los pensamientos. Recuerda el viento que corría entre los altos tilos, la luz que envolvía las sombras de las hojas sobre las mesas aún vacías, y en el suelo, abajo: el dibujo que formaban las hojas temblorosas, y cómo él de pronto se siente libre de todo lo que por lo general abruma y ahoga al máximo. Vacío, y como ingrávido. La presión del peso de otros cuerpos en movimiento que en condiciones normales están por dondequiera que va, las voces, los gritos, todo eso deja de afectarle. Cual si flotara entre el sueño y la vigilia, el cuerpo sumido como en un sopor, pese a todo está tan lúcido y con la cabeza tan despejada que todo penetra dentro de él con la fuerza íntegra de la percepción; y a veces se ha dicho que ese estado es el único real. Solo cuando lo que sucede a su alrededor ha dejado de afectarle es capaz de prestar atención a lo que de verdad quiere recordar y considerar. La piel de Johanna, en el punto donde está más desnuda y desprotegida, detrás de la oreja, hacia la nuca, en el hoyuelo de la garganta o entre los omóplatos. Su risa profunda, sorda, cuando lo mete dentro de sí. En ese interior dulce, caliente y húmedo. Pero eso no se lo puede explicar a ellos. Aparta la vista del agente, que sigue mirándolo de hito en hito con ojos apremiantes pero indiferentes a un tiempo y se mira las manos que tiene en el regazo y las palmas vueltas hacia arriba. Esas manos de asesino. Ya han dejado de temblarle. Recuerda cómo persistió la luz de la tarde mucho después del toque de campanas, como un resplandor cobre de tonos verdes sobre el cielo que protegían las torres de las iglesias y los tejados de las casas. Hay muchas personas fuera, y todas van como si resultara imposible separarlas de su sombra. Solo ella no carga con ninguna sombra. La ve acercarse a pie por la plaza de Rossplatz, con el pelo veteado de gris brillando a la última luz de la tarde. Pero no camina con paso raudo y decidido como suele, sino como si una y otra vez se tropezara con un obstáculo invisible y se viera obligada a apartarse a un lado, buscando a tientas con el brazo en el aire. Y está sola. Su caballero la ha abandonado a todas luces o quizá ya ha sacado de ella lo que quería. Camina mirando al suelo y tiene la boca grande y torcida, con una comisura abierta, como suele pasarle cuando ha bebido, como si los labios se le hubieran quedado fijos en una expresión de tedio y desprecio. Johann, dice cuando descubre su presencia, y da otro paso vacilante a un lado, aunque sin enojo, también sin sorpresa, como si considerase que es perfectamente natural encontrárselo ahí. Y en ese momento, el sable está olvidado en su sitio, quiere aclararle al agente. En ese momento bien habría podido hallarse totalmente desnudo delante de ella, en el mismo estado en que salió de las entrañas de su madre, totalmente puro e inocente. Le dice que va a acompañarla a casa y la coge del codo con prudencia. Y ella no

protesta, aunque tampoco se amolda ni se deja llevar. Pero él se imagina pese a todo que caminan juntos tal como acostumbraban a caminar, como deberían caminar, como, durante todo el día mientras la ha estado buscando, se ha imaginado que caminarían juntos, cogidos del brazo y ligeramente inclinados el uno hacia el otro. Aunque la gente se ríe de él. ¿Ya estás otra vez corriendo detrás de esa ramera? ¿Dónde te has dejado esta vez a la Woostska? Y él no dice nada de que lleva todo el día buscándola, no dice nada de nada; y todo sigue entre ellos como siempre, hasta que llegan a Sandgasse y entran en su portal donde ella con un movimiento repentino de ira aparta el brazo de un tirón, como si él hubiera intentado robárselo, y vocifera con la cara muy cerca de la suya ***¡que dejes ya de perseguirme por todas partes!*** Y solo entonces le recuerda él lo que ella le ha dicho, que le ha prometido que iría con él al pabellón de baile, no con Böttcher. Está tranquilo y sereno, ni siquiera levanta la voz. Pero ella sigue gritándole a la cara. Él quiere volver a cogerla del brazo, esta vez para ver de calmarla —están dentro del portal y en la calle la gente se ha detenido y se ha vuelto para ver qué está pasando—, cuando ella se gira y empieza a golpearlo con los puños. Él es un estorbo en su camino. Le grita. Tiene que quitarse de en medio. Grita. Aún con esa voz chillona y loca que él no reconoce. Y si en ese instante echa mano del sable ni se ha planteado aún utilizarlo. Solo quiere apaciguarla. Pero ella sigue golpeándolo, ahora con fuerza, y además en la cara; y al mismo tiempo hace ademán de ir a llamar a alguna de las personas que se han detenido en la calle, como para que alguien la auxilie (cuando él nunca ha querido para ella ningún mal), y entonces es como si ya no pudiera contenerse más. Agarra el puño con más fuerza y tuerce la hoja hacia arriba y cuando ella se inclina sobre él como para apoyarse mejor en sus hombros la empuja hacia arriba con un fuerte impulso. Y si luego sigue empujando es solo para poder liberar el sable y apartarla. Y la mirada de ella se vuelve grande y ancha y abierta, como de sorpresa, y con un movimiento cauto, casi confiado, gira el torso, pecho y cuello, hacia el suyo, apoya las manos en sus hombros y descansa la cabeza en su cuello. Él quiere sostenerla, sostenerla y guiarla cariñosamente, pero cuando trata de agarrar su cuerpo, que va cayendo despacio, la boca no es ya boca, sino solo una garganta enorme de la que mana a borbotones sangre oscura, negra. Él tiene sangre en el pecho y en las manos. Y fuera, en la calle, todos los rostros reflejan el suyo, revelan el mismo asombro que él siente, la misma estupefacción al comprobar que el cuerpo que hace un instante sostenía entre sus brazos no tiene ya fuerzas para mantenerse en pie, sino que cae al suelo. Y entonces ya no es posible seguir ocultando la hoja del sable. Él la mira, ellos la miran; y se encoge de hombros y se pone en movimiento tambaleándose hacia ellos, como si quisiera tratar de darles una explicación. Pero lo único que ven es que tiene la sangre de ella en los brazos y en el pecho, y la hoja de sable aún en la mano, y retroceden apartándose aterrados. Y más allá alguien grita ***atrapadlo*** y entonces él echa a correr, al principio con pasos largos, como ralentizados, luego cada vez más rápido, bajando por Sandgasse hasta que sale a Rossplatz. Aunque casi todos se apartan, hay otros que lo persiguen corriendo, él los ve con el rabillo del ojo, oye que un policía toca el

silbato, y sabe que tiene que deshacerse del sable, y entonces ve el estanque allí mismo y arroja el sable sin ver dónde cae, y entonces lo atrapan y por fin todo ha terminado, la señora Woost, su Johanna, está muerta, la mujer a la que quiere por encima de todo está muerta y ha sido él quien la ha matado y ahora está muerta.

Está solo en la celda que le han asignado. La luz entra por una ventana enrejada en la parte alta de la pared y a lo largo del día el aire caliente se adensa y se vuelve espeso de respirar y él se retira instintivamente a la sombra del rincón. Ahí pasa horas sentado en cuclillas con las piernas encogidas contra el pecho y va rasguñando la pared de la celda hasta que se le llenan las uñas de mugre y de residuos. En la pared se aprecian las huellas de todos los que han estado allí antes que él, palabras obscenas y dibujos grabados en la piedra que no es capaz de ver qué representan. Cae en la cuenta de que la pared desnuda de la celda es como una porción de piel carcomida, la piel misma de los prisioneros. Muchas voces se apretujan aquí dentro, igual que más allá por el pasillo donde se encuentran los demás presos, pero en su cabeza todo está vacío y extrañamente apagado. Puede oír los cubos volcarse fuera en el patio y el ruido de un coche de caballos que pasa bajo la bóveda, los gritos de los cocheros, el ruido del ronzal y las cadenas cuando desenjaezan el caballo y lo llevan al establo. El sonido se amortigua a medida que va llegando la tarde, cuando la luz empieza a extinguirse en la celda y cuando llega la oscuridad él se duerme sin darse cuenta y se pasa la noche entera durmiendo el sueño del exhausto, un sueño vacío y sin pensamientos.

En las primeras horas del alba mientras aún no hay más que una tenue luz gris granulada en la celda llega el vigilante con el desayuno y pone más agua y vacía el cubo de la letrina. El desayuno se compone de pan migado en un cuenco de leche con café. Él come y bebe sin pensar, luego hace sus necesidades en la hedionda letrina del rincón y vuelve a dormirse mientras la luz se desplaza como una ventosa de sangrado por la piel arañada de la celda. Cuando la luz ha pasado por la camilla en la que está tendido llega el vigilante con el almuerzo, un cuenco de sopa aguada con unos pedazos de carne correosa y más pan. Los vigilantes son varios, pero por lo general solo van dos. Uno se llama Wolf y es un hombre larguirucho de espalda corva y algo mayor con la nariz puntiaguda y las sienes hundidas que lleva a cabo sus tareas cotidianas en la celda de W. sin levantar la vista del suelo y con movimientos seguros pero casi sonámbulos. El otro se llama Conrad y tiene la cara grande, rígida, franca, con los ojos redondos y fijos debajo de unas cejas arqueadas y muy pobladas. Toda la cara parece tallada en madera. Conrad trata de entablar conversación con él por

distintas vías. Cuando le toca a él la guardia matutina se lo oye silbar y canturrear y hablar solo en voz alta mucho antes de que le lleve el desayuno arrastrando los pies pesadamente. Es la primera vez que comparto el pan con un asesino, dice mientras abre la puerta de la celda. Quiere saberlo todo, hasta el último detalle. ¿Ofreció resistencia la víctima en el momento del crimen? De ser que sí, ¿con qué grado de violencia? ¿Pronunciaron sus labios algunas palabras *cuando cayeron sobre ella las cuchilladas mortales*?, cuentan que la gente en el instante supremo es capaz de decir cosas clarividentes. ¿Y qué clase de mujer era en realidad esa con la que habías tenido relación, Woyzeck? Todo el mundo sabía cómo eran las mujeres, los labios dicen una cosa, el corazón otra, si es que tienen corazón y no solo un regazo húmedo y pensamientos pecaminosos. Pero Woyzeck no responde, está sentado en la camilla mirándose las manos. Esas manos de asesino. Ella era la criatura más dulce, la más angelical que he conocido, dice con voz susurrante. Tenía un corazón extraordinariamente noble, y siempre un donativo o una buena palabra que ofrecer a un pobre. Conrad lo mira con la cara inexpresiva de la carcoma. Si piensa u opina algo al respecto, no lo dice, se limita a recoger el cubo de la letrina y se marcha.

En la tercera o la cuarta visita, Conrad le lleva a su abogado y a su confesor. Benevolencia y Agonía, como los llamará después.

El abogado y el pastor son hermanos, pero son opuestos en casi todo. El abogado Hänsel es un tipo ingenioso e inquieto. Incapaz de permanecer en un sitio, camina siempre inclinado hacia delante, como si el largo tronco le venciera a tierra el resto del cuerpo, lo que confiere a la cabeza de ojos entornados un aire vagamente reptiliano. Su hermano, el pastor Hänsel, no es alto por naturaleza, pero tiene una figura imponente, como si el cuerpo y el alma se hallaran en efervescencia en virtud de su cargo. Mientras que su hermano, el abogado, toma la palabra, pierde el hilo, va inquieto de una pared a otra de la celda, el pastor Hänsel permanece en la puerta, como si se hubiera quedado ahí encajado. También se le ha encajado la cara: porque en realidad es solo la mirada la que expresa el malestar que siente mientras va errabunda entre el prisionero (W.) y la puerta de la celda en cuyo ventanuco aún se refleja la cara de Conrad.

El abogado Hänsel se siente pese a todo lleno de confianza. Ahora dice que el viejo casero de W., el vendedor de periódicos Haase, se ha pronunciado a su favor personalmente. A instancias suyas han escrito artículos y peticiones en el periódico. En su infinita buena voluntad, Haase ha insistido vivamente en que no solo él, sino varios de sus conocidos y amigos pueden atestiguar si falta hiciere que W. es en el fondo de natural tranquilo y apacible y que en modo alguno puede haber cometido tal fechoría más que en un estado de máximo aturdimiento.

En cuanto W. consiga probar objetivamente su caso, ¡él hará por que todo se arregle de la mejor manera!

Pero al mismo tiempo que el abogado expresa todas esas garantías tiene ya la mirada puesta en otro lugar. Golpea con el brazo la puerta de la celda para llamar la atención del vigilante. Y la cara de Conrad asoma ya por el ventanuco, como si el ventanuco y él fueran una pintura que llevara décadas ahí colgada.

Así que la Benevolencia se va, pero la Agonía se queda.

El pastor Hänsel lo mira con una sonrisa que no es lo bastante amplia para ocultar la aversión que siente.

Hänsel (sacerdote). Con el infortunio que usted mismo se ha acarreado no puedo yo hacer nada, pero quizá pueda darle algún consejo útil para el gran engaño en que se encuentra.

W. mantiene las manos en el regazo. Cuando las abre, siente que son como dos heridas abiertas. ¿Qué puede uno hacer con las manos, si son heridas? No las puede utilizar para nada, tampoco puede liberarse de ellas. Mira al pastor Hänsel, y su mirada alberga sin duda algo parecido a una súplica, por un instante parece como si el clérigo ablandara un poco su rígido ademán.

Hänsel (sacerdote). He venido a aconsejarle en medio de ese estado de profunda confusión y preocupación, Woyzeck. Y, de ser posible, a aliviar su sufrimiento.

(¡Johanna, Johanna…!)

Hänsel (sacerdote). ¿Se ha preguntado alguna vez qué propósito tenía Dios con su persona?

Días, semanas transcurren de ese modo.

Una mañana aparece Conrad en compañía de otros dos vigilantes de la prisión, y Conrad dice que bueno, ya puedes espabilar, Woyzeck, porque tienes una visita muy elegante.

Conrad le habla con los labios estirados formando una amplia sonrisa, como si en realidad quisiera decir otra cosa, y de pronto cae en la cuenta de que no se va a producir ningún procedimiento judicial, que ni siquiera le darán una sentencia, sino que van a deshacerse de él igual que de un animal herido e inútil, de un navajazo en el cuello o de un tiro en la nuca. Y por primera vez desde que lo trajeron aquí, siente que de nuevo le crece por dentro parte de la indignación de antaño, esa vergüenza eterna del agraviado al que nunca se le concede la palabra, que nunca puede tomar papel y pluma para escribir a sus seres queridos ni aun para saldar cuentas antes de dejar la vida terrenal, y bien saben los dioses que tiene deudas que satisfacer.

Sin embargo, cuando trata de decir todo esto, a Conrad, en primera instancia, que es el que va más cerca de él, este lo golpea con fuerza en la cabeza y le dobla los brazos a la espalda. Unidos de ese modo preso y guarda, van los dos dando traspiés mientras recorren un largo pasillo, mientras suben una escalera y hasta que entran en una sala de interrogatorios. Tarda unos instantes en caer en la cuenta de que se trata de la misma sala a la que lo llevaron unas

semanas atrás. Solo que en esta ocasión está repleta de caballeros de varios tipos. El señor Richter, alcaide de la prisión, se encuentra en la sala, al igual que los dos agentes que lo interrogaron la primera vez. También un escribano, que está en pie totalmente inmóvil, como muerto de miedo, detrás del atril. Igual que el médico de la prisión, un hombre mayor algo corpulento de cejas espesas, al que los otros llaman doctor Stöhrer. Y también se encuentra allí el abogado Hänsel, con ese cuerpo suyo larguirucho y ansiosamente inclinado hacia delante y esa sonrisa huidiza.

El punto central de la reunión no lo constituye, sin embargo, ninguno de esos caballeros, sino un anciano que, a causa de su escasa estatura, apenas se puede distinguir al principio entre el pelotón de guardias y agentes uniformados.

El señor Clarus, consejero real, se encuentra aquí para examinarte, dice Richter, alcaide de la prisión, cuando el bullicio que ha estallado al verlo llegar se apacigua un poco y lo conducen ante tan diminuta persona. Te pedimos por ello que te quites el traje de presidiario.

Dos hombres de la guardia se adelantan para desnudarlo. Él se encoge instintivamente cuando lo tocan. Se le ha despertado el instinto de siempre, el que se activa cuando hay mucho movimiento a su alrededor y teme golpes o reprimendas. De pronto no logra distinguir a nadie en la sala, todos se desploman como si fueran bolos. Le tiembla el cuerpo entero, pero los guardias están resueltos. Mientras uno de ellos le sujeta las manos, el otro le baja el calzón salpicado de manchas y le saca la camisa por la cabeza y los hombros.

Ahora están en círculo a su alrededor, y él en el centro: desnudo, tembloroso. Como un animal. Algunos se ríen abiertamente, otros le clavan la mirada en la entrepierna con desvergüenza mientras él se cubre con las manos. Y otros apartan la mirada como si la sola visión de su desprotección animal resultara demasiado abrumadora.

El único que parece no tener ojos para él ni para nadie en general es el minúsculo consejero. Mientras lo han ido despojando de la ropa, Clarus ha abierto un gran maletín negro con cerradura de bronce que ha colocado en el centro del escritorio y del que, sin rastro visible de premura, empieza a extraer una serie de instrumentos. Clarus le agarra el brazo, le toma el pulso en la muñeca y en un lado del cuello, le observa los dos ojos, escucha su respiración aplicándole un tubo al pecho y a la espalda, le pellizca y presiona donde puede, incluso en la cabeza.

A ver, Woyzeck, háblanos de las voces que dices haber oído. ¿Con qué oído fue?

Risas en la sala.

¿Y qué clase de sonido producían esas voces?

Renovadas risas, la gente habla animada.

¿Eran como un rumor o… cómo decirlo… sonaba más bien acuoso…?

Y comoquiera que Woyzeck lo mira sin comprender, Clarus repite cada palabra, muy despacio y exagerando los movimientos de los brazos, como si W. fuera de verdad duro de oído.

¿Lo oíste con *esta* oreja? ¿O fue más bien aquí arriba?

Le golpea el cráneo con fuerza por encima de la oreja izquierda, y al ver que W. se defiende protegiéndose la cabeza con los brazos, varios de los presentes se echan a reír. Incluso el consejero esboza una sonrisa, si bien un tanto forzada, como para indicar que comprende el regocijo general, aunque el deber y la profesionalidad le impiden participar en él. Cuando las risas se extinguen, él estira su insignificante estatura y carraspea con cara seria.

Ya pueden marcharse todos, que el delincuente y yo tengamos la oportunidad de hablar a solas un rato. El escribano puede quedarse.

El grupo presente en la sala de interrogatorios se aleja sin dejar de reír mientras el escribano se queda allí de pie indeciso y asustado en el atril. Con cierta meticulosidad, el consejero se sienta delante del escritorio y vuelve a sacar del maletín todo el instrumental de examen. A su alcance, detrás del escritorio, hay una campanilla unida por un cordel del techo a otra idéntica que se encuentra en la sala de guardia contigua, lo que le permitiría pedir ayuda si el delincuente se pusiera violento. Pero diríase que el señor consejero no teme que pueda pasar algo así. Mira a W. examinándolo, no con curiosidad, penetrante e indiferente a un tiempo. Finalmente, algo parecido a una sonrisa se aprecia en el rostro seco de Clarus. No es como una sonrisa normal, sino más bien como si la piel de la cara se estirase y dejara visible una hilera de dientes.

El encausado puede sentarse, dice el consejero entonces, y le indica a W. que se siente en la silla que hay colocada delante del escritorio y, en el preciso instante en que W. se sienta, el escribano se prepara detrás del atril.

Clarus. El abogado Hänsel ha tenido el buen criterio de comunicarme con antelación que el encausado es de naturaleza tranquila y pacífica. En el fondo. ¿Es esta una observación conforme a la verdad?

Woyzeck. Yo no me atrevo a pronunciarme al respecto, señor consejero. A otros correspondería…

Clarus. La acción que ha cometido el encausado se habrá producido en tal caso en un estado de falta de juicio súbita. Sencillamente, debe de haber perdido la razón. Cometer un acto de semejante brutalidad y sin un ápice de remordimiento, además, a la vista de todos, no puede explicarse de otro modo, ¿o qué opina el encausado?, a menos, claro está, que estuviera ebrio a la sazón, pero los dos agentes que lo detuvieron han declarado que no lo estaba, al menos no más que de costumbre. ¿Es así? ¿Estaba el delincuente bajo la influencia de bebidas espirituosas?

Woyzeck. No.

Clarus. ¿Podemos, pues, hacer constar en acta que el delincuente no tiene noción de cómo ni por qué cometió aquella acción, y que la ingesta de bebidas espirituosas no guarda relación con ella?

Woyzeck. (…)

Clarus. ¿Experimenta el delincuente la menor vergüenza o remordimiento por la execrable acción que ha cometido?

Woyzeck. (…)

Clarus. ¿Podría mirarme a la cara el delincuente mientras responde?

Si antes había en su rostro una sonrisa, ya ha desaparecido. Moja la pluma en el tintero y escribe. Luego toca la campanilla sin levantar la vista del papel.

Enseguida aparece el guardia.

Clarus. Es todo. El delincuente puede marcharse por hoy.

Aunque es posible que la suposición de Clarus no sea inexacta. La culpa se resiste a materializarse. Se siente vacío, casi ingrávido. Es un alivio que ella no le ocupe el pensamiento día y noche. Sin embargo, el alivio pronto se transforma en un sentimiento de irrealidad. Todo habría podido transcurrir de otro modo. Empieza a pensar en cómo habrían sido las cosas si no hubiera salido a buscarla aquel día, sino que se hubiera quedado esperándola en Funkenburg tal como le dijo que haría. ¿Y por qué había de buscarse una empuñadura para la hoja de sable? Además de ir corriendo como un bobo, objeto de las burlas de quienes lo veían ir y venir preguntando por ella una y otra vez, sin tener la menor idea de adónde iba ni por qué. ¿Qué habría ocurrido si se hubiera calmado y se hubiera quedado allí? En ese caso, ella tal vez hubiera vuelto a su lado, tal como había hecho antes cuando él no intentaba dirigirla y darle órdenes. Al final ella siempre acababa volviendo tarde o temprano. Cuanto más lo piensa, más apurado se siente. Solo por librarse de la tenaza a que lo sometía la angustia salió corriendo como un insensato, como si solo fuera uno de esos animales que el domador iba azuzando ante sí en la jaula colgante. Tenía el domador una vara bien larga, con un gancho en el extremo, para que los animales hambrientos y desesperados no alcanzaran a morderle, y así iba Henze por todo lo largo y ancho del reino con su teatro de fieras ambulante, y por todas partes animaba a la gente a que invirtiera unas monedas para ver a las pobres bestias dando vueltas en las jaulas, a pesar de que todos sabían que estaban demasiado desorientadas y hambrientas como para por sí solas tener fuerzas para acercarse a una presa tan seductoramente dispuesta. Así habrían apostado por él también, seguramente, allá en Funkenburg, mientras corría con la patética hoja de sable rota. *¿Encontrará a su ramera a tiempo ese necio jadeante?*

Raspa la pared con la mano, tratando de evocar el rostro de ella una última vez, pero la imagen está desgastada, arañada, y es él quien la ha ido arañando poco a poco, y grita de angustia a los cuatro vientos igual que la escuálida zorra, la más destacada de las fieras acosadas de Henze, dejaba escapar un grito cuando se abría la trampilla bajo sus patas y se quedaba con la garganta aprisionada mientras los espectadores, aullando de rabia, empujaban con bastones y porras entre las rejas de la jaula para que el pobre animal empezara a moverse otra vez.

Siempre en movimiento, nunca ningún descanso.

Entonces se oye un chirrido en la cerradura y alguien pronuncia su nombre en voz alta.

Lo dice con una voz tan clara y sonora que al principio no lo reconoce, y cuando abre los ojos, tampoco reconoce la celda, solo la cara afilada del guardia Wolf cuando se inclina sobre la suya, y sus manos, que le encadenan los brazos al catre mientras los agita.

¿Nos trae alguien una vela?, se oye decir a una voz masculina, de una profundidad y una suavidad sorprendentes, desde algún punto de la celda.

El pastor de la prisión ha venido a verte, dice Wolf, y lo suelta.

Pero W. ya ha reconocido al pastor por la sotana y la copa redonda del sombrero.

¿No tiene ninguna vela?, dice el pastor, y se acerca un poco más. ¡Pues tráele una de inmediato!

Wolf abre la puerta de la celda y la cierra al salir, y sus pasos pesados y cansinos se alejan por el pasillo. W. no sabe qué hora es, si es de noche o si es por la mañana temprano, y esa incertidumbre le produce una sensación de malestar. ¿Quién habrá llamado al pastor de la prisión? ¿Qué ha hecho o dicho él para motivar esa visita? No lo recuerda, y lo curioso es que tampoco recuerda lo que hizo antes de dormirse ni tampoco cuánto tiempo lleva ahí, pueden haber sido días, semanas o meses: el tiempo no tiene en él ningún punto de apoyo. Lo único que sabe es que hace frío y se siente la piel casi como dormida cuando se frota la cara con los dedos. Las sombras de la pared se dividen como cuando alguien abre unas cortinas, y Wolf aparece con una vela. Oye voces de los otros prisioneros, el ruido de cuencos y cubiertos. Así que debe de ser por la mañana temprano. Solo que aún no hay luz fuera.

Soy el padre Oldrich, dice el pastor de la prisión con una voz suave aunque penetrante. Seguramente no lo sepas, pero me has llamado.

A la luz de la vela que Wolf ha colocado en el borde del catre, observa que el pastor de la prisión es muy joven, tiene la piel de las bien rasuradas mejillas brillante y roja por el frío. No puede tener más de veinte años, pero es alto y corpulento, le saca a W. una cabeza.

El pastor Oldrich. Comprendo que te atormente lo que has hecho.

W. (…)

El pastor Oldrich. Nadie se convierte en asesino por voluntad propia. Dios jamás permitiría nada semejante.

W. Y aun así, ha sucedido.

El pastor Oldrich. Claro que puede que no actuaras como lo hiciste por voluntad propia, estabas fuera de ti, en manos de algo que no podías dominar.

W. He actuado mal, he incumplido la ley, lo sé.

El pastor Oldrich. Yo no hablo de la ley, Woyzeck.

W. Fue como si me hubiera agarrado el pecho la mano de un gigante.

El pastor Oldrich. Actuaste contra tu voluntad, Woyzeck, y en ese sentido, también contra la razón suprema de Dios. ¿Por qué iba a querer Dios para los seres que él mismo ha creado algo distinto de aquello que es sensato y decente y justo, de aquello por lo que hasta los desgraciados como tú albergan en el fondo un gran deseo…? Considéralo, Woyzeck.

W. (…)

El pastor Oldrich. Dios acoge y perdona incluso a quienes se han apartado del camino de la razón, siempre que te sientas lo bastante culpable y arrepentido de tus acciones, no hay que avergonzarse de reconocerlo. Tú sabes leer, ¿verdad?

Saca una Biblia de las faldas de la amplia sotana, aparta sin ambages el faldón, se arrodilla ante el catre y le indica a W. que haga lo propio. Lee conmigo, dice, y pone el dedo al principio de la página que acaba de abrir. El aleteo de la llama de la vela hojea la habitación como si esta también fuera un libro.

El pastor Oldrich. «Busqué al Señor, y Él me respondió, y me salvó de todo el terror que sentía.»

W. … Y me salvó de todo el terror que sentía.

El pastor Oldrich. «El Señor está con los que tienen el corazón destrozado y salva a los atormentados de espíritu.»

W. … Y salva los atormentados de espíritu.

El pastor Oldrich. «Pero el Señor redime las almas de sus siervos, y nadie que busque amparo en Él seguirá siendo culpable.»

W. … Que busque amparo en Él.

Levanta la vista, puesto que cree que el rato de oración ha tocado a su fin. Pero el pastor sigue arrodillado, con la frente apoyada en el catre, y al aleteo de la llama ve con claridad la nuca desnuda del pastor. Es una nuca de un blanco extraño bajo el cuero cabelludo, y demasiado vulnerable ahora que se ha quitado el sombrero de copa redonda. Algún día yo también estaré así, igual de expuesto que él ante la espada de Dios, piensa.

Amén, dice el pastor, y se levanta.

También W. trata de levantarse, mas se le doblan las piernas y se queda arrodillado junto al joven pastor, como si estuviera rogándole algo. El pastor sonríe como se sonríe ante la ocurrencia de un niño, lo agarra con fuerza de los hombros y consigue que se ponga de pie.

El pastor Oldrich. Bueno, bueno, Woyzeck. ¡El objetivo no era que nos arrastráramos por el polvo como meros animales! También tú estabas destinado a algo más grande, a pesar de lo mal que te han ido las cosas.

Dicho esto, hace la señal de la cruz sobre él y W. recibe la bendición con la cabeza hundida. Wolf lleva todo el tiempo esperando en la celda. Ahora abre de nuevo la puerta y se aleja por el pasillo con el padre Oldrich. Aunque ya empieza a haber más claridad, la claridad suficiente para que las paredes de la celda vuelvan a apretujarse otra vez con esas caras arañadas, excavadas.

Unos días después, lo llaman otra vez a la sala de interrogatorios. El doctor Stöhrer y el consejero Clarus ya se encuentran allí cuando el guardia le da paso. En esta ocasión es Stöhrer quien realiza el examen, mientras el consejero se queda sentado delante del escritorio. Stöhrer le toma el pulso y le mide los latidos del corazón, se aplica a la oreja el largo tubo y escucha, y le palpa la cabeza por arriba y alrededor. Luego se adelanta y le susurra al consejero algo al oído. Clarus hace una o dos anotaciones rápidas. Seguidamente le indica con la mano al médico y al guardia que salgan de la sala, y a Woyzeck, que se siente en la silla que el guardia, bajo la supervisión de Clarus, ha colocado a un par de metros del escritorio. Aún sin haber pronunciado ni una frase de saludo, Clarus señala con el portaplumas el cordel que discurre desde la mesa a lo largo de los listones de la pared y del techo hasta la campanilla que está al otro lado de la puerta.

Por si al sujeto se le ocurre alguna diablura, dice. O se le pasa por la cabeza no responder a mis preguntas con educación y corrección.

Clarus tiene una forma de acortar el pescuezo y sacar la cabeza por el cuello de la camisa que lo asemeja a una tortuga pequeñita. La cara encogida emprende incluso la tentativa de lo que debe de aspirar a convertirse en una sonrisa, pero que sobre todo se asemeja al fino reborde de una herida dentro de la cual se descubre una hilera de dientecillos tan grises como la cara. Con una voz sorprendentemente dulce, le explica que de ahora en adelante su conversación no se ha de considerar como un interrogatorio en sentido estricto, sino que tiene como objetivo esclarecer en qué estado mental se encontraba el encausado en el momento del crimen. Sienta, pues, el encausado que puede hablar libremente con el corazón, sin correr el riesgo de recibir una reconvención o una multa. En definitiva, debe considerarse que va en interés de ambas partes que el encausado, con toda la concisión y la claridad posibles, dé cuenta de las circunstancias concretas en torno al crimen.

Clarus. ¿Qué puede decir el encausado de las voces que en los interrogatorios policiales del 4 y el 7 de junio declaró haber oído? ¿Las percibió en relación directa con el crimen o en algún momento anterior o posterior?

El consejero lo mira con la cabeza ladeada y una arruga permanente entre las cejas, como acogiendo cada palabra con desconfianza, lo que provoca en W. el deseo de ser complaciente y reconducir las cosas. De ahí que empiece diciendo que ese día no oyó voz alguna, tampoco

antes. Todo eso ha de deberse a un malentendido, señor consejero. Había mucha gente en movimiento, y una orquesta tocando, quizá no al principio, pero más tarde ese día. Y además era un día de calor y sabido es que en los días de calor estival las voces llegan lejos fácilmente. Además, a muchos de los que hablaron con él los conocía, dice, y abunda un poco más en ese tema. Y ello a pesar de que nota que el ceño del consejero se aprecia más profundo con cada una de sus palabras, hasta que finalmente levanta una mano como para protegerse de tanta elocuencia.

Clarus. El encausado no tiene por qué ser tan prolijo, basta con que refiera brevemente y sin ambages los hechos más relevantes en torno a esa extraña voz.

Woyzeck. No sé si podré.

Clarus. Durante el interrogatorio policial declaró que oyó una voz que decía ***[lee]***: «¡Mátala, mata a la Woostska, mátala de una puñalada…!».

Woyzeck. Puede ser. No lo recuerdo.

Clarus. ¿En qué momento se pronunciaron esas palabras?

Woyzeck. No lo recuerdo, señor consejero.

Clarus. ¿No podría al menos tratar de recordar el encausado cuándo fue la última vez que oyó esas voces?

Woyzeck. Debió de ser durante el tiempo que pasé en casa del vendedor de periódicos Haase. Me dejó que viviera en su casa, en el desván. Había un hormiguero que dividía el desván por la mitad, y por eso sonaba parecido a un susurro al otro lado del tiro de la chimenea.

Clarus. ¿Como un susurro?

Woyzeck. Sí.

Clarus. ¿Y no podría el encausado describir con más precisión cómo sonaba el susurro?

Woyzeck. Como el sonido de ramas y tallos cuando sopla el viento.

Clarus. ¿Quiere decir aquí, al oído?

Woyzeck. No puedo precisarlo, señor consejero. Yo creo que era un poco desde todas partes al mismo tiempo.

Clarus. Tal vez creía el encausado que la viuda del cirujano, esa buena pieza a la que ha mencionado antes en el interrogatorio, iba a verlo.

Woyzeck. No.

Clarus. Esos sonidos, esas voces o susurros que el encausado dice haber oído, ¿se producían siempre en relación con los momentos en los que pensaba en la viuda Woost o los percibía también en otras situaciones? ¿Y podría, en tal caso, decir de qué situaciones se trataba?

Woyzeck. Lo recuerdo con total claridad, había una vez una voz que decía ***anda, vamos*** y ***ha llegado tu hora***.

Clarus. ¿Y cómo cree el encausado que habrían de interpretarse esas palabras? ¿Como una

exhortación a cometer el crimen?

Woyzeck. No. En absoluto.

Clarus. ¿Como una exhortación a que el encausado se quitara la vida?

Woyzeck. No sé cómo se supone que había que interpretar esas palabras. Esa es la pura verdad, señor consejero.

Clarus. Vamos, vamos, serénese. ¿Podría exponer lo más brevemente posible cuándo y en qué circunstancias ocurrió?

Woyzeck. No lo recuerdo con detalle, señor consejero. Pudo suceder varios meses antes.

Clarus. ¿Antes de qué?

Woyzeck. Antes de lo que sucedió, señor consejero. De lo que…

Clarus. ¿Estuvo el encausado conversando con esa voz susurrante?

Woyzeck. No, eran instrucciones directas y claras, señor consejero.

Clarus. ¿También por el oído izquierdo?

Woyzeck. Sí.

Clarus. ¿Podría decir si solo lo percibía a través del oído, o si había otros sentidos implicados? Como la vista, o el gusto o el olfato.

Woyzeck. No lo entiendo, señor consejero.

Clarus. ¿Vio el encausado algo al mismo tiempo que oía las voces?

Woyzeck. Ah, pues… No sé… Uno siempre ve cosas.

Clarus. Ya, pero yo me refiero a ese momento concreto.

Woyzeck. No sé si habrá reparado en ese detalle, señor consejero, pero algunos días el cielo está lleno de luz aunque no esté el sol.

Clarus. [anota algo] ¿Es eso lo que el encausado observó en esa ocasión?

Woyzeck. Alguien me dijo que eran los masones, que tienen poder para bajar el sol del cielo y conseguir que siga habiendo luz como en pleno día.

Clarus. ¿De dónde se ha sacado ahora esas ideas sobre los masones?

Woyzeck. Bueno, son cosas que uno oye de la gente con la que se cruza. Uno al que estuve sirviendo, un noble, por cierto, dijo que tienen tanto poder que solo con que te claven un alfiler eres hombre muerto. Mi padre también me lo contó.

Clarus. ¿Su padre?

Woyzeck. Mi padre era un hombre piadoso, otra cosa no debe creer, señor consejero, honrado y recto en todo momento, pero siempre creyó tener más que temer de los siervos de la fe que de quienes solo se ocupan del dinero y los créditos.

Clarus. ¿El clero, quiere decir? ¿Era contrario al clero?

Woyzeck. Mi padre quería decir que nuestro mundo está creado de modo que existen aquellos cuya suerte es servir y aquellos que poseen el saber y el poder más alto, pero que esos hombres se unen en sociedades secretas para procurar que nada de lo que saben llegue a nadie que no se haya ganado ese saber.

Clarus. ¿En serio?

Woyzeck. Cuando veas a los ángeles negros sobrevolando el cielo, será la señal, me decía siempre. Un día lo soñé. Me encontraba en un vasto campo desierto, era a la caída de la tarde y el cielo aún estaba claro, pero de pronto se oyó como un rumor inmenso y dos alas negras surcaron el cielo, y era como cuando se cubre una ventana con un paño, porque oscureció de pronto como en la noche más oscura y en el cielo se veían tres rayas incandescentes. La del centro era algo más grande que las otras dos. Era la señal.

Clarus. ¿Qué señal?

Woyzeck. La señal de la masonería: con Dios Padre, y Jesucristo y el Espíritu Santo sentados a cada lado de Él. Así es como se saludan ellos.

Clarus. Se supone, pues, que se trata de una señal de saludo, ¿no es eso? ¿No quiere el encausado mostrarme cómo se hace?

Woyzeck. No me atrevo, señor consejero.

Clarus. Pero ya lo ha hecho antes. Lo ha hecho en secreto. No me obligue a cazarlo faltando a la verdad.

Woyzeck. Sí, una vez lo hice, y la cosa estuvo a punto de acabar en una completa desgracia, señor consejero. Fue en Stralsund, después de enrolarme con los suecos. Había recibido órdenes de conducir a un soldado prisionero al campamento del comandante, luego debía hacer guardia en la puerta a la espera de que se presentara el comandante. Tuve entonces la ocurrencia de que, en lugar del obligado saludo militar de costumbre, podía hacer el saludo de la masonería para ver si el comandante era masón, y cuando se presentó… Se lo aseguro, señor consejero: no lo hice en serio y no fue premeditado. El comandante pasó por delante de mí y, como por iniciativa propia, la mano salió disparada sola, y así fue como hice la señal. Por un instante dio la impresión de que el comandante fuera a aplastarme allí mismo. Le aseguro al señor consejero que en la vida he tenido tanto miedo. Pero no, todo lo contrario, me invitó a pasar, me sirvió una copa de vino y dijo que si uno sabe algo tiene que decirlo adecuadamente. Esas fueron sus palabras exactas. Y luego me dijo que volviera… Por las tardes teníamos instrucción y cuando estaba a punto de comenzar llegó el comandante y oí que le decía al brigada que le avisara cuando ***él*** empezara a toser sangre. Se refería a mí, señor consejero, lo comprendí enseguida por cómo me miraba. Y apenas habíamos reanudado la instrucción cuando noté que una afilada aguja me rozaba el corazón y sentí como si la sangre se me agitara por todo el cuerpo como en una botella, y luego fue como si me dieran un golpe en la nuca y ya no recuerdo más, solo sé que me desmayé y mis camaradas me sacaron de allí. Así sucedió, créame, señor, no exagero.

Pero Clarus no lo escucha. Se ha estirado por encima del escritorio y da vigorosos tirones del cordel que discurre hasta la sala de guardia. Fuera resuena la campanilla y al punto aparece un guardia en la puerta.

Clarus. ¿Quieres pedirle al doctor Stöhrer que entre?

El médico se presenta en el acto, como si hubiera estado esperando detrás de la puerta. De nuevo abren un gran maletín negro y empiezan a sacar instrumentos de distinto tamaño. W. se levanta en cuanto le dan la orden y se desnuda de nuevo, aunque sin comprender a qué viene tanto revuelo. Silencio. El doctor Stöhrer escucha a través del tubo. El consejero toma nota.

El doctor Stöhrer. A este hombre no le pasa nada, señor consejero.

Clarus. [sin levantar la vista] Muy bien. El encausado puede marcharse por hoy.

Durante el examen del encausado (1)

Por lo que al exterior y a la salud corporal se refiere:

Mirada, expresión de la cara, porte, movimientos y habla totalmente inalterados, el color de la cara algo más pálido a causa de la ausencia de aire libre y de movimiento; respiración, lengua y temperatura de la piel sin observaciones.

Asimismo, el encausado asegura que tiene el sueño tranquilo y apacible y sin ensoñaciones inquietantes, que tiene apetito y que las deposiciones son normales. Estas dos últimas circunstancias las confirma además Richter, el alcaide de la prisión, que añade que, durante su estancia en la celda, W. no se ha quejado ni una sola vez de malestar alguno.

Antes bien, yo mismo advertí que los temblores que le recorrían el cuerpo entero y de los que yo había sido testigo ya durante los primeros minutos duraban mucho, sobre todo dado que mi visita fue totalmente inesperada para él, y que las pulsaciones y los latidos del corazón eran, sí, regulares y uniformes, pero no solo más pesados y rápidos, sino que el pulso, cuando lo examiné en el transcurso de la conversación, siguió siendo ligeramente inquieto, y los latidos más fuertes y sensibles y más fuertes que en circunstancias naturales. Cuando, por el contrario, y como ocurrió en una ocasión, lo informaron de mi llegada con media hora de antelación, observé tales modificaciones en mucho menor grado.

Lo único que se oye en la sala es un leve crujir mientras Clarus desliza el extremo de la pluma por la cuartilla, la moja en el tintero y vuelve a escribir. Luego deja la pluma en el manguillero y se queda sentado mirándolo con los dedos entrelazados bajo la barbilla, lo que transmite inseguridad a W. ¿Qué está ocurriendo? ¿Esperan que confiese que está loco ahora ante el consejero, o qué es lo que pretenden?

Pero ese día Clarus parece interesado por la persona de W., y quiere preguntarle por su época de aprendiz. Según el informe, pasaste cierto tiempo con un tal Stein, fabricante de pelucas. ¿Es eso cierto?

Claro, eso fue después de que muriera mi madre, dice él, y como disculpándose: aprendizaje no hubo mucho, me dedicaba sobre todo a cuidar a los niños.

¿Y tu padre?, dice el consejero arañando la mesa con la punta de los dedos, como si fueran garras; él, que se rebeló contra el clero, ¡un inútil como tú, cabe suponer!

Sí, ¿qué puede decirse de ese padre? Stephan Majorewsky Woyzeck, o Woyetz, como él prefería que lo llamaran. Así sonaba más francés. Y grácil al modo francés tenía el cuerpo, aunque desgarbado de movimientos, con algo parecido a una inclinación hacia delante, más acusada cuanto más se apresuraba al caminar. Tenía las manos pequeñas, finas, sensibles, el mismo tipo de manos que tenía su hijo. Y tenía algo, un afán solícito, un deseo de complacer, que no solo despertaba la confianza de los clientes, sino que además agradaba a aquellos con los que se daba a la bebida. Lo llamaban el polaco, y a veces ocurría que, rojo de embriaguez, se ponía a soltar atroces discursos en la lengua en la que se había criado y de la que su hijo solo había aprendido fragmentos, algunas palabras y expresiones, como ***proszę państwa, co u pana słychać*** y ***kurwa***. (La última tan solo una de las muchas palabras malsonantes que dejaba escapar en los momentos de descuido. Cuando sabía que lo estaban mirando o escuchando, jamás afloraba a sus labios una palabra impía, entonces todo eran sonrisas y un brillo húmedo y adulador en los labios.)

Fue el padre quien insistió en que los niños debían ir al colegio: a la madre, todo salvo lo más tangible le resultaba indiferente. Gracias a la mediación de un cliente con influencia, Majorewsky logró que sus hijos mayores entraran en la Ratsfreischule, al pie de Pleissenburg,

el viejo cuartel de la fortaleza. Van juntos al colegio cada día, su hermana y él. Una mañana, cuando están cruzando la plaza de Marktplatz, la nieve cae abundante del cielo de tal manera que a su alrededor se forma como una galería. Él está asustado casi siempre. Su hermana Lotte no tiene miedo, aunque es dos años menor. Por esa ausencia de miedo, él le regala una corona. La ve flotando a apenas un brazo de altura sobre su cabeza. Una corona de nieve con plata hilada.

Todos están sentados en la misma aula gélida, treinta niños por lo menos, de distintas edades, también Lotte con su corona. Su maestro es joven, un pobre estudiante de teología de la universidad, con los dedos rígidos y helados y una voz ronca, medio ahogada, que suena como una puerta que cruje y que a los niños les encanta imitar. El maestro suele estar con la cara vuelta cuando habla, como si los despreciara o se avergonzara de sí mismo, o las dos cosas a la vez. Les enseña catequesis y la Biblia. Al menos aprenden a leer y a escribir de un modo más o menos pasable.

Claro que en su relación con las palabras y las letras hay algo extraordinario: las ve como objetos vivientes. Como tales objetos vivientes, a las palabras hay que convencerlas primero de que se abran y dejen salir su significado y, una vez que lo han hecho, permanecen en el papel pálidas como la cera, como casas vacías, cáscaras que han quedado después de algo que un día estuvo ahí pero que ya ha desaparecido. Sucedía a menudo que cambiaba de sitio en su conciencia el cascarón vacío de las palabras, sin saber muy bien qué hacer con él. Lo mismo le ocurría con las escasas palabras polacas que había aprendido de su padre y que le serían útiles más tarde, cuando, siendo soldado, cruzó las ciénagas al otro lado del territorio de Memel, donde no había nada que comer y la única agua de beber estaba contaminada por los cadáveres en estado de putrefacción y la única forma de conservar la razón era ***cantar*** al aire vacío aquellas palabras polacas.

La infancia la recuerda como los primeros tiempos de los signos secretos. No los signos de las letras, los otros. Uno de los primeros signos es la corona que él otorga a su hermana. Y hay otros: como el sombrero negro del deshollinador, un signo de peligro; la cruz de la ventana cuya larga sombra se extiende sobre el suelo del patio y que se convierte en el pálido nombre de Dios; las manecillas del reloj de la torre del ayuntamiento, que miden el tiempo, tanto el que transcurre con las horas del día como ese tiempo ***peligroso*** que va hacia atrás; la roja cresta de un gallo, la punta amenazadoramente afilada de la horcadura que cierra la puerta del retrete, el estampado floral de pálidas venillas del azulejo del fogón: finos tallos filamentosos cuyo discurrir entrecruzado él no puede evitar seguir con el dedo, sobre todo cuando su madre lo ha encendido y nota el calor de los hilos de plata de las flores en las yemas de los dedos. Flores de dedos. Él también tiene. Una flor por cada dedo. Graba signos en la pared, graba hendiduras en madera con la navaja o, levantando el talón, forma dibujos en la grava y el barro del jardín. Rodea, desplaza, afianza y construye. A veces piensa que toda su vida puede leerse como una sucesión de signos. La gente que tiene a su alrededor o los sucesos que se

producen no son reales hasta que él logra encontrar su lugar en un contexto que él mismo abarque con la vista. Si se desplazan aunque sea mínimamente fuera del círculo de su pensamiento, ya no los entiende. Para su hermana todo eso es indiferente, claro está. Te has olvidado la corona, le advierte él caminando detrás, y Lotte arroja la corona en el suelo y la pisotea y grita con voz chillona *¡idiota, gamberro, mentecato!,* como ha oído decir al maestro. Pero no importa cuántas regañinas le caigan: los signos son más resistentes, resisten más que sus propios portadores incluso, y siguen flotando en el aire mucho después de que se haya dado el último golpe.

Éramos gente pobre, le cuenta a Clarus, mi madre no tenía una vida fácil con cinco hijos que cuidar. Mi padre tampoco, quiso añadir, pues con el tiempo empezaron a temblarle las manos de tanto beber y ya no podía sostener con firmeza la cuchilla de afeitar ni las tijeras.

Maria Rosina se ganaba la vida como lavandera y se llevaba la colada a casa, pero los últimos años tuvo que trabajar contratada con el señor Rossner, que también llevaba una tintorería en Grimmaische Tor. Mientras que el padre es débil y evasivo para con los clientes o cualquier autoridad, la madre es dura y firme, pero como hueca por dentro, con una voluntad que nunca recurre a la ayuda de palabras ni de gestos externos, pero que permanece inquebrantable. Lo que con más claridad recuerda son sus manos: manchadas por la lejía y duras y agrietadas después de tantos años desgastándose contra las rudas tablas de lavar. La lavandería de Rossner no era grande, pero siempre había prisa por acabar cuanto antes, sobre todo con la ropa blanca que les llegaba de la gente elegante y los burgueses de la ciudad, y por todas partes es un no parar de correr de personas, embaladores y repartidores y lavanderas que clasifican la colada o que remueven las tinas con largos bastones, y a su alrededor flota un denso tufo a sudor y a los vapores agrios del lavado.

Un día, no recuerda por qué, Lotte y él acompañan a su madre a la lavandería. Están jugando al pillapilla entre tinas y piernas de mujer, y se esconden en los cestos de la colada, la hermana en uno, él en otro. Los cestos tienen la altura de un hombre, después le costará comprender cómo lograban meterse allí. Sienten un cosquilleo en el estómago porque los dos saben que pronto vendrá alguien para recoger las sábanas aún húmedas y llevarlas a la calandria. La ira de Rossner cuando por fin los sacaban de los cestos no la recuerda, ni las palizas que debieron de darles (también a Lotte); tampoco recuerda la desesperación sin llanto de su madre mientras Rossner le leía la cartilla delante de las demás mujeres antes de que tuviera que abandonar su puesto *(figúrate, se trajo a los niños solo para que le mancharan la colada al viejo cascarrabias):* todo aquello lo supo después, cuando su madrastra se lo contó, cosa que hizo con un tonillo triunfal en la voz, como para demostrar que su madre nunca valió para nada. Lo único que queda de ese día es lo que recuerda el niño que lleva dentro: el cosquilleo de placer que sentía allí tendido con la piel y la respiración entre

la penumbra de las sábanas, con la poquísima luz que se colaba por las rendijas de la cesta; protegido de todo, pero expuesto a un tiempo, puesto que sabía que podían descubrirlo en cualquier momento. Lo que más protección le infundía era, sin embargo, la certeza de que Lotte se encontraba en otro cesto, en uno igual, imposible de alcanzar y, aun así, allí al lado, y tan callada como él, y en su imaginación se transformaban los cestos de ropa en dos cestos mosaicos de junco trenzado que se libraban de la garra de Herodes deslizándose por las negras aguas de un río sobre las cuales flotaban los vapores de la lavandería como largos velos color azul oscuro. El cesto de la hermana llevaba en lo alto un farolillo rojo con forma de corona, por eso lograba seguirla. Como siempre: ella primero, él después. Y se dormía y soñaba que unos garfios negros y largos, como garfios de barco, se extendían por el agua y los arrastraban hasta una playa invisible.

Poco después murió Maria Rosina. Tal vez estuviera enferma ya en aquel entonces, tal vez, febril y endeble, llevara mucho tiempo albergando aquella tos en su angosto pecho. Cuando la enfermedad empezó a consumirla de veras, estaba ya tan escuálida que nadie apreció la diferencia. Y, por lo demás, ella nunca se quejaba. Simplemente se fue volviendo más seca, más parca en palabras, y tan huera por dentro que se podía oír cómo la tos se arrastraba a través de su cuerpo como un animal inquieto, y al final se quedó allí tumbada, abrazada desde dentro por su propia inmovilidad, y las habitaciones en las que vivían se llenaron de parientes: gente a la que él no había visto nunca, y todos extendían sus largos brazos y tiraban de él para susurrarle absurdas palabras serias o solo para abrazar sus propias desgracias futuras.

Del entierro en sí no recuerda gran cosa, salvo que era un gélido día de invierno con copos de nieve duros y afilados que le daban en la cara, y que dolía tanto caminar como estar parado y ver y oír a todas aquellas personas extrañas, como si la propia luz del día brillara en una lengua para él totalmente incomprensible. Apenas acababan de enterarse de que Maria Rosina existía, y ya había dejado de existir. Ella era la única persona de su mundo que no tenía ningún signo, quizá porque el signo que ella representaba contenía al mismo tiempo todos los demás.

Él médico no supo explicar su muerte más que diciendo que la había consumido la anemia. Tenía veintiséis años. No pudo con la vida. O quizá la vida no pudo con ella.

Pero ¿cómo podrá hablarle al consejero acerca de la muerte de la madre, o acerca de un padre que desde entonces no puede ya soportar ver a sus hijos, sino que se pasa la vida de taberna en taberna jugando a los dados y en pendencias con viejos conocidos que aseguran que tienen deudas que reclamarle, y que cuando llega a casa siempre está tan borracho que el hijo mayor, entre amenazas y maldiciones, tiene que ayudarle a meterse en la cama?

En el lugar de la madre llaman a una mujer desconocida para que se ocupe de las tareas domésticas. La mujer, Josephina Geier, hija de un armero de Delitzsch, asegura al principio que es de la familia de la madre, es decir, que es una Irmisch. Es alta y ampulosa de palabras y ademanes, tiene un temperamento irascible y es además muy aficionada a todo lo relacionado con el dinero. No acaba el padre de casarse con ella cuando empieza a insistir en una herencia que Maria Rosina debería haber reclamado antes de morir y que, según ella, corresponde heredar al marido en el lugar de la esposa muerta.

Aunque él apenas tiene diez años cumplidos, lo consideran lo bastante mayor para empezar a contribuir a la manutención de la familia y, dado que el oficio de hacer pelucas es el único que conoce el padre, entra de aprendiz de artesano peluquero. Primero con el maestro Stein, a cuya esposa inspira lástima puesto que acaba de perder a su madre, y como es evidente que se trata de un niño bueno y aplicado, lo dejan que juegue con sus hijos, lo que enfurece a Josephine, que solo quiere que el niño aprenda un oficio en lugar de andar ganduleando por ahí, y al cabo de unos pocos meses con Stein empieza con el maestro Knobloch, un conocido de Majorewsky que, además del taller de pelucas también tiene en el cuarto contiguo una barbería y una peluquería con dos empleados.

Con Knobloch pasa cuatro años de aprendiz, luego otros dos de interno. A aquellas alturas, también su padre había muerto de debilidad, esa extraña dolencia que solo parecía afectar a quienes no poseían nada en la vida, tal como lo expresó él ante Clarus, y que empieza con una tos fuerte y pertinaz, y termina con las mejillas pálidas y hundidas y la mirada huera y extraviada. El maestro Knobloch tiene a su servicio a dos aprendices. Aparte de Woyzeck, al que, según asegura Knobloch, cuida porque se lo debe al viejo Majorewsky, hay dos muchachos a los que va cambiando según necesidad. El aprendiz que más tiempo lleva se llama Isidor Horvath, pero lo llaman Isa solamente. Los dos aprendices comen al menos una vez al día con el maestro y su familia. El cuarto y, a veces, también la cama, los comparte con

Isa. En la habitación duerme además un hermano menor del maestro que se llama Karl pero al que todos llaman Celemín. Celemín tiene unos veinte años, pero es endeble como un niño de diez y posee el sentido común de una criatura. La maldad es lo único que tiene como cualquier humano adulto, y opone resistencia por cualquier nadería, y se pelea y muerde y grita insolencias en cuanto tratan de tocarlo siquiera. Aunque hasta él tiene sus momentos tranquilos en los que se queda sentado en un rincón, concentrado al máximo en sus brazos y sus manos, que pone a la luz y vuelve de un lado a otro y observa como si se tratara de objetos extraños que pertenecieran a otra persona.

Le habían puesto el nombre de Celemín porque la cama donde duerme parece un celemín de especias. Mide dos varas de largo, igual que el propio Celemín, y tiene el cabecero alto, así como los cantos de los lados, para evitar que el díscolo se caiga y se haga daño, pero está abierta por los pies para que Celemín pueda salir y entrar deslizándose sin ayuda. Entre las tareas de los dos aprendices —no está dicho expresamente pero sí sobrentendido— se cuenta también la de cuidar de Celemín, impedir o al menos desviar sus peores ataques y procurar que se lave y que vaya al retrete a tiempo. Pero a veces se vuelve tan difícil de manejar que no hay nada que hacer. Entonces se queda en el catre dando tales voces que se oyen en todo el edificio, y en esas ocasiones el señor Knobloch se enfada con ellos y no es raro que los apalee o los mande a dormir sin cenar. Y una mañana, al despertarnos, le dice a Clarus, reina en el cuarto un silencio tan extraño que habría podido oírse caer una pluma; y cuando nos levantamos vemos al pobre muchacho tendido con un brazo por fuera de la cama. Aunque muerto, añade. Y era como si con aquel brazo extendido hubiera querido tocar al ángel de Dios. Al menos, esa fue la explicación que dio la señora Knobloch: que fue un ángel de Dios nuestro Señor quien vino para llevárselo al cielo de los pobres y los inocentes. Y a partir de entonces, nadie volvió a golpearnos, era casi como si un ambiente solemne y apacible se hubiera extendido por toda la casa del peluquero.

Clarus ha escuchado aquella digresión con cara de paciente sufrimiento. Ahora suspira y se retuerce. ¿Quién más, aparte de idiotas y aprendices inocentes, se encontraba en la casa de la familia Knobloch?, dice, y al ver que W. no responde de inmediato (tal vez aún siga con el pensamiento en compañía del pilluelo enano en el celemín que tenía por cama), carraspea más fuerte aún. Naturalmente, me refiero a la viuda Woost, aclara, y entonces W. levanta la vista por fin y mira al consejero con esos ojos claros, azules, abiertos de par en par, una mirada que debió de infundir en Clarus cierto malestar, pues en ese momento moja la pluma en el tintero y empieza a anotar enérgicamente algo al tiempo que, con expresión ausente, le ordena: ¿Puedes exponer sin interrupciones y con toda la concisión posible en qué momento y en qué circunstancias conociste a esa mujer? Porque sin duda fue allí donde la viste por primera vez, ¿o estoy mal informado?

W. sigue un rato más en silencio, luego dice lo que el consejero y, naturalmente, todos los demás, saben ya de sobra: que la señora Woost vivía con su esposo, el cirujano sangrador Woost, en un cuarto que él tenía arrendado junto al hospital, y si ella, la mujer, iba a visitar a su madre y a su padrastro, rara vez se dignaba hablar con alguno de los aprendices que trabajaban concentrados cada uno en su peluca. El maestro Knobloch les ha dado instrucciones claras de que no levanten la cabeza cada vez que pasan la hebra por la malla del tul. Sacar la hebra de pelo, pasarla por el ojo de la malla y tirar. Sacar la hebra, pasarla por el ojo y tirar. Cada cabello tiene que quedar cosido a la base. Hasta el punto de que seas capaz de hacerlo en sueños, que seas capaz de hacerlo incluso cuando estén sucediendo otras cosas a tu alrededor, y sin que parezca que estés haciendo otra cosa que concentrarte en el movimiento de las manos.

Y eso es lo que él hace cada vez que la señora Woost pasa por allí.

Se encoge y pasa el cabello por el ojo y tensa, y entonces la oye intercambiar, entre risitas, algunas gracias con los clientes de la barbería.

El que se haya puesto a bromear es la señal más segura de que el marido no está con ella: de lo contrario, no se atrevería. Él solo ha visto al cirujano en una ocasión: un hombre de baja estatura, corpulento, muy velloso, de caminar resuelto, algo inclinado hacia delante y con una cara que es como si le clavara a uno una mirada intimidatoria cada vez que levanta la vista. A pesar de su baja estatura, domina cualquier estancia en la que entra con su vozarrón y sus modales desvergonzados. A su mujer la trata ya con extraordinaria afabilidad, ya con puntilloso desprecio. Cuando alguna voz desvergonzada solicita los servicios de la esposa desde el interior de la barbería, seguramente sin saber que el cirujano se encuentra allí, se lo oye vociferar ***zorra*** y ***mala mujer del demonio*** desde el interior de la estancia que ocupan cuando se encuentran en casa de los suegros, y acto seguido se oye un arrastrar de muebles y el resonar de fuertes golpes allí dentro. Sea como fuere, parece que la verborrea del cirujano no impresiona mucho a la señora Woost, y el terrible Woost no tarda en volverse tan dócil y afable como antes.

El maestro Knobloch, en todo caso, sabe apreciar el valor de su bella hijastra, y no es infrecuente que, cuando se encuentra allí, aproveche para regalar un trago a los clientes de la barbería, y siempre que va de visita reina un ambiente de cierta animación. Se oyen las puertas al cerrarse; dejan las ventanas abiertas para que circule por la estancia una corriente fresca que ponga en movimiento el rancio polvo del taller y, a pesar de que él nunca levanta los ojos llorosos del figurín de la peluca, sabe a qué distancia se encuentra ella solo por el particular olor que despiden su piel y su vestido. Es como si se hubiera visto dotado de un sexto sentido solo para ella. Ni siquiera tiene que verla u oírla, sino que sigue anudando y pasando la hebra por la malla. Pese a todo, tiene la sensación de que habría bastado con extender la mano para poder tocarle el punto más sensible de todos.

Por lo demás, Knobloch ha declarado que está satisfecho con él como aprendiz. Hace ya

un año que le permite acompañarlo cuando va a medir la cabeza a un cliente nuevo, y precisamente está allí calculando las medidas que Knobloch le va diciendo cuando de pronto la ve en la puerta de la barbería, mirándolo intensamente a los ojos. Él, Woyzeck, tiene las manos bonitas, le dice ella, como las manos de un niño o de una muchacha. Son las primeras palabras que le dirige solo a él. Pero en cuanto acaba de pronunciarlas es como si la pálida sonrisa que por un instante tan intensamente le ha iluminado el semblante —esa leve sonrisa triangular que tan bien terminará conociendo él después: la que empieza algo temblorosa en una de las comisuras, se extiende luego y se adueña de la cara entera— se apagara súbitamente, y la cara se vuelve en el acto indiferente por completo. Ella responde a algo que le ha dicho alguien desde el patio, y allí donde había estado hacía un instante no queda más que una mancha imprecisa de luz.

Como sea, él siempre recordará esa sonrisa y esas palabras. Y a partir de ese instante, sus manos también se ven como transformadas. Cuando pasa la hebra por la malla del tul, es el pelo de ella el que está pasando por la malla. Es su piel, algo roja y escamosa, la que toca con las yemas de los dedos. Es su cuello y la depresión de su nuca lo que presiona con las mejillas, y con la boca y con los labios, para poder evocar de nuevo aquello que con toda claridad recuerda como ese aroma tan suyo.

Hasta que una mañana, de nuevo, oye su voz resonando en la casa.

Aunque en condiciones normales ella tiene la voz profunda y algo sorda, casi como cubierta por un velo (después, cuando le habla cariñosamente, él se imagina la voz como un animalito que estuviera encogido a su lado), se oye, cuando la eleva, extrañamente alta y como un ladrido. Llama a gritos a su madre pidiéndole más agua. Hay una estrecha abertura al fondo del rellano, allí donde la escalera da paso al angosto pasillo del piso de arriba que conduce al desván donde tienen el cuarto los aprendices. A través de esa abertura ve él no solo la parte delantera del taller donde confeccionan las pelucas, sino también una parte de la cocina, en la planta baja. La ve con la enagua alrededor de la cintura y la cabeza inclinada sobre una palangana en medio del suelo. Desde arriba aprecia el cuerpo ancho, los hombros redondos, el cuello y dos brazos fuertes que se estiran y meten en la palangana un buen mechón de pelo negro, y empiezan a frotar y a enjabonar el cuero cabelludo con los dedos. Al mismo tiempo, los pechos empiezan a deslizarse en el hueco que dejan los brazos en alto y empiezan a balancearse de un lado a otro sobre el borde de la palangana. La madre aparece con la jarra de agua caliente que ella le ha pedido, y cuando Johanna se inclina para recibir el agua que le enjuagará la cabeza, estira el tronco hacia delante de modo que la espalda entera queda al descubierto. Él ve la columna que discurre como una anguila reluciente y escurridiza bajo la piel desde la base del cuero cabelludo desdibujado por el jabón hasta el punto en el que las anchas caderas se tensan y se convierten en algo que se desliza rápido y plateado con un movimiento ondulante. Y de pronto es tal el deseo que empiezan a temblarle las piernas. Rebusca en la entrepierna y empieza a masajearse el miembro con los mismos movimientos a

un tiempo contenidos y tensos con los que las manos de la mujer dan friegas a la densa mata de pelo allí abajo, y el deseo que le fluye por dentro es mucho más hondo y ardiente que el agua que la madre vuelve a traer en un cazo para vertérsela sobre la cabeza, y mucho más brillante y firme y reluciente que la piel de espalda y hombros y pechos generosos. Y tan embargado está, o mejor, tan empapado de esas aguas voluptuosas que no oye los pasos que se aproximan a su espalda hasta que el propio Knobloch le grita allí mismo: *¿pero que esta haciendo este insensato…? ¡Para ya, so canalla…!* Y agarrándolo fuerte de la nuca, lo lanza escaleras abajo con tal fuerza que se da en la cabeza y llega dando tumbos hasta el taller de peluquería en medio de un estruendo espantoso.

Peor que el brazo roto es la vergüenza: verse allí tirado al pie de la escalera con el miembro a la vista de todos, gente del servicio y clientela. Eso no puede decírselo a Clarus, pero a partir de ese suceso tormentoso nace según él el agudo deseo que a menudo lo ha invadido después, el deseo de espiar a escondidas a la gente, de ver sin que nadie sepa que está viendo. A aquel episodio lo siguen catorce días de una angustia insufrible. Está como clavado delante del figurín de la peluca, espera oír la voz, sentir de nuevo ese olor pasajero; y cuando, después de transcurrido mucho tiempo, ella sigue sin venir, se convence de que es por él, de que es porque ella *sabe* que la ha estado espiando.

W. guarda silencio.

Clarus carraspea. ¿Y fue después de ese episodio cuando terminó el contrato? Su rostro sibilino y por lo general severo se ha iluminado con una sonrisa desdeñosa y expectante, como incapaz de soportar la espera de la respuesta que ya cree conocer. No, responde W., solo pasó de moda. ¿*Qué* fue lo que pasó?, dice. Dejó de ser costumbre llevar peluca, dice W., al menos entre los caballeros. Clarus se queda mirando al encausado como si este hubiera dicho algo del todo inapropiado. Supongo que por imitar al emperador francés, se siente obligado a añadir juntando los dos dedos índices de suerte que forman una cruz a la altura de los ojos del horrorizado Clarus.

¿Al emperador *Napoleón*?, dice Clarus. Pero *te castigaron* por la fechoría, ¿verdad?

Sin embargo, el interrogado asegura con total firmeza que en ningún momento se habló de castigo. Según supo más tarde, la señora Woost no sufrió ninguna incomodidad, ya que no vio nada con sus propios ojos; y el maestro Knoblock estaba preocupado sobre todo por sacar de la casa al a todas luces salvaje joven.

Y tal vez pudiera aquello entenderse como un castigo: en lugar de seguir ayudando a tomar medidas a clientes vivos, lo mandaron a medir y a vestir y maquillar a los muertos, así como a buscar tocados en condiciones para los cadáveres, calvos por lo general.

¿Cómo?

Clarus sigue sin entender nada.

Sí, verá, señor consejero, puesto que en aquel entonces la demanda había decaído bastante, Knobloch tenía los armarios llenos de pelucas nuevas, o porque no las había vendido o porque las habían devuelto, y ¿qué podía ser mejor y resultar más rentable que ponérselas en la cabeza a algún que otro cadáver calvo? Para los familiares era una alegría, sin duda: podían ver a sus muertos engalanados y adornados como si estuvieran vivos y coleando. Algunos de los cadáveres estaban como si llevaran semanas muertos, y así olían; otros acababan de cruzar el umbral del más allá.

En particular a uno de los muertos lo recordaba muy claramente: apenas un día antes se había estado quejando de retortijones, llamaron a un médico que le mandó tragarse cuatro sanguijuelas, acto seguido empezó a sufrir espasmos y a toser sangre y, llegada la mañana, falleció. El padre del difunto le pidió que remediara un poco el aspecto de aquel rostro demacrado, petrificado en un gesto de terror desnudo, por lo que, siguiendo todas las reglas del oficio, le cubrió las mejillas con polvo de zinc y dio color a la palidez de los labios. Luego le puso una peluca, no sin antes haberla espolvoreado bien con ceniza y habas machacadas, y hecho esto parecía el exangüe cadáver un niño inocente que acabara de venir al mundo.

Clarus hizo una mueca de asco.

Aunque luego se terminó también esa tarea, dice W. A partir de entonces, incluso a los muertos habría que peinarlos según la nueva moda francesa.

Sin embargo, también podría haber contado lo que sigue:

Que, aunque solo ponía pelucas sobre piel muerta, sus manos permanecían igual de vivas. Ocurría a veces que se despertaba con un cálido peso en el cuerpo, como si aún siguiera allí la marca de la piel de ella, de su cuello y de sus firmes hombros y de la redondez de sus pechos.

Curioso, habría podido decir, el que un hombre que nunca ha tocado a una mujer sea capaz de imaginarse todas esas cosas con tanta claridad.

Se dio cuenta de que debía escribir una carta. Pero no a ella: jamás se habría atrevido. La carta iría dirigida a su marido, el muy honorable cirujano sangrador Julius Friedrich Woost, y a él presentaría sus excusas por los pensamientos indecentes que había tenido, le explicaría que no constituyeron más que un brevísimo episodio en la mente de un hombre joven al que Dios aún no había tenido a bien reprender, y seguramente el propio Woost recordará cómo es eso de ser joven y no tener aún juicio cabal, ¿verdad? Y, por primera y única vez en su vida, accede W. a la elevada galería de las palabras donde uno puede sentir respeto y enmudecer, aunque sin encontrar a qué aferrarse de verdad:

> Muy honorable señor *Chirurgicus:*
>
> Le ruego reciba esta carta como prueba definitiva de la sumisión de un joven que, en un instante de enajenación, no se dejó guiar por el sentido común, pero que en virtud de la misericordiosa intervención de Dios ha tomado conciencia pese a todo de sus graves errores y quiere ahora confesar su arrepentimiento y rogar humildemente el perdón por los pensamientos pecaminosos que han invadido su espíritu. Según dicen las Sagradas Escrituras, no debemos desear a la mujer de nuestro prójimo, y cada tormenta de ese tipo de apetito debe ser sofocada en su origen. En otro escrito que ha llegado a manos de quien esto firma, obra del pastor Pförter, he leído la historia de un hombre santo que mandó fundir una campana tan sonora y poderosa que lograba aplacar todas las tormentas marinas. También en mi propio mar del deseo ha penetrado ya ese piadoso tañer, y en él sopla ahora, puedo decir felizmente, tan solo una tenue brisa. De ahí que ahora le escriba al señor *Chirurgicus* con la esperanza de obtener su perdón y su dispensa, dado que

también usted debió de ser joven en su día y debió de verse vapuleado entre el oleaje de la fornicación.

Respetuosamente,
su humilde servidor,
J. C. Woyzeck

Si hasta ese día sus esfuerzos iban dirigidos a acercarse tanto como pudiera a la mujer del cirujano, ahora, de pronto, hace todo lo que está en su mano por evitarla. En cuanto la oye reír o alborotar en la cocina, encuentra una excusa para escabullirse, como si el deseo que lo enciende por dentro fuera una enfermedad contagiosa que pudiera afectar a toda la casa. Cuando, terminada la guerra y tras sus largos años de soldado, llega a saber que el cirujano Woost falleció poco después de que él dejara el puesto con Knobloch, se convence en un principio de que fue su carta la que lo mató, de que cada una de las palabras que contenía actuó como un veneno que fue corroyendo el cuerpo del cirujano hasta que acabó matándolo en medio de crueles sufrimientos.

Las voces lo atormentan sin cesar en esa época.

Estás enfermo, Woyzeck, solo que no lo sabes, le susurran, ***y: Tú hazlo, eres capaz, eres capaz…***

Y más de una vez siguen a las voces visiones en las que la mano del cirujano lo atenaza como una garra o se ve amputada en el suelo, negra y rígida formando una cruz.

Sin embargo, cuando finalmente vuelve a ver a Johanna Woost, la mirada inquieta que reflejan sus ojos oblicuos es la misma de siempre. También la sonrisa es la misma, igual de cariñosa que cuando le decía que tenía unas manos muy bonitas. Como las de un niño pequeño, como las manos de una muchacha, le dice. Y las sostiene entre las suyas. Y a él le entran ganas de llorar porque sabe que no es digno de ese trato cariñoso, puesto que el deseo que despierta en él es lo que en su día mató al marido. Pero la única vez desde su regreso que se atreve a mencionar la carta, ella asegura que no recuerda nada. Al contrario, se lamenta de que, en todos los años que ha estado fuera, no le haya escrito una sola palabra ***a ella***. Y él no se atreve a decir nada, por miedo a reavivar el pecado de antaño.

Cuando trata de recordar los años que siguieron, sus «años de libertad», como los llama Clarus, rara vez se le vienen a la cabeza sucesos concretos.

El mundo no tiene color. Se compone de distancias, no de lugares.

Tampoco tiene sentido el tiempo, salvo porque el hambriento precisa comida; el exhausto, reposo. De modo que hay días, hay luz y oscuridad. Estaciones. Lluvia y frío. Los árboles que se alongan en pos de las estrellas de la noche, pero se paralizan de horror cuando el sol se levanta para completar su bramante vuelta por el cielo.

Pasa horas de espera junto a las casas de postas y delante de los mesones para mendigar que lo lleven a algún sitio, tanto da adónde, con tal de librarse de recorrer otro trecho con lo cansadas que tiene las piernas. En todo caso, casi siempre va a pie, y para el que va a pie solo hay fango y barro, y el mismo cielo infinito sin color.

La gente le da la espalda casi dondequiera que llega. Y es que se ve a la legua cuál es su posición. De puesto de interno no se puede hablar. No puede sino aceptar los trabajos temporales que le ofrecen. Durante un tiempo trabaja de mozo de cuadra solo a cambio de un techo, en otra ocasión con un zapatero, otra vez con un judío de Dessau que tiene una casa de empeño, pero que también hace arreglos de ropa. Schwalbe, que así se llama el judío, es un personaje solitario que, pese a la suntuosidad de la que se rodea en su amplia vivienda —un cuarto tras otro llenos de ***chaise longues*** y ánforas que ha tomado en prenda, pero que nadie ha ido a recuperar— solo se preocupa del cofre de madera que guarda debajo de su humilde cama y que contiene el talit y las filacterias.

Varias veces al día se envuelve en el talit y reza con una voz tan tenue y monótona que, aunque un buen cristiano hubiera podido comprender el significado de sus palabras, tampoco las habría distinguido.

En los momentos de oración o siempre que el judío anda por ahí con su coche de un solo tiro haciendo recados por la comarca, es W. quien se encarga de coger los trabajos de costura tras la desgastada cortina que separa la tienda del resto de la espaciosa residencia de Schwalbe. Está acostumbrado a esa clase de tareas, y puede caer durante horas en una suerte de descuidado duermevela mientras lo único que se oye son las campanadas del péndulo en la sala contigua. La esfera del reloj se perfila también en un espejo de pie que hay colocado justo al lado de la puerta (probablemente, para que Schwalbe pueda ver a los clientes que entran sin

tener que asomarse desde detrás de la cortina), y se diría que ahí el tiempo transcurre al revés.

Un día, mientras está así sentado siguiendo el curso contrario del tiempo, se oye un estruendo enorme fuera, en la calle, y W. ve enseguida en el espejo de pie a un joven que entra corriendo en la tienda. ¡Un accidente, un accidente!, viene gritando, y sale de nuevo a la carrera antes de que W. haya tenido tiempo de dejar aguja e hilo para ir con él.

Resulta que un coche se ha atascado en la aduana, en el puente del río Elba, y que se precisan todas las fuerzas para sacarlo a la calzada de nuevo. Alrededor de un herrero que, con palanca y martillo trata de soltar una de las ruedas, que se ha quedado atascada entre dos piedras del bordillo, se ha reunido un grupo de curiosos. El caballero que viajaba en el coche, un hombre joven de baja estatura con abundante cabellera rubia y una mirada azul claro extrañamente abierta, va lamentándose entre los que están a su alrededor, como si solicitara no solo ayuda sino también algo parecido al perdón. Se ve claro enseguida que la causa de que el coche haya quedado encajado es cierto mueble harto aparatoso que no iba debidamente sujeto a la plataforma de carga, sino que había ido deslizándose hacia el borde hasta que el coche entero estuvo a punto de volcar. El joven caballero debió de intentar enderezar el coche personalmente, puesto que tiene la ropa llena de barro y la manga del abrigo abierta hasta el codo en una larga rasgadura. Puesto que W. no tiene la suficiente fuerza física para ayudar a los hombres que han acudido, se acerca inclinándose respetuosamente al indignado joven y se ofrece a ocuparse de su ropa mientras espera. Curiosamente, el caballero se detiene en medio de su agitado ir y venir, clava en él su mirada azul y acepta el ofrecimiento con una sonrisa que desvela una larga hilera de dientes parejos y de un blanco sorprendente.

W. está cosiendo detrás de la cortina mientras el joven pasea de un lado a otro en el espejo. Tal vez sea porque hay una pared de tela entre los dos por lo que se atreve a ser tan franco. Estudia anatomía en Wittenberg, le dice a W. Volvía de la hacienda familiar de Waldemburgo, donde se había quejado a su padre ***(¡ese viejo tacaño!)*** de su escaso peculio, cuando se produjo el desgraciado incidente. De haber tenido un servicio en condiciones, jamás habría ocurrido. Acto seguido se trasluce que no dispone de servicio en absoluto, salvo un cochero, claramente inapropiado para el trabajo, y una criada. El sirviente que tuvo en su día se ha «ido corriendo», aclara al mismo tiempo que W. sale de detrás de la cortina y le entrega el abrigo ya arreglado, y el joven lo observa como si lo estuviera viendo por primera vez y mira y remira la prenda y expresa su satisfacción y además le pregunta cómo se llama. ***Woyetz,*** responde Woyzeck, porque piensa que así suena mejor, más distinguido, en cierta medida. Excelente, responde el joven. ¿Por qué no busca una persona como tú un puesto de servir con una persona como yo?

Y W. responde que no sabe, tiene que hablar primero con Schwalbe, pero que aún no está de interno propiamente dicho, lo que el joven interpreta como que ha aceptado la oferta y le anota su dirección en Wittenberg en el dorso de la cuenta que le ha entregado W. y le dice que se persone allí en cuanto se presente la oportunidad. Y que allí le pagará también la costura.

El nuevo amo de W. estudia Fisiología y Anatomía, pero aún no ha conseguido ningún diploma. Con todo y con eso, en la casa responde al título de «el joven doctor», como si el hecho de ser de linaje noble le confiriese un rango académico del que aún no se ha hecho merecedor. La casa de Waldemburgo es una ramificación tardía de la noble familia Schönberg-Hohenlohe, un hecho al que el joven doctor, por su condición de republicano, no atribuye el menor significado. Además, para pertenecer a la clase alta, se dedica muy poco a su aspecto, y no parece muy celoso de su reputación. No es que tenga un comportamiento indigno, pero las dependencias que le alquila a la viuda de un profesor de Wittenberg —al que su padre, antaño médico de la corte del príncipe elector Federico Augusto, conoce de sus años de estudiante— son, si no directamente pobres al menos sí modestas. Constan de un salón al que también la viuda tiene acceso, aunque en la práctica solo lo frecuenta la criada, la señora Pförtner, puesto que la viuda está enferma y guarda cama. Al salón hay que añadir dos habitaciones: una la usa de dormitorio y la otra de biblioteca. El joven doctor pasa la mayor parte del tiempo en la segunda. Ahí es donde hace las sencillas comidas que la señora Pförtner le lleva y ahí se entrega a sus estudios, casi siempre de pie o caminando de ese modo suyo característico un tanto desgarbado, con un libro algo apartado de la cara, como si no lo estuviera leyendo sino examinándolo a distancia. De vez en cuando se lo oye pronunciar largos monólogos, como si hablara para un auditorio invisible o por venir.

A W. le han asignado acomodo en la antigua despensa junto a la cocina, donde dormía la criada antes de mudarse a un cuarto junto al dormitorio de la viuda. En la despensa también hay sitio para una mesa, que puede usar para arreglar la ropa del joven doctor, que él le prepara todas las mañanas. Sus tareas cotidianas no son nada exigentes. El joven doctor pasa a menudo las horas de la tarde en alguna de las sociedades de estudiantes a las que pertenece, y W. rara vez tiene que hacer nada más que calentar el vino que se toma cada noche antes de irse a dormir, y que, según su señor asegura, es el mejor remedio contra el insomnio crónico que dice padecer.

El tiempo que le queda libre lo pasa W. haciendo figuritas de cartulina o de papel crepé. O cuando la señora Pförtner sale a hacer algún recado y está solo en la casa, sin contar a la

viuda, que está sentada en su alcoba, en silencio y medio ciega, se pone a dar vueltas alrededor del escritorio que el joven doctor tiene en la biblioteca.

Era aquella pieza de dimensiones considerables la que iba mal amarrada cuando el carruaje del doctor se desvió del camino al pie del puente del Elba. Y es que el joven doctor le tiene tal aprecio a ese escritorio que se niega a separarse de él ni aun cuando está de viaje. Hacen falta varios hombres para bajarlo de la casa y subirlo y amarrarlo al techo del coche. Luego es preciso que al menos una persona viaje sentada al lado durante todo el trayecto, para que no se vaya moviendo y se suelte. Lo preocupante, tal como el cochero Metzger le explica a W., es que el joven doctor no puede permitirse contar con gente que acarree el mueble de aquí para allá. Apenas puede permitirse el cochero, y ¿cómo arreglárselas para tenerlo todo vigilado a fin de que el mueble no se estropee ni se suelte y vuelque? ¿Cree el doctor que él tiene ojos en la nuca o qué?

El escritorio, que es ***chino,*** como Metzger explica a W., que lo oye indiferente, se compone de una mesa con el tablero de madera de cerezo, con portaplumas y tintero incorporado, y un armario con dos tableros extraíbles adornados con motivos florales. Si se extraen los dos tableros, algo que W. ha visto hacer al joven doctor solo una vez, se ve dentro una larga hilera de estantes, cada uno con una serie de cajones guarnecidos de nácar y esmalte. También la cara interna de los tableros, al igual que la parte exterior del mueble, está decorada con esmero. Pese a que por fuera solo había largas guirnaldas de formas vegetales, por dentro se abren extraños paisajes con escarpadas montañas y edificios y campos con damas y caballeros arrodillados, de ojos oblicuos y largas trenzas.

W. jamás ha visto nada parecido en su vida. Es como si el mundo de pronto tuviera una ***cara interna.***

El joven doctor casi siempre está en casa por las mañanas. Toma un modesto desayuno, que W. se encarga de servirle. Después se lo ve pasear de un lado a otro delante del escritorio como si estuviera suplicándole que se quedara en su sitio, y si en ese momento da la casualidad de que W. se encuentra en el cuarto, entonces ocurre sencillamente que el joven doctor se dirige a él. Woyetz, puede suceder que le diga, apoyando la barbilla en la mano ahuecada, ¿te ha embargado alguna vez la certeza de que albergas dentro algo grande y terrible, algo con lo que llevas tiempo cargando? ¿Y que eso que llevas dentro es como un grito enorme, sí, más grande aún, puesto que sabes bien que ni gritándolo te librarías de él?

W. no está seguro de si debe escuchar con atención o fingir que escucha educadamente. De modo que sigue cepillando con brío una de las botas del joven doctor. Y el joven doctor, por su parte, continúa también andando a pasitos breves, yendo y viniendo delante del mueble.

¿Qué certeza?, preguntarás seguramente. Pues sí, ¡la certeza de vivir en un mundo para

cuya comprensión carecemos de las medidas y proporciones adecuadas!

Cuando, en ese momento, se vuelve hacia Woyzeck, le dirige una mirada de un azul tan intenso que W. se siente como atravesado por ella.

El joven doctor sonríe con su sonrisa de dientes blancos, algo artificial pero amable:

Y si yo ahora me comporto de forma educada y benevolente contigo, Woyetz… En fin, si te hablo como si tuvieras la menor posibilidad de entender lo que estoy diciendo, no es más que una máscara que adopto… *¡Una máscara terrible…!*

La máscara sigue sonriendo, la hilera de dientes blancos, también los claros ojos azules sonríen con pequeñas arrugas en uve marcadas en la piel de la comisura de los párpados; pero la mirada interior se va volviendo cada vez más densa y ciega, y el doctor, cada vez más rígido, como si todos los angulosos movimientos con los que hasta el momento había ido moviéndose alrededor del mueble se hubieran trasladado ahora al interior de su cuerpo.

Entonces levanta los brazos por encima de la cabeza y exclama:

¡ERES UN SIRVIENTE, TU COMETIDO ES SERVIR, ASÍ QUE SIRVE, CRIATURA, SIRVE!

W. no comprende si esas palabras repentinas van dirigidas a él o al mueble, porque el joven doctor le da la espalda en cuanto las ha pronunciado, y con un movimiento de despedida, como cuando arrojamos algo con negligencia por encima del hombro, da un paso adelante como para abandonar la sala. Sin embargo, apenas ha empezado a dar el paso cuando cae al suelo, como vencido por su propia fuerza, y empieza a arrastrarse y agitarse de un lado a otro entre fuertes espasmos. De pronto aparece corriendo la señora Pförtner con una cuchara en la mano. Con un movimiento mecánico agarra un cojín de la *chaise longue,* lo pone debajo de la cabeza del joven doctor, que aún se agita brutalmente, se sienta acto seguido a horcajadas sobre él sin pudor alguno, le sujeta la nuca con una mano y le mete la cuchara entre la mandíbulas con la otra. En las comisuras de los labios ha aparecido una extraña espuma efervescente, y los ojos, opacos y fijos hasta hace un instante, se ven ahora abiertos de par en par y blancos como el huevo de una gallina.

Sin cambiar de posición, sentada sobre el joven doctor, la señora Pförtner se vuelve hacia W., que aún sigue con la bota del joven encajada en una mano y el cepillo en la otra:

Woyetz creerá a buen seguro que se ha apoderado del joven señor el mismísimo diablo. Pero puedo asegurarle a Woyetz que su señor es un buen hombre que nunca ha querido hacer daño a nadie ni ha albergado un mal pensamiento sobre nada ni contra nada. Solo para que lo sepa, Woyetz, añade, y no se imagine cosas raras.

¡Así que tu benefactor padecía el mal caduco!, dice Clarus, como si acabara de comprender en ese instante qué era lo que trataba de contarle el encausado. ¿Habló contigo alguna vez de su —describe con el brazo un movimiento circular— afección?

El joven doctor sacaba a relucir un bueno número de temas de conversación, asegura W., pero solo en una ocasión mencionó su enfermedad, y entonces ya se había decidido que él dejaría de estar a su servicio. De todo tipo de cosas asombrosas habidas y por haber hablaba continuamente el joven doctor. De los diminutos nervios y cuerdas musculares gracias a las cuales el ojo humano puede ver; de los peces y por qué van en bancos y por qué el banco se comporta como si fuera un solo cuerpo; ¿y ha dedicado el señor consejero alguna vez un pensamiento a la cuestión de cómo consiguen las aves mantenerse derechas en el aire durante tanto rato seguido, y cómo encuentran tan fácilmente el camino desde su lugar de apareamiento hasta las lejanas regiones de África o de dondequiera que pasen el invierno?

Me puedo imaginar que la conversación versaba sobre todo de política, dice Clarus algo seco, y con un brillo cauto en la comisura del ojo que indica que no se opondría a escuchar si W. tuviera información que ofrecer sobre ese punto.

Aunque ¿qué puede saber un criado acerca de esos temas? El joven doctor es un hombre de pocos medios, cierto, pero espléndido en sus invitaciones. Varias tardes por semana se llena el salón de la biblioteca de amigos de estudios y ayudantes y W. tiene que asistir a la señora Pförtner a la hora de servirlos y atenderlos, un trabajo para el que seguramente es menos apto que para cepillar zapatos, planchar prendas de ropa o doblar sábanas con su habitual adormilamiento. Sin embargo, pese a que de vez en cuando aflora al rostro del joven doctor un atisbo de desaprobación, es como si se tolerasen sus torpezas. Sencillamente, W. tiene la sensación de que los dos participan en algo parecido a un juego. Como si hubiera entre ellos un acuerdo tácito según el cual W. consiente en no decir nada sobre las dolencias del joven doctor, que a su vez pasa por alto el hecho de que W. carezca del tacto y el sentido común exigibles a un verdadero ayuda de cámara. A veces incluso sorprende al joven doctor observándolo con una mirada extraña, penosa y apenada a un tiempo, como si sufriera por los dos.

W. no tarda en comprender que el joven doctor es una persona considerada, considerada no solo en el sentido de tenida en muy alta estima, sino también igual que se trata con

consideración algo frágil y raro que uno se ha acostumbrado a ver con abochornada indulgencia. Cuando conversa se encoleriza y se pone tenso con facilidad, y habla de tal modo que consigue que todos los presentes callen y aparten la mirada. Tiene fama de ateo y republicano, y W. se entera sin querer de que en una ocasión lo detuvo la policía después de que lo oyeran injuriar al rey de Sajonia y burlarse de su cobarde pacto de neutralidad con Francia, y solo en el último instante, gracias a la intervención de su padre, se libró de acabar en la cárcel.

Una o dos veces cada semestre, los estudiantes de Medicina hacen excursiones por la región, y W. va con el resto del personal de servicio de los jóvenes señores. Se dirigen en varios coches a Dübener Heide o a la cercana región de los lagos. Un día en que el otoño se encuentra en todo su esplendor recorren entero el trayecto hasta Weddersleben, en Harz, junto al alto Muro del Diablo, una serie de elevadas rocas de arenisca cuyo encrespado perfil se alza de un negro ardiente en contraste con el sol, por oblicuo no menos ardiente. W. se ha retirado a una pendiente a cierta distancia del resto del personal de servicio, y se entretiene en engrasar y limpiar los arreos del cochero Metzger. Una vez terminado el trabajo y antes de que los estudiantes hagan amago de marcharse, reúne un puñado de piedrecillas del suelo y empieza a practicar la puntería lanzándolas a los bloques de piedra que hay más abajo. Al bajo resplandor del sol, cada roca arroja su sombra bien recortada hasta que todo, sombras y bloques rocosos, se intercala formando un dibujo difícil de desentrañar. Tan absorto se halla en la contemplación de las rocas que apenas se percata de la sombra mucho más grande que se está inclinando sobre él. Pero la voz del joven doctor resuena inesperadamente suave:

Eres un alma cándida, Woyetz. Por eso siempre me has parecido tan digno de amor.

El joven doctor desliza una pierna hacia arriba por la inclinación y deja que ese movimiento espontáneo desemboque en una pose estudiada, con el codo apoyado en la rodilla.

Dime, ¿has leído algo de Rousseau?

W. no sabe qué responder, ni si su señor espera que responda siquiera. ¿Perdón? ¿Cómo dice? ¿*Rusó*?

El joven doctor comprende en efecto que es una pregunta a la que el interpelado no puede dar una respuesta inteligible y vuelve la mirada al llano, adonde ya se dirigen todos, en pareja o en grupos, cada cual en busca de su coche. Los criados han empezado ya a cargar las maletas y las cestas. Voces y risas se abren paso desde abajo como de algo embotellado.

Dime entonces, Woyetz, qué es lo que ves cuando contemplas este paisaje. O qué te imaginas. Porque lo que nos representamos son imágenes, nada que emane de la naturaleza misma.

Dicho esto último con cierta amargura, en opinión de W. No responde nada, pues está

casi seguro de que el joven doctor espera de él un silencio de naturaleza reflexiva. Y como si esa intuición fuera correcta, retira el joven doctor todo aquello que ha mostrado hasta el momento —mano, sonrisa y mirada— como cuando cierra las puertas del escritorio. Luego se pone en marcha de nuevo pendiente abajo. A medio camino levanta la mano y hace un gesto de amplio saludo a los demás del grupo que, al oír su voz, se han quedado quietos en pleno movimiento, exactamente igual que las rocas, que han quedado atrapadas en el límite de sus sombras.

Unas semanas después de la escapada a Harz, el joven doctor anuncia que debe ir a la casa familiar por un tiempo, y manda que vuelvan a bajar el escritorio. Desde la excursión se han apagado los claros cielos otoñales y una nebulosa bruma se ha extendido sobre el mundo como una media de lana gris. Por los puntos de esa media se cuela día tras día una llovizna pertinaz. En esta ocasión W. también ayuda a transportar el escritorio envuelto en gruesas alfombras y cortinajes desde la residencia de la profesora, y a encaramarlo al techo del coche al que Metzger ya ha enganchado el caballo.

Es obvio que el humor del joven doctor no es el de siempre. Va todo el viaje callado y absorto en sus pensamientos junto al cochero Metzger, mientras W., en la parte trasera del techo, trata de oponer resistencia a los peores bandazos. Es una tarea que consume las fuerzas de cualquiera. Los vaivenes del coche lo obligan a cambiar de postura continuamente para que el escritorio no empiece a deslizarse de un lado a otro, y ya después de medio día de camino está tan hecho astillas que tiene la impresión de que la madera del escritorio y del techo del coche se le haya incrustado en la médula.

El viaje hasta Waldemburgo es largo y penoso. Se ven obligados a hacer noche varias veces, puesto que las montañas de barro se han comido algunas partes del camino y en un punto se ha desplomado un puente y se han visto obligados a dar un largo rodeo. Después de cuatro días de lluvia casi incesante empieza a aclararse el cielo poco a poco, y cuando por la mañana temprano entran en la avenida empedrada que conduce al castillo de Waldemburgo, el cielo se abre en largas grietas de luz azul claro por las que se deslizan rezagados blancos trazos de niebla, tan cerca que se diría que pudieran alcanzarlos con la mano. Entre las sombras alargadas de la alameda del castillo se distinguen extrañas aves coloridas que huyen de las ruedas del coche a ambas orillas del camino.

Son pavos reales, le aclara Metzger, y se inclina desde el pescante como para ahuyentarlos con el látigo. Una de las aves se detiene y despliega las plumas como un jugador de naipes audaz que mostrara de pronto la mano que lleva, y se aleja luego con paso altivo de maestresala. Extraña ocurrencia la de nuestro Señor, crear un ave que no es capaz de volar, dice W. mientras le ayudan a soltar y a bajar del coche el escritorio del joven doctor. Aunque esta sí que puede, dice Metzger. Solo que parece que fuera indigno de ella. Por las noches, cuando nadie las ve, levantan el vuelo y se posan en los árboles.

El padre del joven doctor, Günther Schönberg, él mismo doctor de la ciudad y consejero médico, vive con su segunda esposa (la primera, la madre del joven doctor, falleció al dar a luz cuando este no contaba más de diez años) y con los dos hijos de ambos en una magnífica casa al otro extremo de los jardines del palacio. Y es obvio que esperan al hijo mayor. Los criados ya están preparados para recibir el escritorio y llevarlo dentro. W., han decidido de antemano, dormirá con Metzger en el establo, pero el joven doctor insiste en tenerlo consigo en la casa con el resto de los criados, así que le asignan un cuarto que da al patio trasero, donde también se encuentra la cocina. El ama de llaves y todas las criadas van de un lado a otro y preparan la cena sin prestarle mayor atención, mientras él se queda ocioso en un rincón del oficio y trata de dibujar de memoria los pavos reales, cómo avanzan a pasos breves como señoritas de la nobleza, levantan y bajan el pie con estudiada lentitud. Una de las criadas pasa a su lado y quiere ver lo que está «garabateando», pero la despacha de allí la ama de llaves, que, con voz acre le dice que se aparte de la cocina y espere en el dormitorio hasta que sea su turno de ayudar a servir.

La cena subsiguiente presenta todos los signos de un ritual que se ha llevado a cabo exactamente igual durante muchos años. El padre, el médico de la ciudad, un hombre aún alto y fuerte con los sesenta cumplidos, de pelo cano y vigoroso y una nariz afilada semejante a la del hijo, está sentado a la cabecera de la mesa. A su lado tiene apilada una buena cantidad de revistas y libros que va hojeando o leyendo en alto al mismo tiempo que mastica y bebe. Y tan absorto está en las dos tareas, la de comer y la de leer en voz alta, que no levanta la vista de las páginas ni cuando le retiran un plato o sirven otra bandeja, solo hace algún alto a la hora de pasar la página.

Enfrente de él está sentada su joven esposa sonriente, aunque con la mirada en el infinito, y a ambos lados de la mesa, los dos niños: el mayor, un muchacho de mirada esquiva, y una niña más pequeña. Los tres, también la niña, están sentados con el cuerpo inmóvil y la expresión atenta, como para no desvelar ni con un gesto que no están escuchando al padre, que sigue alternando entre comer y murmurar tapándose la cara con un libro o una revista.

Y a la derecha del padre está sentado el joven doctor, aunque con la mirada clavada no en el padre que lee, sino en W., que se ha apostado junto a la puerta por si al joven doctor se le ofreciera pedir algo.

Y se produce entonces el instante que todos parecían estar esperando. El padre se detiene sobresaltado en plena lectura, se limpia la boca con la servilleta que tenía en el regazo y exclama luego un ***escuchad esto…,*** trata de un hombre que ha nacido con una fístula tan grande que se le ve incluso el estómago, y como es lógico el pobre desgraciado ha ido a parar a manos de un domador que lo va llevando por todas partes como si fuera un animal de circo. Dale algo, lo que sea, un trozo de manzana, y si pagas un ***groschen*** puedes presenciar cómo la manzana se disuelve en el estómago ante la vista de todos, y se desliza hacia los intestinos.

Lo que me recuerda, ¡tú seguro que te acuerdas, Johann…!

Desde su lugar junto a la puerta, W. observa que el padre levanta la vista, y tiene una sonrisa casi idéntica a la de su hijo: la misma hilera de dientes blancos y brillantes.

Johann, tú recuerdas a aquella mujer que vino un día a la consulta diciendo que se había tragado un puñado de alfileres. Había intentado quitarse la vida, pobre criatura. Pero por muchos alfileres que se tragaba, no lograba llevar a buen puerto su empresa. No terminaba de tragárselo cuando volvía a salir y, al parecer, sin haberle causado ningún daño. ¿Podrías explicarme tú, Johann, seguro que tú lo sabes, cómo es posible que el alfiler tragado, sea cual sea el tamaño y la posición en la que se encuentre, siempre salga del cuerpo con la cabeza hacia abajo y sin causar ningún daño en su recorrido? ¿A qué se debe, según tú, Johann? ¿Es el magnetismo lo que influye o es algo específico del organismo femenino?

Alrededor de la mesa, todas las miradas se vuelven hacia el joven doctor: los dos niños, con curiosidad; la madrastra, con una sonrisa que quiere expresar confianza sin conseguirlo. Pero Johann no responde. Sigue sentado ahí con la misma extraña postura algo torcida de antes, con el cuerpo apoyado en el borde de la mesa, la cabeza vuelta a un lado y la mirada hacia la puerta. Con ese medio perfil bien calculado se le antoja a W. un ave orgullosa y huraña que ha buscado refugio en uno de los mustios árboles porque en tierra hay algo que lo ha asustado más allá de toda razón y sentido común.

Luego recorre al joven doctor algo así como un largo estremecimiento. Arruga y arroja la servilleta con un movimiento brusco, se levanta y se dirige a la puerta con sus característicos andares bruscos, sin garbo, como si lanzara hacia la puerta un pie tras otro. W. está convencido de que va a desmayarse otra vez y ya se ha adelantado para sujetarlo por debajo de los brazos. Pero el joven doctor se detiene en el último instante, pasa bruscamente por delante de él y alcanza incluso a dejar caer unas palabras por encima del hombro:

Ya no te necesito, Woyetz. Puedes volver a tu cuarto.

Poco después, sin embargo, cuando W. se encuentra en la cama, aún totalmente vestido y despierto, en la minúscula habitación que le han asignado, suena la campana de nuevo y enseguida oye llamar a la puerta a una de las ayudantes de cocina. Le dice que lo reclaman para que sirva el vino. Aunque el vino ya lo ha calentado ella y lo ha vertido en la jarra, conocedora a todas luces de las costumbres del joven doctor. La joven le da el vino en una bandeja y acompaña a W. por el pasillo de servicio hasta que de nuevo se encuentran en las habitaciones que ocupan los señores Schönberg. El comedor, antes tan festivamente iluminado, se ve ahora vacío; la mesa, ya retirada, blanca como una losa de mármol bajo la fría luz nocturna que entra por las ventanas. Por los vanos de las puertas se divisan todas las salas en sucesión, como si fueran cajitas colocadas las unas dentro de las otras. La luz que los guía procede de la cajita que está al fondo, la biblioteca, atestada de libros, donde el joven doctor ha colocado el escritorio. Ahí se encuentra ahora, en la misma postura que antes tenía a la mesa, con la parte de abajo del cuerpo pegada al tablero y un libro abierto. Aunque los listones del suelo crujen ruidosamente, al principio no le presta atención alguna a W. cuando aparece

con el vino; luego se vuelve de pronto y le enseña la blanca hilera de dientes, que resulta más aterradora bajo esa luz: como si se le viera el interior del cráneo.

Lo siento de verdad, Woyetz. ¡Siento el espectáculo del que has sido testigo hoy! A mi padre le encanta ponerme a prueba, nada desea más que el que yo siga su estela. Pero ¿acaso podría alguien como yo sostener un bisturí? ¿Puedes responder a eso, Woyetz? Tú que lo has visto todo, tú que estás al tanto de todo.

W. quiere decirle que él no está al tanto de nada. No ha visto ninguna caída. Ni ninguna otra cosa.

Pero el joven doctor pasa enseguida a otra cosa:

Dime, Woyetz, dice. ¿Tú crees en Dios? Sí, claro que crees, pero ¿estás *iluminado* en el espíritu? ¿Sabes algo *acerca de* tu fe?

Y antes de que W. alcance a decir algo o a soslayar la pregunta:

En las clases bajas es habitual sentir admiración por (cómo llamarlo) la esencia de Dios, pero también ira por lo que hace con nosotros los hombres, por el hecho de que, de forma intencionada, según parece, eleve a algunos a la categoría de ángeles y transforme a otros en bestias.

Me he fijado en el interés que despierta en ti este mueble, Woyetz, dice, y se levanta de pronto y abre las dos puertas.

Ahí está de nuevo esa sonrisa dentada y, en los ojos, algo que debería haberle infundido pavor ya entonces. Pero por el momento W. solo tiene ojos para el escritorio.

Más adelante le costaría explicar, y en particular a Clarus, lo que vio allí dentro en realidad. Como si el recuerdo de lo que presenciado fuera desapareciendo en el mismo instante en el que se revelaba. O como si lo que veía no estuviera destinado a ser visto en absoluto. Aquello que alberga la cara interna del mundo tal vez no esté hecho para el ojo humano. Esos objetos pertenecen al reino del espíritu, y si uno carece de las palabras adecuadas y si no sabe nada del orden en que deben colocarse esos objetos y si carece de los instrumentos para colocarlos así, es como si los objetos tampoco quisieran ser observados de verdad.

Materia angélica, habría podido decir él. A pesar de que cada una de las cosas que vio era lo bastante concreta, descansando tranquilamente en sí misma igual que la sombra descansa en la luz que la proyecta.

Mientras se lo enseñaba, el joven doctor le contó que había sido un pariente suyo, un príncipe Von Schönberg-Waldemburgo, quien a final del siglo anterior empezó a coleccionar objetos de la naturaleza a una escala bastante modesta. Después recibió la ayuda de un boticario de

Leipzig llamado Reichel y de un panadero de nombre Oberländer, que donó una gran cantidad de huevos de ave para la colección. Aquí hay algunos, dice el joven doctor, y le muestra tres huevos de codorniz en una cesta de mimbre. Sostiene uno entre las yemas de los dedos. Mira qué pequeño es, y aun así tiene bastante espacio en la parte superior para dar cabida a todo un continente.

El joven doctor le muestra unas algas marinas secas: una onda rígida, detenida en medio de un movimiento de lo que en su día fueron velos de perlada espuma convertida en burbujas al secarse. También le muestra unas cañas cuidadosamente reunidas en manojos atados, con un cinto como un nudillo alrededor de cada frágil tallo.

El joven doctor abre otro cajón numerado en el que guarda frascos de farmacia, anchos y de color marrón. Pero también la sal que se esparce en la palma de la mano tiene distintos colores: rojo, pardo, ocre. Hay además un vaso con una sal que es totalmente blanca, una sal que, dice, procede de las playas de un mar muerto, delicada y fina como la tiza.

Y todo el tiempo, mientras va abriendo compartimentos y cajones, le va explicando a W. por qué no puede separarse del escritorio:

Es algo así como un magnetismo. ¿Estás familiarizado con ese fenómeno, Woyetz? Como cuando el eje de la tierra nos atrae hacia sí y nos mantiene derechos solo en virtud de su peso infinito. Se diría que yo estuviera unido a este mueble por la misma fuerza. Con apartarme solo un brazo de ese eje, me atraviesa un aturdimiento, pierdo el conocimiento y me desplomo. Es curioso que podamos estar hechos de un modo tan penoso, aunque tan sensible al mismo tiempo.

Pero vamos, Woyetz, le dice luego a W., como si de pronto se arrepintiera de tan sincera confesión. ¡Acércate bien que puedas verlo!

El joven doctor saca una llave del bolsillo del chaleco y la sostiene en alto un instante como para mostrársela, luego la introduce por el ojo de la cerradura de uno de los cajones, también este con guarnición de nácar, pero, a diferencia de los demás, de forma estrecha y alargada. Del fondo del cajón saca lo que W. toma primero por un puñado de cartas, enrolladas y sujetas por una cinta de seda. El doctor suelta la cinta y despliega los folios, cada uno enrollado en el anterior. Le entrega a W. uno de ellos al tiempo que dice:

No te dejes amedrentar ahora, Woyetz, así es como nos ha creado Dios, ni más ni menos.

El folio contiene un grabado o algún tipo de aguafuerte. Encuadrado en un marco en el centro posa un grupo compuesto de dos mujeres semidesnudas y un hombre, junto a un mueble que se parece al escritorio. El hombre está sentado en una silla delante del tablero, o quizá más bien está sentado a medias, puesto que tiene que estirar y girar el cuerpo para alcanzar con la cara el alto pecho que le está ofreciendo la mujer que hay a su derecha. A la izquierda se encuentra la otra mujer, de pie, con una mano alrededor del sexo rígido del hombre y la otra alrededor del suyo, con el pulgar y el índice colocados más o menos como si rodearan un ojo y los otros tres —corazón, anular, meñique— estirados como para dar una

señal al espectador.

W. siente un nudo en la garganta, pero no se atreve a tragar.

Quiere devolverle el folio con la ilustración enseguida, pero el joven doctor no alarga la mano para cogerla. Lo que sí hace es sacar otra llave, que abre otro cajón, y no tarda en entregarle otro dibujo. Por un instante cree que las figuras que se ven en él son las mimas, solo que totalmente vestidas. En realidad son dos, no tres, los personajes; y sus posiciones se han invertido por completo. En esta ocasión es la mujer la que está sentada delante del escritorio y a su lado tiene a un niño de cinco o seis años con el pelo largo y rubio que le cae rizado sobre un alzacuellos de gorguera algo anticuado.

Acércate, le dice el joven doctor al ver que W. no se aparta. ¿Ves el medallón que lleva el niño al cuello?

W. le dice que sí. El joven doctor abre entonces una caja y saca el mismo medallón, colgado de una cadenilla. Abre la tapa del medallón.

¿Ves la imagen que tiene grabada?

Le acerca el medallón a W. En el interior se ve la misma imagen que el joven doctor acaba de mostrarle, y también ahí se ve al niño con el medallón colgado del cuello. Lo cual resulta harto curioso. W. se inclina para examinar la imagen más de cerca. ¿Habrá acaso en el medallón del niño de la imagen una imagen de una mujer con un niño que lleva un medallón? En tal caso, así podrían seguir por toda la eternidad. La idea produce vértigo.

Somos mi madre y yo, dice el joven doctor, y apenas ha logrado W. tomar conciencia del hecho cuando el joven saca otra caja, esta vez no mucho mayor que una cajita de un botón. De ella saca un anillo.

Y este, dice, es su anillo de boda.

El joven doctor sostiene el anillo a la luz. W. alcanza a ver que tiene una piedra no muy grande engarzada en el centro.

Fue propiedad de mi padre en su día. Se lo quitó a mi madre del dedo mientras yacía muerta en la habitación de arriba. Ahora lo he recuperado.

Con un movimiento brusco cierra la mano protegiendo el anillo y sonríe con esa extraña sonrisa suya mostrando los dientes sin alegría.

Todo lo pienso recuperar. Todo lo que es mío. Y tú vas a ayudarme.

Eso es todo, añade, casi como una reflexión irrelevante.

Ya puedes irte, Woyetz.

W. se marcha. Pero antes de abandonar las dependencias de los señores se vuelve una última vez. Al fondo, en el límite de la estrecha franja de luz que entra por la abertura de las habitaciones, ve al joven doctor sentado delante de su escritorio. Aunque vuelve a estar de espaldas, con todas las puertecillas y cajones abiertos, como el organista ante el gran órgano de

la iglesia.

Tras una breve pausa, siguen cayendo las lluvias, perdurables, impenetrables, y el joven doctor prosigue su inquieto deambular por las habitaciones desnudas de chimeneas apagadas: con la cara gris plomizo, como si no fuera más que la imagen de un fantasma en las ventanas desintegradas por la lluvia masiva.

Es al padre al que está esperando, está esperando algo parecido a una conversación con él o una decisión suya definitiva. Pero el padre solo se presenta a horas intempestivas del día, imposibles de prever, y si el hijo le hace compañía durante una de las comidas apresuradamente dispuestas por el servicio, el padre rara vez se toma tiempo para hablar con él, sino que se dedica como siempre a leer y a hojear alguno de los libros y revistas de la pila que tiene al lado, luego se levanta raudo y dice que tiene que marcharse.

A veces la llegada del padre se retrasa hasta altas horas de la noche, o incluso hasta la madrugada. En una de esas ocasiones oye W. un día el resonar de sus voces, primero desde el jardín, luego escaleras arriba en dirección al salón. En uno de los espejos del comedor logra distinguir un fugaz atisbo de los dos al pasar, y nunca ha sido el contraste entre los dos, el omnipotente y el impotente, mayor que en ese instante. El padre se encuentra delante de la cómoda totalmente equipado para montar a caballo, mientras que el joven doctor aún va en camisa de dormir. Pálido y ojeroso, como si llevara varios días en vela, se va agarrando a las paredes y los marcos de las puertas al mismo tiempo que, indeciso y cauto, se va acercando a su padre, que no hace amago de haberlo visto siquiera.

La conversación trata de dinero. De ahí los términos cada vez más airados y categóricos del hijo, que dice que le es imposible continuar con sus estudios y que pretende alistarse en el ejército, con lo que solo consigue provocar breves resoplidos súbitos de burla por parte del padre. Qué, un cobarde como tú, no te querrá nadie. A lo que el hijo responde que ya no aguanta más. Dado que no posee la fuerza necesaria por sí mismo, tendrá que someterse a algún orden externo. ¿En qué bando, si puede saberse?, dice el padre, como si no hubiera oído nada. Solo existe un bando, dice el hijo: el que combate la tiranía y el absolutismo que tú llevas sirviendo toda la vida. ¿Y morir masacrado como un perro?, pregunta el padre con sarcasmo. ¿Eso es lo que quieres? ¿Qué diría tu madre?

Al mencionar el nombre de la madre es como si el hijo se debilitara de pronto por dentro. Le cuesta respirar y se agarra con las dos manos a la jamba de la puerta.

Cobarde, le dice el padre cuando pasa y se aleja entre el resonar de las botas.

No llegan a pasar más que unos minutos cuando suena la campanilla del servicio, y cuando W. aparece corriendo, el joven doctor ya está recogiendo sus pertenencias. Le ordena que enganche el caballo y que traiga el coche hasta la entrada y que saquen el escritorio y lo carguen enseguida. Poco después detiene Metzger el coche delante de la puerta, y nunca ha resultado el escritorio tan aparatoso y pesado como en ese momento. Hacen falta seis hombres para sacarlo, y W. está horrorizado de pensar en cómo se las arreglarán para subirlo a la residencia de la profesora, cuando solo queden Metzger y él para llevarlo sobre sus pobres hombros.

La madrastra ha salido con los dos niños para despedirse.

Los criados también se han alineado allí, todos mudos como estatuas. El padre no está.

Como sea, el joven doctor está muy deseoso de partir. Apenas han colocado el escritorio en el techo del coche cuando ya está llamando a Metzger para que se siente y coja las riendas. Sin embargo, no han llegado más allá del pórtico y otro carruaje que pasa por allí a toda velocidad obliga a su caballo a retroceder, el animal baja la cabeza y casi se encabrita. Entonces se inclina el coche a un lado, y antes de que ninguno de ellos pueda intervenir, y menos que ninguno W., que tiene tarea sobrada con sujetarse, el mastodóntico escritorio empieza a deslizarse y se estrella en el suelo con un estruendo espantoso. Desde lo alto del techo, W. ve cómo se abren las puertas de madera, que habría sellado si no hubieran tenido tanta prisa, y todo aquello que el joven doctor había ido coleccionando sale disparado. Los huevos de ave, las conchas, los cofres de nácar, las plumas de pavo real. De la grieta que, en la caída, se forma en el armario de arriba abajo cae también una gran cantidad de copas de cristal y cubiertos de plata que, la última vez que W. los vio, estaban colocados en la mesa del salón. Al igual que algunos adornos de la pared, un tapete de una mesa, una jarrita de plata y un espejo de mano con incrustaciones de nácar.

De pronto W. comprende varias cosas al mismo tiempo. Se da cuenta de que la primera parada en Dessau no fue ni mucho menos casualidad, que seguramente Schwalbe ya le ha comprado antes género al joven doctor, y que por eso durante el viaje a Waldemburgo no paraba de quejarse del judío prestamista por no haber pagado la cuenta cuando, en justicia, pensando en el trabajo de costura que le había hecho W., debería haber sido este quien cobrara. (Él, por su parte, no había visto un *groschen*.) También cree que ahora comprende por qué los anteriores ayudantes de cámara que ha tenido el joven doctor «han salido corriendo» uno tras otro. No es de extrañar, cuando uno se ve obligado a ayudar a su amo en el transporte de objetos robados.

A esas alturas, ni siquiera el personal de servicio logra ocultar su estupefacción. El ama de llaves se lleva al patio a una doncella y trata de reunir en el hueco del delantal algún que otro

chisme, pero la madrastra las detiene con un vigoroso movimiento autoritario de todo el brazo, como si el pórtico y todo el patio se hubieran transformado de pronto en terreno apestado.

En el pescante está el joven doctor, y se diría que acabaran de sacudirle en la cara. Trata de sonreír, pero esa sonrisa que tan cautivadora puede ser en condiciones normales no es ahora más que una mueca llena de dientes. Ordena a W. y al cochero Metzger que vuelvan a subir el armario al coche, cosa que consiguen después de mucho tira y afloja y ante la mirada muda de los criados, y sin siquiera aparentar que recogen y atan bien el mueble parten a toda velocidad por la pendiente del castillo. Luego giran en dirección a Kirchplatz y salen a la carretera principal en dirección a Chemnitz.

Sin embargo, no vuelven a Chemnitz. A tan solo un breve trecho de Waldemburgo, el joven doctor ordena al cochero que ponga rumbo al sureste, en dirección a Stollberg. W. va sentado en la parte trasera del techo, y trata de sujetar un armario que ya no vale la pena sujetar. En el pescante ve que Metzger se vuelve con cara de sorpresa.

¿Por qué tomamos este camino, señor? No lo entiendo.

Pero el joven doctor está sentado totalmente encogido con los brazos muy apretados alrededor del cuerpo y no está en condiciones de que le dirijan la palabra.

Cruzan zonas antaño dedicadas a la extracción de lignito. Las minas a cielo abierto son grandes bocas en el paisaje, con lagos de agua de lluvia entre las laceradas crestas de la colina, algunas de las cuales se dirían cortadas por el centro con unas tijeras gigantes. Después de unas horas de viaje, el paisaje empieza a presentarse más recortado y la carretera discurre por empinados tramos a lo largo de la prolongada pendiente de una montaña. Ya aparece el camino flanqueado por un bosque de abetos. Cuanto más suben, más parece clarear el cielo. Pero es una claridad traicionera. La lluvia arrecia, más bien, y cuando el cinturón del bosque se aligera, los azota como una vela al viento, que, allí arriba, es caprichoso: una abundante lluvia gruesa, cargada de su propia humedad, gélida y penetrante cuando le salpica en plena cara a W., que se encoge bajo el cuello de la chaqueta, sin mirada y con las manos debilitadas de frío.

Paulatinamente, la carretera deja de ser carretera y se convierte en un lodo lleno de baches mezcla de granito y barro, y él y Metzger tienen que salir y empujar el coche por detrás. Al ver que ni el coche ni el caballo se mueven del sitio, el joven doctor se vuelve al equipaje que está amarrado detrás del pescante, coge un fusil y le dice a W. que lo siga.

Se lo dice sin mirarlo.

¿Adónde vamos?, dice W., pero el joven doctor no responde.

Caminan sin pronunciar palabra, el joven doctor media docena de pasos por delante, como si tuviera a la vista un objetivo concreto, a pesar de que es imposible distinguir nada. Lo único

que se oye es el sonido de las masas de lluvia que el viento empuja contra el suelo desnudo, cubierto apenas de hierba. Un grupo de árboles se divisa en la niebla, y acierta a pensar que por fin puede haber una oportunidad de resguardarse del viento y la lluvia, pero una bandada de cornejas echan a volar chillando por el aire y el árbol desaparece. Como si las cornejas se hubieran hecho pasar por árbol.

Todo es, así, apariencia y desintegración. Bajo sus pies, el suelo embarrado ha dejado de sustentar sus pasos. Tropieza, agita los brazos para no caerse. Con todo, el joven doctor no parece incomodado. Habla con una melancolía afectada, morosa, sobre la peste ovina que arrasó en las montañas hace unos años y que tanto afectó a los ganaderos de la región. Tuvieron que sacrificar a todos los animales, no eran comestibles, dice el joven doctor, y es como si la lluvia le hubiera vaciado de carne la cara por completo y solo quedaran a la vista los huesos desnudos; los huesos y la tenue sonrisa. Máscara y cráneo en uno.

Dime, Woyetz, tú que sabes dibujar, ¿cómo representarías esto?

Están en lo alto de algo que, en la penumbra lluviosa, ha tomado al principio por una pendiente, pero que de cerca se ve como una larga grieta o depresión en el suelo. Es como si el paisaje hubiera renunciado de pronto a sí mismo: las rocas están esparcidas por una zona que puede ser tan grande como una plantación o como varias plantaciones, en la bruma no se ve el fin; la piedra, cubierta de algo que se asemeja a una capa como heridas de lepra o de otra enfermedad. Aquí y allá se atisban restos de huesos, extrañamente blancos y brillantes bajo la luz mate y gris de la lluvia.

A W. le tiembla todo el cuerpo, como si el crudo frío que emana del lugar se le hubiera metido en el tuétano. A su lado, el joven doctor sigue perorando sobre cómo sacrificaban a sus animales los dueños de las ovejas. No solo tuvieron que perder la vida las que contrajeron la peste. También a todas las hembras inútiles que no podían tener crías y cuyas ubres se habían inflamado las trajeron a este lugar, las degollaron y las dejaron desangrarse.

La ponzoña se aprecia aquí, tú mismo puedes verla, Woyetz.

Pero W. ha dejado de escucharlo, se limita a ver cómo gesticula el joven doctor con el fusil en la mano. ¿Para qué lo querrá? No puede decirse que se encuentren en una región apropiada para la caza. ¿Habrá perdido el joven doctor por fin la paciencia con tan distraído y negligente servidor? ¿Pensará que el criado ha visto demasiadas cosas que no deberían haberse desvelado y tiene intención de librarse de él igual que se libra uno de un perro? ¿Y quién encontrará el cadáver aquí arriba? El joven doctor bien puede decirle a Metzger que W. se ha ido corriendo. Tal como se fueron corriendo todos los demás sirvientes.

¿Qué sitio es este?, le dice en un susurro.

Aquí en la región lo tienen por una trampa de aves rapaces, dice el joven doctor. ¿No ves los pájaros, Woyetz, cómo vuelan en círculos allá arriba? Están siempre en guardia. No hacen distingos entre vivos y muertos. Entre animales y personas tampoco, por otra parte.

W. no se atreve a mirar al cielo, no se atreve a mirar a ningún sitio.

Este lugar es como mi enfermedad, Woyetz, oye que le dice el doctor, que está a su lado. Así es como soy yo por dentro. Nada puedo llegar a ser con mi tormento, ni militar ni médico. Y todos tenemos que servir, ¿no es cierto, Woyetz? Servir al menos para algo. Y a los que ya no valen para servir, los traen aquí.

Vamos, ventilemos esto cuanto antes, dice, y W. oye cómo levanta el fusil cargado. Espero que la pólvora no se eche a perder con esta humedad.

Al oír esas palabras es como si a W. se le doblaran las piernas. Pero, en lugar de notar la gélida boca del fusil en la nuca, siente que el joven doctor le pone algo en el regazo. Cuando abre los ojos, ve que se encuentra a su lado a cuatro patas. El primer pensamiento de W. es que ha vuelto a darle un ataque. Así que arroja el fusil, que, curiosamente, queda entre los dos, y trata de levantarlo agarrándolo por los hombros, pero solo consigue que el joven doctor lo aparte furibundo de un empujón.

¡SUÉLTAME, MALDITO COBARDE, TIENES QUE DISPARARME!

W. lo suelta. Por un momento, lo único que se oye es el ruido de la lluvia que se filtra por el musgo y la hierba ya empapada. El doctor sigue a cuatro patas; de pronto se yergue y el aliento queda flotando como una nube delante de la boca desencajada:

¡ERES UN SIRVIENTE, TIENES QUE HACER LO QUE TE DIGA! ¡VAMOS, DISPARA!

Con movimientos incontrolados, recoge el fusil del lugar adonde la ha arrojado W., agarra el cañón con las dos manos y agita el arma como un bate contra la cabeza y los hombros de W., que siente un golpe justo detrás de la oreja. Luego no siente nada más, solo sabe que está tendido boca arriba con las manos en la piedra húmeda y arañada de la roca.

La lluvia parece haber aflojado un poco. Es su último pensamiento antes de que la inflamación de dolor en la nuca empiece a crecer y termine hundiéndolo como en un profundo y sucio abismo.

Da la sensación de que haya transcurrido una eternidad, pero quizá sean solo unos minutos. De muy lejos se oye la voz del joven doctor: ***Metzger, tienes que darte prisa, no sé qué he hecho,*** y el cochero le grita algo ininteligible por respuesta. Quizá se dirija hacia ellos, quién sabe. W. quiere levantar el brazo y avisar a los que se acercan corriendo, como si él, en calidad de abatido, tuviera la obligación de señalar cuál es su situación. Pero no es capaz de levantar un solo miembro. Así que se queda mirando al cielo, que se abre sobre él como un hondo pozo, y ahora sí que ha aflojado la lluvia, porque en lo alto ve dos aves de rapiña volando en círculos, como si estuvieran crucificadas.

Pacientes, de un lado a otro, vuelan dando vueltas bajo el cielo.

No sabe señalarle a Clarus exactamente cuánto, pero algún tiempo después W. vuelve a Leipzig y entra a trabajar de palafrenero de Hornig, el consejero de Barneck. En casa del consejero no está permitido que el mozo de cuadra y el palafrenero se mezclen con el resto del servicio. Como sea, W. no puede apartar de la memoria el recuerdo de cómo era vivir en la casa de un señor, servir al joven doctor y escuchar sus extrañas disquisiciones, y no puede dejar de pensar en el prodigioso escritorio que se partió por la mitad y en cómo quedó a la vista todo aquello que no debería haber quedado a la vista y en cómo la gente rica también puede tener secretos vergonzosos.

Ahora W. tiene cama en casa del cardador Richter y su hijo, en una cabaña enfrente de la suntuosa residencia de Hornig, pero pasa la mayor parte del tiempo en el desván que hay encima del establo, donde Anton Heuss, el cochero del consejero, se ha adaptado una vivienda sencilla.

Heuss es viudo desde que, no hace mucho, perdió a su mujer y a su hijo en el parto, y aunque algo introvertido en el trato, es un hombre diligente y honrado, cumplidor y querido por todos. W. ayuda a Anton a limpiar el establo y a reparar los jaeces por las noches y, a cambio, comparten una botella cuando el cochero tiene alguna a mano. Tiene conocidos aquí y allá, en los lugares de la zona a los que lleva al consejero y a su familia, y cada vez que vuelve de hacer algún recado trae una buena historia que contar. Pero no es un hombre entrometido. Pueden guardar silencio juntos durante horas, cada uno ocupado en lo suyo. El alcohol y los animales del establo, el olor y el calor de la paja y del cuerpo de los caballos tienen algo que hace que el sueño del pensamiento se ensanche casi hasta convertirse en un placer para él. A veces entablan una conversación por la noche, y entonces puede ocurrir que le hable a Anton Heuss de su puesto de interno con el viejo fabricante de pelucas Knobloch, del prestamista judío de Dessau y de otros señores que ha tenido en Berlín, en Breslavia y en Teplice.

Heuss le pregunta qué le parece estar al servicio del consejero, y qué opina de los que sirven en la casa, si hay alguien en Barneck que pueda acogerlo a él, que tanto ha viajado, y quizá W. se muestre poco cauto en ese momento, quizá sean solo el alcohol y lo agradable que es la compañía de Anton Heuss, lo cierto es que no puede evitar mencionar el nombre de la joven señorita Schindel.

Luise Schindel es la hijastra del cardador Richter, y trabaja de criada en casa del consejero. No es bonita, más bien tosca de formas y de piel rojiza. Pero tiene una sonrisa preciosa, que despliega como una flor. En cuanto posa en ella su mirada, la muchacha sonríe: sin pensarlo, al parecer, y sin timidez. Es como si bastara que él entre en la habitación donde ella se encuentra para que se le ilumine la cara desde dentro con la sonrisa. W. piensa en ella a menudo y se imagina que sonríe solo para él y con el tiempo se va volviendo cada vez más torpe en su compañía, y eso la mueve a risa.

Un día la muchacha le pregunta por qué se pasa todo el tiempo en el establo y no con su padrastro, donde tiene cama.

Resulta que todo el mundo sabe que Richter trata mal a la gente, no solo a sus sirvientes, sino también a su propio hijo, a su mujer y a la hija de ella. El cardador Richter ha nacido retorcido, lisa y llanamente, es una persona que no pierde ocasión de lamentarse de todo y de todos, que siempre lleva la contraria y que nunca halla satisfacción en nada. De su hijo Joseph se queja sin cesar, a pesar de que es listo y diligente. Pero también Joseph se ha alejado, trabaja de aprendiz de carpintero en un pueblo vecino y no aporta por casa más de lo necesario.

Pero no le dará vergüenza estar en su compañía, ¿verdad?, le pregunta Luise, y lo mira con su hermosa sonrisa, ¿y qué puede responder él a eso, salvo que rara vez la ve porque ella trabaja dentro por lo general y el consejero le tiene prohibido a los de su condición cruzar el umbral de la casa?

Un día, llegando el invierno, está decidido que Luise vaya a Burschendorf para ayudar en la matanza, y él insiste en acompañarla hasta que lo consigue. Heuss lleva el coche de dos caballos, y ellos dos van sentados en la trasera del carro, balanceando las piernas. En los bosques ha empezado ya la caza del faisán, y se puede oír el estallido nítido y sordo de los disparos de las escopetas entre los árboles, lo que le trae de nuevo a la memoria al joven doctor. Una vez, dice, estuve sirviendo con un joven caballero que guardaba los huevos de mil aves distintas en un armario que tenía. También huevos de pavo real: las aves más hermosas de la tierra. Ella solo las ha visto dibujadas en un libro, le dice. Y él responde entonces que el joven caballero solía ir a una finca que estaba llena de aves así. Los machos desplegaban la cola y era como si tuvieran ojos en cada una de las plumas, pero los colores eran hermosísimos, como el nácar y la turquesa, y de un azul que no se parecía a nada que él hubiera visto antes.

Ella se anima al oírlo contar todo aquello. Le coge la mano, aunque tal vez no sea más que para sujetarse en medio del traqueteo del viaje, y le dice que tú que eres tan mañoso, ¿no podrías hacerme uno?

¿Un pavo real?, pregunta.

Sí, tienes unas manos muy bonitas, Woyzeck. Seguro que sabes hacer cosas preciosas.

Y así empieza; así empieza esa historia de amor y vergüenza y de esplendor de plumas

ajenas:

De Joseph Richter ha conseguido una buena pieza de madera de álamo que él corta y lija hasta formar el cuerpo del ave. La madera de álamo es suave y flexible, no es resinosa. Además, es fácil trabajar con ella. Dedica todo el invierno a lijar el cuerpo, tan absorto en el descanso de la tarea que las suaves vetas de la madera se acompasan a los movimientos de su cuerpo hasta las yemas de los dedos. También las plumas de la cola, que han de ser dieciocho, las fabrica de madera de álamo y las va uniendo unas a otras hasta formar un abanico. Y para que se puedan abrir, ha hecho primero un modelo de cartulina rígida, que se despliega y se cierra de nuevo gracias a un cordel atado a la parte inferior del cuerpo del ave. Le muestra a Heuss varias veces cómo ha ideado que funcione la cosa, y Heuss masca tabaco pensativo, pero no dice nada. Lo más difícil es igualar los colores. Los colores no pueden ser demasiado brillantes, tampoco demasiado claros, porque entonces resultan frívolos. Y hay que evitar que se resequen y se rajen, porque entonces el ave perderá su esplendor.

Todo eso habría podido producirse de forma totalmente natural y habría sido normal si él no hubiera tenido que correr a la casa cada dos por tres para pedir ya una cosa, ya la otra, todas necesarias para la fabricación del ave. Y le ponen un nombre. Se convierte en el Tonto del Pavo. Se conoce que el Tonto del Pavo cree que basta con hacer una talla para pasar a la petición de mano, dicen. Desde las ventanas de la casa miran hacia las caballerizas, donde el Tonto del Pavo ha colocado un banco de trabajo. Grupos de niños curiosos se arremolinan alrededor cada mañana, y el cochero Heuss tiene que espantarlos, aunque luego ve que siguen fisgando a unos veinte metros de allí.

Naturalmente, está más que claro quién se supone que es la destinataria. La joven señorita Schindel se ríe cuando le preguntan por el galanteo, pero es como si su sonrisa se hubiera vuelto de pronto fina y frágil como el cristal.

Durante el invierno y la larga primavera que le sigue, los dos que antes todos consideraban prácticamente prometidos apenas se ven. Es como si la creación del ave los hubiera reemplazado a los dos. Por las noches se despierta y va de un lado a otro con grandes zancadas señoriales y barre el suelo de las caballerizas con el plumaje aterciopelado de su cola. También el cochero Heuss, que antes contemplaba el espectáculo con cierta indiferencia, baja inquieto al taller y alumbra con el farol las muchas plumas de la cola y del cuerpo que hay extendidas en el suelo, una capa tras otra de plumas finas y flexibles, cada una de ellas destinada a un lugar concreto del cuerpo del ave. Trata de conseguir que su joven protegido cambie de idea. A las mujeres les encantan los adornos y las baratijas, le dice a W., pero esto no sé yo muy bien

cómo lo va a encajar.

También Joseph Richter, el hijo del cardador, se presenta una mañana en el establo y duda a la hora de decir lo que ha ido a decir. ***Venía de parte de mi hermana, que gracias, pero que no lo quiere.*** Claro que para entonces el pavo está prácticamente listo, ¿a qué dice ahora que no? Ya está ahí: una imagen terrible con el pico abierto para dar uno de los gritos que emiten esos animales y que parecen gritos de muerte, con la cola desplegada en toda su longitud: un cielo formado por un pavo real lleno de ojos curiosos que miran fijamente desde su impenetrable espacio azul turquesa.

El día en que debía entregarse el regalo el barrio entero está en pie, el aviso ha ido circulando de casa en casa y por todas partes, detrás de los árboles o en los almacenes, en las ventanas, en escaleras y zaguanes hay gente con la mirada puesta en la residencia del consejero Hornig.

Woyzeck aparece en el patio del establo con el regalo cubierto por un paño.

Es como cuando una orquesta está tocando y de pronto deja de tocar.

Mira, ahí viene el Tonto del Pavo, dice uno, y en medio de un silencio reverente al principio, se oye a alguien reír, primero bajito, luego (cuando otros lo secundan) más fuerte.

Y toda la vergüenza y el respeto se esfuman súbitamente, la gente empieza a darse codazos y todos se acercan agolpándose y muy pronto están los mirones apiñados en una masa semoviente de espectadores a modo de séquito del solitario W., que ya ha subido a la escalera de la entrada de Richter.

No acaba de llamar y de dar un prudente paso atrás cuando la puerta se abre de golpe y aparece el cardador Richter en la plenitud de su furia.

¡Ven, que te vas a enterar, mira que convertir a gente de bien en el hazmerreír!, dice al tiempo que le arranca al pretendiente el pájaro de un manotazo. Luego va tras él, ya apaleándolo, ya empujándolo para que retroceda hacia la explanada, hasta que tropieza y cae y, para librarse de las duras patadas que le está propinando con las botas, se va apartando hacia el lugar donde ha ido a parar el pavo real. Luise, pálida como la cera, asoma por detrás de su furibundo padrastro. Al verla, W. vuelve a ponerse de pie y agarra con las dos manos la maltratada ave. No se asuste, señorita Schindel, le dice, mire qué bonito es. Pero la joven señorita se lleva la mano a la boca y vuelve corriendo al interior de la casa richteriana. El propio Richter interpreta la desaparición de su hijastra como el final del cortejo, se vuelve a la multitud y les grita ***¡fuera de aquí, malditos!***, sube hasta la puerta y la cierra de golpe.

Una semana después, Luise se marcha a Burschendorf. Ha conseguido entrar a servir allí, y no se la vuelve a ver en Barneck, en casa de Hornig. Y a él se le tiene que pasar lo del pájaro. Se lo dice todo el mundo. Incluso Heuss, cuyo consejo suele seguir. Pero no se le pasa. Al contrario, es como si estuviera sujeto al torno de un banco cuyos pernos apretaran cada vez más. En el suelo del establo está el pájaro de la vergüenza cubierto con un paño, pero él deambula de noche por los bosques. Camina por la carretera en dirección a Burschendorf con la esperanza de cruzarse con ella por casualidad. Se agazapa entre los arbustos con la mirada vuelta hacia el pabellón anejo del servicio. Si mientras fabricaba el pájaro de la vergüenza creyó que era invisible para todos, ahora es como si lo vieran en todo momento.

Y entonces sucede una vez más: aquello que lo convertirá en el hazmerreír para el resto de su vida. El andar merodeando. Observar las cosas y a las personas a distancia. El deseo de esconderse. Pero también los sueños con el escritorio: desearía que el mundo fuera como un escritorio, y que a él le fuera dado decidir cómo debía estar todo organizado allí dentro. Tendría en el interior una cama, pensaba. Una mesa y dos sillas. Una para sí mismo, otra para ella. Un cesto de mimbre lleno de sueños. La cara de Luise detrás de un biombo de hojas. La sonrisa que se abre en esa cara, como un pajarillo surge de la fronda, y que luego se extiende por el cielo entero.

Junto con Joseph Richter, sueña con huir y alistarse. Cree haberlo aprendido todo sobre Napoleón Bonaparte y sus valientes generales gracias al joven doctor. Puede que Joseph Richter sea joven, pero ya tiene el rostro marcado. Con dignidad de anciano, lo cubre de arrugas de preocupación cuando W. le confiesa el amor que siente por su hermana. Un día aparece con una llave que, según dice, abre la puerta del pabellón anejo de Burschendorf. Su hermana no lo ha rechazado en absoluto, asegura. Al contrario, aún lo aprecia y le agradará verlo. Lo que ocurrió fue que la asustó el revuelo causado por el asunto del pájaro. Y el que su padrastro le diera una tunda. Fue tal la tunda y tantos los moretones que tuvieron que llevársela de allí. Para que ni Hornig ni los demás vecinos de Barneck vieran cómo la había maltratado. Así que le dice que vaya a Burschendorf a ver a Luise, y si las cosas se complican, puede decirle que va de su parte, de parte de su hermano: en él sí confía Luise. Y a raíz de esa conversación va creciendo en W. un sueño absurdo y delirante de fugarse los tres, Joseph y él y la hermana, que luego se convertirá en su esposa para siempre.

Una noche de sábado hay baile en un mesón a media hora en coche de Burschendorf. Ya desde la orilla del camino oye cómo tensan las cuerdas de violín, un arco recién frotado con resina que están probando en el mástil del instrumento: un sonido cortante al principio que

enseguida se vuelve más blando, más dócil. Fiel a su costumbre, se esconde detrás de unos arbustos a un trecho de la pista de baile y la ve dar vueltas bajo la luz baja y endeble de la tarde. La sonrisa ya no abandona su cara. Él la reconoce en esa sonrisa, pero, como no va dirigida a él, le da la sensación de que lo que lleva es una máscara.

Aquellos con los que baila son todos de Burschendorf, o de las granjas vecinas. Pero también hay gente de Barneck. Oye reír a los dos bandos, cómo se llaman a voces, cómo se retan mutuamente. Y las muchachas pasan de brazo en brazo de las distintas parejas de baile y hay mucho griterío, pero reina una gran armonía. Hasta que los músicos no han recogido y se han marchado no se despiden los dos grupos. Pero en lugar de dar un paso al frente y descubrir su presencia ante los suyos, los de Barneck, W. sigue al bullicioso grupo que va entre risas camino de Burschendorf. Se mantiene cerca del bosque, camina por el filo de la cuneta, se hunde a veces hasta las rodillas en el fango que ha quedado después de las lluvias. Se queda rezagado en el lindero del bosque cuando toman la larga alameda que conduce a la casa. Luego espera pacientemente hasta que cesa la algarabía en el pabellón del servicio y está seguro de que todos se han ido a dormir.

Entonces saca la llave que lleva toda la tarde tanteando en el bolsillo del pantalón y trata de meterla en la cerradura, tal como Joseph le ha indicado que haga. Por más que lo intenta, no consigue que entre. Encolerizado, empieza a dar golpes y patadas a la puerta, y entonces se despiertan los perros del edificio principal y, mucho más rápido de lo que él pensaba, se presentan allí unos hombres desconocidos. Llevan candiles, y a los perros sujetos con correas, y empiezan a aporrearlo con palos y no paran hasta haberlo arrinconado en un lugar de la explanada, y sin duda que lo habrían matado a golpes de no ser porque ella se abrió paso a través del compacto muro de hombres y perros ladradores.

Ella: Luise.

Él ve su pecho subir y bajar de ira. En su rostro encendido no queda ya sonrisa alguna. W. no sabe qué puede hacer para despertarle la sonrisa de nuevo.

La gente se ha concentrado a su alrededor en un círculo, también los criados de más edad.

Es como aquella vez, cuando iba a darle el pavo real y todos se agolparon alrededor de él para mirar. Y eso él no lo puede soportar. De ninguna de las maneras puede suceder *otra vez*. ¿Acaso no es esta tu llave?, dice él entonces, y se adelanta y la sostiene delante de ella. Y de todos los demás, con codiciosa mirada.

¿Es que no creéis que esta llave es la suya? ¿Pues de dónde creéis que la he sacado?

Y entonces es como si todo volviera a ocurrir. Ahí está él, poniéndola en ridículo, exponiéndola al ridículo a la vista de todos. Una vez más, ve cómo se le eleva el pecho. Sin embargo, no aprecia ya en su cara ni rastro de embarazo, solo desprecio, y entonces vienen, vienen esas palabras, como con un resoplido malvado:

no es que… no es que no… que no tengas medida… es que estás enfermo,

Woyzeck, solo que no lo sabes…

Entonces él da un paso al frente y la golpea en la cara con la llave dentro del puño cerrado, y ella retrocede dando un grito. Se cubre la cara con las dos manos y le chorrea sangre entre los dedos. Cuando los demás se apresuran a socorrerla se forma como un claro entre la gente y él aprovecha la ocasión para soltarse y huir, pero hasta en la alameda sigue oyendo los gritos horrorizados de ella y los ladridos de los perros.

Más rápido que él corre el rumor. A medio camino de vuelta a Barneck le sale al paso el joven Richter, que le cuenta que su padre está furioso porque ha avergonzado a su hijastra y que ha enviado a la policía en su busca. Más te vale no volver más a casa de Hornig, si aprecias en algo la vida, dice Joseph. Puedo venir a traerte tus cosas mañana. Con lo que esa noche duerme debajo de unas ramas de abeto. No hace frío, pues es pleno verano, pero es tal la angustia que siente que está temblando entero. Una y otra vez se abre la sonrisa de la joven señorita Luise como un corte sangriento con sus fuertes puñetazos. Al alba ve a distancia cómo Heuss engancha la berlina y ayuda a subir a la señora Hornig, y poco después aparece Joseph corriendo con un macuto en una mano y las viejas botas de W. en la otra.

Me voy contigo, dice, y W., que ni se ha planteado que tiene que huir, comprende que es la única oportunidad que se le ofrece. Unas horas después se encuentran ya en la carretera, sin haber avisado ni haberse despedido de nadie.

Joseph sabe cómo se ponen las trampas para pájaros. Atrapan sobre todo pajarillos menudos, gorriones que en veloces bandadas sobrevuelan los campos recién arados. Recogen las presas y hacen fuego y ensartan los pajaritos en largas varillas y los engullen con huesos y cartílagos y todo. Luego prosiguen la marcha bordeando lagos que llevan la luz del alba sobre sus aguas quietas. La hora que precede al momento en que la luz cobra fuerza para levantar el día es como si caminaran por la orilla del redondel del cielo mientras la tierra se aboveda por dentro con todo su peso, aún envuelta en nebulosa oscuridad.

Diez días y diez noches pasan él y Joseph Richter en ruta, sobre todo a pie y por bosques impracticables. Finalmente, cruzan la frontera a Prusia.

Sobre el río Havel se ve el cielo lleno de pájaros.

W. está con la mano extendida y tiene plumón en el pelo y en los nudillos y entre los dedos. Sopla con cuidado sobre las plumas que tiene en la punta de los dedos y las ve salir volando. Hay, pese a todo, objetos en el mundo que son más volátiles que el aire. Cuando uno cree que ha rozado el prodigio del amor, la promesa de verse uno mismo transformado se esfuma y pasa de largo.

Unos meses después de la huida de los dos jóvenes, en octubre de 1806, Napoleón aniquila en Jena a las fuerzas del emperador austriaco y príncipe elector Federico Augusto de Sajonia. A la batalla le sigue, a mediados de noviembre, según las crónicas, una lluvia de estrellas de magnitud insólita, como si el cielo mismo hubiera sufrido un ataque de vértigo ante las victorias del emperador francés.

La oficina de alistamiento del ejército holandés consiste en unas tablas sin desbastar sobre dos tocones en una finca rodeada de casas de entramado junto a la calle Grosse de Grabow. Una veintena de reclutas jóvenes, en su mayoría ciudadanos de Mecklenburgo, pasan frío haciendo cola delante de la mesa de tablones. Detrás está sentado el consejero de guerra Grebstock junto con el encargado del reclutamiento, y detrás de ellos hay un soldado francés. Se supone que su cometido es procurar que no haya desorden en la cola, pero parece más interesado en hablar con sus compañeros, que están sentados dándose un atracón en el mesón que hay a unos metros de allí. La lengua que hablan los franceses se compone de largas palabras incomprensibles masculladas abigarradamente una tras otra formando interminables retahílas, y ni él ni Joseph entienden una palabra mientras esperan agolpados en la cola, salvo quizá los insultos, que parecen sonar igual en la mayoría de los idiomas.

La ciudad está llena de franceses. Vigilan el transporte de tropas y munición que avanza por la calle principal. Además, los soldados hacen compras generosas a los mercachifles que pasan por las filas de los mandos vendiendo tabaco o a los barateros que han llegado hasta allí con sus carretillas o a los campesinos que han acudido con pan, verduras y frutas, bienes que anuncian con voz alta y chillona en cada esquina que recorren las tropas. Es como si la guerra creara un tipo particular de orden donde todo se mezcla y donde la sobreabundancia es la única medida de todas las cosas: algo parecido a una exaltación que solo puede aplacarse con más excesos, como una fiebre que no quiere abandonar el cuerpo a pesar de que el cuerpo mismo se consume con ella.

También el consejero de guerra Grebstock, cuyo cometido es procurar que el reclutamiento se produzca como debe ser, se deja persuadir y prueba lo que el mesón tiene que ofrecer y no hace ascos a un trago más de aguardiente, que le ofrecen en una copa de licor. De vez en cuando, quizá sobre todo por guardar las apariencias, se inclina sobre el registro que el reclutador tiene abierto e introduce una nota, pero siempre después de haber retirado cuidadosamente los cubiertos y de haberse limpiado la boca con la servilleta. El reclutador tampoco parece tener prisa: todos aquellos a los que reciben deben quedar incluidos en los libros con el nombre de pila, el lugar de origen y el nombre del padre y de la madre. O quizá sea que la guerra crea su propia cronología, en la que la distancia entre la vida y la muerte carece de sentido. El único tiempo que cuenta es el que transcurre desde que el recluta se

coloca al final de la cola hasta que, tras mucho empujón y mucho exabrupto de los demás aspirantes, llega a la mesa y puede por fin dar su nombre, escrupulosamente traducido por Grebstock si el reclutador no lo entiende, para que quede inscrito en último lugar, después de todos los demás nombres que ya figuran ahí y cuyo destino ha quedado decidido con tinta y sello.

El consejero de guerra Grebstock es un hombre escuálido y arrugado con un claro perfil de águila, pero con ojos amables. Cuando se inclina sobre el plato y la copa, la coronilla le reluce blanca como la porcelana bajo los finos cabellos que se ha peinado hacia delante para cubrirla. De vez en cuando hace algún comentario si ve de pasada alguno de los nombres que el reclutador se esfuerza en escribir correctamente.

Así que quieres ser soldado, Wojtschek. ¿Cuáles son tus méritos? ¿Sabes cómo se maneja un fusil?

Sin embargo, no levanta la vista mientras pronuncia esas palabras, pues lo que está diciendo no es una cuestión para la conciencia, sino para añadir al registro o para la eternidad. Luego vuelve a echar mano de la alta copa alargada y le indica al camarero que quiere más aguardiente.

Una semana después, el joven Richter y él deben presentarse a la intendencia provisional junto a la posta al otro lado del recién construido puente de piedra. Les entregan los uniformes y un brigada holandés les enseña cómo han de llevar el sombrero y doblar la ropa. Acto seguido, todos los reclutas deben alinearse y marchar hasta un campo de tiro situado en la parte trasera de la gran fábrica de cerveza de la ciudad, donde aprenderán a manejar el fusil, cómo se monta y se desmonta la bayoneta, cómo se saca el cartucho de la bolsa y cuál es la forma más sencilla de cortar con los dientes el cartucho e introducir la bala y la pólvora en la boca del cañón con la baqueta. Luego siguen cinco días de prácticas. Solo después de esos cinco días los conduce el mando holandés, un capitán llamado Van Heusen, en dirección al frente sueco con el fin de reforzar el sitio francés de Stralsund.

Ya ha llegado el invierno. El aliento sale humeante de la boca de los oficiales y el cuerpo de los caballos despide vaho. Acampan al raso a apenas tres mil metros de las murallas de la ciudad. Cuando está despejado pueden entrever los muros de la fortaleza como un espejismo azul oscuro sobre el llano cubierto de nieve. De vez en cuando les disparan los cañoneros suecos fondeados allí y, aunque los disparos rara vez alcanzan nada más que territorio boscoso y zonas de campo abierto, el desaliento se extiende entre las tropas. Corre el rumor de que es inútil sitiar la plaza. Dado que los suecos tienen Rügen bajo control, reciben munición y artículos de

primera necesidad para sus tropas, y los franceses lo saben, puesto que han retirado sus efectivos para luchar contra los prusianos en Danzig, mientras los holandeses tienen que defenderse como puedan del fuego sueco.

Pero los días de frío cristalino en los que es posible apuntar a algo o distinguir siquiera un objetivo en el horizonte escasean. Por lo general, toda la costa está envuelta en una bruma gris, y entonces no se ve nada, ni la vaga imagen de los muros ni el enemigo, solo el ruido de los soldados trajinando con los macutos y las cantimploras, y el chirrido constante de las ruedas de los coches cuando la artillería se reagrupa o avanza.

Entrenan en un campo vacío, solo rodeado de una niebla tan densa que apenas consiguen distinguir el contorno de los compañeros. Por la mañana temprano de uno de esos días grises de entrenamiento oyen a un correo que se acerca galopando a toda velocidad. Trae un mensaje del Estado Mayor. Hay que levantar el sitio. Deben retirarse de sus puestos de inmediato.

Durante dos días enteros marchan sin tener claro ni en qué dirección ni por cuánto tiempo, perseguidos por el rumor de que los suecos les van pisando los talones y de que pueden atacar en cualquier momento o incluso estar al acecho más adelante por el camino, algo que los oficiales se obstinan en negar. Cuando por fin alcanzan el río Peene, la compañía está desorganizada. De los soldados con los que acampó al raso solo queda uno algo mayor, y todos los mandos, incluido el alférez, han desaparecido. Tampoco hay rastro de Joseph por ninguna parte, y ninguno de los compañeros con los que habla lo ha visto.

Esperan unas horas, sin saber si deben acampar y aguardar al resto de la tropa o si será mejor tratar de cruzar el río cada uno por su cuenta. Cuando finalmente acuerdan enviar a uno de la tropa para que trate de encontrar un puente o al menos un punto en el que el río sea más estrecho y más fácil de cruzar, llegan los suecos abalanzándose desde todos lados, como si hubieran estado esperando que alguno de ellos rompiera la formación para atacar por la espalda.

Se agolpan a empujones de tal modo que más parece una pelea desordenada y torpe. Él trata de descolgarse el fusil del hombro, pero antes de haber mordido el cartucho siquiera, alguien le quita la baqueta de las manos. Luego le dan un golpe en la nuca y se queda con la cara pegada al suelo empapado, rodeado del retumbar de botas y de cascos de caballos, y de jadeos y gemidos y como de gritos y aullidos demenciales.

Cuando vuelve en sí se halla en un convoy de prisioneros. Son más de dos docenas de hombres, encadenados de manos y pies, sentados en dos largas bancadas en un coche cubierto, y ninguno de ellos tiene idea de adónde los llevan ni bajo la protección de quién se

encuentran. El camino que transitan es pedregoso y está lleno de baches. Al ritmo de los bandazos del vehículo se bambolean y caen unos encima de otros, tanto como lo permiten las cadenas. Varios de ellos se encuentran gravemente heridos. El soldado que está más cerca tiene una herida superficial enorme en un brazo, alrededor de la cual se ha enrollado una bufanda sucia. Al fondo del coche va sentado un joven con el tobillo desgarrado, que no para de gritar mientras se da de cabezazos contra la pared, ya sea por el dolor, ya por llamar la atención de los guardias o del cochero.

El único que parece ileso es un niño de unos doce o trece años que clava la vista al frente con una mirada que no ve. Cuando W. le da con el codo sin querer, el muchacho se despierta de pronto y mira horrorizado a su alrededor, como si acabara de descubrir que había más personas en el coche. W. sigue observándolo, y entonces el muchacho se señala la boca y menea la cabeza.

¿Eres mudo?, dice el soldado que tiene enfrente, el de la herida en el brazo.

El niño se señala la boca y asiente con movimientos amplios e impetuosos.

¿Por eso te han mandado a servir en el ejército, porque no puedes llevar la contraria?, dice el de la herida riéndose. A pesar del dolor y de lo penoso de la situación, varios de los soldados se echan a reír, y el niño se ríe, aunque de su boca no surge un solo sonido.

El coche de los prisioneros llega a Stralsund y van a parar a la misma fortaleza que antes habían sitiado. Una vez más, pregunta por el joven Richter, si alguien lo ha visto o sabe qué ha sido de él. Es su primera experiencia de la guerra: nada tiene coherencia, todo se diluye y desaparece sin que exista la posibilidad de comprender por qué ni de comprender nada de nada. ¿Será este sinsentido ilimitado e incesante el orden fundamental del mundo?

Tres semanas enteras pasan sentados en una de las casamatas, treinta hombres en una celda. Luego los encadenan de nuevo, los llevan a bordo de un buque y los trasladan a Carlskrona. En todo caso, no llega a ver el mar. Los apiñan a todos en un almacén de la bodega. Aunque ya es mayo, el tiempo aún es adverso. Tras unas horas de travesía los sorprende una tormenta horrible. La embarcación va cabeceando y se bambolea y da bandazos. Y los demás prisioneros (al igual que él, ninguno está curtido en la mar) vomitan sin parar hasta que ya no les quedan fuerzas en el cuerpo, y se quedan tumbados boca abajo con las manos sobre la cabeza, como si ya hubieran empezado el viaje al Reino de los Cielos.

Curiosamente, el único que se diría que no sufre las consecuencias ni del oleaje ni del encierro en la estrechura del almacén es el niño. Va de un lado a otro entre ellos sin cesar, va pasando un poco de comida o de agua o algo de tabaco, como si fuera llevando un saludo de unos a otros. Y puesto que carece de nombre o, al menos, de la capacidad de enunciarlo, lo llaman todo tipo de cosas. Lo llaman el Correveilimpia, que enseguida lleva la ropa sucia y llena de vómito a secar a cubierta cuando el tiempo se atempera por fin. O el Veletalviento,

cuando ojos y manos no le bastan para decir todo lo que quiere. Y a partir de ese momento, se convierte en camarada y confidente de todos. A esos grandullones les encanta alargar las manos y abrazarlo, o simplemente revolverle el pelo, que le cuelga como un cepillo sobre los ojos inquietos.

Hasta que un día llega corriendo a la bodega con el pelo revuelto y se pone la mano derecha sobre la palma izquierda. Han avistado la costa sueca. La mañana del día siguiente, aún en medio de un fuerte oleaje, los llevan a tierra remando en largas balandras.

Otras dos semanas en una fortaleza y luego los llevan directos a Estocolmo, donde desembarcan en pleno solsticio de verano. A través de los tablones del coche de los prisioneros ve W. cómo se extiende la ciudad abierta a su alrededor, con el cielo reflejándose en el agua y el aire resplandeciente de luz, a pesar de que, a juzgar por la hora que es, debería estar sumida en la más negra noche.

Después de haber pasado un tiempo presos a buen recaudo en la prisión llamada isla de Långholmen, a las afueras de la ciudad, los trasladan en un convoy hacia el sur, a un lugar llamado Södertelje. Allí van a cavar un canal que ha de unir los puertos del lago Mälaren con el mar, un trabajo que, según va entendiendo poco a poco, ya habían emprendido antes muchas veces. O lo excavaban demasiado poco profundo o demasiado estrecho o tal vez la empresa de cambiar el curso de las aguas simplemente supere a los simples mortales, porque mientras han detenido los trabajos, el bosque ha vuelto a brotar de la roca gris por la que tenían pensado que discurriera el cauce del canal. Como sea, en la parte a la que los conducen no han excavado nada. Ahí no hay agua, solo fango. Tienen que empezar por sacar y transportar piedra. Los llaman al alba, les entregan pico y pala, los dividen en equipos de un par de docenas cada uno y ya pueden ponerse a cavar en fila, unidos por una cuerda. Antes de que empiecen ya brilla el sol alto en el cielo, y trabajan sudorosos con la espalda roja quemada por el sol mientras los mosquitos zumban a su alrededor en furiosos enjambres.

Más adelante, hacia el otoño, cuando el aire se ha despejado y se ha vuelto más seco, y el sol ha descendido tanto que se forma como un enrejado de sombras entre los rectos troncos de los abetos, les mandan acarrear arena y levantar una empalizada con maderos. El aire está alto y despejado, y es tal el silencio que los hachazos resuenan por el bosque como estallidos y los prisioneros pueden incluso oír el tintineo de los cencerros de las vacas y voces extrañas gritarse unas a otras, aunque la granja más próxima se encuentra a varias leguas de camino de allí.

A pesar de que a lo largo de la antigua pendiente del canal hay artesas con agua parecidas a las que se usan para dar de beber al ganado, los capataces apenas les permiten refrescarse, y la comida es la misma ración de hambre que en la prisión, unas gachas flojas y arenque salado, que les provoca escozores de sed cada vez que respiran. Con todo, es más soportable que en la fortaleza. Pueden estar juntos por las noches y también se tratan con los suecos, si bien algunos de ellos no son ni hospitalarios ni amigables siquiera. Él comprende que muchos están indignados por que el rey utilice prisioneros de guerra para realizar un trabajo que la gente de la zona habría podido llevar a cabo si les hubieran pagado adecuadamente, claro está. Así se lo ha oído decir a un hombre llamado Olofsson, que asegura haber sido carcelero en otro tiempo, pero que cayó en desgracia con la justicia y ahora (medio libre, medio prisionero) regenta un colmado insignificante en el recinto de la prisión. Cuando W. le cuenta que él fue

barbero en su día, le arrienda la parte de atrás del colmado, que se puede aislar con una cortina, de modo que W. puede abrir una barbería. La gente quiere que se ocupen de ella como es debido, aunque se encuentren entre extraños, y aunque la mayoría prefiere gastar el poco dinero que tiene en putas y aguardiente, son muchos los que acuden a él tras la cortina, no tanto por el afeitado, más que nada para matar el rato hablando de esto y aquello. Casi todos los clientes resultan ser, y no es de extrañar, gente como él. Han ido de aquí para allá sin orden ni concierto, con un trabajo provisional tras otro sin conseguir nada más que acabar mal con la gente, luego se alistaron en el ejército y los apresaron y al final han acabado allí. La gentuza como él siempre anda huyendo de la justicia de un modo u otro. Uno le cuenta que ha matado a un hombre que ultrajó a su esposa colgándolo por los pies del pilote de un establo antes de degollarlo como a una res. Piénsalo, Woyetz, le dice sentado allí, retrepado, con el cuello descansando en el respaldo, que este que ves aquí sabe cómo manejar un cuchillo.

Y así, a través de los clientes de la barbería, se entera de los planes del monarca sueco de declarar la guerra al ruso, y de que si puede ser una salida del cautiverio para los más capaces de los suecos, igualmente puede serlo para él: ***lleváoslo a él también, se da maña con la navaja, de eso ya ha dado prueba***.

El oficial al que así presentan a sus nuevos reclutas hace como si le hiciera gracia. Tiene la cara como la de un burro, alargada y con los ojos relucientes y saltones. Sonríe con unos dientes finillos —más una mueca que una sonrisa— y le hace seña al ayudante que lo acompaña de que anote también su nombre. ***Johann Christian Woyetz***. (La ortografía no es fácil y cuando le preguntan ni él mismo consigue deletrear el nombre.) Y así, señor consejero, es como volví a figurar en el registro y vi un primer atisbo de la gran guerra ya desde muy al norte. Pero al ruso no llegué a verlo entonces, eso se lo aseguro, aunque creí que el lugar al que había llegado era el infierno mismo, si el señor consejero puede imaginarse un infierno no de llamas, sino de hielo y nieve.

Empieza ya en la travesía. El tiempo es un horror. En Gefle tienen que esperar varios días antes de que los buques puedan abandonar el puerto, y cuando por fin es posible, no navegan hacia tierra firme finlandesa, sino hacia Åland, donde desembarcan para reforzar las tropas del regimiento de Södermanland, que ya se encuentra allí. Lo han acuartelado junto con otros treinta hombres en casa de un agricultor terrateniente llamado Wilhelmson. Aunque su granja es de las más grandes de la comarca, la vivienda se les queda pequeña. Van acomodándose para dormir donde pueden. Algunos se instalan en el establo, donde los animales les dan algo de calor. Sin embargo, la mayoría duerme delante de la chimenea, en la cabaña principal, donde siempre apesta a una mezcla de sudor y ropa mojada con el hedor a turba ponzoñosa con la que el granjero hace fuego y cuyo humo se posa como una bruma gris en las angostas dependencias, tan denso que apenas se puede ver a través de él.

El dueño de la granja tiene cinco hijos, tres hijos mayores y dos hijas. La mayor de las dos es una tímida jovencita de trece años a la que el granjero y los hijos vigilan celosamente; la más pequeña tiene cinco años y se llama Hedwig.

Hedwig es lo opuesto a su hermana mayor: sin miedo a nada y con curiosidad por todo.

Una noche, W. le enseña un juego de mesa que ha fabricado. El juego consiste en nueve piezas cuadradas de madera, cada una tan grande como el puño de un niño, y con una imagen en cada cara. Un bufón con un sombrero de tres picos con campanillas; una princesa con una corona; un coche con su cochero; un cazador con un cuerno; un barco con un remo muy largo. Todas las imágenes son distintas. En algunas piezas solo hay dibujados símbolos: animales, árboles, estrellas. W. mezcla las piezas en la amplia mesa de madera que hay en el centro de la cabaña principal, y Hedwig tiene que coger una al azar. Entonces le dice ***Katze***, puesto que la imagen de la pieza representa un gato. También puede que le diga ***Stern*** o ***Mond***. Y Hedwig ríe encantada con ese entretenimiento inesperado y se le sienta en las rodillas y quiere enseñarle cómo se llama cada cosa en sueco y él pronuncia siempre mal las palabras y entonces ella pega la cara a la de él y le pellizca con fuerza inesperada las mejillas y los labios para que le salgan correctamente ***(katt, stjärna, måne),*** al menos hasta que llega su madre corriendo y la arranca de sus brazos con un gesto furioso.

Y así de fácil es ser alemán entre esa gente extraña. Por lo general basta con unas simples palabras cotidianas acompañadas de gestos amables.

Por las noches, cuando lo soldados se sientan a fumar o a jugar a las cartas, él ayuda al granjero a reparar correajes y jaeces. Lleva consigo la bolsa de piel con las tijeras, aguja e hilo y retales de todo tipo, y los hombres le dejan los pantalones y las casacas del uniforme o las capotas grises, si están muy desgastadas ya, y a partir de ahí lo conocen como el Alemán Sastre. A cambio le dan raciones extra de carne salada y guisantes y aguardiente. Un hombre alto y encorvado, un cabo llamado Struwe, bromea diciendo que deberían darle una ***medalla real*** por el cuidado de la ropa, puesto que al rey le interesan más la pompa y la ostentación que el que a las tropas les vaya bien en el campo de batalla.

No paran de hablar del tal rey Gustav. Se diría que a ojos de muchos merece menos respeto que el bufón adornado de campanillas que hay en la parte inferior de una de las piezas de madera de Hedwig.

En un principio los días son tranquilos y sin incidentes. Tocan diana mientras aún es de noche y solo se oye ladrar a los perros de la granja. Se colocan en la extensa roca plana junto al muelle y celebran la oración de campaña. Uno de los hombres, por lo general un aprendiz de zapatero que se llama Falck y tiene una voz delicada y sonora, elige un salmo y el resto de los soldados canta con él. Luego da un paso al frente el mando de su compañía, el sargento Kwast, un hombre mayor algo rechoncho con barba canosa y ojos saltones, y anuncia el orden del día. Hacen largos recorridos por la costa y vigilan cabos e istmos lejanos, pero Kwast suele insistir en que salgan a las embarcaciones, pues de ese modo es más fácil inspeccionar la costa, incluidos los muchos islotes e islas.

El tiempo está en calma, hay una bruma gris, pero no hace frío. Hay días en que los envuelve una niebla blanca, como una mano blanca y fría, y lo único que interrumpe la calma es el chirrido estridente de los remos en los escálamos o el vuelo de algún ánade y el raudo batir de las alas contra la superficie del agua.

Pero pronto empeora el tiempo y durante una semana arrasan las tormentas con una fuerza ensordecedora, y cuando pasa el último temporal llega la nevada y cuando vuelve a despejarse las chimeneas apenas se ven sobre los montículos de nieve que se ha reunido allí donde el viento ha azotado fuerte. El primer sargento de infantería llega de Sund con unos caballos que enganchan a los trineos, pero no han llegado muy lejos cuando se ven obligados a regresar, pues el temporal de nieve ha dejado impracticables todos los caminos.

Y las tormentas de invierno siguen azotando, y el mar se abre y se vuelve frío. En unas pocas semanas, W. aprende a temer a ese mar más que a ninguna otra cosa. Cambia de apariencia de un día para otro, casi de una hora para otra. Por la noche, ya acurrucados delante de la estufa

en casa del granjero Wilhelmson, oyen silbar el viento en el tiro de la chimenea, y los golpes de mar azotan y martillean como si las olas pasaran por encima de los tejados. Al toque de diana del día siguiente es como si el mundo se terminara en la playa, donde se reúnen para la oración. No hay nada más allá del muelle, tampoco hay cielo, solo un abismo del que se alza un humo gélido, como si la muerte les estuviera respirando en la cara.

Sin embargo, el sargento Kwast y los demás mandos temen las tormentas menos de lo que temen el frío que saben que llegará pronto, el frío ***verdadero,*** cuando el mar se solidifica y se extienden los hielos. En cuanto la tormenta amaina un poco y el tiempo cambia y se despeja los mandan otra vez con las naves, aunque estas no valen ni mucho menos para navegar y ellos no están acostumbrados a manejar nada que tenga que flotar en medio de tan potente oleaje.

Ahora los días son cortos. El sol se deshace en chaparrones de aguanieve o lluvia congelada que llega del mar rauda como un suspiro, y la oscuridad cae más rápida de lo que nadie puede imaginar. No han alcanzado a verle la mirada al cielo, donde el sol va pasando detrás de las nubes como un rezón de plomo, cuando pierden todo contacto con la tierra. El viento arrecia, y del agua se levantan copos de nieve tan afilados como latigazos. De pronto está la mar picada, el barco sube y baja con el oleaje, como si lo estuvieran lanzando aquí y allá. Ve cómo Gustavsson, que está sentado al timón, se levanta y señala algo que ninguno de ellos alcanza a ver cuando sienten un duro golpe en la parte baja del barco y todos caen lanzados por la borda. Él solo tiene bajo el agua la mitad del cuerpo. En el último momento, consigue agarrarse a la relinga, solo para sentir cómo el barco se le escapa de las manos. Una ola gélida le pasa por encima de la cabeza y de las manos, luego otra. Cuando el agua se retira, cree entrever bloques de piedra desnudos bajo los ribetes de espuma. Sin saber cómo, logra agarrarse con piernas y brazos (en los dedos ya no le queda sensibilidad) y se arrastra por el aguanieve hasta tierra firme. Y entonces por fin se atreve a levantar la cabeza en la gelidez del agua helada. Pero no se ve por allí a ninguno de sus compañeros, y el viento le arranca las palabras de la boca antes de que haya conseguido pronunciar sus nombres.

Son muchas las imágenes que se había forjado de la guerra, sobre el frío orden de la espada, sobre el valor de verse cara a cara con el enemigo en el campo de batalla; pero nadie le había dicho jamás nada acerca de la soledad que siente el soldado que ha perdido a sus hombres y de pronto no tiene nada por lo que guiarse, ni órdenes ni nada, y nada a lo que apuntar en la nieve que cae y cae sin cesar y se apelmaza cada vez más dura en montículos a su alrededor, sin apenas ver cuando la oscuridad se cierne a su alrededor como un saco. Pasa horas vagando desorientado con el viento aullándole en los oídos y entre unos copos tan hirientes contra la cara que apenas puede mantener los ojos abiertos. Y de buenas a primeras siente una zona de tierra sin nieve bajo las botas y algo duro en las palmas de las manos, una pared, y cae rendido

de agotamiento.

Cuando vuelve en sí ha pasado lo más duro del temporal y el cielo es una masa granulada de nubes que se mueven sobre su cabeza más rápido que nada que haya visto hasta ese momento, como si hubiera otro mar por encima del mar. En lugar de arrojarlo a un montón de nieve, la casualidad o la suerte lo han llevado a una pendiente que ha limpiado el viento, donde crecen matas de césped seco que amarillea detrás de la pared de un cobertizo de troncos de madera. Aparte de la pared divisoria, carcomida por la sal y el viento, no hay otro punto de apoyo para la vista por ninguna parte. El cielo raudo, extrañamente granulado, no da ninguna orientación de dónde estará el sol, y ni aunque lo hubiera sabido habría podido deducir qué dirección tomar.

Avanza con esfuerzo por la nieve. Cuanto más tierra adentro, tanto más firme es la consistencia del cielo. Ya cuelga gris e hinchado como la ubre de una vaca sobre los campos cubiertos de nieve.

A lo lejos, cerca de la cada vez más clara línea que separa la tierra del cielo, asoma un cobertizo solitario a la orilla de un campo cubierto de nieve. Las piernas tiesas de frío se le doblan y resbalan de cansancio, hasta que finalmente avanza hundido hasta la cintura en la nieve suelta y húmeda, y se ve obligado a servirse de manos y brazos como si fueran palas.

Sin embargo, cuando vuelve a levantar la vista, el cobertizo sigue a la misma distancia que antes. Nada ha ocurrido, salvo que se da cuenta de que el cobertizo es el mismo del que partió antes ese día.

Ha vuelto al lugar en el que se encontraba, solo que desde otro punto.

Se queda mirando fijamente el cobertizo vacío. Al cabo de un rato, surgen del zócalo de piedra unas llamas que van subiendo por las blancas paredes de madera. Cuando el cobertizo está totalmente incendiado, empieza a levitar lentamente, se eleva como un barco llameante hacia un cielo que ha dejado de moverse y ha vuelto a ser solo negrura.

Cuando lo encuentran al cabo de tres días tiene sabañones en la cara y bajo los brazos, y la boca rasgada entera a causa de las cortezas y pinochas que ha intentado masticar.

Salieron en trineo y primero encontraron el barco, que se había estrellado contra un arrecife rocoso a media jornada de viaje de la costa. Falck, el corista aprendiz de zapatero, ha muerto, le comunican. Se destrozó la cabeza contra las rocas. Los demás integrantes de la compañía, en cambio, han salido ilesos, salvo uno de nombre Renberg, al que han tenido que amputar la pierna.

Renberg y él comparten cama en la enfermería de Ödkarby. A su compañero de cama y a todos los demás de la sala que quieren escucharlo, W. les habla de la visión tan extraordinaria que tuvo: del cobertizo que vio arder y elevarse al cielo. Quizá solo fuera el Señor, que quería darle una señal de que la subida al cielo está cerca, le proponen desde una cama algo más allá. Pero Renberg, que está a su lado, tiene otra opinión. Según él, deben de ser los masones. ¿No vio también dos líneas incandescentes al lado? W. dice que solo recuerda el cobertizo. En tal caso, es el signo de la masonería, afirma Renberg, seguro de lo que dice.

La misma noche lo despiertan unos fuertes lamentos y resoplidos a su lado. Renberg está de espaldas, el pecho se eleva y se hunde como un fuelle, y tiene la cara cubierta por una gruesa película de sudor. W. alarga una mano. A Renberg le arde el cuerpo de fiebre.

Es el castigo, susurra una voz muy cerca. Es el castigo por haber pronunciado ***la palabra***.

Los enfermeros se han anudado paños alrededor de la cara. Dicen que es por el hedor. Pero W. se da cuenta de que detrás de los trapos lo que hay son caras de rata. Aun así, no tiene fuerzas para oponerse cuando lo zarandean y le tiran de aquí y de allá por todo el cuerpo con sus manos como garras. Una vez más, se encuentra en medio del mar encrespado. Dan bandazos en un buque tan inundado de espuma de las olas que el mar ya apenas se ve, y alguien que está sentado al timón grita: no lo digas, no lo digas, y cuando pregunta el qué, qué es lo que no debo decir, la respuesta es ***¡la palabra, la palabra!***

No sabe si llega a pronunciar la palabra en algún momento.

Solo pensar en la palabra y en lo que es posible que le suceda si en su delirio febril la hubiera dicho lo atormenta, hasta que los cuidadores acuden y sacan su cuerpo fuera, a la

nieve. Ahí lo dejan tendido mientras recorren las distintas cabañas de los enfermos y lo ahúman todo quemando ramas de abeto. Él contempla los cadáveres renegridos que sacan a rastras hasta la nieve. Ya apenas queda más que un puñado de la veintena de hombres que yacían enfermos en la cabaña cuando a él lo llevaron allí.

También en la granja de los Wilhelmson han fumigado. Ya solo están el granjero y su mujer y los hijos mayores. La pequeña, Hedwig, también murió de disentería.

La entierran en el cementerio de Saltvik. Familia y criados de la granja y vecinos, todos vestidos de negro unos junto a otros delante de la tumba, como una siniestra bandada de cornejas sobre un fondo de árboles que se mueven inquietos al viento cruel del gélido mar. La compañía de Kwast, o lo que queda de ella, se les une. Dado que el aprendiz de zapatero Falck ha perdido la vida, no hay quien pueda dar el tono. Al final se adelanta Gustavsson y dirige el canto. Nuestro Dios es una gran fortaleza para nosotros, es nuestro escudo y nuestra espada, cantan mientras el viento helador se lleva volando las palabras de todos los versos.

Por la tarde se sienta como suele con la cabeza apoyada en la mano y con las piezas del juego en la mesa. Va volviéndolas una a una, pero los dibujos están desvaídos, o quizá no estuvieron allí nunca. Fueron solo figuraciones suyas, como le habría dicho Renberg o cualquiera de los demás de la enfermería.

Pese a todo, es como si aún pudiera sentir el peso cálido del cuerpo de la niña en el regazo.

Por la noche azota el viento los tejados, y el frío tensa y fuerza como con una palanca los troncos de las paredes de la casa. La mañana siguiente, después de la oración, les dan la orden de partir. Ya han avistado al ruso por el interior del archipiélago.

Diez días después han destronado al rey sueco y los rusos han tomado Kumlinge. Enseguida dan órdenes de que acudan caballos y coches. La artillería tendrá que adelantarse. Llega un momento en que las carretas de transporte no son suficientes, entonces talan abedules y fabrican trineos provisionales. Los que logran subir a uno tienen suerte, los demás tendrán que arreglárselas como puedan.

Ya antes de llegar a Eckerö están las tropas tan dispersas que la vanguardia no tiene ningún contacto con los hombres de la retaguardia. Corre el rumor de que varios vehículos se han hundido en la nieve, que se ha vuelto blanda y resbaladiza tras varios días de deshielo inesperado, y que los enfermos tienen que resignarse y quedarse atrás. A pesar del ruido de tiroteos esporádicos procedentes de tierra adentro, no tienen ningún contacto directo con el enemigo.

Dos días después de la súbita partida, salen apresuradamente cruzando los hielos rumbo a Signilskär.

Después de un primer día bajo un fuerte sol de marzo, tan fuerte que no ven nada en la ceguera entre el mar de hielo y el cielo, vuelve la nieve y luego otra vez tiempo despejado y frío intenso. La nieve recién caída no debería impedirles ir a buen ritmo, pero el hielo mar adentro no es parejo, sino rizado y a ratos tan compacto que tienen que rodearlo como si estuvieran ante verdaderas lomas o colinas.

A esas alturas hace tanto frío que cada franja de piel desnuda le arde como si se la estuvieran arrancando. Lleva el frío como una varilla de hierro clavada en lo hondo de los pulmones, más hondo a cada paso. Hace piña con Gustavsson y con el brigada Wennstam, pero los demás hombres parecen presa del desconcierto, como si no solo hubieran perdido la posición, sino también el sentido del equilibrio ahora que ya no cuentan con más marcas de situación, solo la ceguera que provoca el sol y luego el crepúsculo y la noche. Pierden el tiempo discutiendo si se atan con cuerdas entre sí para que ninguno se extravíe, pero no tienen ni cabos ni correas suficientes, y quién piensa en amarrarse a otro cuando lo único que vale es marchar a la máxima velocidad y tampoco hay provisiones suficientes para todos, con lo que cada uno tiene que apañárselas solo y hacer por llegar a tierra firme sueca lo antes posible.

Por la noche el cielo es tan inmenso y tan negro que da la sensación de que si diera un solo paso más, caería en él como en un pozo vuelto del revés. Y las constelaciones de las estrellas se extienden desde lo alto hasta el horizonte. Creemos que el cielo nocturno es una oscuridad llena de astros inmóviles, solía decir el joven doctor, pero en realidad es al contrario, ¿sabes, Woyetz? Las estrellas se mueven constantemente. No pasa un solo día sin que todo se precipite. No importa que nos encontremos en los hielos del Báltico o en una celda de la prisión o en la oscuridad fétida de la enfermería. Por todas partes nos rodea el cielo de Dios, y ese cielo se precipita sin cesar.

Y al pensar ese pensamiento, él mismo se precipita.

O más bien: para sus adentros él sigue caminando, aunque con pasos breves, atropellados, como cayendo hacia delante por sí solos, pero en la realidad hace mucho que se ha caído y está inmóvil tendido en una pila de nieve.

Wennstam trata de levantarlo cogiéndolo por debajo de los brazos. Luego llega alguien más y lo aplasta de nuevo contra la nieve con un par de puños fuertes y enguantados.

Chist… ¿No lo ves? ¡Los fuegos!

W. está sentado medio erguido con la espalda apoyada en la pila de nieve que ha detenido su caída, y al principio no ve nada salvo la noche negra como boca de lobo. Pero luego el guante vuelve a señalar, y entonces los ve él también, débil pero claramente. Dos fuegos que van moviéndose: diríase que se encuentran a unos cientos de metros uno del otro.

¿Será el ruso?, pregunta Gustavsson. Pero Wennstam duda, le resulta incomprensible que el enemigo se deje ver tan de cerca. Para eso hace falta confianza. No, son suecos, asegura. Están comiendo carne de caballo.

Y esa idea, el que otros miembros del ejército en retirada sean tan temerarios que se sienten a darse un atracón a base de animales muertos en combate, los anima a dirigirse hacia los fuegos pese a todo. Esa idea y quizá también la fuerza de atracción ancestral que tiene el fuego, con su promesa de calor humano y compañía.

No han recorrido ni la mitad de la distancia cuando sufren un ataque.

El primer pensamiento de W. es que se trata de varios hombres que atacan desde distintos puntos al mismo tiempo. Luego se da cuenta de que es solo uno, pero cubierto de pieles como un oso y con un bramido tan potente que suena como si procediera de varias bocas más, y no solo de esa garganta roja que de pronto ve abierta de par en par allí mismo, a su lado. W. saca el fusil de un tirón, pero no alcanza a acoplar la bayoneta. El extraño ya lo ha derribado en la nieve, y entonces él le clava la bayoneta directamente en esa boca peluda. Pese a todo, el extraño sigue atacándole, agitando los dos brazos en el aire, como si no quisiera otra cosa que el que la cabeza se clavara más hondo en la punta de la bayoneta. Se oye un gemido aterrador, las manos envueltas en harapos tratan de agarrar el cañón del fusil, hasta que el extraño cae de boca encima del arma que W. ha soltado presa del pánico.

Oye el crujido de las botas en la nieve. Los demás ya lo han alcanzado y se quedan ahí de

pie, inmóviles.

Es el sargento Kwast, dice Gustavsson al fin. Debe de haber perdido el juicio.

Se arrodilla y acerca la cabeza al pecho por ver si oye los latidos del corazón, luego se incorpora y menea la cabeza.

O quizá creía que éramos el ruso, sugiere otro.

Las miradas, que se dirigen a los fuegos, se tornan inseguras otra vez. Al resplandor del fuego se ven las siluetas de gente que corre hacia ellos. Suecos, por fortuna. Gritos de júbilo al encontrarse las dos partes dispersas del regimiento. W. se queda sentado junto al cadáver de Kwast. Aún le tiemblan las manos, moradas de frío.

Al final uno de ellos vuelve con un trineo. Entre todos suben el cadáver. La bayoneta sigue clavada en la garganta de Kwast, como si lo hubieran empalado en el hielo, con el blanco de los ojos amarillo mirando al cielo y baba mezclada con sangre y carámbanos en la barba.

Sabes que tengo que arrestarte por lo que has hecho, le dice el brigada mientras caminan. La justicia dirá si has actuado o no en defensa propia.

Sin embargo, no llega a pasar ningún tiempo bajo arresto. Cuando, después de tres días de marcha, alcanzan por fin territorio sueco justo al norte de Grisslehamn, sólo les quedan unas cuantas docenas de hombres. El cadáver de Kwast se encuentra además en tal estado de congelación que ninguna persona sensata es capaz de explicar cómo ha muerto. Sin que se haya hablado mucho del asunto con anterioridad, queda acordado que el sargento se extravió por el hielo y, en un instante de desconcierto, se clavó sin querer la bayoneta en la boca. De hecho, había varios que podían atestiguarlo: la gente se volvía como loca en medio de esa extensión helada.

Así que se queda entre los suecos. No ser diferente también es una forma de permanecer en el anonimato. ¿Y entonces, quién es el sastre alemán? ¿Un hombre visiblemente bueno, aunque escurridizo y poco fiable? ¿Alguien capaz de halagar y de hacer favores, pero que llegado el momento no se lo pensaría a la hora de clavarle el cuchillo a otro de los suyos? Y como sastre alemán regresa, algo más de un año después de la derrota en el hielo, a la guarnición de Stralsund, que tras el pacto con los franceses vuelve a pertenecer a Suecia.

Aunque se alista de nuevo en el ejército, lo hace ahora con el nombre de Wutzig. Es un nombre que suena más sólido que el superficial y poco fiable Woyetz. Y como el fiable Wutzig se dedica a reparar los muros y el parapeto de la guarnición que, no hace tanto tiempo, contribuyó a destruir con los holandeses.

Es una sensación bien extraña la de encontrarse ahora dentro de algo fuera de lo cual estuvo un día. Aunque en cierto modo es como si siguiera estando fuera. Por más que *a simple vista* todo siga como antes. Llega a habilitar incluso una barbería dentro del recinto del fuerte y enseguida se gana el favor del resto de los hombres. Se acomodan en su sillón y echan hacia atrás la cabeza y el cuello y él los escucha y asiente y sonríe ante todo lo que de ese modo le van confiando. Es tan simple y tan complaciente…, como le dice el teniente en jefe Widebeck una mañana mientras está sentado con la toalla a la espera de que lo afeite. Varias veces lo llaman incluso a la sala de oficiales para que les haga de camarero. Y ninguno de ellos tiene la más remota idea, cuando se empina sobre sus espaldas para escanciar el vino o servir la comida, de que la misma mano que en ese momento con tanta habilidad y soltura maneja el cuchillo de trinchar y la cuchilla de afeitar, ha clavado la bayoneta con la misma soltura en alguien de sus propias filas.

La conoce un día por vez primera como a una de las mujeres a las que llaman viuda de soldado, una de entre varias a las que ven deambular con sus mercancías por la carretera que conduce a Damgarten.

Es septiembre, el aire aún es cálido a pesar de que ya está avanzado el día. La granja en la que su compañía se ha acuartelado temporalmente se encuentra inmersa en una fronda densa como el almíbar, las sombras son alargadas y las golondrinas giran revoloteando en el aire. Algunas de las viudas llevan a un niño en brazos, otras llevan un hatillo a la espalda o arrastran una carretilla cargada de pan, carne en salazón y pescado desecado. Pero también anuncian tabaco y aguardiente con unas voces casi demasiado chillonas, llenas de ansias de risa y de proposiciones.

Como siempre últimamente, él se mantiene algo apartado de los demás, está sentado con la espalda apoyada en un viejo pozo y con un cuchillo y un trozo de madera de talla en la mano. Abajo, en el arroyo, donde dan sombra los avellanos y los alisos, hay varias mujeres de la granja lavando ropa con las faldas y las mangas arremangadas. Aunque no es solo el calor del sol lo que vuelve su voz lenta y pesada, sino también, a juzgar por las miradas, la desconfianza hacia las recién llegadas, que se dicen viudas de soldado o vendedoras de plaza, pero que no tienen la vergüenza suficiente para ocultar lo que son de verdad.

También algunos de los mandos se han presentado allí enseguida fingiendo que les interesan las mercancías que ofrecen, incluido el cirujano militar Munther, aunque no es más que un viejo cuyas entumecidas piernas apenas pueden sostenerlo en pie. Las mujeres se ríen de sus torpes movimientos con risas ruidosas y afectadas. Entre tanto W. desliza la mirada por las altas copas de los árboles, donde la luz pende y vibra como si la hubiera enredado allí el viento y ahora quisiera liberarse tironeando de las ramas que se balancean.

Y de pronto, una de ellas se le planta delante.

Nota una sombra que se le desliza por la cara, luego un débil tufo a sobaquina y a algo dulzón, un tanto sofocante. El viento deja de resonar y de mecer los arbustos de avellano y entonces oye lo que está intentando decir la mujer.

Agua, eso es lo que dice, y señala la petaca de estaño que tiene a su lado en la hierba junto el morral. Él se hace sombra en la cara con la mano en la que tiene el trozo de madera y le da la botella. Ella bebe y se sienta sin invitación previa con la espalda contra el pozo, en la misma

posición que él, y se queda con la botella en el regazo.

Es corpulenta, de la misma estatura que él más o menos, pero tiene la cara finamente recortada, casi ahuecada. Como una cuchara, se le ocurre. Claro que también puede ser la sombra del avellano que hay al lado la que se la ahueca. Ve un oscuro trazo de sudor que discurre desde la axila de la blusa hacia la cinturilla. Lleva la blusa planchada y, a pesar del calor, abotonada hasta arriba.

¿Qué es?, dice al cabo de un rato, echando una mirada al trozo de madera y el cuchillo que tiene en el regazo.

Le habrá dado la impresión de estar desmoralizado, porque aparta resuelta el cuchillo y la madera y entrelaza los dedos con los suyos, le vuelve la mano y hace como que se pone a examinar las líneas de la palma. Tú no eres sueco, le dice, y entonces él le cuenta que es del sur, de Sajonia, que lo convencieron de que se enrolara con los holandeses, pero los suecos lo hicieron prisionero, y luego se dejó alistar con ellos para combatir al ruso en Finlandia. Se lo cuenta todo como una retahíla que tuviera bien ensayada. Es lo mismo que les ha dicho a todos los que se ha cruzado por el camino cuando le han preguntado.

¿Es una herida de bala lo que tienes en la mano?, pregunta la mujer.

No, son quemaduras del hielo, le dice, y enseguida quiere apartar la mano. Los mandos nos ordenaron cruzar por el hielo en la retirada.

Mira al grupo de soldados.

Si algo termina uno apreciando de la vida militar es la camaradería, dice, también como si lo tuviera ensayado.

Al mismo tiempo, ve cómo unos soldados se apartan del grupo con un par de mujeres, mientras sus hijos se quedan arriba jugando en el camino. Uno de ellos, un niño, se ha quedado de pie con el dedo en la comisura de los labios, mirando el pozo donde están sentados ellos dos.

Ya, pero te mantienes apartado del grupo, le dice ella.

No mira al niño, sino que sigue acariciándole los nudillos y la muñeca con las yemas de los dedos.

Tienes las manos muy bonitas, le dice. Para ser soldado.

¿No estarás tallando una flauta para mí?, le dice, y le agarra la mano apretando con un gesto de cierta desesperación que contrasta con la sonrisa tan generosa que le dirige.

¿No quieres venir conmigo?, le dice, y se levanta sin soltarle la mano. Él cree que quiere que la siga a la ciudad, y empieza a decirle que está destinado ahí con su compañía, que no puede irse a ningún sitio, pero ahí abajo, le dice ella, al río, ahí no nos ve nadie, y ya ha inclinado el cuello agachándose por debajo de las ramas de escasa altura del avellano y va loma abajo medio a la carrera.

En el barranco del arroyo: un aroma a resina y a tierra pantanosa en el frescor de la sombra, destellos de sol en el agua que fluye rápida sobre piedras y árboles caídos con aromática espuma verde en la superficie. Altos alisos alzan sus copas por encima del agua y ocultan la vista desde fuera. Las criadas de las granjas que antes estaban allí lavando ya no se ven. Es como si un extraño silencio se hubiera extendido sobre todas las cosas. Lo único que se oye es el persistente rumor del agua.

Ahora verás, le dice ella mientras se desabotona la blusa.

Los insectos zumban impacientes a su alrededor. Él tiene en el estómago un punzante nudo de malestar. La ve extrañamente rígida y artificial mientras se inclina hacia delante para enseñarle los pechos.

Puedes tocarlos también, le dice, y se los sujeta por debajo.

Él responde con una sonrisa bobalicona y se pone en movimiento para acercársele. No porque quiera, pues no sabe lo que quiere. Pero como la sonrisa, tampoco los movimientos son algo que pueda controlar. Quizá se le acerque porque se figura que es lo que se espera de él.

Primero tienes que pagar, le dice ella.

Él aún tiene en una mano el tosco trozo de madera, pero tantea con la mano libre en busca de unas monedas. No ha terminado de sacar la mano del bolsillo cuando ella la agarra y se la acerca hasta que roza la parte baja de los pechos, que cuelgan sobre el corpiño, luego por el vientre y hacia la entrepierna. Luego se gira con un movimiento resuelto y se levanta las enaguas sobre la espalda. No lleva nada debajo, solo las dos esferas de las nalgas y el manojo de pelo que cuelga entre ellas.

Él sabe que ahora tiene que montarla, y se coloca bien detrás de ella y empieza a tantear los botones de la bragueta. Pero el sexo le cuelga flojo allí dentro y como no sabe qué hacer, le roza al tuntún la cadera y las nalgas con la pieza de madera que aún tiene en la mano. No es una acción premeditada, más bien algo que habría podido ocurrírsele a un niño distraído, sin saber muy bien qué estaba haciendo. Ella se queda de una pieza allí debajo, pero se empeña en apretar el trasero contra él. Sin embargo, como él empuja un poco más fuerte con el trozo de madera, ella recoge de pronto la falda y se vuelve hacia él y le grita:

¿Pero qué haces…?

Y entonces le ve bien la cara por primera vez, lo que debía de ser su ***verdadera*** cara, y lo cierto es que la tiene ahuecada, con esos ojos tan grandes que parecen habas y que miran con encono desde debajo de unos párpados abombados. Hay algo rojo, además, que le rebosa alrededor de la nariz y la boca y que primero cree que es sangre o babas, pero que quizá solo sea la luz del sol que se cuela por entre la abundancia de las hojas que hay sobre ellos o la rojez consecuencia del rato que lleva inclinada hacia delante, y es rápida a la hora de anudarse el corpiño y abotonarse la blusa y enseguida sube la pendiente del arroyo.

¡Toma, si quieres te lo doy!, le grita, y hace amago de lanzarle la pieza de madera, pero

solo consigue asustar a unas perdices que levantan el vuelo de los avellanos con su aleteo cantarín.

Para entonces ella ya ha llegado a la carretera y se dirige con paso largo y renqueante en dirección al grupo de viudas, que se vuelven y se la quedan mirando. Del montón de mujeres sale también el niño en el que él se había fijado antes. Avanza unos pasos corriendo, luego se queda allí plantado con los brazos rectos a ambos lados del cuerpo, como un soldadito. También algunos de los suyos, el sargento y el teniente Widebeck, se vuelven hacia la mujer, que ahora cojea claramente. Él ve cómo se apoya en el brazo de Widebeck, habla con él indignada unos instantes, luego señala con la mano hacia el avellano donde han estado los dos.

Aunque para entonces él ya se ha deslizado de nuevo hacia el arroyo y puede que no lo hayan visto, pero es obvio que todos saben que se trata de él.

Unas semanas después la ve en uno de los puestos del mercado, no muy lejos de la entrada de la iglesia de San Nicolás, donde está vendiendo huevos. Son tres en el puesto, cuatro contando al niño, que es el primero al que ve y que se le acerca corriendo y se planta de pie delante de él con la misma postura de soldado que antes.

Enseguida la ve a ella también: la madre del niño.

Aunque jamás la habría reconocido si no hubiera reconocido antes al niño. Ahora va vestida como si fuera otra, con una basta falda de lana, gruesas medias de punto y el pelo rubio oculto dentro de una pañoleta gris bajo la cual se aprecia roja e hinchada la cara angulosa.

Mientras él mira, ella cruza unos monosílabos con una mujer mayor que también está atendiendo el puesto y luego se sienta en un taburete al otro lado de la tienda.

Hay algo en la forma que tiene de sentarse, con las piernas abiertas pero inclinada con el peso hacia delante y las manos apoyadas en los muslos que le hace pensar que está embarazada. ¿Es posible que la dejara preñada con su trozo de madera? La idea no puede ser más risible. Aun así, no lo deja tranquilo.

¿Y si Dios hubiera intervenido?

¿Cómo podía tener la certeza de que su encuentro no fue, pese a todo, intencionado?

Sigue merodeando alrededor del puesto del mercado siempre que tiene ocasión. Es el viejo instinto, que se le ha despertado, igual que cuando estuvo espiando a la señora Woost mientras se lavaba el pelo o cuando vigilaba a la señorita Schindel en los bosques de Burschendorf. Y, como antes, necesita llevar consigo el taco de madera. Es como si no se atreviera a avanzar sin tener algo a lo que agarrarse, como si la pieza poseyera cualidades mágicas que, de alguna forma, lo protegieran.

Aunque no es que ocurra gran cosa en los puestos del mercado.

Ella se pasa los días enteros vendiendo huevos. Mientras tanto, el niño juega solo en la plaza entre las hojas de verduras y los excrementos de caballo. Si aparecen allí otros niños, se queda en la rígida posición de siempre hasta que alguna de las mujeres lo reclama. Hacia el crepúsculo aparece un hombre mayor que engancha un caballo al carro y todos suben. Ella y

el niño van sentados detrás, con las piernas colgando por fuera y con un cubo de agua vacío traqueteando al lado.

El caballo es una vieja bestia de labranza y avanza tan lento que a él no le cuesta ningún esfuerzo ir a pie unos pasos por detrás del carro. En un momento dado incluso saluda con la mano en la que sostiene el trozo de madera, como para recordarle algo.

Pero ella se limita a mirar al frente y como a través de él, igual que si no viera nada.

Hasta que una tarde no va sentada en el carro como suele, o quizá sea que se está escondiendo de él. Está lloviendo, y el niño se ha echado una manta por encima para protegerse de la humedad, y no sabe por qué, pero al principio cree que ella también se oculta debajo de la manta. Y va detrás tarareando por el fango a un par de carros de distancia, hasta que la base se bambolea, la manta se desliza y el niño asoma con esa mirada inexpresiva.

Ella no va en el carro.

No comprende por qué se indigna tanto de pronto. Vuelve a la plaza del mercado dando largas zancadas, y cuando las mujeres de los puestos a las que pregunta le dan la espalda sin más y siguen recogiendo sus mercancías, él se pone fuera de sí y las amenaza hasta que un tipo bastante rudo lo agarra por los hombros y lo echa de allí a empujones.

Entonces entra en una taberna y pregunta por la señora Thiessen. Es la primera vez que pronuncia su nombre. Seguramente va resoplando como un caballo por el esfuerzo, porque el dueño se lo queda mirando antes de reaccionar, la cara como que se le relaja y da un golpe en el mostrador con el trapo pringoso que tiene en la mano y contagia a todos los que hay alrededor con una buena carcajada.

> *¡Hay que ver cómo se ha encaprichado el soldado sueco con esa mujer! Anda, lárgate. ¡Aquí no está, eso es seguro!*

Se queda de pie bajo la protección del saliente del tejado y mira al mercado, ahora desierto. La lluvia llena la plaza como un cuerpo extraño desde los puestos que hay junto a Artushof hasta la torre del juzgado. Dentro de ese cuerpo extraño de lluvia luchan dos hombres por imponerse a una tercera persona. Al principio no distingue quién es esa tercera persona, puesto que uno de los hombres sostiene un caballo por las riendas y el animal se interpone.

En medio de la plaza empieza el caballo a resistirse, casi se encabrita, y ***agarra bien a la bestia,*** dice uno de los hombres en sueco cristalino. Y entonces ve que es ***ella***. Aunque apenas es posible reconocerla. Tiene el pelo pegado a las mejillas empapadas, con lo que la cara, ancha de suyo, parece más ahuecada aún. También a los dos hombres que la sujetan los ha reconocido, pese a que los abrigos de color gris ocultan el uniforme. El primero no es otro que

su teniente, Widebeck; el segundo es un cabo que suele hacer de ordenanza del teniente y responde al nombre de Antonsson.

Él se cuadra como por un acto reflejo cuando los dos mandos pasan por delante con la mujer y el caballo, que va a regañadientes. Sin embargo, a pesar de que los dos suecos lo miran a los ojos, parece que ninguno lo ha reconocido.

La señora Thiessen ni siquiera mira en su dirección, sino que se hunde más aún entre sus dos acompañantes, y entonces el teniente Widebeck la agarra del brazo más fuerte si cabe, como si ella fuera el caballo díscolo.

Sin saber por qué, quizá por ser fiel a su natural, como habría dicho Clarus, sigue a los dos suecos. Aunque a un buen trecho de distancia, escondido por el caballo, que aún avanza inquieto por los adoquines empapados.

El cortejo gira por una calleja. Al final hay un edificio ruinoso con un mesón en la planta baja, del cual surge un griterío amortiguado. Al lado hay un edificio bastante más bajo y estrecho, oculto a medias por un ancho olmo, y está tan ladeado que se diría que se está apoyando en el mesón. Y hacia ese edificio de menor tamaño se dirige Antonsson mientras Widebeck espera con las riendas del caballo en una mano y la señora Thiessen en la otra. W. no oye abrirse la puerta en ningún momento, y ve a la mujer que hay al otro lado del umbral solo cuando esta levanta un farol para iluminar la cara de Antonsson.

Antonsson se aparta a un lado y señala al teniente, que aguarda a unos metros de allí.

Entonces ella se inclina servil y se hace a un lado invitándolo a pasar. El teniente Widebeck le da las riendas a Antonsson y, sin dejar de agarrar con fuerza el brazo de la señora Thiessen, sigue a la mujer, cuyo farol ya se ha perdido en la penumbra hacia el interior de la casa.

Se quedan de pie delante de la puerta cerrada, él y Antonsson. Y el caballo.

Primero quiere decir algo, explicarle a Antonsson qué está haciendo ahí él también, a pesar de que llueve a mares y de que ya se le ha agotado el permiso tiempo ha, pero no se le ocurre nada que decir, de modo que se quedan así, como si no se hubieran visto nunca o como si fuera pura casualidad que se encontraran allí los dos al mismo tiempo.

Le habría gustado haber llevado consigo la pieza de madera, o cualquier cosa, con tal de tener algo a lo que aferrarse. Pero no tiene nada, y poco a poco es como si se le fuera encogiendo el campo de visión y todo se fuera transformando en algo parecido a una somnolencia.

De pronto vuelve a abrirse la puerta y por ella sale el teniente Widebeck. Esta vez lo mira directamente a los ojos. ***Buenas tardes, Wutzig,*** le dice, monta en el caballo, cuyas riendas le da Antonsson, y se aleja cabalgando con el ordenanza detrás medio corriendo.

Él no sabe qué hacer ni adónde ir. La puerta por la que ella entró no ha vuelto a abrirse más. Así que se queda allí, bajo la lluvia. Dentro de él se halla también la misma somnolencia y en el interior de la somnolencia se halla la puerta.

Entonces se abre otra vez y por ella sale Marie Thiessen.

Se ha arreglado el pelo y se lo ha recogido en la nuca, pero sigue con la cabeza descubierta y, al carecer de un tocado decente, la cara parece más hueca si cabe, de modo que, cuando vuelve la vista hacia él, es como si lo mirara y no lo mirara al mismo tiempo. Otro tanto ocurre con su voz. Cuando le habla es como si la voz procediera de dentro de ella y de otro lugar totalmente distinto.

Tienes que haber perdido el juicio para empeñarte en perseguirme de esa manera.

Él no dice nada.

¿Cómo te llamas?

Él le dice que se llama Wutzig.

¿Eres sueco?

Él no dice nada.

¿No tienes miedo de que tus superiores te vean?

Él no sabe qué decir.

No sabes nada de mí, le dice ella entonces, como si él la hubiera acusado de algo. Estoy casada, le dice. Mi marido está en el frente.

¿En qué regimiento?, dice él.

Estoy esperando un hijo suyo, dice ella.

Se lleva una mano al vientre.

¿Y el niño?, dice él entonces. ¿De quién es?

Ahora es ella la que no dice nada.

Si hubiera tenido allí el taco de madera, se lo habría alargado. Como un regalo, o como una súplica, quizá. Pero en esta ocasión ni siquiera el taco de madera habría bastado para cambiar las cosas. Ella sale a la calle, que enseguida se transforma en un mar de agua corriente, y no tarda en desaparecer. Y entonces cae en la cuenta de que ni con una sola palabra ha desvelado que sabe quién es o si se acuerda siquiera de que ya se han visto antes.

Pero vuelve. Incluso en varias ocasiones. Se queda bajo el olmo observando atentamente cada vez que alguien entra o sale del mesón. Sin embargo, aunque vuelve a ver tanto al teniente Widebeck como a otros oficiales suecos, a veces en compañía de una o dos de las viudas de los soldados con las que se cruzaban camino de los jardines de Damgarten, tarda hasta bien entrado el otoño en verla otra vez.

A esas alturas ha pasado debajo del árbol tanto tiempo que se diría que se hubiera fundido con él. También al ruido del mesón se ha habituado hasta el punto de que apenas se sobresalta cuando la puerta se abre con estruendo antes de que por ella salga un grupo de clientes vociferando y dando tumbos.

En esta ocasión es ella la que lo ve primero, por eso trata de ocultar la cara con el delantal. Pero él lleva en la mano el trozo de madera, y algún tipo de poder debe de irradiar ese objeto porque cuando alarga la mano es como si algo se ablandara y cediera en ella. Se vuelve hacia él, pero no recriminándolo fríamente como en otras ocasiones, sino con una sonrisa que podría haber tomado por afectuosa de no ser por la mirada vacilante que se desliza y se escurre en todas direcciones.

Bueno. ¿Y cómo te llamas?, dice otra vez.

Wutzig, dice él. Otra vez.

¿Es tu verdadero nombre?

Woyzeck, dice él entonces. Mi padre era polaco.

Entonces tú también tienes un secreto, le dice ella desde dentro de su sonrisa.

No te he contado toda la verdad, le dice ella.

Mi marido está muerto, dice.

Él aprieta con fuera el trozo de madera en la mano. Y lo que sucede en ese instante no se puede explicar. Dentro de su gran ensoñación, la ve dar un paso al frente y ve cómo le coge las manos entre las suyas. Luego se las lleva a la boca. Primero la una, luego la otra. Y le quita de la mano el taco de madera y le besa los nudillos. Luego se lleva la mano de él al vientre, donde ya palpita una nueva vida.

Bueno. ¿Y cómo te llamas?, dice ella otra vez.

Pues Wutzig, dice él. Otra vez.

Sus compañeros le dicen que hasta tú lo tienes que comprender, Wutzig, que esa mujer nunca ha estado casada, y mucho menos es viuda de un soldado caído. ¿Viste que llevara algún anillo en el dedo, acaso? ¿Y cómo iba a estar embarazada de uno que cayó en el campo de batalla? ¡Si apenas tenía barriga cuando tú, Wutzig, estuviste con ella! ¿Y de verdad crees que es como dices, que trabaja para los padres del marido? ¿Qué suegros verían en silencio que su nuera anduviera por ahí fornicando con otros?

¡Y eso lo entiende hasta él, ni él es tan tonto!

Que es imposible que el hijo sea del marido, si este ha desaparecido en acto de servicio. Además, no es muy cristiano hacerse esos planes. Y en último término tendrá que convenir que puede que no haya habido nunca ningún marido. Solo una corriente interminable de soldados que llegan, procrean y mueren, procrean y mueren. Pues esa es, necesariamente, la suerte de la viuda del soldado. Si uno cae, siempre habrá mil esperando. Siempre, sin descanso. Pero, como sea, y eso es lo extraño, él la *cree*.

A Clarus le diría después que, aunque sabe que está mintiéndole, es como si prefiriera la mentira a la verdad. La mentira es casi más razonable que la verdad. En ella resulta más fácil estar.

Empiezan dando breves paseos. Ella ya no parece tan angustiada ante la idea de que la vean en su compañía, sino que va del brazo con él, más aún, se le pega muy fuerte cuando se cruzan con algún conocido suyo. Como si de lo contrario a él se le pudiera ocurrir la idea de soltarse y escapar.

Claro que, ¿qué le importan a él los que pasan a su lado y se ríen o lo señalan con el dedo?

Antes bien, al ir con ella como si estuvieran prometidos se siente contento e importante. Nunca ha ido así con una mujer hasta ahora.

Los días son extrañamente abiertos. Es como si se encontraran en una sala donde solo hubiera ventanas. Allí donde va con ella, hay cosas nuevas que ver. El mundo se ha vuelto nuevo. O quizá ahora tenga unos ojos nuevos con los que verlo.

Aunque claro que ha notado que ella prefiere ir por ciertas calles y procura evitar otras. Y no quiere que conozca a sus suegros. Él lo comprende, claro, sería poco decoroso cuando acaba de perder a su marido.

Y tampoco puede conocer al niño. Johann Christian August. Antes siempre lo tenía con ella. Ahora no está por ninguna parte. En cuanto él menciona al pequeño, ella cambia de tema. De pronto quiere saber en qué regimientos ha servido, incluso cómo se llamaban sus superiores. Y eso a pesar de que no es capaz de decir en qué regimientos sirvió el marido ni tampoco el nombre de los que fueron ***sus*** superiores. No, mejor cuéntame tú, dice ella. Y él se oye a sí mismo. Le cuenta largo y tendido: acerca del ruso, de los fuegos que veían arder en el hielo de noche cuando estaban huyendo. Y le habla de la pequeña Hedwig, la que murió de disentería, del juego con las piezas de madera pintada que tantísimo la complacía.

También le habla del cobertizo que empezó a arder y subió al cielo.

Ella sonríe, pero se queda extrañamente impasible.

Pero entonces, ¿no viviste ninguna batalla?, le dice.

Y él. No, ninguna batalla.

Pues qué raro, dice ella, tanto tiempo en la guerra, y ninguna batalla.

Y ella le dice que tiene los ojos muy bonitos. Que son claros y serenos cuando la miran. También le dice que le gusta que nunca sea grosero al hablar ni le levante la voz.

Pero cuando le dice esas cosas tan buenas y tan bonitas siempre aparta la cara. Si es por timidez o por vergüenza, no lo sabe seguro. Quizá por las dos cosas.

Entonces baja la vista y le pregunta si quiere que sea buena con él. Y le coge la mano entre las suyas. Cuando él va a retirarla, ella la levanta con un rápido movimiento como de aleteo hacia arriba. Se ríen. Varias veces levanta ella su mano con ese movimiento de pajarillo antes de descansar en su regazo las manos de los dos, ahora entrelazadas.

Y luego ella le dice lo que siempre ha querido decirle: que desde la primera vez que se vieron ha llevado al hijo de otro hombre en las entrañas. No se atrevió a confesárselo entonces por lo bueno que era con ella. Y luego tampoco se ha atrevido porque pensó que la dejaría. Comprende muy bien que debe de despreciarla porque no es pura. Pero tenía que decírselo, no puede seguir llevándolo en secreto.

Si lo prefiere, es libre de irse de su lado, por supuesto. Y sonríe: un tanto incómoda, pero complaciente. Como sonríe uno cuando sabe que se espera que haga algo importante, algo que no sabe qué es exactamente, pero que está dispuesto a cumplir.

Baja la vista al suelo.

Y cuando vuelve a levantarla al cabo de un instante, tiene la cara como siempre, las mejillas igual de vacías y la mirada igual de errabunda. Como si la timidez no hubiera sido más que un velo que se hubiera puesto con premura para luego retirarlo con una premura igual.

Y en ese instante hay entre ellos todo lo que siempre habrá.

La mirada huidiza de ella y la torpe búsqueda impotente de las manos de él.

También el niño, Johann Christian August, vuelve a estar ahí. Rígido como un soldado, con la espalda erguida y los brazos rectos a los lados, se planta al lado de su madre a vigilar.

Y siguen las mentiras.

Había en aquel entonces en la Pomerania Sueca un domador de fieras llamado Henze que recorría las ciudades de la costa de Rügen con su teatro. Ahora se encuentra de nuevo en Stralsund. Lo ven durante sus paseos en el lugar donde ha mandado levantar un barracón de madera, construido en dos plantas, como una casa de verdad, y apuntalado sobre gruesos caballetes. En los dos laterales del edificio se abren amplios ventanales con cortinas rojas, que siempre están bien descorridas para que lo que allí sucede quede bien visible para todos. Por dentro se compone el teatro de varias estancias comunicadas entre sí, cuyo suelo y paredes se abren como trampillas. En lo alto hay una dependencia como un torreón provisto de rejas con vistas a los cuatro puntos cardinales como un mirador. La torre se llama el cuarto de la doncella, y en su interior se encuentra «la doncella»: un topillo campesino o un animal similar cuyo gemebundo piar se oye hasta bien lejos.

Cuando se reúne un número suficiente de curiosos alrededor del teatro, asoma el ayudante de Henze, un hombre tosco con delantal de cuero al que llaman el Huno. Cuando Henze toca un cencerro para indicar que ya puede dar comienzo el espectáculo, el Huno se acerca a las jaulas que hay detrás del teatro, donde guardan a las fieras (una marta, un turón o algún otro animal al que Henze lleva semanas matando de hambre), agarra a una de ellas con un guante grueso de piel y se la muestra al público colgada del lazo de la vara que siempre lleva consigo, babeando y dando bufidos.

Mientras tanto, Henze saca un reloj del bolsillo del chaleco y muestra en el aire dos, tres o cinco dedos. Los dedos equivalen al tiempo en minutos que deberá durar la cacería, siempre teniendo en cuenta la supuesta resistencia y fuerza física del animal. Luego pide al público que apueste poniendo sus monedas en una cesta que Henze va pasando, hecho lo cual trasladan a la fiera a la primera cámara antes de soltarla en el interior del teatro.

Para regocijo del público, da así comienzo el juego.

O la lucha, más bien:

Pues por intenso que sea el olor de la doncella arriba en su cuarto, siempre hay un instante en el que el animal cazador toma conciencia de que es animal cazado, cuando el suelo se hunde bajo sus patas y cae entre las cámaras o se queda encajado entre los tableros

basculantes y las trampillas que mantienen las paredes sujetas y a la vez en constante movimiento.

El Huno va azuzando con la vara por las ventanas para que el animal reanude la cacería de la presa en la torre de la doncella, y Henze va a su vez entre el público mostrando el reloj de bolsillo, mientras los que están más cerca en la aglomeración alrededor del teatro en el mejor de los casos alcanzan a entrever un ojo penetrante o el extremo de la cola al pasar por una ventana.

Aunque, por lo general, solo se oye un pesado bamboleo y el lamento del interior de las cámaras mientras la fiera va cayendo por las trampillas y se ve obligada a reanudar la caza de la doncella, y el Huno la azuza cada vez con más furia con la vara y el lazo por las ventanas del teatro y el público vocifera y grita cada vez más furioso con el pobre animal. Como sea, al final ha transcurrido el tiempo y el Huno abre la puerta y saca a rastras a la fiera, tan extenuada después de su propia cacería que se aferra al lazo como si ese instrumento de tortura constituyera su única salvación.

Y el público grita su rabia y su indignación.

Algunos tratan de abrirse paso para liquidar al animal que tan contrariamente a su propia naturaleza se ha conducido. Pero el Huno se interpone, y con él no se atreve nadie, porque tiene la vara y el guante, y la cosa siempre termina con los espectadores decepcionados alejándose poco a poco de allí, y entre tanto se acercan otros ansiosos de presenciar la cacería, y el Huno se pasa la lengua por los labios y saca otro animal de la jaula, mientras el domador de fieras Henze toca el cencerro y va recogiendo más apuestas y monedas en la cesta.

Una de las principales atracciones que trae este año el domador de fieras es una zorra vieja, no mucho más que un puñado de huesos que alguien ha cubierto de una pieza de piel sarnosa. La zorra está encerrada en una jaula algo más grande, situada a unos metros de las demás, donde el animal pasa los días frotándose contra los barrotes, como si quisiera arrancarse lo que queda de ese cuerpo enflaquecido y hambriento, y a veces aúlla tanto que se oye por toda la plaza. Es como si hubiera alcanzado tal grado de desesperación que solo manteniéndose en constante movimiento puede seguir existiendo ella y puede el mundo seguir firme y en pie y real a su lado.

Solo se tumba en el suelo de la jaula cuando el Huno le rodea con el lazo el cuello ya medio desollado y la obliga a entrar en el teatro. Henze camina entonces de un lado a otro con la cesta y el cencerro y va explicándole al público que la zorra lleva varias semanas sin probar bocado.

> *Bestia tan salvaje y tan hambrienta no han visto ustedes, damas y caballeros, y la cuestión es si logrará o no atrapar a la doncella, los zorros son animales*

muy astutos.
Quien apueste por la zorra recibirá diez veces más de lo apostado.
¡Anímense, buenas gentes, apuesten antes de que sea tarde!

Y muchos del público apuestan todo lo que les queda por la zorra hambrienta, y al ver que, pese a todo, el animal se niega a seguir trepando y, al contrario, se arrastra hasta el fondo de una de las cámaras, se acercan blandiendo armas de todo tipo que introducen por las ventanas provistas de cortinas con la idea de movilizar a aquella ruina de animal, que no es capaz de ponerse en pie ni con toda el hambre que tiene siquiera.

Hasta que una noche sucede lo que todos debían haber sabido que sucedería tarde o temprano. De pronto cesa la habitual algarabía del interior del teatro y cuando el Huno mete la vara y saca a la zorra otra vez, lo único que cuelga del lazo es un pellejo fláccido con un ojo que sin ver y sin comprender mira a una aglomeración de espectadores estupefactos.

Extrañamente apagados quedan todos entre el público mientras el Huno lleva a rastras al animal muerto detrás de la jaula, ahora absurda. Como si hasta el último momento hubieran apostado por algo que en su fuero interno creían invencible. También la prometida de W. se cubre la cara con las manos y se vuelve hacia él desesperada.

¡No me traigas más aquí,
es un espectáculo atroz!

Después de ese suceso, ella tiene la convicción de que en el instante mismo en que el pánico dejó de martillear y golpear el cuerpo de la zorra, se trasladó al interior del suyo: empezó a aporrear y a sacudir al feto que lleva dentro. También él lleva dentro de sí desde aquel instante el corazón aterrorizado de la zorra adonde quiera que va. En la otra orilla del río Memel oye cómo le late, con el mismo resonar seco que las campanas de las iglesias rusas: un sonido quebradizo y solitario que se inflama con la distancia y cuya fuerza va creciendo para terminar oyéndose a lo lejos. Como si las hubieran sacado del mástil y las hubieran enterrado en algún lugar muy hondo bajo tierra y aun así siguieran resonando, desde el fondo de la oscuridad, desde el fondo mismo de la tierra que ahora pisa.

No pasa un día sin que lo oiga.
Los latidos
Las campanadas
El corazón muerto de miedo

La criatura llega al mundo un día templado de marzo del año siguiente, y como les ha dicho a todos que él es el padre, le mandan aviso al cuartel. Se supone que el nacimiento ha tenido lugar en Torvbodarna, le comunican, y le entregan una nota con un nombre y una dirección. Aunque habrá de esperar hasta bien entrada la tarde a que le concedan el permiso, y a esas alturas ya es de noche y la nieve derretida se ha evaporado hasta formar una bruma compacta y pegajosa que se levanta a su alrededor como una pared. Al final, después de mucho deambular y preguntar, llega a una barraca ruinosa en la orilla de una turbera a las afueras de la ciudad. De la turbera en sí apenas se distingue nada en medio de la bruma, pero por todas partes se oye el gotear y el fluir de la nieve derretida por entre la turba.

Después no será capaz de decir quién vive en la casa en realidad. Los abuelos maternos o los suegros de ella no están allí, en todo caso, y ninguna de las personas a las que ve parece dispuesta a responder a un saludo o a estrechar la mano que él les brinda por la hoja superior de la puerta abierta. Al contrario, mandan a una vieja para que le corte el paso. ***Aquí no queremos suecos correteando de un lado a otro,*** profiere la boca casi desdentada. Se queda ahí severa y terca con la piel de la cara quemada por el sol tensa como la piel de un tambor. Cuando por fin consigue que la puerta ceda, el resto de la gente se queda mirándolo. Habrá una docena de hombres y mujeres de distintas edades. Primero cree que es el uniforme lo que les resulta llamativo, o simplemente el dialecto en el que balbucea sus excusas, o puede que solo sea la cara de espanto que ha debido de poner. O puede que no sea nada de eso o que sea todo a la vez. De pronto, unos empiezan a reír: a carcajadas y dándose palmadas en el muslo y señalando con el dedo. Incluso la cara de la vieja rabiosa se ilumina con una risa y un paladar desdentado raja como una herida la tensa piel de tambor.

Marie está tumbada detrás de una cortina, boca arriba, sobre un sencillo colchón de paja extendido debajo del pie de la escalera. Tiene en la cara una expresión vítrea, como si el parto le hubiera arrebatado todas las fuerzas. La Niña de sus Ojos está junto a su pecho con las manitas cerradas delante de una cara arrugada en finísimos pliegues a causa del llanto, la

cabeza es increíblemente más grande que el cuerpecillo.

Él se sienta en el borde del colchón con prudencia, como si fuera el borde de una cama con un baldaquino de verdad, y toma entre dos dedos una de las manitas cerradas. Entonces cesa por fin el llanto de la criatura. También Marie se vuelve y lo mira con lo que puede ser una sonrisa o una mueca de agotamiento o solo una expresión de tedio infinito. Enseguida, como si estuviera recitando en voz alta una retahíla aprendida de memoria, comienza a hablar de todo lo que tiene que comprarle a la criatura. Hace falta ropa para vestirla, un gorrito y unos calcetines blancos, y una buena cuna con una preciosa cortina de volante, preferiblemente de una muselina ligera y delicada.

Él trata de prestar atención y memorizarlo todo, pero mientras ella habla cruzan la habitación sin cesar pasos y ecos de voces, y sobre ellos se oye el ruido de pies que suben y bajan retumbando por las escaleras; lanzan maldiciones, una mujer grita su ira con voz chillona y alta y algo se desploma junto a la cortina.

Pero Marie sigue dando órdenes, como si la lista de objetos y tareas fuera infinita, o como si ella y la niña se encontraran en un mundo propio, fuera de todo el alboroto y la vergüenza. Finalmente, también él se encuentra en ese otro mundo, porque cuando vuelve en sí y empieza a oír voces y otros sonidos, la oscuridad ya ha cedido y puede verse el contorno de cuerpos extraños que se desplazan como animales enormes detrás de la tela que han colgado delante del cuchitril del hueco de la escalera. También se oye agua que chorrea y que gotea, el sonido de un cucharón al hundirse en un cubo y el agua que vierten en una palangana esmaltada. Luego arrancan de un tirón el cortinaje que los mantiene ocultos y unas manos extrañas aparecen y los agarran, y resulta que es otra vez la vieja de la cara de piel de tambor, ahora más tensa que nunca. En ese momento, comprende que es la comadrona.

Qué haces aquí, extranjero, dice con la misma voz monótona y chillona de repulsa. ¡Ahí sentado como si fueras alguien!

Bien sabes que la criatura no es tuya, y aunque lo fuera… ¿Cómo ibas a arreglártelas para mantenerla, un simple soldado…?

Y Marie ha cesado en su interminable retahíla de exigencias, y él sigue sentado mirándose las manos, que nunca había sentido tan vacías e inútiles.

Reflexiona mucho sobre lo distinta que es la mujer del hombre en lo que a su naturaleza se refiere. Dice que es viuda de un soldado que partió a la guerra. Antes de partir, le hizo un niño. O quizá primero partió a la guerra y luego vino otro a hacer el niño.

Ahora ella anda con los soldados. Dice que no conoce otra vida.

Un soldado procrea, otro se planta a vigilar. O recibe a la criatura cuando llega.

¿Qué sabe entonces el procreador de la vida procreada?

¿Encerrará el seno de la mujer una clase particular de sabiduría de la que él queda excluido, una sabiduría que, al igual que la de los masones, le otorga acceso a un lugar secreto por dentro de toda la piel y todas las membranas, donde hay algo que nadie más es capaz de conocer?

Solo una vez ha sido él capaz de penetrar lo bastante hondo en su seno para sentir lo que hay en lo más profundo. Una boca abierta de par en par es lo que hay, una manita que se abre y se cierra, se abre y se vuelve a cerrar, para luego soltar del todo.

Y una vez más, se ve apartado, excluido.

Claro que ahora ha adquirido cierta reputación. En la guarnición, los compañeros hablan de su espíritu emprendedor con las mujeres. No solo deja preñadas a las putas, Wutzig. Además, se hace cargo de sus crías. ¡Normal que todas se le arrojen al cuello! Y como para subrayar bien lo atractivo que es, Andres se le acerca por detrás, lo agarra por la cintura y dice suspirando entre sus brazos *…tómame, Johann, tómame como solo tú sabes, Johann…,* y W. sonríe con esa sonrisa de tontaina y se retuerce y se revuelve de malestar y vergüenza.

Aun así, no puede evitar sentirse también un tanto halagado. Después de todo, son camaradas suyos, solo quieren lo mejor para él. En este mundo de guerra y violencia y de infortunio y de necesidad, donde nada es lo que parece ser en un principio y todo se transforma sin cesar, la camaradería es lo único en lo que se puede confiar a la larga. Créame, señor consejero, si algo he aprendido en mi larga vida de soldado es que toda consideración por la amistad verdadera es poca.

Y también lo agasajan con algún que otro trago. Más aún: quieren emborracharlo. Porque es una diversión de primera cuando está totalmente desatado y trata de hacerse el gallito en serio y de demostrar qué pasó de verdad cuando la dejó preñada. Lo hace allí mismo, en el suelo del mesón: se baja la solapa del pantalón y se coloca delante del borde de una mesa y empieza a embestir al mismo tiempo que golpea el tablero de la mesa con la pieza de madera, para que vean cómo lo hizo cuando le penetró las carnes.

Y luego no consigue explicarse ni remotamente cómo una historia que empezó con cálidos rayos de sol entre avellanos y con un trozo de madera que podía haberse convertido en un objeto bonito de verdad, un silbato o una flauta o un pájaro, puede terminar con él graznando como un mamarracho y vomitando entre las ortigas detrás de las letrinas del patio del mesón.

Y después, al alba: los remordimientos. Esa sensación horrenda de traición que lo atraviesa hasta donde no hay fondo ninguno. La oscuridad aún no se ha disipado cuando empieza a dar vueltas por la turbera, que suspira y discurre y gotea y susurra en la penumbra.

Ella sigue tumbada en el catre bajo la escalera, pero le da la espalda en cuanto aparta la cortina. Le dice que no soporta el hedor a alcohol que exhala por la boca. Los demás

habitantes del edificio tampoco quieren saber nada de él. En cuanto asoma y les pide algo, aunque sea algo insignificante como un cubo o una toalla, lo miran con ojos inexpresivos o le dan la espalda con un exabrupto. Hasta que un día, precisamente cuando acaba de hacer otro intento de acercarse al catre del hueco de la escalera, aparece la mujer de la cara de piel de tambor seguida de un tipo forzudo. El hombre se planta bravucón delante de él y alarga la mano y le dice que quiere que le pague la cama.

Si es el padre de la criatura, podrá pagar, ¿no?

Detrás de él todos empiezan a reírse: una de esas risas que la gente suelta cuando oye algo que llevaba tiempo esperando oír.

¡Padre quiere ser, eso sí, pero a la hora de pagar se quita de en medio!

Y en el colchón de paja, debajo de la escalera, está Marie de espaldas tanto a él como a las risas. Ni siquiera a la niña le da el pecho, aunque la tiene allí mismo llorando de tal manera que podría pensarse que tiene los pulmones arrugados dentro del cuerpecillo.

Y delante de la cortina hace guardia el niño Johann Christian August. Claro que no como siempre, tieso como un soldado, sino con la cara mirando directamente a la suya y con la mirada llena de odio.

Pero mientras ellos dicen que es hija de otro, él sabe que la niña es suya.

Solo suya:

Tiene los ojos azules como el agua e imposibles de sondear hasta el fondo, como pasa con todos los niños. Pero son sus ojos.

Y si diera otro paso atrás vería que también tiene su boca, el mismo contorno carnoso de los labios con la curvatura casi involuntaria de las comisuras hacia arriba; y las manos, tan bonitas y finas, con arruguitas rosáceas en los nudillos, tan bonitas que solo un rey se atrevería a tocarlas.

¿Cómo es posible que algo que no procede de su semilla sea pese a todo a su imagen y semejanza? Incluso la sonrisa, cada vez que le aflora a la carita, es la suya, yerta y retraída.

¿Cabe imaginar que exista otra clase de parentesco que los una salvo el del cuerpo, tal vez un parentesco del corazón o del alma? Cual si vivieran los dos bajo un cielo del todo distinto del que los demás tienen sobre sí.

Pero en cuanto él quiere acercarse, aparece Marie y le aparta las manos con voz agria y desabrida.

Tienes que irte, Wutzig.

Como si le hubiera dicho:

Es tu vida, pero no es para ti.

Y luego ella tiene que salir a hacer sus rondas otra vez, ya llueva o haga sol, con la niña colgada de un pañuelo a la espalda. Y el niño Johann Christian August la acompaña como siempre, para asegurarse de que ninguna persona ajena se acerque.

Y él se queda mudo, sentado ante cualquier mostrador, sin saber qué otra cosa hacer que, en su desesperación, beberse los pocos cuartos que le quedan de la exigua soldada, que no habrían sido suficientes si se los hubiera dado a Marie.

O con eso trata de convencerse.

Y otra vez acuden a ella el teniente Widebeck, que se hace mayor, y el otro, Antonsson, que le lleva el caballo y que luego se queda a hacer guardia delante de la puerta.

A estas alturas ya sabe quién regenta la Casa del Ángel, que así la llaman por el ángel que sobrevuela la puerta de entrada tocando una larga trompeta con las alas desplegadas: una vieja ramera retirada que no deja que las muchachas que alquilan cama allí entren con sus hijos. Así que es la mujer con la cara de piel de tambor la que se ocupa de la niña. Así que él se va a la cabaña de la turbera. Pero ahora todos los que pasan la noche en la casa saben que no es por la madre por quien suspira, sino por la niña, y se empeñan en cobrarle incluso por dejar que la vea.

La vergüenza tiene un precio. También para él lo tiene.

Es una mañana de primeros de mayo, cuando la criatura no tiene todavía más que un par de meses. En la guarnición aún andan ocupados reparando las murallas de la fortaleza. Las aves marinas chillan y se lanzan en picado por un cielo tan azul que podría pensarse que carece por completo de profundidad. Él avanza con la carretilla cargada por el estrecho y transitado sendero que discurre a lo largo de la cara interna del muro cuando el alférez se le acerca a la carrera sujetándose el sombrero con la mano y los faldones de la casaca aleteando al viento. Hacen falta tres o cuatro hombres que ayuden a trasladar el ajuar de una casa. El capitán se ha comprometido. Es la familia de un oficial sueco cuyo mobiliario van a trasladar en barco a Karlscrona. Cuatro, cinco hombres fuertes se precisan, el sargento ya ha elegido a los que cree que son idóneos, Wutzig, tú también puedes venir. Lo suelta como una ocurrencia de última hora. Siempre pasa lo mismo.

Desde que estuvo en Waldemburgo al servicio del joven doctor, es la primera vez que se encuentra en la casa de un hombre acaudalado. Sábanas de lino blanco cubren todo el mobiliario que han de trasladar, incluido un piano de cola que es el único mueble que hay en una de las habitaciones. Inunda todas las estancias una luz blanca que otorga a los muebles, envueltos en lino blanco como están, un aspecto elevado, casi solemne a ojos de los soldados, que esperan torpes con la gorra del uniforme en la mano. También las dos hijas de la familia van vestidas de blanco, con delantales y cintas blancas. Se ve a las claras que las niñas están encantadas con el trajín de la mudanza. Un perro les corretea por entre las piernas, también ladrando alegremente.

Él no puede dejar de pensar en Marie y en la niña. Cada vez que la ve le habla del hogar que quiere para sí misma y para su hija, un hogar que no existe más que en su imaginación, pero al que se refiere como si fuera real.

No puedes dejarnos ahora, le dice una mañana. Sería la muerte misma si nos dejaras ahora.

Incluso le pone la mano en la manga del capote. Al mismo tiempo, es como si la mirada

de esos ojos tan extraños estuviera dirigida a otro lugar, a otra persona que se encontrara junto a él. Y allí mismo, mientras la escucha, es capaz incluso de ver a esa persona, como si estuviera de pie a su lado, o incluso como si fuera él mismo, solo que con la forma de ese otro soldado que, según ella ha dicho en todo momento, es el padre de sus hijos. Ese otro soldado tiene la piel y el pelo más morenos que él, y aprieta la mano como una garra alrededor del asa del macuto. Se dirige a la guerra, sí, ya ha alcanzado a alejarse de ella varios pasos cuando descubre un joyero que está encima de una de las mesas que aún no han trasladado abajo. Sin saber muy bien lo que hace, introduce la uña del pulgar bajo el estrecho cierre y abre la tapa. El joyero está vacío. Quienes lo han dejado allí olvidado hace ya mucho que lo vaciaron de su precioso contenido. No alcanza a imaginar siquiera qué cosas tan hermosas contuvo en su día. El forro de terciopelo del que está cubierto el interior tiene un color azul oscuro tan hermoso como el cielo sobre los muros de la fortaleza.

Si él pudiera dar media vuelta y entregárselo a ella como regalo de despedida…

Aquí tienes, Marie, lo más hermoso de cuanto poseo te lo entrego a ti.

Y ya ha comenzado el movimiento para volverse y darle el joyero vacío cuando la puerta de la habitación se abre de golpe y las dos niñas entran corriendo, seguidas de la doncella, que ha terminado agotada de perseguir a las pequeñas escaleras arriba y ahora se ha parado allí resoplando con un hombro apoyado en el dintel de la puerta. Él trata de guardar el joyero en el macuto que lleva a la espalda, pero como da la casualidad de que el macuto no se encuentra ahí por el momento, se lo mete por la cinturilla del pantalón. De todos modos, es mucho lo que sobresale y se marca, y la doncella no le lanza más que una mirada rápida antes de apresurarse a seguir a las dos niñas, que ahora la llaman desde el interior de alguna de las salas ya vacías. Y él deja de pensar en ello, tal vez ya le ha entregado el regalo a Marie y se ha liberado del agobio que siente cuando el sargento entra a la carrera en el barracón en el que están durmiendo dos en cada cama y les ordenan que se pongan firmes mientras registran las camas hasta que al final el sargento sostiene el joyero en el puño y pega la cara a la suya vociferando.

Y W. No sé de dónde ha salido, sargento.

Y el sargento. Quieres decir que es la primera vez que lo ves, ¿no?

Y W. Si estaba vacío, sargento. Dentro no había nada.

Y el sargento. ¿Y cómo sabes que está vacío, si no lo habías visto hasta ahora?

El hecho de que no se haya encontrado entre sus pertenencias ningún objeto de valor salvo el joyero vacío no constituye ni mucho menos una circunstancia atenuante. Al contrario, declaran que lo han visto con putas de las que van con los soldados. Antonsson, el ordenanza del teniente, puede dar fe, por ejemplo, de que lo han visto varias veces delante de la Casa del

Ángel, donde se apostaba a esperar a los oficiales que acabaran penosamente achispados para poder robarles las pertenencias. Él y una puta en particular estaban en connivencia con ese fin. Antonsson los ha visto juntos varias veces.

Y lo condenan al calabozo, seis meses:

Es como si le hubiera caído encima otra vez la prisión de Barneck de la que huyó en su día. Aunque en esta ocasión tiene que compartir celda con otros de su calaña, ladrones, vagabundos. Ellos también han oído hablar de sus inexplicables éxitos entre las prostitutas de la soldadesca y quieren tocarle el miembro para comprobar si de verdad es tan grande como van pregonando las mujeres y, al no encontrarlo, le escupen en la cara bolas de tabaco y le doblan los brazos a la espalda hasta que le da la sensación de que estuviera colgado de una cuerda finísima sobre un abismo y alguien grita ***pero qué demonios deja caer ya al condenado déjalo caer ya,*** pero no puede ni soltarse ni dejar que lo suelten, puesto que no hay nada debajo. O mejor dicho: lo que hay debajo tiene exactamente el mismo aspecto que la trampa de aves rapaces que el joven doctor le mostró en los pastos del monte. Ese terreno que no era un terreno, ni loma o colina ni pendiente siquiera, sino solo una depresión del suelo, algo firme que cedió, igual que cuando él, ahora, tantea a ciegas en busca de un saliente al que poder agarrarse para al final no hallar más que un objeto blando y maleable, su propia piel, su propio cabello, su propia cara. Y entonces comprende que la grieta discurre a través de él mismo. No puede salvarla, porque cuanta más fuerza precisa para impulsarse, para tener el valor de lanzarse, tanto más se abre la grieta, al final estará donde esté él. Ni siquiera ha sido necesario soltarse. No había nada que agarrar.

Ella va a verlo a la prisión. Pero a la Niña de sus Ojos no la lleva. No le lleva nada. Ni siquiera comida. Se limita a quedarse allí sentada con las manos en el regazo abiertas como una acusación y con la cara vacía como un cuenco que nunca hubiera estado lleno de ninguna clase de deseo o de alegría, ni para él ni para nadie ni para ninguna otra cosa en el mundo.

Y le dice que cuando haya cumplido la pena, tendrá que volver a lo suyo. Y que, si tiene intención de regresar con ella, no le quedará más remedio que consentir en pagar su parte.

Como todos los demás.

Y él sabe que anda con otros, que hay otros a los que ella prefiere como padres de la niña. O acaso ni siquiera le importe: con tal de que ***alguien*** ocupe su lugar.

Durante el examen del encausado (2)

Por lo que a su estado anímico y, más en concreto, a su juicio se refiere:

… no me pareció ni incoherente ni disperso, tampoco tenso ni absorto en pensamientos e ideas confusas. Más bien daba prueba de capacidad para mantenerse centrado en el tema de nuestra conversación. Así, por ejemplo, después de que yo dedicara unos instantes a anotar mis observaciones, el encausado podía retomar el hilo allí donde lo había dejado. En ocasiones él mismo señalaba cuándo se apartaba de la sucesión temporal en sus recuerdos o cuándo se dispersaba en circunstancias irrelevantes para, acto seguido, en una serie natural y coherente de pensamientos, volver al tema principal. Entendía de forma inmediata el sentido de las preguntas que se le formulaban, nunca fue preciso repetírselas, y las iba respondiendo con rapidez y acierto. Asimismo, estaba en disposición de, si se le requería, repetir la respuesta con otras palabras y expresiones, lo cual resultaba necesario en particular para dar cuenta del estado mental en que se encontraba inmediatamente antes, durante y después del crimen. Tenía la memoria intacta. Aún un año y medio después de nuestro primer encuentro, podía describir el curso de los acontecimientos indicando las mismas circunstancias que la vez anterior. Su concepción de los objetos y de las circunstancias objetivas es, al menos si nos atenemos a aquello que atañe al mundo de los sentidos, correcta y normal para una persona con su formación intelectual; por más que su entendimiento en lo referido a circunstancias de naturaleza religiosa o sobrenatural se vea afectado por ciertas ideas equivocadas no del todo insólitas entre personas de su clase y formación, una afección que lo lleva a aferrarse tercamente a concepciones totalmente falsas. Pese a todo, no apreció en él ni rastro de exaltación enfermiza, de pobreza sentimental ni de confusión conceptual y, después de haber profundizado en dicha afección, he podido concluir que tiene una facilidad natural para el aprendizaje y que es por su inteligencia perfectamente capaz de comprender ideas más sensatas.

Por lo que a su estado anímico y, más en concreto, a su carácter se refiere:

… no aprecié, al igual que en mis anteriores conversaciones con él, ni rastro de excitación desenfrenada, susceptibilidad, tensión, inquietud o pasión malsana ni, por lo demás, mudez, falta de atención, abatimiento o ensimismamiento, y por ende nada que pudiera inducirme a concluir que el delincuente sufría locura, idiotez o melancolía en ninguna forma, grado o complicación.

Sí observé en cambio desde muy pronto que, en lo que al estado de ánimo del delincuente se refiere y desde mi primer examen, gracias a las normas de convivencia sencillas y regulares de la prisión, a la buena cura de almas que recibía de los sacerdotes, a la lectura de la Biblia y otros escritos religiosos, así como al largo periodo de soledad y retiro, y al tener plena conciencia de la muerte, cuyas puertas tan de repente habían aparecido, que todo ello implicó un cambio palpable y de lo más favorable de su estado de ánimo. Ahora es mucho más accesible, más abierto, más locuaz e íntimo, y se diría que también siente una necesidad mayor de comunicarse con los demás.

II.

Sentencia y apelación

Ha llegado el otoño, la semiesfera de vidrio del sol ya hace mucho que ha dejado de pasar de una pared a otra de la celda y del suelo asciende un frío férreo que, al alba, alcanza hasta el catre en el que está tumbado. Tose, entre el sueño y la vigilia, y los pensamientos van a la deriva, brumosos como la oscuridad a esas primeras horas del alba. Johanna está sentada en un taburete bajo de madera detrás del mostrador de la taberna de Jordan, con la cabeza echada hacia atrás contra la pared y el pelo más extendido si cabe de lo que él lo recuerda, desparramado y entrecano bajo la luz centelleante que el fuego de la chimenea arroja a través del humo que inunda el local. Duerme profundamente. Respira con todo el pecho y con los ojos vacíos y abiertos de par en par.

De pronto se estremece, se incorpora y lo mira; a través del sueño y de la distancia inmensa de tiempo y espacio.

¿Eres TÚ…?

Su voz resuena como el estallido de un trueno.

Pero no es más que el ventanuco de la puerta de la celda, que se aparta de golpe, y en el vano se perfila la máscara de madera que el vigilante Conrad tiene por cara. Tienes visita, Woyzeck, le dice la cara, y a la luz del candil que coloca en la mesa minúscula de la celda aparecen primero el abogado, luego su hermano el sacerdote.

Benevolencia y Agonía.

Se colocan de pie cada uno a un lado del catre y lo miran con expresión de desaliento. Woyzeck, le dice el abogado Hänsel, como para comprobar si el nombre resiste el peso de la gravedad de lo que se dispone a decirle. Luego le dice que el señor consejero real, el ilustrísimo profesor Clarus, ha emitido un dictamen y, por lo que al estado emocional de W. en el momento de la comisión del delito se refiere, ha llegado a la conclusión de que este se encontraba en pleno uso de sus facultades, de ahí que, desde el punto de vista penal, deba considerarse totalmente responsable del crimen.

W. no entiende nada.

La última vez que ellos dos hablaron el consejero no le indicó con una sola palabra que los interrogatorios hubieran tocado a su fin. Al contrario, parecía haber surgido entre ellos un

grado de confianza involuntaria. Como si dentro de la desnuda sala de interrogatorios donde tenían lugar sus conversaciones se hubiera ido creando poco a poco otro espacio, a la vez dentro y fuera del tiempo (lo único que se oye es el lento pero insoslayable rasgueo del extremo de la pluma sobre el pliego de papel): un espacio más abierto y más libre. Y en ese espacio es donde W. le cuenta a Clarus cómo, después de su partida de Stralsund, recorrió todo el camino hasta Schwerin, donde volvió a alistarse, en esta ocasión en el ejército de Mecklenburgo, para al punto verse inmerso en plena guerra del emperador francés contra Rusia, y que lo que más le sorprendió de aquel inmenso país no fue el terreno accidentado, parcialmente impracticable, sino el frío que los asedió repentinamente desde Dios sabe dónde. El ruso no habría podido desear un ejército peor equipado, le dice, y le habla de un soldado de Sajonia llamado Papenhafer, al que conoció durante la campaña, que llevaba un termómetro fabricado por él mismo, y un día la columna de mercurio bajó tanto que dejó de verse. Era tal el frío que los orines se congelaban antes de tocar el suelo. Créame, señor consejero. Lo único que valía contra ese frío era la grasa de jabalí, la manteca o el sebo normal y corriente, embadurnarse a diario y procurar que cada estría de piel desnuda quedara cubierta. Y cómo luego, en Vilna, cuando casi todos sus compañeros estaban muertos, el mando de su compañía le ordenó que llevara uno de los trineos cargados de víveres y provisiones al otro lado del río, congelado por los rigores del invierno. Diecinueve guías de trineo éramos en total, señor consejero. Fuimos los únicos supervivientes de nuestra compañía.

Y a lo largo de todo ese relato se extiende también sobre el semblante por lo general tan ceñudo de Clarus otra expresión más apacible, las manos se mueven sin tocar la pluma o el papel y, cuando W. le muestra cómo se unta brazos y manos con grasa y sebo, él deja su alto trono y, aunque con ello desvela su escasa estatura, con un movimiento de una suavidad sorprendente, casi afectuoso, levanta en la suya la mano de W. para examinar con sumo cuidado la piel del dorso y de la palma, y algo que casi parece una sonrisa le recorre el semblante.

Clarus. Así que después de todo resulta que eres un hombre muy sensato y razonable, Woyzeck.

Sin embargo, es precisamente esa confianza lo que el abogado Hänsel le recrimina ahora. No hace uno pactos con el diablo, y no se pone uno en pie de confidencialidad con su interrogador. Cuando W. observa que el propio abogado le dijo que debía ser tan sincero y directo como fuera posible en los interrogatorios, Hänsel objeta: Bueno, puede que no tan directo, Woyzeck. Y: Puede que no tan generoso con las confidencias, dice su hermano, el pastor, que se ha quedado de pie junto al catre mientras el abogado, fiel a su costumbre, recorre la celda a zancadas de lado a lado.

Mas ¿qué hacer, pues, cuando dentro de uno se despierta algo que es más grande que uno mismo, que no tiene forma ni medida ni límites? ¡Es preciso entonces poder hablar con alguien!

W. está sentado en el borde del catre y cuando baja la vista descubre que su cara sigue ahí, en las palmas abiertas, mientras aquello que debería haber sido su cara está empapado de lágrimas. ¿Qué va a ser de mí?, le dice a la cara que sostiene entre las manos, y a Johanna, que sigue sentada al otro lado del sueño, con el mismo pasmo en la mirada.

Pero, Johann, ¿eres tú?

Abogado y pastor lo observan todo un tanto incómodos. Ninguno de los dos sabe qué hacer con un asesino que llora de miedo y de autocompasión. Al final, Agonía raspa impaciente el suelo con el talón.

Unámonos en una plegaria al Señor todopoderoso. Al fin y al cabo, en Sus manos descansa nuestro destino.

11 *de octubre de* 1821

El juicio celebrado en el tribunal Schöppenstuhl de Leipzig contra el campesino y antiguo soldado Johann Christian Woyzeck, por el asesinato de Johanna Christiana Woost, nacida Otto, viuda del barbero cirujano Julius Friedrich Woost, se inicia con una exposición de las líneas esenciales del informe del profesor Clarus sobre el delincuente, y la conclusión de Clarus de que el delincuente se encontraba en perfecto estado de salud y en plena posesión de sus facultades mentales en el momento en que se cometió el delito y que, desde el punto de vista penal, debe por tanto considerarse totalmente responsable del mismo.

Se aducen las siguientes razones:

1. que el arma homicida, la hoja de sable partida, se adquirió y proveyó de empuñadura con la clara intención de matar y, además, con bastante antelación al momento de la ejecución del crimen
2. que, en el interrogatorio policial del 4 de junio, el delincuente recuerda con claridad todas las circunstancias que rodearon al crimen y con quién se encontró, y ni una sola vez mintió o trató de ocultar nada
3. que, antes del crimen, el delincuente se encontró con varios conocidos a los que pidió ayuda para averiguar dónde se encontraba la señora Woost, y
4. que, cuando supo que la viuda Woost había estado con su rival, se le oscureció más si cabe el entendimiento, tanto más cuanto que la viuda Woost, después de que él la siguiera hasta su domicilio, en su misma puerta, le dijo las siguientes palabras, como fueron capaces de corroborar varios testigos allí presentes:

   … pero es que no entiendo lo que quieres,
   ¡lárgate a tu casa!
   imagínate si viniera la señora Wognitz…

   y que en ese momento, cuando comprendió claramente que la señora Woost prefería no ser vista en su compañía, volvió a recordar la hoja de sable convertida en arma y asestó las mortales puñaladas

   (de lo que se sigue):

5. que no hay contradicción alguna entre lo que el delincuente mismo declaró en el interrogatorio en repetidas ocasiones —a saber, que había olvidado que llevaba

encima el puñal— y el hecho de que perpetrara el crimen con premeditación, habida cuenta de que el delincuente, que puede considerarse en el fondo un hombre sencillo con facilidad para caer presa de sus sentimientos, primero se dejó llevar por la alegría del reencuentro con la señora Woost y luego, al rehusar ella su compañía, se vio dominado por una ira devoradora y le asestó las mortales puñaladas

6. que tampoco la circunstancia por el delincuente aducida de que su primer impulso después del crimen fue clavarse el puñal él mismo, para acabar así con su vida, puede considerarse que constituya prueba de locura, pues un impulso de esa índole debe verse como natural, dado que el primer pensamiento del perpetrador después de consumada la acción criminal es tratar de eliminar todas las pruebas de que tal acción se haya producido, incluido a sí mismo; al no conseguirlo, puesto que, según sus propias palabras, «había demasiada gente», se contentó con arrojar el arma homicida en el estanque para acto seguido tratar de alejarse del lugar, y además «a largas zancadas», según él mismo declaró en el interrogatorio
7. que a todo ello se ha de añadir que, cuando el policía allí presente lo detuvo, lo oyeron decir: quiera Dios que esté muerta
8. que todo ello es indicio de una acción premeditada que no solo exigió meticulosidad en los preparativos, sino también frialdad en el cálculo
9. que la aseveración de que el delincuente, en el momento de la ejecución del crimen, en algún momento anterior o inmediatamente después, hubiera sido víctima de algún tipo de alteración mental más allá de la apasionada exaltación común en las personas de su naturaleza, debe rechazarse de plano por las razones arriba expuestas
10. que asimismo ha de alegarse que el propio delincuente ha reconocido haber actuado del modo arriba indicado, con pleno conocimiento no solo del motivo de su acción, sino también de sus consecuencias, y ha admitido todos los datos antes mencionados

*

Pregunta. ¡Quiere el encausado tener a bien levantarse!

Sujeto. (…)

Pregunta. ¿Puede tenerse por cierto que el encausado mismo, en el portal de la señora Wognitz, asestó a la viuda Woost varias puñaladas?

Sujeto. Sí.

Pregunta. ¿Asestó el propio sujeto esos golpes con el puñal hallado en el momento del arresto, anteriormente en manos del encausado?

Sujeto. Sí.

Pregunta. ¿Desde dónde y contra qué asestó los golpes?

Sujeto. Por delante, en el pecho.

Pregunta. ¿Con qué intención asestó las cuchilladas a la señora Woost?

Sujeto. Supongo que debió de decirme algo que me enfureció, y entonces la apuñalé.

Pregunta. ¿Asestó las puñaladas con la intención de matar?

Defensa. Fue durante el interrogatorio policial realizado inmediatamente después de la detención cuando el encausado respondió que esa era su intención. El encausado confiesa ahora no obstante que en modo alguno tenía tal intención y quiere que se añada al acta la siguiente declaración ***[lee]:***

… escriba ahora lo que le digo, si es la verdad lo que busca y solo la verdad, voy a decir que no tenía ninguna pretensión en ese sentido sino que solo clavé…

Pregunta. ¿Con qué intención conservó entonces el puñal después de haberlo ido a buscar al tornero?

Sujeto. Tuvo que ser con la intención de herir a la señora Woost.

Pregunta. ¿Es verdad que, después de la detención, el encausado dijo: Quiera Dios que la Wootska esté muerta, no merece otra cosa?

Sujeto. Las palabras «quiera Dios que esté muerta» sí las dije… Si añadí «no merece otra cosa» no puedo confirmarlo.

12 *de octubre*

La descripción que el pastor Friedrich Moritz Hänsel hizo de su encuentro con el asesino Woyzeck, la misma noche que se dictó la sentencia contra él:

> Encontré a Woyzeck abatido y contrito en su celda. De ahí que conjuntamente buscáramos fuerza en la oración, tras lo cual Woyzeck pronunció estas palabras: «En verdad que he errado». Le pregunté por qué había desperdiciado una vida entera sin enmendarse o sin cambiar de hábitos. W. confesó, pálido y arrepentido, que más de una vez había caído víctima de los deslumbres del diablo de tal modo que el Señor no había podido gobernarlo. Esas fueron sus propias palabras. Yo respondí que no era cosa de Dios gobernar cada paso de los hombres, sino que a cada uno correspondía dirigirse a Dios y buscar en Él la fuerza y la guía. A lo que Woyzeck respondió: «También en eso he errado, es cierto y verdadero». Siguió confesando su soberbia ante Dios. Dijo que había estado en las garras del diablo y habló de los demonios y de otros instrumentos suyos. Yo lo reprendí y le dije que en el mundo creado por Dios no hay otro camino que aquel que Él nos ha indicado. Entonces

Woyzeck cayó de rodillas y reconoció alto y claro ante mí y ante el Señor: «Solo tengo por cierto y santo el Evangelio del Señor y mi fe en el Señor tal como la reveló y la proclamó Jesucristo, hijo de Dios». Y cuando, lleno de angustia y arrepentimiento, me preguntó si habría salvación para él, respondí que aquel que sinceramente y sin omitir un ápice de la verdad confiesa sus pecados y se reconoce descarriado siempre puede esperar clemencia. W. respondió entonces literalmente como sigue: «Pues entonces soy en verdad un hombre descarriado, una bestia, como dice usted».

Dicho lo cual los dos buscamos de nuevo la fuerza en las palabras del Señor y le rogamos que se apiadara de quienes por insensatez o por locura se apartaron de su camino.

3 de diciembre de 1821

La defensa presenta a la sentencia un recurso en el que sostiene que el encausado actuó en estado de confusión y apatía, y por esa razón no puede exigírsele responsabilidad total de sus actos.

> El encausado pertenece a ese tipo de personas a las que el destino ha arrojado a territorio enemigo. No posee ni patria ni techo. Todo aquello que ha emprendido con la intención de procurarse una posición mejor ha fracasado. De ahí que no haya sabido procurarse el sustento, por lo que la vida llegó a antojársele como algo indiferente. Con toda franqueza, hizo la siguiente declaración:
>
> «… Llevo mucho tiempo tratando de comportarme lo mejor posible. Trabajé, pero de nada me valió. No hice sino hundirme cada vez más en la perdición. Sea, pues, de mí lo que deba ser, no podré evitarlo. Soy consciente de que me costará la cabeza. Asumo ese destino, pues bien sé que algún día he de morir de todos modos.»
>
> Esas declaraciones demuestran en general que el encausado tenía el estado de ánimo totalmente destrozado, un estado que como mejor describimos es con la denominación de «manía».

Mayo de 1822

Propuesta de demanda de aprobación de solicitud de indulto, redactada por el señor sobrino de Federico Augusto I, luego rey Federico Augusto II, según la cual, en lugar de ser ejecutado, el delincuente Woyzeck debería ser trasladado a una prisión o a un hospital donde pudiera recibir la atención de médicos y padres espirituales:

> … Con independencia de qué leyes rijan en el país, y teniendo en cuenta la posición en la que Su Majestad me ha colocado, considero mi deber expresar abiertamente mi opinión, tanto más cuanto que en este caso no se trata de qué sentencia se vaya a pronunciar, sino de si cabe plantear la gracia del indulto, y la gracia es algo que, por definición, se encuentra por encima de la ley…
>
> ¿Qué conclusiones pueden extraerse de esto en lo que al Estado se refiere?
>
> 1. que el Estado tiene derecho a prevenir con la violencia todos los peligros que puedan dirigirse contra él en su totalidad o contra alguna de sus partes
> 2. que dicha violencia debe aplicarse en la extensión que sea absolutamente necesaria para prevenir tales peligros
>
> Además, ha de considerarse un mal menor que salgan con vida cien culpables que el que un solo inocente pierda la vida. Por lo que al Estado concierne, lo primero ha de tenerse por un infortunio, mientras que lo segundo no puede verse más que como una injusticia. Desafortunado es aquello que ocurre sin nuestro conocimiento y sin intención; una injusticia en cambio se produce siempre de forma intencionada.
>
> Considero por tanto mi deber y mi obligación exponer ante Su Majestad las dudas que albergo respecto a los dictámenes que los expertos han emitido en este caso…

III.

La guerra

Una enfermedad no es más que la consecuencia última de una vida vivida de un modo tan antinatural y en circunstancias de tal desenfreno, mental y somático, que el organismo resulte excesivamente estimulado y saturado. La furia del cuerpo no es entonces sino la manifestación externa del estado interno del organismo.

(Heinroth, 1818)

(Sobre latidos y demonios)[2]

1. Sobre los demonios solo sé que los hay de muchas clases muy diversas, y que suelen actuar de distintas formas y que no todos tienen rostro. En ocasiones se manifiestan en el borde más extremo del cielo, donde la redondez se colorea de rojo a la tarde, y todos podríamos verles las extremidades si a la vez no estuviéramos cegados por los rayos del sol poniente. También de noche ocurre que penetran los vapores que nos separan de la esfera celeste, pero entonces sus cuerpos quedan, como es natural, ensombrecidos por la oscuridad.

2. Los demonios ascienden y descienden por el cielo en órbitas que se asemejan a las de los planetas, mas no necesariamente derechas o regulares, y cuando alcanzan su más alta posición en el arco celeste, lo cual no tiene por qué ocurrir a mediodía, emiten un sonido tan estridente y elevado que ningún oído humano puede percibirlo, por lo que lo interpretamos como el más hondo silencio. A mí me ha sucedido en varias ocasiones que toda la tierra me ha parecido inundada de esos gritos de las esferas, y aunque me haya tapado los oídos, no se han atenuado.

3. Los demonios que se dejan ver de día y los que se dejan ver de noche los distinguiré como sigue:

    a. También en pleno día ocurre que me sobreviene cierta vacuidad mental, el señor consejero lo llamaría seguramente ***pereza***, y acto seguido siento que estoy fuera de mí, quiero decir en el sentido de fuera de mi propio cuerpo. ***Tengo conocimiento*** de lo que estoy experimentando, pero no ***reconozco*** nada de lo que siento, no aprecio ningún dolor ni cansancio siquiera, pero tampoco siento liberación, sino solo angustia, puesto que sé que todo es obra de los demonios. Hay demonios que tienen poder para transformar a los seres humanos, arrebatarles el alma por un tiempo más o menos breve, y nunca somos conscientes de ello, tampoco sabemos nunca adónde nos llevan, puesto que cuando nos encontramos en los círculos demoníacos no nos es dado conservar ningún recuerdo de lo que allí vivimos ni adquirir ningún conocimiento preciso al respecto.

b. Los demonios de la noche se aproximan por lo general precisamente cuando vamos a entregarnos al descanso del sueño. Pueden aparecer bajo una forma voluminosa o amenazadora, incitar a cometer actos impíos como fornicar con animales. Pero también pueden poseer la dulzura más seductora, y tener las manos suaves como las plumas de un ángel. Cuando nos tocan nos recorre el cuerpo un estremecimiento de placer que no cesa ni aunque se sacudan y tiemblen los fundamentos del mundo. Cuando se retiran dejan tras de sí en el corazón un tormento oscuro y pertinaz, y un dolor como si los ojos y la cavidad bucal estuvieran llenos de cenizas.

c. Los demonios de la distancia nos distorsionan la vista y nos engañan haciéndonos creer que aquello que tenemos delante en realidad está muy lejos y al contrario. Así lo viví yo mismo en Rusia durante el avance del ejército del emperador.

d. De igual modo hay demonios que pueden llenar el sueño nocturno como un estruendo de tambores o como un viento que golpea la tela rígida de una vela. Nunca son visibles, puesto que nunca cesan —son un eco—, bajo tierra reposan como el resonar de campanas, como latidos, enterrados en lo más hondo.

4. Mientras los demonios causan estragos ocurre a menudo que ruego a Dios que aparte de mí esas visiones y me castigue por mis desvaríos. Mas incluso mi plegaria al Señor se llena de estremecimientos y temblores. Cual si alguien desprendiera las palabras de mi boca y las echara a rodar como piedras. Y cuando quiero evocar para mis adentros la visión de la magnificencia y la paz de Dios nuestro Señor, se distorsiona también esa imagen, y es como si alguien sostuviera en sus manos mi corazón y quisiera exprimirle la vida.

5. En una ocasión vi una casa que se incendiaba y ascendía al cielo.

6. Si cuanto sucede en el mundo es obra de los demonios, que nuestro Señor Jesucristo tenga misericordia.

Su padre siempre decía que su parte de la familia venía de Volinia, pero cuando le pregunta a los demás de la compañía dónde puede encontrar ese país, todos responden negando con la cabeza y nadie sabe nada, o se limitan a señalar con el brazo en una dirección imprecisa, al sur o al este o a algún lugar más allá del punto impreciso de la llanura polaca a través de la cual marcha ahora la columna mecklenburguesa: polvo y ruido, los gritos furibundos de los cocheros cuando las carretas de la impedimenta se agolpan unas delante de otras en la estrechura de los caminos, las carretas con los baúles de las pertenencias de los oficiales y las de la munición y las provisiones, las del Estado Mayor y las de todas las compañías, que transportan las tiendas y los macutos, todo tirado por caballos y mulas cuyos lomos ya cubren largas heridas causadas por las correas del tiro.

Es junio, el cielo se mantiene claro como el blanco de los ojos hasta bien entrada la noche, y el aire ardiente e impuro está cuajado de insectos.

Avanzan de día y a veces se instalan en campo abierto y encienden hogueras que se divisan desde muy lejos, como en un orden inverso del sueño en que las noches discurren pobladas, pero los días, vacíos. Los pueblos que cruzan en su marcha están todos abandonados en pleno día, si no es por la presencia de algún anciano solitario sentado en un banco cerca del muro de la iglesia o algún herrero que hace resonar sus férreos martillazos firmes y regulares en la oscuridad de la herrería, martillazos que no cesan ni cuando los ahoga el bullicio de la columna: el relinchar de caballos y los gritos de los cocheros, las ruedas de las carretas y las cadenas que rechinan y tintinean y el polvo que se levanta y todos esos ladridos rabiosos que los rodean en cuanto marchan por zonas habitadas y que ponen nerviosos a los animales de tiro. Claro que si llegan ya entrando la noche, suele haber mucha gente en los caminos. Una noche de calor de principios de verano, en una ciudad cuyo nombre no recuerda, es como si los habitantes llevaran varios días esperándolos a la orilla del camino. No solo los niños en pantalón corto y con la cara expectante, que corren mendigando a la par que avanza el convoy, sino también todos los adultos del lugar, hombres y mujeres, corpulentos comerciantes que

sonríen y saludan con la mano y prósperas granjeras con la cesta llena de huevos y verduras en el brazo, y ***cudów! cudów!*** Gritan todos a una, ***¡milagro! ¡milagro!***, y un niño muy valiente hasta se sube de un salto a una de las carretas cargadas de baúles para tratar de detener el convoy y ***cudów! cudów!*** gritan todos otra vez, y señalan a lo lejos hacia la plaza empedrada donde una estatua de la Santa Madre de Dios en lo alto de una columna tan alta como tres hombres lo domina todo. A pesar de que tiene la cabeza piadosamente inclinada, se diría que su semblante les sonríe con una sonrisa huraña, provocadora, bajo los párpados abombados, una sonrisa que parece mayor y más feliz, más descarada, en suma, cuanto más se acercan para, cuando ya están allí mismo, quebrarse como algo roto, irreal. Y entonces se dan cuenta de que la cara entera está cubierta de una máscara de insectos reptantes, mariposas y polillas que revolotean alrededor de la aureola dorada que la Virgen tiene en la cabeza y le cubren los labios y los ojos y baten las alas y van bajando por la barbilla y las mejillas de modo que es como si toda la cara estuviera riendo, y al pie del monumento se encuentra el pastor de la ciudad con el ornato completo, la casulla y el incensario, sonriendo feliz él también, y ***cudów! cudów!,*** grita también él a coro con todos los demás.

Cuando preguntó a sus compañeros por Volinia ellos mencionaron el nombre de ciudades, pueblos, calles y plazas que había habitado alguien a quien conocían o quizá ellos mismos hubieran vivido allí, pero ni uno solo de esos nombres le decía nada a él, o quizá esos lugares permanecían inexpresables en su memoria. Mas aquella palabra sola existía. ***Cudów nie ma,*** solía decir su padre. No existen los milagros. Y, sin embargo, sí existían. Existía la palabra, y el recuerdo de lo que significaba. Al igual que la expresión de felicidad y emoción en los rostros de quienes la habían pronunciado. Después le contaron que en la ciudad tenían de antiguo la tradición de untar el rostro de la madre de Dios con cera y miel para que atrajera de noche a los insectos, un milagro de Dios nuestro Señor que aspiraba a llenar de asombro a los que por allí pasaran y quizá incluso a conseguir que se detuvieran y compraran algo de todo lo que los habitantes de la ciudad, hombres y mujeres y niños, se acercan corriendo para ofrecer a los exhaustos soldados del convoy que, casi a su pesar, ha hecho un alto en la plaza al pie de la estatua de la Virgen.

Quienes tienen suerte y cuentan con un conocido entre los cocheros pueden ir a veces sentados en alguna de las carretas; pero, por lo general, no hay más remedio que ir a pie. De vez en cuando marchan entre largas alamedas cuyas copas dan sombra, pero por lo general van por terreno descubierto, vacío, casi disuelto. Él camina como ha aprendido a caminar en su deambular de tantos años. No mide el tiempo por el número de pasos ni de horas, sino solo por la altura del sol en el cielo, la longitud de las sombras en la tierra. La marcha no conduce a ningún sitio en particular, no significa nada, solo consiste en el peso del macuto y el fusil que le roza la espalda y los hombros, el sabor a sal en los labios, los dolores en las piernas, que se convierten en escalofríos de sufrimiento hacia la noche, para asentarse al final como un pesado adormecimiento en todas las articulaciones. Y a su alrededor y sin dirección, sin orden interno, una cacofonía de sonidos y olores: los gritos de los cocheros, el mugir del ganado, el olor a tierra abierta y a estiércol, el hedor agrio de los desperdicios dejados por las numerosas compañías que han hecho el mismo recorrido antes que ellos, hasta que por fin dan el alto y se pueden encender hogueras para cocinar, y sacan tabaco y provisiones.

Durante el día, la columna llega a dispersarse considerablemente, y cuando por fin llega al campamento ocurre a veces que pierde de vista a sus compañeros y, si no tiene fuerzas para ir mirando por entre las hogueras en la oscuridad y buscarlos, se sienta donde haya sitio.

En ocasiones él, por lo general taciturno, tiene el impulso de tomar la palabra. Rodeado de más de dos docenas de hombres jóvenes, algunos ya medio dormidos, otros con la mirada inquieta clavada en la noche, les cuenta que él ya se ha enfrentado al ruso. Mientras luchaba con los suecos en la costa de Finlandia. Y entonces, y es natural, todos quieren saber cómo es, cómo es el ruso, y puesto que lo que les ha dicho no es del todo verdad, porque cara a cara con el ruso no ha estado nunca, habla de cómo cruzaron el hielo del Báltico durante la retirada, y cómo el ruso los perseguía cual manada de lobos, dice, y por primera vez en la vida descubre que alguien lo escucha con los ojos como platos, a él, tan insignificante siempre, y no puede por menos de jugar él también al juego del respeto, ensancha el pecho mientras habla, hace incluso alguna que otra pausa en el discurso mientras se sorbe los mocos o mira a un lado como para indicar que, al fin y al cabo, a él aquello lo aburre bastante. Y entonces cuenta

cómo acaban de montar el campamento en el hielo y de echarse a descansar cuando un salvaje se precipita hacia ellos, y cómo todos lo tomaron por un ruso y se abalanzaron sobre los fusiles, pero que era a él a quien quería coger el salvaje, y cómo estuvo a punto de no alcanzar a acoplar la bayoneta cuando esta le atravesó a la bestia el cielo de la boca, y que entonces fue cuando comprendió que era su sargento quien de aquel modo quedaba ensartado en el fusil; y hasta el día de hoy, continúa elocuente, soy incapaz de comprender por nada del mundo cómo un mando diligente y bueno pudo convertirse en un malhechor furibundo, como si lo hubiera poseído el Diablo mismo, y no ha terminado de pronunciar esa palabra cuando cae en la cuenta de que lo que ha dicho de la bayoneta que quedó ensartada en la boca del sargento Kwast no puede ni deshacerse ni retirarse.

Desde ese día, la gente empieza a apartarse cuando él llega y se sienta con el trozo de madera y la navaja que siempre lleva encima. Dicen que acuchilló con premeditación a uno de sus mandos, y que, si pudo confundir a su sargento con el ruso, también podría clavarle el cuchillo a cualquiera de ellos.

Día tras día se les yan uniendo cada vez más compañías con la impedimenta y los coches de mando y cuando han dejado atrás Tilsit y ya se acercan a Poniémon y al río es tal la aglomeración en la carretera principal que lo único que pueden hacer es avanzar a tramos cortos. Es como si el mundo entero se hubiera agolpado en un único lugar. Por encima del ruido del resoplar de los caballos y el mugir de los bueyes (un carro tirado por bueyes se ha atascado con dos de las cuatro ruedas en la cuneta), se oyen maldiciones y órdenes en una serie de lenguas más o menos inteligibles, alemán, francés, polaco. El número de hombres ha de contarse por decenas de millar y todos parecen dirigirse a puntos distintos: los soldados de caballería franceses que vienen al galope ***bajando*** la columna, en lugar de subiendo para dejarla atrás; las carretas con la impedimenta, que van otra vez camino de regreso a Tilsit, tiradas por los mismos bueyes cansados que vio pasar arrastrándose el día anterior.

Un ejército de esta naturaleza es como una bestia descomunal, dice el sesudo Johann Krupp, que en cuanto se atascan en algún punto del camino, en lugar de indignarse, cruza los dedos despacio y se pone a filosofar.

Se lo va tragando todo a su paso. Ya te darás cuenta, Wutzig.

Y ciertamente es una extraña mezcla de fascinación y espanto lo que siente, y de alivio, claro está, al ver que la larga marcha hacia la frontera pronto verá el fin, pero también una molesta desazón por lo que ahora pueda avecinarse.

Cuando finalmente alcanzan el campamento militar, situado en una larga pendiente que da al río, el grueso de las fuerzas ya ha pasado los puentes que han levantado los zapadores franceses. Aunque cuando la caballería polaca iba a pasar, el pontón flotante se partió, dijeron; ya fuera porque los pontones se hallaban demasiado hundidos en el agua o porque estaban mal asegurados y los caballos empezaron a desbocarse. En la confusión, varios de los oficiales cayeron al río con montura y equipaje y todo. Como fuere, todos los oficiales levantaron la mano según manda el deber a modo de último saludo al emperador, y le juraron fidelidad y obediencia, dijo Krupp, pues así son ellos, los polacos: hombres de honor hasta la muerte. Aunque la colina desde la cual el emperador lo presenció todo, un lugar con una amplia vista del río y del llano en el lado enemigo, se encuentra ahora vacía, Bonaparte ya se ha ido con el Estado Mayor y sus ayudantes, y lo único que queda es una tienda aleteando al viento y dos soldados que hacen guardia junto a un cañón montado en su cureña.

En el campamento se funde la abigarrada mezcla de banderas de las compañías con las prendas de ropa colgadas de cuerdas y que parecen banderas también, extendidas entre las tiendas. Entre ellas y por debajo se mueve una chusma del más variado pelaje, vendedores de tabaco y zapateros remendones y tontos del pueblo y madamas en harapos, algunas tan ansiosas de mostrar sus encantos que van con el pecho descubierto, desafiando cuanto es honra y decencia. Aquí y allá se ve también una serie de hombres de baja estatura con recados de escribir colgados del pecho, por si a alguno de los soldados se le ocurriera enviar las últimas líneas a los seres queridos que aguardan en casa.

Seguro que puedes escribir una carta en voliniano si quieres, dice Krupp bondadoso.

W. también ha estado pensando en lo de la carta, pero ¿qué le iba a decir a Marie Thiessen, allá en Stralsund, que tan penosamente lo había traicionado? Tan solo a la Niña de sus Ojos podría plantearse dirigir unas palabras, pero claro, ella no sabe leer, y quizá tenga mejor forma de comunicarse con ella. La imagen de su preciosa cara no lo abandona ni un segundo.

Durante las últimas semanas interminables ha pasado casi todo el tiempo libre tallando figuritas para un juego. El tablero ya lo tiene. Se puede desplegar como una mesa. Lo ha abierto en un hollado rodal de tierra entre dos tiendas y saca a la luz las figuras. En un lado está el ejército del emperador, en el otro, el del zar. A sus flancos tienen mariscales y generales, y ejércitos enteros con todo lo necesario, desde coraceros hasta simples soldados de infantería. Ha tallado hasta un pastor de campaña con una sola pierna. A ese lo que más te gustaría es clavarle el cuchillo, ¿no?, dice Krupp, que no pierde ocasión de burlarse de él. (Por alguna razón, tiene fama de ateo, seguramente por las ideas tan extrañas que tiene.) Y ahora aparece de hecho el pastor de campaña cojeando con la muleta encajada debajo del brazo y se inclina e inspecciona la pieza cuadrada de una sola pierna que se supone que lo representa a él.

Aparte de la pierna, que, según cuenta, perdió en una explosión accidental, recuerda al cirujano barbero Woost, rechoncho y robusto de hombros y cuello. Aunque las manos son pequeñas y endebles como las de un niño. Va cogiendo las figuras que ha tallado W. y les da vueltas en la palma con cuidado, casi con cariño, como si tuviera entre manos unos seres vivos diminutos.

Se hace el silencio hasta que el pastor, sin mediar palabra, se aleja cojeando, y entonces es como si ninguno de los dos consiguiera atrapar aquello de lo que estaban hablando hacía un instante, hasta que Krupp suelta la cesta de dedos con la que se estaba cubriendo la rodilla y le da burlón un codazo en el costado:

En tus cabales no estás, Wutzig, pero tampoco hay en ti maldad alguna.

W. está sentado con la navaja y la pieza de madera entre las piernas dobladas y sonríe bobalicón. Siempre que alguien le dirige la palabra se siente como un animal que hubieran arrastrado fuera de la madriguera y que se queda sentado, avergonzado y sonriente bajo la luz excesiva. Como al descubierto, así se siente, como otro W., no accesible para él mismo, aunque hace cosas en su nombre. ¿Quién es, pues, ese otro que habita allí dentro, en esa oscuridad sin alma, ese otro del que tratan de desviar su atención continuamente las manos que sujetan el cuchillo y la pieza de madera? No lo sabe, y entre los que se inclinan a ver el juego de mesa en el suelo tampoco hay nadie que de verdad se tome la molestia de averiguarlo.

Voy a ser emperador.

Hans Wiener aparta a su compañero Krupp y se sienta con las piernas cruzadas detrás de las piezas azules de los franceses.

Y entre tanto el río fluye despacioso a través del calor estival y la ciudad de las tierras bajas que hay al otro lado es a la vez incomprensiblemente cercana y extraña, como si la agitación y la alarma que reinan en el campamento en esta orilla solo fueran algo así como un espectáculo absurdo e irreal, algo que pasa centelleando veloz y que no le afecta un ápice.

Al cabo de apenas una semana en el campamento su compañía recibe órdenes de ponerse en marcha. Antes han tenido que vaciar los macutos de todo salvo lo imprescindible para que no les ocurra lo mismo que ocurrió con la caballería polaca cuando cruzó el puente. Aunque ya lo han reforzado y ha resistido estable y firme bajo un flujo constante de soldados de infantería y de unidades de artillería que se han agolpado encima desde el amanecer. La larga ladera que desemboca en el río y la transitada plantación contigua están llenas de bártulos y cacerolas allí arrojadas a toda prisa. El sol escuece en la nuca como hojalata caliente cuando, muy juntos unos a otros, en medio del hedor de sus cuerpos sucios, suben a los pontones que se balancean suavemente, y el agua a ambos lados del puente medio hundido es de un marrón verdoso y turbio, llena de sombras invisibles.

Al otro lado: llanura, bosque ralo, tierras de cultivo.

Y un silencio tan compacto que tienen la sensación de estar moviéndose por un agua espesa y viscosa. Dejan atrás el cadáver de un hombre en una cuneta. La mitad inferior del cuerpo está destrozada por las balas o simplemente podrida por la humedad, pero el torso se ve extrañamente intacto, con unos restos de tela de uniforme gris y, en la cara rodeada de moscas zumbonas, unos ojos que miran fijamente.

El cadáver reposa en medio de su repugnante hedor mientras miles de pies marcan el paso al marchar a su lado: como si la muerte misma yaciera allí y los observara con su mirada indiferente.

También la ciudad, Poniemon, se extiende muerta y abandonada cuando la cruzan algo más tarde ese mismo día; solo encuentran soldados de su vanguardia, que vigilan delante del ayuntamiento y de la prisión. Entran en la carretera principal que conduce a Kovno. Lo único que se distingue es el rastro de sus tropas, que ya han recorrido el mismo camino, por doquier hay estiércol de caballos y toda clase de excrementos, andrajos, desperdicios. Pero ni rastro de seres humanos.

Hacen un alto en un pueblecito que de pronto se ha vuelto más grande que el mundo.

Dios es la hora muerta de mediodía. En la calma del sol, los establos y cobertizos están vacíos y abandonados entre el indolente zumbido de las moscas. Ni siquiera están allí los perros, que en todos los demás lugares han acudido abalanzándose contra los caballos o el ganado del convoy. Los perros puede que se escondan, como hace el enemigo, por el próximo lindero del bosque o al otro lado de las plantaciones que se ondulan como agua gris azulado bajo la calima. Durante una parada de una hora les ordenan a él, a Krupp y a Wiener que registren dos granjas a las afueras del pueblo. Entran en un establo abandonado y de la luz estriada de sombras del interior salen de pronto cacareando dos gallinas en medio de una nube de blanco batir de alas. Las gallinas debían de estar escondidas debajo de las vigas del techo, o tal vez la gente de la granja las olvidó allí al marcharse. Krupp les ata las patas con pericia y las mete en un saco. Una señal. Y cuando, ya a última hora de la tarde, entran en el siguiente pueblo, ven un cerdo solo en medio del camino. Ahí está, irreal como una divinidad, bajo un cielo abierto despejado que se niega a cerrarse oscureciendo a pesar de que pronto será medianoche. Desde la luz sin sombras se aproxima desde distintos puntos media docena de hombres casi desnudos, encogidos, con la cabeza gacha entre los hombros y con los brazos casi tocando el suelo, y el cerdo lanza un grito como el de un recién nacido, pero en la luz no se abre ninguna vía de escape. Clavan al animal muerto a la puerta de un cobertizo y le sajan el vientre, conque las tripas caen pesadamente y se quedan esparcidas y húmedas en el polvo del camino. Se ven obligados a comer la carne cruda, pues los oficiales no les permiten encender ningún fuego. Acto seguido se embadurnan el cuerpo desnudo con la sangre de la matanza y echan a correr uno tras otro por las calles del pueblo muertas y vacías, lanzando gritos a un cielo demasiado grande. ¿Será que quieren mostrar su sed de sangre aún insatisfecha o solo anular lo que les pueda traer el futuro anticipando el horror? Pronto estaremos todos ahí colgados, claveteados en sus cabañas y hogares, con las tripas colgando y nubes de moscas pringosas como la brea alrededor de los andrajos sangrientos. ¿Por qué no se dejan ver nunca?

En Kovno esperan a una parte del regimiento mecklenburgués que ha traído víveres en un convoy de barcazas desde Königsberg, y por la mañana, durante la revista, les distribuyen raciones que para variar no son de ***kapusta*** con ese pan basto tan agrio que les dan todos los días. Cuando se marchan a la mañana siguiente pasan por delante de un convento situado en una ligera elevación junto a la carretera, el cual también dicen que ha servido de campamento militar para el emperador cuando estuvo aquí. Por todas partes se ve el rastro del avance del ejército principal. A lo largo del camino que han seguido hay soldados y caballos muertos en un número tal que el aire apenas puede respirarse. Dan rodeos. Pasan por un bosque cuyo terreno está cubierto de flexible musgo blando. Por todas partes crecen arándanos hasta el extremo de que el fondo del bosque casi brilla de color negro. Hunden las manos como si fueran palas y se llenan la boca y al final cuando salen por entre los árboles parecen demonios, con la boca negra y roja por dentro y alrededor de los labios por las bayas masticadas.

Dejan atrás Jijmori y hacia la noche llegan a una ciudad llamada Milenany, donde hacen un alto de un par de días. Como en tantas otras ciudades pequeñas de la zona, las casas están en su mayoría construidas con bastos maderos grises aislados con musgo. También la iglesia es de madera. Pero los habitantes hace mucho que han huido o que han sido expulsados de allí. Los únicos que quedan en la ciudad son los judíos. Van por entre los hombres que han montado el campamento en la plaza grande del centro de la ciudad y les ofrecen de todo salvo los víveres que tanta falta les hacen. Después de una disputa con el comandante polaco de la zona, el capitán Wirth da órdenes de registrar todas las casas. Un antiguo herrero apellidado Lunzer se ha unido sin que se sepa por qué a ellos, a Krupp y a Wiener, y se han puesto a inspeccionar la mansión de un comerciante, situada junto a la plaza. En el centro de la casa hay una cocina con chimenea y en los extremos de un largo pasillo, dos estancias bellamente amuebladas, una con un largo banco de madera al hilo de la pared, como el estrado de un juez. Él se dirige a la habitación que hay detrás, una salita donde la luz de unas ventanas bajas incide sobre los muebles tapizados de tejidos de estampados extraños. Debió de servir de cuarto de los niños. En el suelo hay un caballito balancín con una silla de verdad en piel y estribos pequeñitos de reluciente hierro bruñido. En los estantes de madera tallada hay muñecas con bonitos vestidos

y la cabeza de porcelana pintada cubierta de pañoletas en rojo y morado. En la estantería hay también un telar diminuto, tan pequeño que cabe en la palma de la mano, y una cajita de música que emite un delicado tintineo cuando W. gira la blanda curvatura del tirador de esmalte. Comestible no encuentran nada, eso sí. Ni un resto de harina, grano o azúcar. Lunzer está sentado en una silla que ha llevado a rastras al centro de la sala. Tiene el fusil apoyado en un hombro y está sacando brillo a algo con un paño. Mira, Wutzig, le dice y se lo muestra. ¡Un rublo de plata! Por doquier alrededor suyo ha ido alineando los objetos más variados —cazos de cobre, cubiertos—, que a todas luces pretende llevarse de allí.

Wutzig, ¿puedes ayudarme a acarrear algunas cosas?, le dice al tiempo que le alarga un samovar de medio metro de altura. En la habitación contigua, Hans Wiener arremete con la bayoneta y la culata del fusil contra dinteles y paredes, como si la casa fuera el interior de un ser humano vivo y le faltara tiempo para matarlo.

De noche corren como ratas por el campamento ladrones y prostitutas. Él se aferra bien al zurrón, la petaca y el fusil y al final consigue dormirse encima de todas sus pertenencias. Sueña que va por un bosque que es tan grande como un reino entero. El reino está habitado por sus figuras de madera, que corretean de aquí para allá mientras las campanas de una iglesia resuenan y retumban en el aire. El propio emperador lleva un sombrero de tres picos y está golpeando una pared con su espada de madera mientras en la otra mano levanta una corona imperial rodeada de altas llamas. W. lleva la mano a la ardiente corona imperial y nota cómo el calor que emite le raja la piel de los nudillos. En ese momento, Krupp lo despierta con un fuerte golpe en el estómago y no es solo la corona de madera del emperador lo que está ardiendo, sino que la ciudad entera está en llamas. Todas las casas que forman un semicírculo alrededor de la plaza están incendiadas. El rugir del fuego es tan alto que no se oye nada más. Sobre la rabiosa pared de llamas se perfila el capitán Wirth como un contorno negro. Va inclinándose cual veleta, ya a un lado, ya al otro, y con esos movimientos va dando órdenes a los soldados, que al rato vuelven formando largas filas que se van pasando cubos de agua del río. Al interior del mar de fuego corren otros con cuencos y artesas y vuelven otra vez, encogidos, tapándose la boca con las manos, mientras el fuego lanza su lluvia de chispas muy alto hacia un cielo que se ha vuelto más negro todavía por la humareda. En medio de las llamas, en el corazón palpitante del fuego, cree distinguir otra vez la corona del emperador, la que él quería alcanzar en el sueño. Exactamente igual que en el sueño, lanza un destello y vuelve a apagarse, lanza un destello y se apaga, como si quisiera señalar algo muy significativo.

El mundo es sin duda un lugar extraño, Niña de mis Ojos.

Las señales enigmáticas que se nos revelan en sueños pueden un instante después presentarse ante nosotros en todo el esplendor de la realidad, claramente grabadas en el cielo mismo del Señor Dios.

Al amanecer comprueban que ni una sola de las casas que rodean la plaza se ha librado, salvo la iglesia, y los badajos de las campanas continúan con su resonar monótono bajo un cielo que ni siquiera en pleno día deja pasar el menor rayo de luz. Después sabrán que el incendio fue provocado, y si el mayor Von Moltke no hubiera partido a todo correr el día anterior con su batallón, hasta el último hombre habría perecido en el fuego.

El comandante polaco está de pie en medio de lo que queda de la plaza y lee en alto un inventario mientras un oficial de la compañía traduce al alemán su francés. Han encontrado insignias militares en algunas de las casas calcinadas. No pueden descartar que tuvieran prisioneros a varios de los nuestros, dice el capitán Wirth, y ordena que registren incluso la más insignificante covacha o bodega.

Sin embargo, hasta la noche no se enfría el ambiente como para que puedan volver al interior de las casas, y entran no sin antes envolverse la cara con paños mojados para protegerse del humo.

De la suntuosa mansión del comerciante no queda mucho más que los cimientos de piedra. Con los maderos de la chimenea ennegrecidos de hollín como punto de referencia, localiza el cuarto infantil. Entre las cenizas encuentra los estribos del caballo de madera, aún calientes por el fuego. Las cabecitas de porcelana de las muñecas se encuentran esparcidas por allí como frágiles cáscaras de huevo, y lo miran con los ojos muy abiertos de espanto. Recoge algunas y se las guarda en el bolsillo. Si un día logro volver con vida de este país, les coseré unos vestiditos preciosos y te las regalaré, mi niña.

Hasta Vilna pueden mantener un buen ritmo en la marcha, pero a partir de ahí el terreno se complica. Se ven obligados a avanzar muy cerca unos de otros, en columnas muy apretadas, lo que le impide por completo caminar como le ha enseñado la costumbre, vaciando la mente de todo pensamiento y hallando descanso en la longitud del paso y en el seguro vaivén del movimiento. Ahora se presentan continuamente nuevos obstáculos y dificultades. Cuando no son los insectos, que revolotean a su alrededor, son el calor y el polvo, que se le meten en los ojos como el humo del carbón ardiendo y le pican y le escuecen hasta que se le saltan las lágrimas, así que va andando medio cegado. Se desvían continuamente por nuevos caminos que son más anchos al principio, como verdaderas vías nacionales, para luego estrecharse o acabar sin más en la orilla de alguna ciénaga. Ahí se ven obligados a esperar en medio del calor pegajoso con los mosquitos picándoles y zumbándoles alrededor de los ojos, la boca y la nariz, hasta que reciben nuevas órdenes y toda la compañía se pone en marcha en dirección contraria.

Para que otro terreno pantanoso vuelva a cortarles el paso.

Es como si el paisaje mismo se hubiera levantado contra ellos. Finge ser uno cuando en realidad es otro. Hay quienes ya no resisten la sed y el agotamiento, sino que caen en pleno avance y se quedan tumbados a la orilla del camino con macuto y todo, sin que nadie vuelva para ocuparse de ellos.

Después de cuatro días de calor intenso, el cielo se cubre de negras nubes como velos y al poco empieza a llover, una lluvia silenciosa al principio, luego cada vez más densa, y, puesto que no llevan ropa seca, se ven obligados a dormir con la que tienen. La humedad se le mete bajo la piel y se instala como un cuerpo debajo de su cuerpo, como si tuviera los huesos recubiertos de otra piel de frío. No puede ejecutar la acción más simple sin que le tiemblen las manos, como dormidas. Y todas las ciudades y pueblos que van dejando atrás están abandonados, vacíos de todo o, como Milenany, calcinados hasta los cimientos. Se extiende por el aire un hedor particularmente repugnante a lluvia mezclada con el amargor de las cenizas. No hay agua limpia por ninguna parte. Se ven obligados a beber de las acequias en las que hay cadáveres de caballos o de soldados caídos. Un soldado muerto casi hundido en una acequia

mira fijamente con los ojos paralizados en una expresión de espanto, como si no soportara el ser en que lo había transformado la putrefacción.

Construyen con qué protegerse de la lluvia en un campo desierto. La tierra reseca no es capaz de acoger toda la humedad y en veinticuatro horas el terreno se ha convertido en territorio inundado. Tardan horas en encontrar una zona lo bastante elevada para acampar. Luego se pasa toda la noche lloviendo y al amanecer del día siguiente la tierra inundada llega al cielo mismo. Tratan de bajar a los pantanos con todos los cubos y bidones que son capaces de acarrear. Recogen agua a tres pies de profundidad. El agua es de color marrón rojizo y un hervidero de gusanos rojos diminutos, y solo se puede beber si se chupa a través de un colador de hilo muy fino. No hay nada fresco que comer, hasta los pocos víveres secos que tienen se pudren con la humedad. Y la lluvia sigue cayendo. Llueve sin cesar durante varios días. Nadie es capaz de hacer nada, ni siquiera de levantar las tiendas otra vez cuando las masas de agua hunden hasta el suelo las lonas tensadas. El camino al que llegaron está descompuesto en barro y pronto deja de existir ningún camino, todo es una extensión enorme inundada de agua en la que los soldados han caído de extenuación si no están ya muertos.

Cuando cesa la lluvia y el aire empieza a aclararse por fin, un destacamento de treinta hombres parte para conseguir forraje. El capitán Wirth guía a la tropa junto con un teniente de otra compañía. Detrás va un suboficial con dos caballos que piensan usar como bestias de carga. Al no haber encontrado nada tras medio día de marcha, deciden dividirse. El teniente continúa rumbo al norte; Wirth y sus hombres, al oeste. A eso del atardecer llegan a lo que parece ser un pueblo más o menos grande. La carretera es estrecha y fangosa y está orillada de edificios bajos, construidos con las mismas vigas de madera sin pintar que han visto en todas partes. Es obvio que los esperan. Delante de las casas hay gente mayor, se señalan la boca como si fueran ellos los que están pasando hambre. El capitán Wirth hace caso omiso. Al otro extremo de la calle, allí donde se convierte de nuevo en campos llenos de fango, hay una iglesia, también construida en madera, y con una cúpula en forma de cebolla en lo alto que se ve hecha de paneles finos.

El breve tramo que sube de la carretera del pueblo hasta la ladera de la iglesia está bordeado de altos álamos. Al pie de la ladera se extiende una larga pendiente donde parecen estar trabajando en algo. Por encima de la hierba crecida se atisban jaulas volcadas de conejos o de aves. Una bandada de cornejas levanta el vuelo entre graznidos, describen giros y círculos increíbles en el aire para volver a posarse en los árboles enseguida. W. las sigue con la mirada. Tiene en el estómago una punzante sensación que no se debe al hambre prolongada.

El capitán también ha visto los movimientos en la hierba y llama a un puñado de hombres y señala pendiente abajo. Id con precaución, dice. Pueden estar emboscados.

Los hombres se ponen en marcha, agazapados, con los fusiles en alto.

El capitán Wirth, en cambio, se ha apeado del caballo y va a pie todo el camino hasta la puerta de la iglesia. Es extraño lo pequeño que se lo ve delante del ancho portón, y cuanto más fuerte llama a la puerta más pequeño parece.

Nada.

Llama a Lunzer, que acude con un martillo y una palanca y empieza a golpear los herrajes de la puerta con martillazos pesados y expertos. W. se da media vuelta. Los habitantes de la ciudad que aparecieron a ambos lados de la fangosa calle central se han agolpado ahora en un trecho de la breve alameda. Están totalmente quietos, como si esperasen que al menos la iglesia resistiera la violencia que están sufriendo, o quizá sea al contrario, que ya se han

resignado ante el hecho de que nunca podemos resistir nada.

Al final la puerta cede a los martillazos de Lunzer y todos entran de golpe como si la propia iglesia los absorbiera en su oscuridad. Un caballo relincha asustado, persistente. Tardan en captar de dónde viene el sonido. En el tumulto, el caballo encabritado alcanza con las pezuñas a uno de los hombres, que cae al suelo gritando mientras que otro se aferra a las riendas con las que estaba atado el animal, y este lo arrastra por los excrementos que se han amontonado en el suelo.

¡Esto no es una iglesia, maldita sea, es un establo asqueroso…!

Indiferente a todo en apariencia, el capitán Wirth se ha acercado a la pared del fondo de la iglesia, donde han apilado unos sacos con grano. La pared donde deberían estar los iconos y las pinturas de la iglesia está vacía. Tan solo un leve olor a incienso permanece bajo las bóvedas, mezclado con el penetrante olor a orines de caballo y a piedra húmeda.

Fuera, en la ladera de la iglesia, llaman a gritos al capitán, y uno de los hombres a los que Wirth ha ordenado que inspeccione las jaulas de animales que hay en la pendiente se acerca resuelto al mando y le dice algo con tono alterado. El capitán Wirth se vuelve súbitamente y, como un solo hombre, todos lo siguen hasta la ladera. W. ve que los habitantes del pueblo siguen parados en la alameda, aunque ahora da la impresión de que se han dispersado un poco. Algunos incluso se han escondido detrás de los árboles como si temieran lo peor.

Desde el pie de la ladera se oyen gritos duros, afilados. Son jaulas de conejo, sí, ahora lo ve. Pero los hombres no se han reunido a su alrededor, sino más abajo, casi donde empieza el bosque de nuevo. Krupp se vuelve de pronto con el brazo delante de la cara, y al mismo tiempo el hedor a cadáver lo alcanza también a él: como una arcada que subiera desde la tierra misma.

Son los cadáveres de tres hombres. Están prácticamente engullidos por el césped, dos de ellos boca abajo, uno boca arriba. El que está boca arriba no tiene ya ojos en la cara. Primero piensa que las cornejas que aún sobrevuelan la zona les habrán vaciado las cuencas a los muertos, pero cuando se acerca ve que se los han cortado. Igual que la lengua. Allí donde debería estar la boca solo se ve una herida abierta.

El capitán Wirth se ha puesto en cuclillas junto a uno de los muertos. La cara del capitán parece hinchada, es imposible decir si de ira o de terror puro. Da la vuelta a los otros cadáveres. Las moscas salen volando en nubes tan espesas que tienen que retroceder. Estos dos también tienen la cara destrozada. Los cadáveres se encuentran en tal estado de putrefacción después de haber estado tendidos directamente sobre la tierra que ya no es posible reconocer ningún rasgo. Les han cortado los galones y las insignias de los uniformes, las botas tampoco están, los pies desnudos se ven rígidos y de un negro azulado en el césped.

Los hombres lanzan maldiciones, sobre todo los que quieren ocultar el malestar y las

náuseas que sienten. Pero el capitán Wirth ya ha conseguido controlarse. Con expresión serena, vuelve a la iglesia seguido de sus hombres. Los dos que han recibido órdenes de hacer guardia en la puerta están sujetando a un prisionero, un hombre mayor que lleva una sotana y una especie de capucha en la cabeza, un sacerdote. Al ver al capitán Wirth, se suelta de los dos soldados perplejos y se acerca a la carrera agarrándose con las manos el faldón de la sotana para no tropezar.

Trae la cara barbuda desecha en llanto. Grita algo lamentándose y todo el tiempo trata de cogerle las manos al capitán Wirth. Pero Wirth se zafa de él, irritado, y llama a un intérprete. Todos se reúnen alrededor del intérprete y tratan de comprender lo que se dicen los dos. El capitán Wirth quiere hablar de los soldados franceses muertos, mientras que el sacerdote quiere hablar de la iglesia, la casa sagrada de Dios, que, según él, han profanado los hombres de Wirth. Tiene la barba cubierta de espuma y los ojos blancos de ira.

Traedlo, dice Wirth, vamos a ver quién profana a quién.

Cuando van a volver al interior de la iglesia, es como si el pastor quisiera retroceder. Como si ahora comprendiera de verdad el alcance de todo lo que ha tratado de ocultarles, los animales y el grano. Se recoge el faldón como para salir corriendo otra vez, pero los guardias lo agarran por los hombros y lo tiran al suelo. A una orden de Wirth, lo encadenan a la argolla de hierro de la pared a la que antes estaba encadenado el caballo.

Dile que te cuente quién ha matado a los soldados, le ordena el capitán al intérprete.

En la nave de la iglesia la voz resuena hueca, casi atonal. Como si las palabras no se hubieran pronunciado siquiera. El sacerdote grita algo en su lengua, los guardias le dan una patada en las piernas y él cae de cara encima del estiércol.

El intérprete se agacha a su lado.

No quiere decir nada, dice el intérprete. Quiere que abandonemos su iglesia.

Bueno, pues entonces lo dejamos, dice Wirth. Saca una navaja del bolsillo de la pechera del uniforme. Se acerca al sacerdote, colgado de las cadenas, y le agarra la cabeza emporcada. Sujetadlo, dice, y acto seguido, con movimientos cuidadosos, casi meticulosos, como si se estuviera dedicando a un trabajo de costura fina, empieza a extraerle los ojos de las cuencas con la hoja. Los gritos del sacerdote casi resquebrajan los muros de la iglesia, luego se ahogan en un denso borboteo: Wirth le ha roto las mandíbulas y, cuando suelta la cabeza ya casi inerte del sacerdote, es para arrojar también la lengua recién cortada en el apestoso montón de excrementos que hay en el suelo.

Luego ordena que acerquen los dos caballos de carga y se llevan los sacos de allí. Wirth va guiando personalmente al caballo blanco, que estaba dentro de la iglesia, lo agarra fuerte de las riendas hasta que terminan de cargarlo de sacos de grano. El animal se tambalea y agita la cabeza bizqueando, pero también puede deberse a la sangre que ahora cubre el pecho del

uniforme del capitán Wirth.

Arriba, en el camino que discurre entre los álamos, los habitantes del lugar siguen en la misma posición de antes. Aunque ahora ya no se señalan la boca abierta con los dedos. Lo único que tienen abierto son los ojos.

Pretenden matarnos de hambre, son ellos o nosotros, le dice Lunzer a W. con una amplia sonrisa suplicante, como si quisiera a toda costa que él dijera lo mismo.

W. no sabe qué decir.

Se oye un chirrido alto y ruidoso cuando un soldado desenrosca el tapón de la cantimplora y bebe. Como si cumpliera un deber, como para tener algo que hacer.

¿Dónde están todos los hombres?, pregunta alguien de pronto.

Entre las hileras de álamos, la luz amarillenta del ocaso dibuja detrás de los lugareños el contorno de cada uno de los cuerpos. Pero son niños y ancianos todos ellos. Ni aunque lo intentaran podrían ofrecer a los soldados la menor resistencia.

Y entonces empieza a tañer la campana de la iglesia. El sonido solitario del badajo suena débil y hueco al principio, como si resonara absurdamente contra el envoltorio vacío del cielo; pero enseguida empiezan los tañidos a sonar más pesados, se van dando peso mutuamente, y el suelo tiembla por debajo, como si los tañidos estuvieran también allí y quisieran ascender desde el subsuelo por entre sus pies. W. no se atreve a mirar más que al frente. Inmediatamente delante de él va cabalgando el capitán Wirth con el uniforme ensangrentado. Hay algo casi obsceno en el modo en el que acompasa el deslizarse del cuerpo, la espalda y las caderas, al ritmo bamboleante de la grupa del caballo. Es imposible decir si cabalga totalmente impasible o si también lo atraviesa a él el tañer de las campanas.

El cielo sigue claro como un farol allá arriba, pero cubierto de una película de finas nubes como velos, como si Dios quisiera extender un manto y perder de vista todo aquello lo antes posible.

Ciernen lo que tienen de harina y lo mezclan con agua y cuecen el pan directamente en el fuego y se lo comen como está, ardiendo, quemado en la superficie, crudo por dentro. La extraña somnolencia persiste hasta el punto de que nada se le fija en la mirada. O más bien: no sabe qué es lo que ve. Sus propias manos y las de los compañeros, que se alargan ávidas y culpables en busca del pan ardiente en la rejilla que hay sobre el fuego, o el dorso de las manos del capitán Wirth, que escarban y escarban sin parar en la cara del sacerdote. El pan crudo, los gritos del sacerdote, que enseguida se ahogan, la sangre que cae a chorros en los excrementos del caballo, el suelo de la iglesia, la tierra en la que palpitan los tañidos de las campanas y los latidos del corazón. Se tapa los oídos con las manos, pero el tañer de campanas es tan imposible de acallar como imposible es eliminar la luz terrible del cielo. ¿Tú crees que los muertos volverán?, dice Lunzer, como si estuviera pensando lo mismo precisamente. Bajo esta luz ningún ser humano puede alcanzar de verdad el sosiego.

Siguen largos días de calor ardiente con el sol suspendido y tembloroso sobre el aplanado horizonte como en un caldo espeso, y la propia tierra que pisan está tan reseca que la sienten como si fuera a descomponerse y hundirse bajo sus pies a cada momento. En esos días el hambre es como un hueso roído en el cuerpo. El hueso del hambre va desde el velo del paladar reseco hasta la pelvis, y está perforado por un dolor duro y sordo que empeora a cada paso. Con el cansancio prosperan los rumores. Cuentan que el enemigo ha reunido un ejército ingente y que solo espera a que estén lo bastante debilitados para atacar por la retaguardia e impedir cualquier vía de retirada.

¿Hasta dónde piensan replegarse los rusos en esta tierra que en realidad no es nada, solo un terreno ancho y requemado sin horizonte?

La columna con la impedimenta y las carretas de baúles de campaña se mueve cada vez más despacio.

Un día alcanzan a un convoy de víveres francés, tan cargado que los bueyes apenas avanzan. También los acompañan caballos de oficiales, media docena por lo menos, atados a la última carreta del convoy. La visión de los caballos provoca nuevos rumores. ¿Habrán perdido la vida en el frente los oficiales también? ¿O es que han pedido animales sanos con los que huir?

Es evidente que los caballos están bien alimentados, pero son animales nerviosos que se asustan y amenazan con encabritarse cuando la infantería mecklenburguesa trata de abrirse camino por la estrecha carretera embarrada, y de pronto es como si la preocupación se contagiara también a la multitud de soldados de infantería que llevan varios días marchando sin descansar en condiciones y sin comida de verdad. Media docena de hombres se abalanzan sobre la cocina de campaña y los granaderos que vigilan la impedimenta se colocan en posición de tiro. La cosa habría terminado con derramamiento de sangre si el mayor Von Moltke y otros dos oficiales no hubieran acudido y, tras una rápida conversación en francés, hubieran detenido la escaramuza.

Como dos masas de terreno ingentes se separan las dos columnas, los franceses se ven forzados a apartarse y los mecklenburgueses pasan como pueden. Se produce un intercambio de insultos y los caballos de los oficiales retroceden y agitan las orejas, tan inseguros de cuál debe ser su modo de comportarse como los soldados de infantería, a los que solo esperan más

hambre y miseria.

Esa noche se oye a algunos hablar abiertamente sobre la posibilidad de desertar. Ya nos han dejado con lo puesto, dice Wiener, que es impetuoso por naturaleza. El mayor está seguro de la victoria, responde Krupp, y alude a Von Moltke, al que naturalmente ninguno de los dos ha oído decir nada que pueda indicar ni eso ni lo contrario. Otro aduce que quien se marche ahora se convertirá en una presa fácil para los cosacos que arrasan la zona. Ya, responde Wiener, ¿y cuándo fue la última vez que viste a un cosaco? Lo único que quieren es despistarnos, asustarnos, pero yo por lo menos no pienso dejarme asustar.

Mientras hablan, el herrero Lunzer está sentado sacándole brillo a su rublo de plata. Imagínate, le dice a W., igual fue esa turba de locos la que le sacó los ojos a los nuestros y a lo mejor el sacerdote era totalmente inocente. O sea, quiero decir que a lo mejor lo único que intentaba era protegerlos en su iglesia.

Es evidente que ha dedicado mucho esfuerzo a esa reflexión.

La mañana del día siguiente alcanzan la ciudad de Bobr, junto al río del mismo nombre. Las calles estrechas, sinuosas, carecen de empedrado y están tan llenas de desechos y de excrementos de animales que tienen la sensación de ir chapoteando con los caballos y los carros. El único lugar más o menos limpio es la plaza de la iglesia. Acampan allí, y por la tarde les ordenan a él, a Lunzer y a otra media docena de hombres que construyan unos hornos, puesto que esperan la llegada de un convoy de forraje para la tarde. Ejecutan la tarea con renovadas fuerzas, pues saben que vienen de camino provisiones de refuerzo. Ha transcurrido mucho tiempo desde el solsticio de verano y el resplandor rojo del atardecer en el cielo es más mate y tiene un tono más oscuro, como de plomo o ceniza.

Pese a todo, el calor sigue siendo igual de paralizante, el aire inmóvil, pesado y asfixiante. Duermen donde encuentran sitio en la plaza de la iglesia o en las apestosas callejas transversales, apoyados los unos en las espaldas de los otros y muy juntos para proteger miembros y pertenencias.

En cuanto cae la noche empiezan a surgir sombras de la oscuridad. Una de las sombras se llega al establo abandonado junto al que duermen él y Lunzer en medio del hedor a orines de caballo y a matadero. A diferencia de las putas que van con el convoy, esta no es vieja, pero sí tan flaca como un arrendajo y trastornada, no hay más que verla. Cuando habla, la mandíbula inferior se le mueve como si los labios fueran en una dirección totalmente distinta del resto de la cara, y le sale de la boca un olor crudo y pegajoso a alcohol. Tiene una botella que agita al final de un brazo largo y puntiagudo como una varilla y se cae al suelo como por sí sola.

Lunzer le quita la botella y bebe como si pudiera apurar de un solo trago toda la oscuridad de la noche y toda el hambre y todo el desaliento, y luego, cuando la toma por la fuerza, gime más de lo que suele. ***Dame, dame, dame,*** dice una y otra vez. No queda claro qué es lo que espera que le dé, ¿más de sí misma o más alcohol?

Unas horas más tarde, cuando el sol se alza otra vez ardiente en el cielo, Lunzer duerme boca arriba, con los brazos abiertos, como si hubiera capitulado y ya estuviera dispuesto a subir al cielo. Más allá, en los callejones, hay otros que duermen. Pesadas sombras se desplazan sobre ellos y entre ellos al mismo ritmo indolente que las aves carroñeras cuando aletean perezosamente para luego posarse en el siguiente cadáver.

Ni siquiera los soldados que tienen orden de hacer guardia son capaces de espantar de allí

a la chusma de ladrones. Uno de los vigilantes incluso está dormido, medio tumbado con la espalda descansando en la puerta de la iglesia y la culata del rifle encajada entre las piernas.

La noche siguiente oyen cómo se acerca el convoy. En la oscuridad se abre como una grieta y de ella surge un vocerío terrible. Oyen a los superiores gritar a los animales de tiro y cómo los fustigan para obligarlos a subir el dique del río, las ruedas de los carros chirrían. De pronto es como si estuvieran por todas partes, los hombres con sus voces y sus gritos y los bueyes con sus mugidos. En la plaza ya se han incorporado varios soldados, seguros de que pronto les llegará la orden de hacer fuego en los hornos.

Pero todo es una ilusión: una alucinación del oído o del hambre.

Cuando el intendente se presenta al alba del día siguiente, se encoge de hombros sin más. Aún no ha llegado ningún porte de mercancías. Les sirven la misma ***kapusta*** apestosa de siempre y, hacia la hora de la cena, les ordenan que formen para partir de nuevo.

Unos días después cruzan el Dniéper por la ciudad de Osza y continúan a Smolensk, que también ha tomado el ejército ruso en su retirada. Después de una marcha de más de un día con su noche, llegan a una ciudad llamada Dorogobuzh.

Más al este no llegarán.

El frío llega de un día para otro. Como quien vuelve la mano. Así, dice W., y vuelve la palma de modo que solo se ve el dorso de la mano. Desde detrás del escritorio, también Clarus puede distinguir las heridas que discurren como un mapa por la mano del prisionero, claras en contraste con el negro de la protuberancia de las venas. El frío viene con los vientos del norte y persiste durante semanas. Es como si en el cielo hubieran colocado un regulador de tiro. En lo más alto de la ciudad hay un castillo fortificado desde el que en esos días de frío glacial hay una vista sin obstáculos y despejada del terreno hasta varias decenas de leguas de distancia. Y ese es el castillo que les han ordenado reforzar, junto con las empalizadas del río. Desde el parapeto, en lo alto del castillo, W. contempla la corriente con sus largos pliegues y sinuosidades, sobre la que se mueven los destellos del sol y las sombras de las nubes igual que sobre el centón de bosques y cultivos que la rodean. Algo más cerca ve el pontón de las zonas alejadas de la ciudad, donde la carretera se divide como una rama. A la derecha el camino lleva a la ciudad de Tver y el río Volga, y a la izquierda conduce a Duchowschina y a la carretera principal de San Petersburgo. Los pueblos que hay en la orilla de la carretera están inmersos en una calma irreal, como si hubieran sufrido algo parecido a una parálisis: ni un ser humano a la vista entre los edificios. Solo las campanas que tañen sin cesar, las iglesias, fáciles de distinguir con sus cúpulas abovedadas en forma de cebolla, algunas pintadas, mientras el resto de los edificios están construidos todos con la misma madera uniforme de color gris.

Durante tres semanas resisten allá arriba, y con el frío llega una oscuridad que es más que la mera ausencia de luz. Día tras día ve desde el castillo cómo el paisaje mismo se funde en una nebulosa bruma gris. También el río despide humo y nubecillas.

Corre el rumor de que Napoleón ha dejado Moscú después de que quemaran la ciudad entera al mismo tiempo que los rusos se acercan por el norte y por el sur para tratar de cortarles la retirada. Pueden aparecer allí en cualquier momento. También dicen que su propio jefe de regimiento ha regresado a Königsberg junto con un puñado de oficiales y un ayudante, y han dejado el mando al mayor Von Moltke. Se supone que han vuelto para organizar provisiones, víveres y ropa, con la idea de que puedan invernar allí acampados si fuera preciso. Pero eso no se lo cree nadie. Si hasta los mandos del francés liliputiense desertan, ¿qué va a ser de nosotros?, dice Lunzer.

Ellos no tienen nada. Se rellenan de paja las botas y la ropa y se cubren cada parte del

cuerpo desnuda con grasa y con manteca. Lunzer va envuelto en una gruesa piel de oso que encontró no sabe dónde y se ha embadurnado la cabeza y el cuello y las manos con grasa, y las lleva envueltas en jirones de tela de modo que solo las yemas de los dedos se ven brillando rojas al resplandor de las hogueras. Todos están acuartelados en unos barracones sencillos que les ha dejado el regimiento polaco bajo cuyo control ha estado la ciudad, principalmente barcazas y sencillos almacenes portuarios junto al río.

Juegan a las cartas y a los dados para no desanimarse, el premio es vodka barato y una sopa espesa y fibrosa con trozos de grasa gris que hay quien dice que es de perro.

Apuesto mi última moneda a que el mayor general y sus secuaces no van a volver, dice Lunzer. ¿Por qué no apuestas la piel de oso? Es Papenhafer, el de Sajonia, el que pregunta. Lleva su termómetro, cuya columna de mercurio no se ha movido un ápice desde la primera vez que lo mostró, así que nadie lo quiere como prenda. Prefieren la piel de Lunzer. Preguntan de dónde la ha sacado. De un trueque con una panda de gitanos, dice, y se ríe como siempre, con esa mirada rápida y ladeada que indica que está mintiendo.

Lunzer es como si tuviera una fuerza magnética sobre las cosas. Sin que se sepa cómo, todo acaba en sus manos. Igual que ese rublo de plata que siempre anda puliendo como si todo, su supervivencia e incluso su presencia allí, a orillas del negro río humeante, dependiera de que él mantuviera la moneda tan reluciente como fuera posible.

Durante la noche arrecia el viento y arrastra consigo una lluvia crepitante de chispas de las hogueras que han encendido junto a las barracas, donde se encuentran los granaderos y los mosqueteros. Cuando ya tiene el estómago dolorido no aguanta más el alcohol y la sopa podrida, y baja al río para aliviarse, la noche que se extiende sobre él se le antoja infinita. Como si solo ella tuviera existencia real y los días solo nacieran en forma de débil neblina perlada allá abajo: un amanecer sombrío de humo y fuego que la noche no tarda en engullir de nuevo. Cuando los ejércitos de Napoleón vencieron en Jena cayó una lluvia de chispas por el cielo. Aunque ahora el cielo se ve mate, como si alguien hubiera extendido sobre él una mano tenebrosa. En algún lugar allá arriba, bajo la bruma celestial que cubre la ciudad, flota la ciudadela donde se han refugiado el mayor Von Moltke y los oficiales que quedan, a la espera de más instrucciones.

Desde el pretil de la ciudadela ve una tarde cómo el sol se queda por la mitad y luego se hunde en una hilera de nubes sobre el horizonte igual que un cucharón se hunde en una olla. Luego ve a un puñado de soldados de caballería que aparecen por el dique más alejado del río. Desde muy lejos se oye el rumor de los cañones. Es un sonido sordo, como unos estremecimientos continuos bajo tierra. Resulta imposible decir si el bombardeo disminuye en intensidad o si por el contrario va acercándose, casi oculto dentro de su oscura capa de sonido.

Finalmente, al alba, obedecen órdenes de levantar el campo, y si antes cabía alguna duda, ahora ya es obvio que los oficiales los han abandonado. Su coche no está enganchado, solo el de la impedimenta, y el capitán Wirth y los demás mandos cabalgan sin cesar arriba y abajo a lo largo de la columna, no para que aceleren el ritmo de la marcha, sino más bien como para ocultar el hecho de que no están todos.

Al amanecer: una frágil capa nebulosa cubierta de finas nubes que parecen velos, un afilado viento del norte con copos de nieve granulada que les golpean la cara como punzante granizo. La nevada arrecia con la oscuridad, pero no les conceden ninguna pausa ni descanso. Se pasan toda la noche marchando por la densa nieve como dentro de un guante cerrado, y cuando llegan a Smolensk al alba, los muros de la fortaleza, cubiertos de un manto blanco, les resultan totalmente extraños, como si toda la ciudad hubiera desaparecido dentro de sí misma.

Esperan dos días con sus noches bajo un cielo que se va despejando poco a poco. Cuando cae la oscuridad, encienden hogueras para guiar a las tropas, y antes del alba del segundo día llega la primera columna de soldados franceses. Como si la oscuridad misma los hubiera escupido: al resplandor del fuego parecen negras sombras recortadas en la blanca nieve. El ejército va flanqueado de jinetes que vuelven cabalgando a la retaguardia en cuanto empiezan a llegar las tropas. La columna está tan dispersa que pasa un día entero antes de que todos estén reunidos y la zona de prácticas fuera de las murallas de la ciudad se convierte en un campamento gigantesco.

A esas alturas también han llegado varias columnas de soldados rusos que han hecho prisioneros, encadenados unos a otros. A la mayoría solo le quedan ya harapos en el cuerpo, pero parecen en mejores condiciones que sus vigilantes. Varios de ellos van incluso con la

espalda erguida y la mirada al frente, impasibles en apariencia ante los golpes y los insultos que les llueven.

Entre los espectadores que hay al borde del camino se encuentra también Lunzer envuelto en la inmensa piel de oso. A cada puñado de prisioneros que pasa se escupe en la mano y da vueltas al rublo de plata entre los dedos.

Cuando se posa la nieve baja aún más la temperatura. El aire se vuelve claro y seco. Hacia el mediodía la luz del sol cae como a través de un pozo profundo cuyo borde esté revestido de frío, como de afilado hierro cortante. Cada hora que pasa el frío les va penetrando más hondo en los pulmones. Cara y manos se adormecen. Con el viento, que de nuevo les lleva remolinos de nieve, se encoge el campo de visión cada vez más, y la distancia entre la columna principal y la de los prisioneros y heridos resulta cada vez mayor. Cuando cae la noche igual podrían haber estado allí totalmente solos él y Lunzer, que se mueve torpe y lento con la pesada piel de oso. Y, además, Lunzer lo sabe, y se aferra a W. con una mezcla de ansia y desvalimiento, como un animal.

Al caer la oscuridad el cuarto o el quinto día después de la partida de Smolensk llegan al río Odrow. Durante la noche se ha templado el tiempo de nuevo. Los zapadores han construido un pontón que se mece y se hunde bajo la presión de las masas de agua. Las playas del río están cubiertas de resbaladizos montículos de hielo por los que tienen que trepar para avanzar. Antes de alcanzar el estribo del puente, Lunzer cae y se hunde deslizándose despacio en el agua. Si la pesada piel de oso hubiera llegado a empaparse, se habría sumergido enseguida, seguramente. Pero W. y otro hombre de la compañía logran sacarlo en el último momento.

Y ahí se queda de pie, tiritando y congelado.

De Lunzer, tan emprendedor y astuto en su día, solo queda ya un pelele desvalido y tembloroso.

Otra vez se encuentran en Bobr, pues. La ciudad, con sus sinuosas callejas, apenas es fácil de reconocer en medio del frío y la nieve. Las casas de madera, tan juntas y casi inclinadas entre sí, todas con nieve hasta el borde del tejado, quizá protejan del viento pertinaz, pero no permiten ver lo que hay fuera. La ciudad es como una jaula donde ellos se encuentran encerrados como presas indefensas. Ya después de un par de horas circula el rumor de que han sufrido un ataque, pero resulta ser la columna principal, que viene de regreso.

Se enteran de que la carretera que lleva a Minsk está cortada, y las tropas del zar se han

abierto camino por esa parte del frente.

Están rodeados.

Un grupo de soldados se abalanza furibundo sobre los prisioneros rusos. W. se queda mirando cómo les aplastan la cabeza y les cortan la cara a tres prisioneros antes de que ningún oficial consiga interponerse.

Muy despacio, la columna vuelve a ponerse en movimiento. Aunque ahora todos están mezclados. Si antes iban en orden, cada regimiento por separado, ahora es como si el territorio los hubiera vomitado en un lío monumental. Entre los mecklenburgueses también hay soldados de unidades de Hesse y Westfalia. La artillería del enemigo se oye ya como un murmullo regular que se diría que procede de todas partes, o quizá sea solo el eco de un son que surge cuando marchan a través de un paraje tan congelado y vacío que en ninguna parte arraiga sonido alguno.

Una mañana temprano, cuando el escaso resto de luz parece ya a punto de extinguirse bajo el horizonte, la carretera cruza un denso cinturón de bosque. Abetos cubiertos de nieve se alzan a ambos lados de la columna como centinelas altos y tiesos.

Los mandos están alerta y envían a un par de hombres de avanzadilla para que sondeen el terreno. No han llegado a dar la curva cuando vuelven a la carrera agitando los brazos como locos. En la carretera, algo más allá, en lo que podría ser un acceso al bosque, se ven carros volcados y caballos muertos y, algo más arriba en la ladera, varios cadáveres aquí y allá, todos en posturas imposibles, cubiertos de sangre y con las entrañas desparramadas en la nieve. Tienen la cara y las partes visibles de las manos cubiertas de una fina capa de polvo de nieve, pero las huellas de los caballos aún se ven profundas en la capa nevada, y hay largas hileras de excrementos a lo largo de la calzada.

W. está de pie junto a un trineo cuyos patines sobresalen de un montículo de nieve como los cuernos de un corzo y está a punto de llamar a Lunzer, que se encuentra unos pasos más allá, para que se acerque y le ayude a sacar los patines de la nieve, cuando alguien a su lado señala hacia el lugar donde la carretera desaparece en el denso bosque.

Al principio resulta imposible distinguir a los jinetes desconocidos de la compacta pared de abetos. Luego es como si la sombra de los árboles fuera liberándose poco a poco de sí misma. Los jinetes se separan hacia los flancos y algunos de ellos se inclinan sobre el lomo del caballo como para atacar.

El capitán Wirth vocifera sus órdenes justo detrás de él.

Y sigue un estruendo enorme al disparar los mosqueteros.

La única consecuencia es que el grupo de cosacos se dispersa un poco. Algunos de los jinetes se retiran un trecho, luego giran habilidosamente con los caballos y se acercan de nuevo a la carrera. Uno de ellos pasa tan cerca que W. ve la mirada del hombre directamente clavada en sus ojos. Logra distinguir la pistola un instante antes de que estalle el disparo, se aparta a un lado y siente el olor a pólvora y el hedor agrio a sudor animal del cuerpo tibio del caballo al tiempo que el cosaco pasa de largo en medio del ruido sordo de cascos que le salpican nieve en la cara.

A un trecho de allí, maldiciendo entre dientes, Lunzer ya ha mordido un cartucho y ha volcado la pólvora en el cañón y quizá es eso, el que ya haya alcanzado a enderezar y levantar

el fusil, lo que hace que otro de los cosacos que se acerca a la carrera apunte por encima de su hombro y dispare. Parece como si la pierna izquierda de Lunzer saltara en pedazos. Por el aire vuelan trozos sangrientos de carne al tiempo que el propio Lunzer da media vuelta y cae de costado en la nieve.

W. se encoge hasta que cesa el tiroteo y dejan de oírse los cascos de las caballerías, corre luego adonde se encuentra Lunzer, que está encogido en la nieve como en un espasmo con la pierna estirada ante sí en un ángulo poco natural. Tiene la cara pálida, como si se le hubiera vaciado de sangre por completo. W. lo agarra por los hombros y pega la cara a los labios del compañero para comprobar si al menos respira. De la boca surge un largo gemido. Hace un intento de incorporar el torso, pero el dolor le atraviesa todo el cuerpo como una convulsión y cae de nuevo boca arriba.

En ese estado no podrá ir a ninguna parte, grita alguien.

Dos hombres más llegan corriendo por la nieve. Uno de ellos levanta la pierna herida mientras el otro la venda con un trozo de tela. W. logra soltar el trineo del montón de nieve helada y entre los tres colocan encima el pesado cuerpo de Lunzer. Desde el carro de la impedimenta alguien les lanza una cuerda, que se apresuran a atar a los patines del trineo. Pero un segundo después aparece el capitán Wirth a caballo.

Soltadlo, dice sin más.

Y como nadie se decide a obedecer, se acerca él mismo y suelta la cuerda que ata el carro y el trineo. En la cara sarmentosa de Wirth se refleja la misma expresión de desprecio y de leve repulsión que cuando se encontraba delante del sacerdote de la iglesia del pueblo. Luego vuelve a montar en el caballo, se oyen órdenes de marcha y toda la columna se pone en movimiento como en contra de su voluntad y desaparece engullida por el bosque como si nunca hubiera existido.

Serán unos quince heridos los que han dejado atrás, además de él mismo y Lunzer, y la columna es ya tan prolongada que transcurren casi doce horas hasta que los prisioneros de guerra y los heridos les dan alcance.

Llega la tarde y bandadas de cornejas sobrevuelan en círculos los cadáveres aún no enterrados en la ladera. Están agazapados muy juntos entre sí y escuchan los lamentos de los heridos. Luego se hace de noche y ninguno se atreve a encender una hoguera por miedo a que vuelvan los cosacos. Se los imagina para sus adentros surgiendo de las sombras gigantescas de los árboles, aparece una oleada tras otra precipitándose con los fusiles o los sables en alto. Un pánico tal no lo ha vivido él nunca hasta el momento ni nunca creyó que fuera posible vivirlo: como si la noche y el frío helador no fueran noche y frío helador, sino un ser vivo maligno que tan solo estuviera esperando un segundo de descuido por su parte para despedazarlos, o como si ese despedazamiento se estuviera produciendo ya y lo único que pudieran hacer fuera quedarse allí tumbados tiesos de frío y esperar a que todo terminara y así al menos cesara el suplicio.

En la primera hora verde turquesa del amanecer los oye llegar. Oye el retumbar y el resoplar de los caballos; las riendas, que tintinean y resuenan rígidas con el frío, y las ruedas de los carros, que chirrían rasposas. Alguien da el alto y otra vez está todo lleno de gente que corre de aquí para allá y trata de ocuparse de los heridos y lastimados.

A Lunzer le cura la herida de la pierna el médico de campaña. Se queda tendido boca arriba en el trineo, con la cara pálida mirando al cielo: como si solo de allí esperase ayuda. Luego atan los patines del trineo a uno de los caballos que llevan los víveres y continúan por el bosque hacia los anchos campos cubiertos de nieve.

Y ya oyen claramente la artillería de las tropas rusas. Estallidos sordos y huecos que retumban muy hondo bajo tierra. Cada vez más cerca, más seguido resuena el fragor. Es como si ya no estuvieran huyendo de su destino, sino que se arrastraran hacia él, resignados ya y sin prisa.

Nadie, ni siquiera usted, señor consejero, puede hacerse una idea del triste final a cuyo encuentro iba nuestro ejército. Deberíamos haber ido a Borísov, pero cambiaron las órdenes en el último momento. Más tarde comprendimos que el ruso ya había tomado la ciudad y vigilaba los estribos del puente y nos disparaba con la artillería desde distintas posiciones por el camino de ida y de vuelta. Así que tuvimos que sumarnos a la columna de prisioneros, que se dirigía al norte y que iba comandada por una compañía wurttemberguense, pero tuvimos que esperar en varias ocasiones a que pasara la caballería extranjera, y siempre llegaban nuevos heridos que se unían a nuestra columna.

Era como el día del Juicio Final. Tantísimos enfermos y heridos… Unos con las piernas o los brazos lastimados, como Lunzer, otros con la mitad de la cara destrozada por una bala. A algunos los trasladaban en trineos como aquel en el que yo llevaba a Lunzer, o en parihuelas provisionales hechas con tablillas intercaladas con ramas de abeto. Otros tenían que conformarse con caminar solo con el apoyo de sus compañeros, que también estaban tan débiles y agotados que parecían a punto de caer en cualquier momento.

En la playa del río esperaban ya decenas de miles y por el único puente que habían dispuesto solo cruzaban las unidades que aún estaban combatiendo. Una y otra vez llegaban los mandos y decían que seríamos los siguientes en cruzar, pero siempre venía alguien que debía cruzar primero. No hay justicia en el cielo, sabe, señor consejero. Los pobres y los enfermos siempre pasan los últimos, si es que llegan a pasar. Y como si Dios hubiera querido mostrar su falta de compasión precisamente con nosotros, llegaron luego unos días de deshielo. Ya se veían grandes manchas grises en el hielo, el puente no resistiría mucho más antes de que las masas de agua vinieran y lo arrastraran consigo, y si los rusos se aproximaban, suponíamos que los nuestros preferirían volar el puente por su lado, y entonces a los que nos habían dejado atrás no nos quedaría otra salida que la de esperar que el enemigo nos mostrara una clemencia sencillamente inexplicable.

Dos noches y dos días duró el Juicio Final. El cielo llameaba como prendido de fuego vivo. Todas las tropas que se encontraban en la orilla del río, o que no habían alcanzado a buscar protección en ninguna parte, recibían sin cesar los disparos de las posiciones rusas desde las colinas, y los que aún no habían llegado al estribo del puente trataban de construir defensas mientras ellos se veían obligados a la retirada, y en medio de ese cañoneo incesante,

de esa alerta permanente de fuego de artillería y de oficiales que gritaban órdenes y de relinchar de los caballos que caían y arrastraban consigo carretas enteras de carga en la caída, debíamos acercarnos a la playa del río a tomar posiciones allí donde nuestras tropas se encontraran más desprotegidas.

Cuando al final dieron orden de acceder al puente ya hacía rato que reinaba la oscuridad, pero el incendio del cielo convertía la noche en un día clarísimo. Nos encontrábamos entre los últimos y había una aglomeración sin igual al pie del puente. El último tramo tuve que tirar yo solo del trineo de Lunzer, y creo que empecé a tener fiebre ya entonces, porque de pronto se me metió en la cabeza que no era Lunzer el que estaba en el trineo, sino una bestia horrenda que oponía resistencia con todas sus fuerzas, y cuando me di media vuelta miré directamente en el interior de la garganta de la bestia y allí dentro ardía todo igual que en el cielo.

Sabía que no podía detenerme ni dejar de tirar ni perder de vista un solo instante la columna que me precedía, hiciera lo que hiciera, porque entonces todo estaría perdido.

Con todo, era como si un sueño tremendo empezara a apoderarse de mí poco a poco.

Lo último que recuerdo es un ejército de cornejas negras de las que comen restos de soldados caídos y animales de tiro, y una hilera de troncos de álamos sin hojas que brillaban blancos como banderas de señalización aunque lo único que había entre ellos era oscuridad. Era como si los álamos tuvieran alma, como si la corteza despidiera luz propia.

Niña de mis Ojos, creí que me encontraba en el Reino de los Cielos.

Cuando vuelve a despertarse todo está luminoso y congelado otra vez y silencioso como en una tumba. Delante de él hay un hombre alto, más del doble de alto que su sombra, apuntándoles con un fusil; y al lado, un hombre sin cara. Los dos llevan el capote azul del ejército francés, aunque el que no tiene cara se ha encajado en la cabeza un gorro de piel ruso. Al principio cree que deben de ser dragones en busca de desertores y se levanta del lecho de ramas de abeto y empieza a hablar y a dar explicaciones. Cómo los cosacos atacaron a su compañía, que ellos acompañaban a la unidad a cargo de los prisioneros y fueron de los últimos en llegar a tiempo de cruzar el río, pero luego se quedaron rezagados o más bien el convoy de enfermería los dejó abandonados y buscaron refugio en la ladera de un bosque, justo en esa ladera. El alto no parece estar escuchando. Mira a Lunzer, que sigue tendido boca arriba en el trineo. Joost, dice presentándose, y ese de ahí es Dinkel. Con ello se refiere al que no tiene cara. Luego se arrodilla junto al trineo, desata la venda ensangrentada de Lunzer y pone cara de querer agua de la cantimplora de W. Juntos tratan de limpiar la herida, que está totalmente negra en la zona por donde ha entrado la bala. Por el otro lado de la pierna, justo debajo del muslo, es tal la inflamación que no es posible flexionar la rodilla.

No hay forma, dice Joost. Tiene que ir al hospital de campaña.

W. no dice nada. Los árboles que antes goteaban de humedad han vuelto a congelarse. Un bosque tintineante.

¿Cómo ha llegado aquí?, dice Joost. ¿Lo has traído en el trineo?

W. no dice nada. Joost mira a su alrededor. Lo que antes era nieve, ahora es hielo duro y ondulado.

No sé si ahora será posible tirar del trineo sin caerse, dice al fin.

¿Por qué no le pegamos un tiro y asunto arreglado?, dice Dinkel.

La voz de Dinkel es como la cara: igual de ausente. Pero también hay cierta ira detrás. W. se imagina de pronto una cortina de tela que aletea movida por un fuerte viento. Si el viento es la voz ronca y susurrante o si es la ira misma, no lo sabe.

No se dispara a los hombres como a los animales, se limita a responder Joost.

Avanzan dando patinazos por el hielo y la nieve congelada y Joost y él se turnan para tirar del trineo en el que va Lunzer, con la pierna herida entablillada y envuelta en una venda limpia. Dinkel no tira, sino que va un trecho por delante, como para ir reconociendo el terreno. No se oye un ruido. Solo el raspar hueco de los patines del trineo en el hielo duro y los suspiros largos, pesados y quejosos de Lunzer. Si el cielo era antes un incendio en cuyo interior no se podía mirar, ahora se ha convertido en una estrecha cúpula, tan estrecha que el sudor que les brota del cuerpo bien podría ser vaho de la cara interna de la cúpula. Todo el tiempo, mientras avanzan, tiene la sensación de que cada árbol, cada claro del bosque, cada campo abierto que dejan atrás está ahí para ocultar otra cosa. Al final, cuando se ven obligados a detenerse, a punto de caer a tierra de cansancio, también el paisaje se para. El bosque y los campos vacíos los miran fijamente como para comprobar qué es lo siguiente que piensan hacer.

El frío está volviendo. Puede sentir cómo asciende desde debajo de la tierra y de la nieve. Cuando cae el atardecer es como si todo lo que los rodea respirase frío. A pesar de la baja temperatura, Joost se niega a encender una hoguera. Se ocultan entre los árboles, dice. Si notan el olor a humo, los tendremos aquí en el acto. Joost no dice ***quiénes***. ¿Avanzadillas rusas, cosacos, bandas de salteadores, quizá solo viejos aldeanos que se han armado y se han echado al bosque?

Dinkel se lleva a Joost a un lado y habla con él poniéndole en el brazo una mano amistosa. Cuando se coloca de perfil, las mejillas y la barbilla quedan ocultas por el cuello del capote, pero la alta frente, la nariz y las cuencas en las que deben de estar los ojos sí se ven. También una boca pequeña, pálida, como fruncida. Es imposible apreciar si esos labios insignificantes sonríen o no o si en realidad se trata de unos labios y no solo de una sutil cisura desde donde las mejillas pasan a lo que debería haber sido el mentón. W. se pregunta qué clase de pecado digno de Caín habrá cometido Dinkel para recibir en la vida terrena el castigo de andar por el mundo solo con la mitad de la cara. Ahora Dinkel les vuelve a dar la espalda y señala por encima del hombro al lugar donde está Lunzer, y se ve a la legua que lo que tiene en mente es la gran piel de oso. W. está sentado a su lado en el trineo, encogido de miedo. No es

la misma clase de miedo que el que sintió cuando iban por el pantano y los hombres caían uno tras otro de puro agotamiento. O cuando las sombras de los cosacos surgieron de la orilla del bosque y aquellos jinetes desconocidos se abalanzaron sobre ellos. Es un miedo duro, roedor y pertinaz que lo va vaciando despacio por dentro. Como hace el hambre. Y como el hambre, el miedo no solo le roba la fuerza física, sino también la vista y el oído. Sabe que Dinkel podría dejarlo ciego y sordo, privado del último pensamiento sensato, siempre y cuando Joost lo permitiera y él pudiera hacerlo sin ser visto.

Dividen las noches en distintos pases para vigilar entre todos, pero en realidad es sobre todo Joost quien hace guardia. Dinkel duerme, o lo que quiera que haga detrás de esa cara inexistente, y Lunzer sufre unos dolores demasiado fuertes para ser de utilidad. Varias veces se despierta de ese duermevela febril y da manotazos a su alrededor como para defenderse de agresores invisibles y cuando W. se inclina sobre él ve que tiene la cara cubierta de una película de sudor.

Cuando la luz del día penetra de nuevo por las copas protectoras de los árboles, la pierna de Lunzer está el doble de inflamada y de la herida emana un hedor agrio. Continúan un par de días más, pero Lunzer sufre tales dolores que ya apenas tiene fuerzas para estar tumbado en el trineo. Cada mínimo choque o golpecillo le provoca largos alaridos de dolor. Les resulta evidente que pronto no podrán continuar y Lunzer también lo sabe. Los ratos en los que está despierto los sigue con la mirada errante y angustiada. A W. lo mira con algo así como una súplica muda, inexpresiva, como si solo a él correspondiera salvarlo o liberarlo de esos padecimientos.

Una mañana, Joost sale al camino con el largo catalejo que lleva en el cinturón, pero esta vez se queda parado un rato largo en el borde del camino con el catalejo pegado a la cara antes de darse media vuelta y de hacerle una señal a Dinkel para que se acerque.

Hace un día neblinoso, vagamente salpicado de sol, y la bruma fría más próxima al suelo dificulta la visión de los contornos del paisaje. Poco a poco va distinguiéndose en el horizonte algo que podría tomarse por unos jinetes a caballo. Es como si aparecieran directamente del propio deslumbramiento que provoca la luz, aunque separados, el torso separado del caballo, de tal manera que no es posible apreciar cuántos jinetes son. Pero Joost está seguro. Es uno solo. Dinkel quiere ir en busca del fusil, pero Joost les indica que vuelvan al bosque. Nada de armas. En el trineo, Lunzer también se ha percatado de que está pasando algo y hace un intento de incorporarse apoyado en el codo. Tiene espuma en la barba, los ojos parecen salvajes. Joost sale al camino y gesticula con los brazos hacia el jinete solitario que se va acercando poco a poco, se inclina hacia delante en la silla y luego otea la ladera del bosque adonde señala Joost. El hombre no está armado, por lo que pueden ver. Joost sigue señalando y al final el hombre desmonta, baja un maletín negro que llevaba amarrado detrás de la silla y se acerca con él en una mano, las riendas del caballo en la otra.

Cuando se acercan un poco oyen a Joost hablar en francés y el hombre lo entiende, es obvio, porque asiente y parece decidido, pero no asustado. Es rechoncho, lleva una levita de doble abotonadura y botas de caña hasta la rodilla. Tiene la cara casi totalmente redonda y afeitada, pero con unas cejas grandes muy marcadas. Un médico. Así se lo conoce, por lo pronto, por el maletín negro. Su cara expresa cierta calma, cierta paciente determinación. En el lugar del que procede W., ningún médico visitaría a un enfermo sin acudir en un carro de un tiro por lo menos. Pero este doctor cabalga solo. ¿Qué largas distancias no habrá dejado atrás a lomos de ese bello animal?

El doctor se quita el gorro de piel y deja al descubierto una cabeza curiosamente calva.

Joost sigue hablando con él. Juntos suben a la ladera del bosque donde yace Lunzer en el trineo, con la pierna hinchada extendida como si fuera un objeto extraño que no le perteneciera.

El doctor retira la manta con la que Lunzer se ha cubierto la pierna. W. cree ver cómo palpita bajo la costra negra y de ella emana un olor rancio y agridulce que les provoca arcadas.

El médico le dice a Joost algo en francés y menea la cabeza. Según él, hay que amputar la pierna, y para eso le faltan medios, le aclara Dinkel a W. Joost insiste, saca un puñado de monedas del macuto. El médico retrocede unos pasos, sonríe, rechaza la oferta agitando los brazos.

Dinkel se coloca detrás de él con el fusil en alto.

Si ça peut sauver la vie de ce pauvre homme, dice Joost.

Encienden una hoguera, derriten nieve en un cazo. El médico va humedeciendo trozos de tela en el agua hirviendo y los saca luego con la punta de la bayoneta que Joost le ha dado después de desenroscarla. Lunzer grita como un loco cuando comprende lo que piensan hacer, pero Dinkel le mete en la boca uno de los retales y entre W. y él lo levantan sujetándolo debajo del brazo para que el médico tenga acceso a la pierna por detrás. La bayoneta no está lo bastante afilada y el médico tiene que hacer fuerza y que presionar con todo el cuerpo. A pesar de los trapos que tiene en la boca, Lunzer grita tanto que se oye a lo lejos.

Joost coge el fusil y sale al camino para vigilar.

Solo cuando el filo de la bayoneta alcanza el hueso se hace el silencio por fin. Lunzer se ha desmayado con los dedos de Dinkel metidos en la boca.

El médico se arrodilla junto al trineo y, con movimientos cuidadosos, empieza a lavar la herida con un líquido que tiene en un frasco de botica que ha sacado del maletín negro. Luego coge un trozo de lino limpio y vuelve a vendar la herida. W. oye el ruido blando de las botas de Joost en la nieve. Apártate a un lado, dice en alemán. W. se da la vuelta. Detrás de él, Joost levanta bien alto por encima del hombro un tocón de madera y lo lanza con violencia contra la nuca del médico. El hombre cae de boca con la cara sobre las pinochas que cubren el suelo del bosque. Joost se le sube encima como a caballo y sigue golpeando hasta que el cráneo pelado se resquebraja y deja al descubierto el pegajoso revoltijo de sangre y materia cerebral que hay debajo.

Reina un silencio largo. Lo único que se oye es el ruido del viento bien alto entre las copas de los abetos.

¿Cómo vamos a conseguir que Lunzer se levante?, dice Dinkel al final.

El caballo lo necesitamos más, dice Joost.

Reúnen unas ramas y hojas y cubren el cadáver.

Joost abre el maletín e inspecciona cuidadosamente el contenido, luego lo ata a la parte trasera de la silla de montar. Entre todos suben y amarran a Lunzer, aún inconsciente, al lomo del caballo y se alejan arrastrando el trineo.

No han avanzado más que unas verstas a lo sumo cuando Joost vuelve a detenerse. Los otros dos se quedan en torno a él y a su caballo como discípulos alrededor de un profeta. Seguro que iba a algún sitio, dice. ¿Quién?, dice Dinkel. El doctor, dice Joost. Debía de tener alguna visita. Y entonces se da media vuelta y pone rumbo en sentido contrario, por el mismo camino que ya han recorrido. Dinkel protesta, pero es Joost quien va guiando el caballo que lleva a Lunzer, y el que tiene todos los víveres y el trineo, así que no tienen más opción que seguirlo.

Al cabo de un par de horas, el viento seco y gélido trae consigo un claro aroma a humo de leña. Abandonan el camino y avanzan junto a un muro de piedra bajo e inclinado que discurre a lo largo de la orilla del lecho seco de un riachuelo, negro como una herida en el paisaje blanco de nieve e invadido de sauces y mimbres. El muro, como el riachuelo, termina en la linde de un campo y en un tronco convertido en banco que hay allí ven sentado a un campesino. Lleva a la espalda un pequeño morral de piel y tiene las manos sobre las rodillas como si fueran dos bloques de madera. A la luz del sol, que cuelga bajo en el horizonte, tiene la cara casi blanca, y las sombras que hay a su lado se ven alargadas. Se quedan ahí parados inmóviles al borde del sembrado, pero, aunque el caballo patea inquieto y resopla en medio del frío, el hombre no parece haberse percatado de su presencia. Sigue mirando al sol, que tiembla blanco en el horizonte.

A lo mejor es sordo, dice Joost.

Se adentran en el sembrado y se acercan al hombre inmóvil dando un amplio rodeo. El hombre sigue observando en silencio. Solo cuando Joost lanza una piedra gira la cabeza, pero en dirección al lugar en que ha caído la piedra, y no hacia ellos, a pesar de que ya se encuentran a no más de diez metros.

Es ciego, dice Joost.

Ahora sus sombras están sobre la cabeza del anciano, que les sonríe como si la sonrisa fuera un mensaje que debieran poder interpretar. Joost agarra el morral que el viejo lleva a la espalda y vuelca el contenido en la nieve. Nada, salvo una lata vacía y un poco de tabaco. El hombre masculla algo entre la barba. W. se inclina hacia él, escucha un instante, se gira.

Creo que está preguntando si es el doctor, dice.

Dile que ya puede estar agradecido de que venga alguien, dice Joost.

W. no sabe qué decir.

Pero el viejo parece satisfecho con haber formulado la pregunta. Se levanta del tronco, se despide con una inclinación sin mirar a ninguno de los tres y pone rumbo al otro lado del sembrado. A medio camino se detiene, se queda inmóvil un instante, sin girar la cabeza, como para comprobar si lo están siguiendo, luego continúa.

Se quedan allí de pie un rato sin saber qué hacer. Al otro lado del sembrado se divisa una arboleda. Sobre la arboleda y sobre todo el sembrado vuela un puñado de cornejas chillonas. Cuando se acercan, ven asomar de nuevo el muro entre la nieve y el barro helado. Es el mismo muro de antes, levantado por las mismas manos. Pero ahora está rodeando una casita construida con troncos de madera firmes y sin desbastar, casi negros de tanto liquen. Detrás de la casa, un establo y una caseta, y detrás de ellos un puñado de tejados de barba gris que pertenecen a otras casas y cobertizos de un pueblecito, a todas luces inalterado por la guerra que ha avanzado y arrasado y carbonizado todo lo demás que han visto a lo largo del camino que llevan recorrido.

Entran en el cercado y un perro se precipita corriendo hacia ellos de la nada. Detiene al animal la cuerda a la que está amarrado, pero el caballo se pone nervioso y retrocede. El primer pensamiento de W. es: pero ¿por qué no llevaba el viejo al perro consigo? Luego cae en la cuenta. El viejo debía de estar esperando al doctor. Desde el interior de la casa se oye una voz de mujer. Es decir, el perro vigila la casa. Se mueven cautelosos adentrándose más aún en la parcela. El perro corre de nuevo hacia ellos, vuelve a detenerlo la cuerda. Joost mete un cartucho en la boca del fusil, lo llena de pólvora, apunta y aprieta el gatillo. El disparo resuena estridente como un trueno y el perro se queda tendido en el suelo igual que un saco vacío. Se diría que la casa quisiera hundirse más aún en la tierra. En una de las ventanas se atisba una sombra. Joost se acerca, se lleva las dos manos a la boca y le grita al viejo que abra la puerta y salga. No aparece nadie, pero al cabo de un rato la puerta empieza a abrirse como por sí sola. Joost agarra el tirador y les indica a los otros que entren.

En la penumbra de humo del interior ven lo primero de todo una mesa y, al fondo, junto a la ventana, una cama. En la cama hay una mujer que trata de levantarse, pero solo consigue dar unos pasos antes de detenerse con una mano en el borde de la mesa, presionando con la otra la pesada barriga. La mujer tiene los ojos grandes y redondos y la cara húmeda de sudor. Con la voz alterada le dice algo a un niño muy crecido que está tendido en un banco o estante encima

del fogón. El niño no responde, pero se baja al suelo a regañadientes y se queda de pie con una sonrisa descarada que dirige a todos y a ninguno en particular, pero que no puede evitar. Un idiota.

El calor de un fogón, por lo menos, dice Dinkel y abre y cierra las manos con movimientos largos y suaves.

Joost entra. Ha agarrado a Lunzer por las axilas y cruza el umbral con él a rastras.

Hacedle sitio, dice, y los aparta a todos a un lado, incluida a la mujer, que cae desvalida al suelo y empieza a lamentarse y a balancearse con los brazos en la barriga.

Joost tumba a Lunzer en la cama de la ventana donde estaba la mujer, luego se dirige a Dinkel. Ve fuera con ese y mira a ver si hay forraje para el caballo. Luego vienes y pones agua en el fogón.

Sonríe.

W. piensa que es la primera vez que ve sonreír a Joost. Acaba de matar a una persona con un tronco de madera, pero ahora sonríe.

El viejo se ha levantado de la mesa al oír la voz de Joost, y ahora avanza tanteando inseguro en busca de su mano. Cuando por fin la agarra, empieza a inclinarse y hacer reverencias y a dar las gracias y lo llama señor doctor. Todos saben que el que ha llegado no es el doctor, seguramente el viejo también, pero nadie da la impresión de que pueda ser de otro modo.

Dinkel vuelve a entrar en la casa, sin el niño, y se acerca al poyo y rebusca entre fuentes y cacerolas. Todo lo va echando al suelo. W. se da cuenta de que a Dinkel le tiemblan las manos.

¿Es que no hay nadie normal en esta casa?

Se agacha junto a la mujer, que sigue tumbada en el suelo boca arriba, debajo de la barriga. Acerca su cuerpo al de la mujer, su rostro sin rostro al de ella, que tiene los ojos blancos de horror.

¿Dónde está tu marido?, le susurra él.

A que lo entiendes, dice Joost.

Y la comida, ¿dónde has escondido la comida? ¿Dónde está la manteca, dónde están las salchichas?

La mujer grita. Es un grito que nace desde lo más hondo, como si se estuviera partiendo en dos, y extiende las manos hacia Dinkel, que ha agarrado un cuchillo grande que ha encontrado en el poyo y que ahora aprieta contra el cuello de la mujer.

Para, dice Joost. Si no te entiende de todos modos.

Pero Dinkel no para. Empieza a golpear a la mujer en la cabeza y en el cuello con el mango del cuchillo. Al ver que ella, sin dejar de gritar, se gira en el suelo y trata de encogerse en torno a la barriga desprotegida, le agarra los brazos y se los dobla hacia atrás por encima de la cabeza.

Sujetadle las manos, dice entre dientes.

Nadie parece oírlo.

Entonces suelta los brazos de la mujer, echa mano de nuevo al cuchillo y se lo clava en el vientre con todas sus fuerzas. El grito de la mujer queda ahogado por un oscuro borboteo. Las manos, que agitaba salvajemente contra la cabeza y los hombros de Dinkel se hielan en el aire, como si quisieran alcanzar algo allá arriba, luego caen exánimes al suelo. También la cabeza de la mujer se desploma a un lado y una densa corriente de sangre oscura le mana de la boca. Lejos de apaciguar la ira de Dinkel, es como si la repentina complacencia la acentuara más aún.

¡Si puedes permitirte parir a una cría de soldado también tienes comida suficiente para nosotros!

Se incorpora de rodillas junto al cuerpo sin vida y le apuñala el vientre y se lo raja con el cuchillo hasta que los intestinos y los restos del útero de la mujer salen a borbotones. Se puede ver claramente la cabeza del feto y el cuerpecillo como encogido detrás de las membranas de mucosidad y sangre que hay esparcidas por los sucios tablones del suelo. Dinkel tiene sangre hasta los codos cuando por fin se apacigua, se le hincha el pecho como en un calambre, y los labios le tiemblan en la boca diminuta. Pero no dice nada más. Hay tal silencio en la habitación que lo único que se oye, aparte de los largos suspiros y resoplidos de Dinkel, es el sonido como de manantial cansado de la sangre que sigue brotando del cadáver de la mujer.

W. se da cuenta de que está ahí de pie sonriendo. No sabe qué hacer consigo mismo ni de dónde viene la sonrisa. Tan imposible le resulta controlar lo que hacen boca y labios como contener el sueño que le sube por dentro como el agua.

Habrían podido estar así una eternidad si Joost no hubiera dicho de pronto:

¿Dónde se ha metido el viejo?

W. se da la vuelta, como si acabara de tomar conciencia de que tiene un cuerpo y dos manos absurdas que no han hecho nada.

Pero el viejo no está. Se encuentran solos en la casa con la mujer muerta.

Seguro que ha echado a correr hacia el pueblo, dice Joost. Id tras él.

W. abre la puerta y da un paso hacia la luz blanca y resplandeciente del sol con la misma sensación que si hubiera dado un paso sobre el borde de un precipicio. Es como si él mismo fuera ciego, o como si el cielo de pronto lo rodeara por todas partes. Solo después de un buen rato parpadeando logra recuperar algo parecido a la mirada en los ojos.

El caballo está al lado del perro muerto con las riendas colgando. Un poco más allá, junto a las cabañas de la parcela, está el niño boca arriba, con la garganta degollada como una segunda boca abierta de par en par y los largos brazos extendidos, como rezando. Las puertas tanto del establo como del cobertizo están abiertas, pero allí dentro no hay nada más que

virutas de madera y sombras espesadas por las telarañas.

El hombre ciego está sentado en el sembrado, en el mismo tronco de antes, en la misma posición, con las manos como dos tacos de madera sobre las rodillas juntas y la cara al sol, que está aún más cerca en el horizonte. Le caen lágrimas de los ojos, pero aún sonríe.

W. se inclina y rebusca las pocas palabras rusas y polacas que conoce. Tiene que preguntarle dónde está la carretera principal. Tienen que volver a la carretera. Ahora mismo, nada hay más importante.

Luego levanta el brazo del viejo con tanta consideración como puede, retira la sucia manga del abrigo y le dibuja con la yema del dedo primero en la piel desnuda del antebrazo, luego en la palma de la mano llena de arrugas, la carretera que recorrieron hace una eternidad, la carretera que los llevaba a la vera del lecho del riachuelo, con el muro que de pronto se curvaba alrededor de la finca y las casas, y ya que ha empezado a dibujar con el dedo en el antebrazo del hombre, continúa: el caballo, el perro muerto en la finca, el niño boca arriba con los brazos abiertos como si quisiera abrazar el cielo entero en su regazo, la mujer muerta con el niño muerto en la sangre del suelo mugriento de la cocina.

El ciego baja la cara hacia el brazo descubierto, luego se gira y señala con el otro brazo hacia la parte más alejada del sembrado.

W. se levanta.

Del pueblo vecino se oyen ladridos pertinaces.

Las cornejas sobrevuelan el lugar en círculos cada vez más cerrados, y luego caen del cielo.

El caballo resulta ser más una carga que un bien. Más rápido no consiguen avanzar, puesto que Lunzer es el único que puede montar mientras los demás tienen que conformarse con caminar al lado. Y no tienen más remedio que ir por la carretera, puesto que los caminos menores y las vías para los trineos que cruzan el bosque suelen tener tanta nieve que el caballo se hunde en ella y cada vez que tratan de encontrar un atajo tienen la sensación de pasar las pocas horas de luz en una lucha constante por no quedarse atascados en una montaña de nieve o en un lodazal.

El poco forraje que cogieron de la granja asaltada se les acabará pronto, y el animal está cada vez más débil. A veces se para sin más y se pone a olisquear las ramas sin hojas a la orilla de un bosque. Acampan en lugares llanos, en hondonadas, detrás del saliente de una roca, una vez en una casa de postas abandonada. Buscan harina o semillas en las apartadas granjas por las que pasan, pero casi todo lo han saqueado ya. Ven el rastro de cascos y de carros en la nieve, también huellas y excrementos de animales salvajes, pero no se atreven a usar la poca pólvora que les queda, puesto que un disparo en el largo silencio resonante del paisaje atraería la atención sobre ellos enseguida. Y tiempo de esperar a que algún animal salvaje o algún ave caiga en las trampas que Joost ha puesto no tienen.

Hacen sopa de raíces y liquen gris y vomitan en la nieve y Joost vigila junto al fuego con el fusil en el regazo. Cuando está oscuro las constelaciones se perfilan en el cielo como si estuvieran talladas en frágil vidrio, y el frío es algo duro y metálico que se puede tocar, y también se puede sentir el olor a nieve como algo áspero y húmedo en el aire.

Las huellas de la guerra son visibles por doquier. Es como si un inmenso fuego devastador hubiera arrasado, indiferente a todo. Casas carbonizadas con la fachada o el tiro de la chimenea ennegrecido de hollín hacia el bajo cielo invernal, cadáveres podridos de animales y

también de personas que siguen en las cunetas o en los campos o en pleno bosque medio desgarrados por cualquier animal que haya llegado hasta allí, aunque ahora cubiertos por una compasiva capa de hielo.

Sin embargo, también hay pueblos, a veces solo a unas horas de camino desde la carretera, que parecen intactos por completo y donde la vida transcurre como si no hubiera habido guerra. Las mujeres, con falda larga y gruesos pañuelos en la cabeza, recogen remolacha en los fértiles campos, los hombres llevan por los caminos carretas rebosantes tiradas por caballos o burros, los perros corretean ladrando alrededor de las ruedas. Ellos recogen lo que pueden de la remolacha que cae al camino y muerden hambrientos las cortezas duras llenas de tierra o mastican hojas que la escarcha ha convertido en un amasijo pastoso, y luego buscan cobijo en el bosque hasta que se encuentran a una distancia suficiente de las zonas habitadas y los perros dejan de ladrar.

Una mañana sufren un ataque.

Se han desviado de la carretera del ejército para evitar regiones edificadas y siguen un antiguo camino de trineos por la nieve. Los árboles caídos forman la base para un suelo de troncos, pero la nieve es escasa entre ellos y el ruido de los cascos y los patines del trineo les impide oír a los bandidos acercarse hasta que uno de ellos se les abalanza y se aferra a las riendas del caballo.

W. suelta el trineo que estaba ayudando a mantener firme sin que resbalara sobre los troncos y echa mano del fusil que lleva colgado a la espalda.

Entonces ve que hay hombres armados hasta los dientes también entre los árboles.

Aunque el que se encuentra más cerca es solo un niño. Y un niño inseguro. Se ve en la forma brusca en que va apuntando con el fusil ya a W. y al trineo, ya al caballo que, con sacudidas súbitas de la cabeza, trata de apartar el cuerpo extraño que se le ha colgado de las riendas. El niño baja el arma indeciso y W. alcanza a verle los ojos despavoridos antes de que Joost dispare y el niño caiga como si alguien hubiera cortado los hilos invisibles que lo mantenían en pie.

Al ruido del disparo, el caballo se suelta, el hombre que sujetaba las riendas cae a la ladera con un fuerte golpe y los otros dos atacantes huyen por el bosque.

Lo malo es Lunzer.

Las cuerdas con las que lo han amarrado al lomo del caballo le impiden caer, pero también incorporarse, puesto que le falta una pierna. Lo ven hacer un intento de agarrarse a la crin, pero el animal se encabrita y Lunzer cae hacia delante primero, y luego queda colgando boca abajo en la silla mientras el caballo, entre chillidos salvajes, se levanta sobre las patas traseras o patea con ellas hacia atrás para finalmente quedarse quieto, como si lo hubiera olvidado todo de repente, e inclina la cabeza al suelo para deslizar el hocico por la nieve del borde del camino.

Cuando Joost, Dinkel y él llegan por fin, Lunzer tiene la cara llena de sangre y barro, y el

brazo derecho cuelga inerte en un ángulo antinatural con respecto al cuerpo, como si se le hubiera roto o desencajado. Solo la boca y los ojos siguen en la cara ensangrentada, una y otros abiertos de par en par a causa del dolor.

No hay nada que hacer con él, dice Joost.

Pues pégale un tiro, dice Dinkel, pero Joost se limita a resoplar y se aleja.

¿No te parece que ya hemos desperdiciado bastante pólvora?

Entonces Dinkel se agacha y empieza a arrancarle a Lunzer la ropa, primero la piel de oso y el capote que tiene debajo, luego los pantalones y los calzones, sin inmutarse ante el grito espantoso de Lunzer cuando le estira el brazo roto por encima de la cabeza.

Al final, el cuerpo entero del herrero yace desnudo en la nieve, con la piel extrañamente violácea, como leche aguada, salvo alrededor del muñón de la pierna, que sobresale hinchado y rojo entre los jirones con los que intentaron vendárselo.

Joost busca y rebusca entre las prendas.

Toma, es tu compañero, dice, y le arroja el rublo de plata a W., que lo coge con la misma sonrisa bobalicona y somnolienta que tenía cuando Dinkel mató a la joven.

En el silencio solo se oye el viento en lo alto entre los abetos.

W. se queda allí mirando a Lunzer, que le corresponde con ojos incomprensivos, febriles. Joost ya ha colocado el hato de ropa sangrienta en el trineo y ha soltado las riendas. Ahora va subido al caballo y continúa por el camino de troncos seguido de Dinkel. Ninguno de los dos mira atrás. W. tiene que echar a correr para alcanzarlos.

Todo se le hunde por dentro como en una ciénaga de puro desánimo. Cada paso que avanza le resulta más pesado, cada alto en el camino es el ruego de una moratoria, de poder quedarse tumbado un rato más, para siempre, de no tener que volver a levantarse y dar un solo paso. El que ahora puedan turnarse para ir a caballo no supone ningún alivio. El hambre les duele y les macera el cuerpo. Como un animal salvaje tan bien aferrado con uñas y dientes que ha clavado los colmillos hasta el hueso mismo. Y aunque lleva puesta la enorme piel de oso de Lunzer, y cada parte desnuda de la piel, la cara y las manos, va envuelta en gruesos paños de tela, es como si el hambre lo privara de la protección contra el frío. Además, el abrigado cuello de piel está plagado de piojos, que despiertan a la vida con el débil calor que aún irradia su cuerpo, y que extienden por el cuello y el cuero cabelludo un escozor picajoso e irritante, un azote peor si cabe, puesto que no alcanza a rascarse sin dejar la piel al desnudo.

Ya no hay días de verdad. La bruma gris del alba apenas alcanza a ser discernible cuando de nuevo la empalidece la oscuridad. Las más de las veces no se molestan en buscar campamento nocturno, sino que siguen caminando hasta que caen vencidos. De no haber tenido Joost fuerza suficiente para buscar leña seca con la que encender fuego, se habrían congelado allí mismo. Que sus hogueras se vean a varias verstas de distancia es algo en lo que ya no piensan.

Pero a menudo no tienen tiempo ni de hacer fuego siquiera antes de que caiga la noche. Es como si le hubieran puesto al sol una capucha de verdugo y la tormenta de nieve entrara como en una bruma de afilados copos contra sus rostros. Hay días en que no reciben ninguna señal. Solo el viento que sopla precipitándose entre las copas de los árboles por encima de ellos y cómo de pronto los troncos helados que los rodean empiezan a crujir y a resquebrajarse, como si el bosque abriera la boca y empezara a hablarles.

Con suerte encontrarán un abeto o un árbol arrancado de cuajo tras el que resguardarse. Del viento y del azote de la nieve húmeda o helada no hay nada que los proteja. Es como recibir el abrazo de una ceguera gigantesca. En el seno de la fragorosa tormenta está sentado W., agazapado como en un rincón de su propio cráneo mientras lo que ha sido su cuerpo se va durmiendo paulatinamente hasta desaparecer, y lo único que es capaz de pensar es qué ocurrirá si es que llega a alcanzar un día a sus antiguos compañeros. Cuando vean a qué

regimiento, a qué batallón y a qué compañía pertenece seguro que lo ejecutan como hicieron con los demás rezagados: los que se hundieron en el fango movedizo y en las ciénagas camino de Vilna y no tuvieron ya fuerza para volver a levantarse.

Rezagados o desertores, tanto da. A ojos de los poderosos no importa la razón por la que fallas o si suspiras por lo que no debes. Lo único que has demostrado a fin de cuentas es que eres un inútil incapaz de nada, ni siquiera de luchar contra las convulsiones y ese dolor que te abotarga el cuerpo lentamente.

Claro que tal vez no lleguen nunca a ese punto. Tal vez el viaje les lleve tanto tiempo que ni siquiera la guerra siga existiendo cuando por fin alcancen su destino. ¿Se reconocerá a sí mismo entonces? ¿Quedará acaso algo de él que alguien pueda reconocer?

Así y todo, cuando por fin llega el desenlace no se produce como él lo había imaginado. Ya han alcanzado partes de la retaguardia, si es que puede hablarse de retaguardia cuando todas las unidades se han entremezclado hace ya tiempo. Por doquier hay desperdigados grupos de hombres que se mantienen unidos porque saben que solos no tendrían la menor oportunidad de sobrevivir. Y al igual que ellos, son suspicaces y se agrupan, pero el hambre es igual para todos, de ahí que nadie resista la tentación de gritar pidiendo comida. *Courage!,* exclama uno. Otro pide ayuda. *Hilfe!* Ellos no se atreven a atender los gritos. Un grito de auxilio puede ser una trampa bien urdida.

Están tan acostumbrados a que Joost los proteja que apenas se percatan de las veces que se aparta de su lado. Pero después de la reunión con los demás rezagados, incluso Joost, de suyo tan sensato, ha empezado a comportarse de un modo extraño. A ratos se lo ve distraído y negligente, otras veces se comporta con una agresividad del todo impensable en él. Una mañana, tras fracasar en el intento de atar al caballo mantas y zurrones, y después de que todo haya caído al suelo de nuevo, empieza a empujar a Dinkel con la culata del fusil levantada como un mazo y no deja de golpear hasta que Dinkel cae de rodillas y le suplica que pare.

El resto de aquel día, Joost está desaparecido. Al alba vuelve de nuevo. Pero ahora ocurre cada vez con más frecuencia que de pronto se levanta de donde están acampados y se va. Puede ocurrir en pleno día o por la mañana temprano. Suponen que va en busca de alimento, pero no lo saben con certeza y ninguno de ellos se atreve a decirle al otro lo que ambos temen en el fondo. Que se han convertido en una carga para él, igual que Lunzer en su día lo fue para ellos, y que está a punto de dejarlos. No se atreven a decirlo expresamente, puesto que saben que ninguno de los dos daría un paso en ninguna dirección sin Joost, que sin él están totalmente perdidos.

Hasta que una mañana en que habían acampado al borde mismo de la vieja carretera del ejército, oyen un leve crepitar en la hierba crujiente por la escarcha del campo que tienen detrás. Pensando que se trata de Joost, Dinkel se levanta para atar su parte del petate. No acaba de agacharse hacia el lomo del caballo cuando dos hombres lo asaltan por detrás.

W. está sentado en la linde del bosque y ve cómo ocurre todo y aun así no lo ve. Los hombres llevan gruesos gorros de piel con orejeras, como el que tenía el doctor, pero son demasiado claros de piel para ser cosacos. Solo cuando oye a uno gritarle al compinche ***¡quítale el arma al otro!*** en alemán cristalino comprende que son de los suyos. Pasmado al oír hablar su propia lengua, no sabe cómo actuar, si quedarse allí sentado en la cuneta y hacer como si no existiera o si levantarse y tratar de reconducirlo todo, y no alcanza más que a levantar un tanto indeciso el fusil que aún tiene en el regazo cuando recibe un fuerte golpe en la cabeza.

De dónde ha venido el golpe es algo que no acierta a percibir, solo el instante posterior, cuando unas manos duras rebuscan entre su ropa.

Después se oye un alarido repentino. El caballo suelta un grito. Se oye el restallido de un fusil.

Luego todo queda en silencio.

Cuando vuelve a despabilar se inclina sobre él una barba llena de dientes amarillos. Le lleva un rato caer en la cuenta de que se trata de Joost, y de que Joost le está gritando a pleno pulmón. Al principio no está seguro de si Joost se cuenta entre los que los han atacado a él y a Dinkel o si, por el contrario, ha acudido a salvarlos en el último minuto. En un momento repugnante es como si la inseguridad hubiera hecho tambalear el suelo mismo que tiene bajo sus pies. Luego Joost lo coge del brazo y lo obliga a incorporarse.

El golpe ha debido de aturdirlo por completo. Al tocarse la nuca con la palma, la nota llena de sangre pegajosa. En la carretera se encuentra Dinkel sentado con la cabeza apoyada en los brazos y, tendido a su lado, el caballo con una herida de bala. El disparo debe de haber alcanzado el anca del animal. Está tendido con el abdomen contra el suelo, como si algo lo tuviera doblegado, mientras que la cabeza y el largo cuello hacen esfuerzos inútiles por incorporarse.

Tenemos que acabar con él.

Joost vocifera más que pronuncia esas palabras; al menos, esa impresión le da a W., que aún está medio amodorrado por el golpe del fusil. Entonces Joost señala el cañón y la varilla que tiene en la mano al tiempo que niega con la cabeza.

No queda munición.

Dinkel, el hombre sin rostro, está sentado en el camino como si acabara de caer del cielo y no supiera cómo volver a subir. W. y Joost no tienen más remedio que ocuparse del sacrificio. W. sujeta fuerte el cuello bamboleante con los dos brazos mientras Joost golpea la cabeza del caballo para matarlo igual que mató al doctor: ya con la culata del fusil, ya con un pesado tocón de madera. La grupa del animal sigue muda, solo las patas traseras se mueven con sacudidas cada vez más débiles. Pero el ancho pecho continúa hinchándose como un fuelle gigante, aparta los labios de los dientes por los resoplidos y tiene los ojos abiertos de par en par de puro terror. W. aprieta cada vez con más fuerza la cruz y el cuello del animal y al final le brotan lágrimas de los ojos. No sabe si llora por sí mismo o por el animal moribundo. Cuando la resistencia del caballo afloja un poco, Joost suelta el tocón, saca la bayoneta y le hace un corte profundo en el cuello y la sangre mana como un río entre las piernas abiertas de W.

Puesto que no disponen de cacerola, deben consumir cruda la carne del caballo.

Aún está caliente cuando la comen.

Después de haber comido, Joost vuelve a desaparecer, y de nuevo sin decir adónde se dirige o cuándo piensa volver o si volverá siquiera. Dinkel y él se quedan allí muertos de miedo durante horas, sentados en la hierba con el cadáver ensangrentado del caballo, que se va poniendo cada vez más rígido en la escarcha.

Cuando Joost regresa por fin, aparece con un saco de sal. Ninguno de ellos pregunta dónde lo ha encontrado. Siguiendo las órdenes de Joost, cortan con los dedos ateridos finas tiras de la carne del caballo y las van metiendo en la sal. Luego encienden una hoguera.

El fuego y el hedor nauseabundo a carne grasa atraen a numerosas cornejas. Penden sobre ellos como un gran escudo negro vociferante en la oscuridad. Cuando terminan de comer, guardan tanta carne salada como son capaces de cargar y, en ese estado, sin carro ni caballo de carga y abatidos por su propio peso, se aproximan a Vilna por fin.

Hay gente por todas partes. Adonde quiera que mira ve a otros soldados dando tumbos, justo delante de él o a su lado. Deambulan solos de forma tan mecánica como él mismo, con paso largo, arrastrado, abatido, y con la mirada al frente o clavada en la nieve, y el entorno y el cielo se ven llenos de signos extraños a su alrededor. El cielo está totalmente negro, y eso que ya es mediodía, como si hubieran puesto la jornada del revés, mientras que de la nieve surge un brillo extraño, como si estuviera iluminada desde dentro, o como si toda la luz que quedara en el mundo se encontrara más o menos a ras de suelo.

Camina con un temblor constante en el cuerpo que no sabe si son escalofríos o un peso que se ha desplazado en algún punto bajo tierra. ¿Por eso se inclinan los árboles sobre el camino, como si los curvara un arco gigantesco? ¿Por eso se envuelve la luna en un manto gris ceniza y las bandadas del cielo pintan tan extrañas formaciones? ¿Por eso se alzan las cornejas en altas ruedas hacia el cielo? ¿Por eso siguen en los campos las rejas de los arados, heladas en la tierra dura, como dientes gigantescos?

Piensa que alguien debería dar testimonio de todas las cosas extrañas que suceden. Se ha alterado el orden natural del mundo. Nada posee ya persistencia alguna.

Entonces nota como si le pusieran algo en el hombro. Aunque no como una carga, más bien como una mano fraternal, o como un rostro que descansa en su mejilla y le respira en la nuca, y luego le habla con voz cálida, susurrante. ***Regresa. A tu. Imagen primigenia. Hombre.*** Dice la voz. Claro y alto. Solo esas palabras. Pero al dar media vuelta ve que no hay nadie, ni Joost ni Dinkel, solo cientos de otros hombres, soldados de regimientos y batallones que ya son imposibles de identificar, que avanzan dando traspiés con fardos apestosos, algunos con muletas o arrastrados en carretillas o en trineos iguales que aquel en el que él mismo llevó a Lunzer en su día.

Pero ¿de dónde vienen esos suspiros cálidos y dulces que le rozan la nuca y la espalda como una mano cariñosa y buena? Las extrañas palabras de un poema que el joven doctor solía leerle en alto se le vienen a la memoria con tal fuerza que casi ve a su antiguo señor deambulando de aquí para allá por la biblioteca con el libro abierto tapándole la cara y las dos alas del escritorio desplegadas como si tuviera de par en par el mundo entero.

Ach aber unsre Seelen sind an Bücher
Geheftet und an todte Tempel. Diese
Copien des Lebendigen, mit viel
Irrthümern abgenommen; sie,
Sie ziehn wir Gottes hohem Lehrstuhl vor.
Deshalb die Strafen, die von jener Irrung
Uns unvermerkt ereilen. Zänkereien,
Unwissenheit und Schmerz. O kehrt zurück,
Zu eurem Urbild, Menschen, und zum Glück. [3]

Mientras camina, y esa respiración extraña sigue resoplándole en la mejilla y en la nuca, se oye resonar un cencerro. Se vuelve, pero no ve nada más que el mismo tropel torpe de hombres transidos de frío y muertos de hambre. Entonces nota más calor aún en la mejilla y el tintineo de campanas se oye con más claridad, ahora seguido de un roce prolongado. Cuando se vuelve a mirar de nuevo ve una extraña criatura gris que se le acerca caminando con movimientos lentos y diríase que bamboleantes. Primero piensa que debe de tratarse de un monstruo, quizá algún tipo de demonio, puesto que no estaba ahí cuando miró hace un momento. La criatura avanza con movimientos torpes tanto hacia delante como hacia los lados, como un oso, y exactamente igual que un oso, tiene el cuerpo como cubierto de una piel grisácea o parduzca. Aunque patas delanteras no parece que tenga. Y tampoco ve ni rastro del hocico. Temblando de miedo, echa mano del fusil. Pero aquel ser no se detiene, sigue avanzando sin cesar y acercándose cada vez más. Entonces se percata de que lo que él ha tomado por una bestia horrible es en realidad una carreta llena de prendas y piezas de variada índole: ve capotes, chacós, guantes y botas de caña ancha, todo amontonado en pilas de varias capas, y toda esa carga gigantesca la lleva una sola persona: un hombre ágil de baja estatura cuya cabeza calva asoma entre los dos varales que sostiene igual que la cabeza de piel resquebrajada de un lagarto. E igual de ancestral se ve la cara del hombre cuando por fin se detiene y se queda mirando a W. con los ojillos entrecerrados, entornados con angustia, como si la penumbra también lo cegara.

¿Qué llevas ahí?, dice W.

El hombre intenta sonreír.

W. se acerca un poco.

Entonces ve que de la manga de uno de los capotes cuelga un brazo, debajo del chacó lo mira fijamente una cabeza helada. En realidad, todas las prendas están aún rellenas del cuerpo que las lució un día.

¿Qué clase de carga horrenda es la que llevas?, dice W.

Pero el hombre se limita a seguir sonriendo con los ojos entornados. Luego, de repente,

suelta los varales de la carreta y sale corriendo con la ligereza y la facilidad de un niño, y la carga entera cae al suelo y en la tierra helada yacen todos aquellos a los que él conoce, vestidos con sus viejos uniformes, Wiener y Krupp, y Flotscher y Schmidt y Kuhfeld y Papenhafer, incluso Lunzer está ahí envuelto en la gruesa piel de oso. Lo cual es imposible, puesto que ahora él lleva puesta esa misma piel. Solo que ahora hay algo que corta y pincha por dentro de la piel, como si el forro estuviera cubierto de miles de alfileres y:

¡ALTO!, grita W.

Pero el hombre, si es que se trata de un ser humano de verdad, ha desaparecido, solo queda el frágil resonar de campanillas, como si el cencerro estuviera fuera de su alcance en algún punto bajo el cielo y se moviera por sí solo. Y ahí queda la espantosa carga esparcida en el camino hasta donde le alcanza la vista. Se va abriendo paso por entre los cadáveres como por el fondo de un mar reseco, y al final ya no puede más, y cae de bruces en la nieve.

Bien está que se encuentre en condiciones, Wutzig. Las prendas de invierno llegaron ayer. Diecinueve trineos de carga repletos. Diríjase a la intendencia y preséntese para que pueda retirar sus prendas.

Alguien se inclina y le habla. No puede asegurar si se trata de Dios o si es el capitán Wirth o quizá una tercera persona. Sin embargo, por la voz se diría que es el capitán Wirth. ¿Habrá encontrado su compañía? Siente bajo los párpados un dolor como si debajo tuviera arenisca y la luz es cortante como un cuchillo que se le clavara dentro del cráneo. Está tumbado en algún sitio en medio de una espaciosa sala con paredes blancas, de techo tan alto que todos los sonidos y las voces parecen estar prendidas resonando frágiles bajo las vigas, prestas a soltarse y caer sobre él en cualquier momento. Junto a la cama se encuentran el capitán Wirth y el cirujano militar Köpke. Los dos le sonríen desde el interior de sus barbas tiesas. Pero ¿cómo puede saber si aquello no es también un sueño? Wirth tiene en la mejilla una herida tan grande como un puño consecuencia del frío, y las dos manos vendadas. Es decir, que sigue con vida pese a todo. ¿Cómo es posible? Aún puede sentir el calor ardiente del aliento que le rozaba el cuello y la mejilla: piel muerta, manos muertas que le tocaban las suyas, aún vivas.

Vamos, Wutzig, no es momento de montar en cólera. Teniendo en cuenta las circunstancias, se las ha arreglado bastante bien. Vaya a retirar sus cosas, que el brigada no tardará en aparecer y darle razón de su acuartelamiento.

Se encuentra en Vilna. Cae la nieve. Pero la nevada es tan ligera que los copos más bien se asemejan a finos fragmentos de ceniza revoloteando en el aire. Tiene las piernas tan débiles que el brigada se ve obligado a sostenerlo, y la sopa de col que le han dado le produce ardor de estómago y siente el mareo a cada paso. Llegan a un almacén, cuya puerta está vigilada por dos gendarmes. Sin embargo, cuando van a entrar, a W. empiezan a temblarle las piernas y se niega a caminar. Los vigilantes empiezan a gritarle, pero al final se rinden y lo dejan allí fuera sentado en un montículo de nieve junto a un largo trineo, uno de los diecinueve que llegaron con el transporte de Königsberg. Luego el brigada le hace entrega de un capote de invierno forrado, un par de guantes largos también forrados, unos pantalones nuevos, calzas de lana y un gorro enguatado y con orejeras. Con esas prendas en el regazo cruza la ciudad. Es curioso sentir el hueco resonar del pavimento bajo las botas. Por todas partes hay edificios que él reconoce. Si bien se presentan como bajo otra luz. También las personas que recorren apresuradas las calles son de otra naturaleza. Irreales, fantasmales: como si solo se hicieran visibles en el momento en que pasan apretujándose junto a él, para luego desaparecer y esfumarse de nuevo en la nada.

Al otro lado de las ventanas emplomadas y bajas de un mesón cree atisbar la alta figura de Joost. ¿Es posible que él también haya sobrevivido? Trata de recordar cuándo lo vio por última vez, pero al rebuscar en la memoria ya no consigue encontrar nada. Recuerda cuando sacrificaron al caballo y se lo comieron, pero ni siquiera sabe si esa vez Joost seguía estando de su lado o si ya se había pasado al bando de sus compatriotas. Decide entrar de todos modos. En la taberna hay una algarabía tan ensordecedora que los sentidos pierden arraigo por un momento. Lo único que lo mantiene en pie es la aglomeración de cuerpos de la gente. Pero son cuerpos amables, sí. Los oye decir *¿es usted, Wutzig…?, ¿cómo está, amigo mío…?* Alguien le ha plantado delante un vaso de aguardiente. Él alarga la mano hacia el vaso, pero, aunque ve claramente cómo lo agarran los dedos, es como si el vaso no quisiera moverse, no siente su mano alrededor del vidrio. Sin embargo, sí siente el sabor amargo del aguardiente en la garganta. Es tan fuerte que se le saltan las lágrimas y una vez más se le revuelve el estómago. De nuevo está el vaso en el mostrador, de nuevo trata él de agarrarlo entre los dedos, pero

nada sucede. Es como si solo una mínima parte de todo lo que está ocurriendo a su alrededor sucediera de verdad. El resto no ocurre. ¿Cómo es posible? *¡Joost…!,* querría gritar. *¡Joost…!,* grita. Su grito queda suspendido bajo el techo del mismo modo que en el eco de la sala de enfermería. Se vuelve hacia el mostrador, pero ya no hay en él ningún vaso. Y cuando se gira para pedirle a alguien que se lo devuelva, Joost se encuentra a su lado y le dice:

¡Wutzig! Ha llegado tu hora. El verdugo ya está aquí.

Y Joost señala la escalera que lleva a la calle, donde se encuentra el verdugo. Es el mismo hombre que arrastraba la carreta con las prendas de los uniformes de los soldados muertos: la misma cabeza calva y el mismo cuerpo infantil rechoncho y rollizo. El verdugo lleva las cosas de W. en un bulto bajo el brazo y entre el pulgar y el índice de la otra mano sostiene el rublo de plata de Lunzer.

Se conoce que se te olvidó esto, Wutzig.

Y de pronto hay cabezas de Joost y barbillas de Dinkel por todas partes. En ningún momento ha habido allí otras personas que no fueran ellos. Y W. grita de terror. Grita como si el grito fuera algo interno, hostil y vivo que él no fuera capaz de sacar al exterior.

De cerca el verdugo no parece tan aterrador. Tiene la cabeza pelada y, aunque los ojos se ven muy hundidos en las cuencas, las mejillas son lisas como las de un niño o un sacerdote; el resto del cuerpo, con los brazos y los muslos gruesos, también da una impresión extrañamente infantil.

Pero la sonrisa que le dirige a W. es la de un hombre adulto, con los dientes duros y blancos.

Llevan a la alcoba un barreño de agua caliente, unas manoplas y dos jarras de agua para enjuagarse. W. se quita la ropa y el verdugo le ayuda a meterse en el barreño, también le da el espejo y las cosas de afeitar, pero, aunque él mismo rasuró en su día a nobles y a oficiales, y siempre alabaron su temple con la navaja y el cepillo, tal como ahora trata de explicar prolijamente a aquel hombre del que aún ignora si será su asesino o su benefactor, ahora tiene los brazos tan débiles que los utensilios se le escurren de las manos.

Así que al verdugo no le queda más remedio que lavarlo y afeitarlo personalmente. El agua ardiente no tarda en quedar turbia por la suciedad, y la piel, que antes notaba totalmente dormida, está ahora blanda y delicada como la de un niño mientras el verdugo le pasa la navaja. El lavado deja ver las manchas en la cara y en la piel de brazos y piernas. Piensa en el cadáver mutilado y expuesto de Lunzer en contraste con la blanca nieve y en el viejo que se había sentado en el tocón junto al sembrado a la espera de que llegara el doctor y asistiera a su hija en el parto.

Ven, muéstrame el camino, le dijo W., y el ciego le mostró el camino deslizándole los dedos por las venas del antebrazo, y:

¡Que Dios me ayude, qué es lo que he hecho…!, dice, y se agarra al barreño con las manos con tal fuerza que el agua sucia salpica fuera y cae al suelo, donde el verdugo está inmóvil como un ídolo y aguarda con la toalla y la ropa seca.

Después se sienta a la mesa de la cocina y toma gachas de cerveza con la familia del verdugo. Es la primera vez en muchos meses que se sienta a una mesa de verdad. Se le antoja solemne y un tanto irreal, como en la iglesia.

El verdugo tiene cinco hijos, todos vestidos como él, camisa y pantalones amplios de

estameña. Todos tienen la espalda igual de erguida mientras la mujer corre entre la mesa y los fogones con el pan y las jarras y la leche. Quién sabe si es lo inusual del marco o lo más inusual aún del hecho de que, obviamente, es un huésped en ese hogar, y además un huésped penoso, sucio y de modales toscos, o el sentimiento de que debe hallar una explicación para el estado lamentable en el que se encuentra lo que lo impulsa a hablarle al verdugo acerca de su hija, la más bella creación que ha visto el mundo, tan extraordinariamente bella que solo sus pies hollaban la superficie terrestre, mientras que su ser verdadero se encontraba en el Reino de los Cielos, y de cómo la tomó por esposa un príncipe de un reino extranjero, de Persia, si no se engañaba, y cabe pensar que su padre (W. se señala a sí mismo con mano temblorosa) sea una persona insignificante, apenas digna de la mirada de una mujer de tal hermosura, mas él es y será por siempre jamás y pese a todo el padre de su hija, y esa es la razón por la que, allí donde lo llevara la guerra, anduviera siempre reuniendo presentes para ella, reuniéndolos con la sola idea de poder ponerlos un día a los pies de tan amada criatura. Y fue también la idea de la felicidad que le procuraría la entrega de tantos presentes lo que lo mantuvo con vida durante todas aquellas privaciones que ninguna persona normal debería haber sido capaz de soportar. Pero los demonios habían hecho lo posible por desfavorecerlo: una y otra vez subían al cielo y hacían que la imagen de ella palideciera. Siempre supo que ella se encontraba en las alturas y que lo veía y lo protegía, y nunca dudó, pese a que los demonios cubrían el cielo con bruma y densos vapores de humo y nubes.

Mientras hablan, el verdugo está sentado y lo mira muy fijamente. También sus cinco hijos lo observan: cinco pares de ojos que lo miran de hito en hito desde unos rostros inmóviles.

¿Qué ocurrió con todos los presentes reunidos?, quiere saber el verdugo.

Todo, dice él, todo me vi obligado a dejarlo atrás.

Se hace un instante de silencio alrededor de la mesa. Luego, la mujer empieza a hacer ruido de nuevo junto al fogón removiendo bandejas y cacerolas.

Es usted un buen hombre, Woyzeck, dice el verdugo. Pero ahora debe elegir ser dueño de su propio destino. Llegado el momento, téngalo por seguro, volverá a ver a su hija.

Es uno de esos días que pueden darse en enero, de una templanza insólita y un viento del oeste intenso y tibio. La orilla del río está cubierta de hierba que se extiende muerta y lacia después de la nieve y el frío intenso. El río va alto. Hay hielo en el agua. En la playa se encuentra el soldado de caballería que los ha guiado hasta el lugar y, un trecho más allá, el caballo que el verdugo ha desenganchado y que ahora está pastando tranquilamente. La visión del caballo pastando ante un ancho horizonte de hierba y un cielo gris invernal azotado por el viento lo empuja a preguntarse si lo que está ocurriendo en ese momento está ocurriendo de verdad y no es solo algo que haya visto anteriormente en un sueño. El caballo sufrió de hecho la herida de una bala perdida y recuerda claramente cómo él y Joost lo sacrificaron y se lo comieron. ¿Es posible entonces que el caballo haya resucitado el día postrero? ¿Y qué ha ocurrido con la que fue su compañía? ¿Habrá surgido también de la hierba como un milagro para acceder al puente que les permitió en su día cruzar esta tierra extraña? Recuerda la historia de los soldados de caballería polacos que entraron escorados en el puente y cayeron al agua, y cómo hombres y caballos se separaron y fueron flotando cada uno por su lado, pero que los oficiales de caballería polacos, a pesar de verse engullidos por los remolinos de la corriente, seguían ensalzando y alabando al emperador: ***viva el emperador, muerte y honor…*** Pero ya no queda rastro del puente. Solo permanecen los dos terraplenes de arena del río cubiertos de hierba. Y el río mismo, que corre a una velocidad ensordecedora, lleno de témpanos y de troncos y ramas quebradas. Arriba, en el borde, se encuentra el verdugo con la cabeza descubierta y lo observa. W. se vuelve y saluda con la mano. Su acompañante le devuelve el saludo. Luego se hunde en el agua helada. Pero tras un par de brazadas ya no es el agua lo que lo lleva consigo, sino que son la orilla del río y el verdugo y el caballo pastando los que desaparecen veloces de su vista. Cuando vuelve a notar tierra bajo sus pies, ya hace rato que no están.

IV.

El que hace la luz

En toda enfermedad mental existe el riesgo de que el cuerpo se vea afectado y, dependiendo del grado de afección, caiga también gravemente enfermo, habida cuenta de que el ser humano constituye a la postre una sola y única vida humana.

(Heinroth, 1818)

(Canta para mí)

1. El amor es una criatura. Va descalzo o lleva puestos calcetines blancos. No sabe nada de umbrales y muros, y nada de ventanas que no sean aquellas por las que puede entrar el ser amado.
2. El amor tiene una risa que empieza en los ojos pero termina en el estómago. No entiende nada. Nada que no sea que ya se acerca el ser amado.

    (Que el ser amado se marche luego es algo que el amor no alcanza a comprender.
    El amor no alcanza a comprender que alguien tenga que marcharse.)

3. Para el amor sucede todo, incluso todo lo que ya ha sucedido y todo lo que va a suceder, como si estuviera sucediendo ahora y por primerísima vez. De ahí que para el amor no exista nada más que alegría.

4. El amor lo sabe todo de cuanto ocurre, pero es inocente de todo.

5. El amor tiene unas manos cálidas y blandas, y unos ojos que ven las estrellas en la noche y los árboles que solo pueden crecer si tienen el sol en los ojos y por eso ignoran que están creciendo.

6. El amor se ciega y ciega, pero no es ni embaucador ni embaucado. No arroja sombra alguna. Nada lo ensombrece ni lo mantiene oculto.

7. El amor le dice a la muerte: existes, pero no puedes llevarme.

8. El amor le dice a la muerte: yo también tengo una oscuridad. Pero la oscuridad del amor es lo opuesto a la oscuridad de la tumba. En la oscuridad del amor todo vuelve a coserse de nuevo, todas las costuras que se han roto, todos los hilos que se han cortado.

    (Y así renaces tú, Niña de mis Ojos.)

9. El amor arroja su luz sobre el mundo. Ven, nos dice, ven que te explique. Pero el amor no explica nada. No muestra más que lo que ya conoces. Que los labios queman, que el corazón palpita y que el sexo está ardiente; que nada está agotado solo porque se haya hecho una o mil veces. Todo puede hacerse siempre una vez más. No es el tiempo lo que mide el peso y la fuerza y la edad del amor, sino solo el cuerpo que recuerda lo que siempre ha sabido.

10. Dios es feliz. Lleva en la cabeza un sombrero como una corona.

Fue a principio de ese año, pues, justo en la época en que la luz cambia, cuando bajó a tierra en la otra orilla del río Mémel. ¿Quién era él entonces? ¿Uno que ya no se reconoce a sí mismo? ¿Una morada donde se ha asentado otro, alguien a quien él no conoce y ante quien, en condiciones normales, no se atrevería a dejarse ver? Pero ¿cómo hacer para que no te vea alguien que llevas dentro? Lo ignora. Lo único que comprende es que tiene que mantenerse apartado de otras personas. Si se cruza con alguien por el camino, un coche de caballos o un caminante solitario como él, se adentra en el bosque o se desvía a algún campo y si no existe esa posibilidad se queda con la vista clavada en la pendiente. Cada paso lo da como si fuera el único paso, cada objeto lo mira como si solo existiera ese objeto. Ante todo, se guarda de intentar mirar al cielo. De la mañana a la noche, el sol agudo del invierno cuando da paso a la primavera le carga la nuca y los hombros, y la luz brilla con lo que queda de nieve en los campos y reluce color mercurio en las cunetas y los arroyos.

El sol: esa bola ardiente gigantesca que nace y se consume a sí misma al mismo tiempo.

A Krupp le oyó contar que los masones, los iniciados, sabían utilizar los rayos del sol como armas. Insuflan la soberbia en aquellos a los que desean destruir. Los agarran de la barbilla así. (Krupp se lo mostraba cogiéndole la barbilla con una mano y obligándolo a levantar la cara al cielo.) Y en el mismo instante, los rayos del ojo flamígero de Dios atraviesan el ojo como afiladas hojas de cuchillo hacia la costura de la parte inferior del corazón que nos mantiene sujetos a la vida. Él ha notado varias veces últimamente que le dolía y se le tensaba esa costura del corazón. También cuando va con cuidado y camina con la mirada cerca del suelo es como si el corazón se le encogiera y se le acelerara y el pulso se vuelve veloz e inquieto.

Mas arde el cielo y sigue ardiendo, quema.

Incluso de noche, cuando el sol no está en lo alto, sigue ardiendo.

Él captura la luz que necesita en otros recipientes. Va de granja en granja en busca de espejos. Puede encontrarlos en cualquier sitio: en el curso veloz de un arroyuelo sobre el que la luz se alza fina como la escama de un pez, o en la ventana de un cobertizo que se ha hundido tan profundamente en el olvido del ocaso que es como si la oscuridad saliera en oleadas desde dentro de las casas, desde dentro de la negra sombra nítida de los árboles donde el ganado de

vez en cuando se oye mugir como si unos hachazos largos hendieran sus cuerpos.

Cuando está seguro de que la gente de la granja se encuentra en los sembrados o en la oscuridad del cobertizo entre cubos de ordeñar, se adentra sigiloso en los hogares y busca objetos de valor, cualquier cosa que albergue o pueda reflejar luz, como el esmalte de una lechera, el cristal de un espejo de mano o algunas monedas que encuentra en el fondo de un baúl de ropa y que están tan relucientes que parecen brillar por sí mismas. Encuentra hasta botoncillos de nácar, cosidos a un vestido de brocado en bello rojo carmesí. Suelta el hilo de la costura de los botones con los dientes, los envuelve en un trozo de tela y se los guarda en el bolsillo. Envueltos en el brocado rojo guarda también los fragmentos de cristal y de espejo, a fin de no cortarse cuando los saque para contemplarlos.

De ese modo lleva la luz dentro de sí en lugar de por fuera. Es como cuando llevamos agua en un cubo. Nunca es el agua misma lo que llevamos, solo el cubo, temerosos de que lo que descansa invisible en su interior caiga y se desperdicie.

Y bajo esa apariencia, como un Hacedor de Luz por derecho propio, se dirige una mañana a Stralsund para volver a ver a la criatura que allí dejó un día.

Es marzo de 1813. Seis años han transcurrido desde que, en calidad de joven recluta del ejército holandés, prestó su apoyo a los franceses en su ambición de matar de hambre a los suecos de Stralsund y casi tres años desde que la Niña de sus Ojos vino al mundo.

Exactamente igual que entonces, hace un día templado. La nieve cae de los tejados y el agua derretida corre por tuberías y canalones y sacude y golpea la chapa de tejados y adoquines. A su alrededor oye un tintineo como de música por todas partes, como si no hubiera habido una guerra y todas las distancias fueran algo descubierto o inventado. Los puestos del mercado de la plaza que hay delante del ayuntamiento están muy juntos, como antes, bajo toldos coloridos cuyos flecos golpetean al viento mientras las mujeres de la plaza cantan como los gallos para hacerse oír. Entre todo aquello que avanza a trompicones o se arrastra por la mezcla fangosa se ve también a algún que otro soldado sueco al que se toma la libertad de saludar con un gesto galante, aunque, como es lógico, ninguno es capaz de reconocer en un mendigo como él a un antiguo compañero de batalla.

El único que al parecer lo reconoce es el domador de fieras Henze, que detiene un instante la mirada en la de él antes de seguir cargando sus jaulas en la carreta que aguarda. Henze, por su parte, ha encogido con la edad, y los dos hoyuelos de amargura que tenía en las mejillas se han estrechado hasta convertirse en dos hendiduras profundas. No hay ni rastro del Huno, tampoco de las fieras; en cambio, en una de las jaulas que ya han cargado en la plataforma hay un niño medio desnudo de unos diez años que sigue con mirada errática a los que pasan por delante de la carreta.

Pero el puesto en el que Marie Thiessen solía estar, así como la anciana y el hombre

mayor cuyo nombre él nunca logró aprender y que acudía a recogerlos en el carro al caer la noche, no logra encontrarlos por ninguna parte.

Más o menos en el mismo lugar hay un hombre alto y robusto que atiende un puesto de verduras. W. se acerca con esos movimientos cautelosos y angustiados, finalmente hace pese a todo una educada reverencia y le pregunta al hombretón si el nombre de Thiessen le resulta familiar y, con tanto detalle como puede, le describe a Marie y al matrimonio mayor. El hombre tiene la cara rubicunda y unos ojos grandes y como de pez que miran con fijeza al frente sin verlo a él ni las hortalizas que sus manos fuertes y callosas están ordenando, luego extiende de pronto el brazo entero y señala hacia la calle Mühlenstrasse y dice:

La señora Wienberger se ha ido a casa a descansar, pero los niños están ahí jugando.

Es imposible saber por la mirada de pez si el hombre ha entendido la pregunta o si simplemente ha dicho aquello por decir, pero él se dirige de todos modos adonde el hombre ha señalado, hacia la calle Mühlenstrasse, hacia el golpeteo del martillo, que anima persistente y pesado como el resonar de bronce de las campanas de la iglesia.

Los martillazos proceden de un cobertizo arrendado que se encuentra detrás de uno de los edificios de los mercaderes. En el interior, al otro lado de la puerta abierta, se atisban grupas de caballos en cuadras estrechas y un trecho más allá, junto a un banco de trabajo que han arrastrado hasta dejarlo a la luz primaveral, dos hombres sujetan la rueda de un carro contra un yunque mientras el herrero, un hombre corpulento con un grueso delantal de cuero negro en la cintura, endereza el eje de la rueda a base de golpear fuerte con el mazo.

Precisamente cuando el herrero se toma un descanso y baja el mazo, acierta W. a ver a los dos niños. Es obvio que viven en el cobertizo, o al menos ahí tienen su lugar de juego. Al hermano, Johann Christian, lo divisa primero.

Hay que ver lo que ha crecido el niño, y aún parece más grande, pues se le han quedado cortos los pantalones de peto, que apenas le llegan por la pantorrilla. Ha empezado a imitar esa forma de andar desastrada de los niños mayores, como para pavonearse un poco delante de la niña que corre y se esconde detrás de unas mesas y sillas que ha colocado un artesano mimbrero delante de su taller. La niña está en cuclillas encogida como suelen los niños pequeños cuando quieren hacerse invisibles, pero no atina a contenerse sino que asoma para, acto seguido, medio ahogándose con una risa descarada y al mismo tiempo extrañamente ruidosa y clara, salir corriendo de su escondite y colarse entre las piernas de su hermano. ¿Hermano? Será hermanastro, más bien. Claro que se ve que tienen la misma madre. La niña tiene la misma cara hundida que ella, como el interior de un zueco, aunque con las mejillas gordezuelas y sonrosadas de una criatura sana, una boquita con los labios perfectos y el pelo rubio de rizos rebeldes que revolotean al viento cuando salta y va dando pasitos de baile por los adoquines. Es el pelo rubio de él, su piel clara, sus labios bien formados aunque algo finos. Eso puede apreciarlo todo el que ahora la ve jugando allí. Es un milagro del Señor lo que tiene

ahí mismo, delante de sus ojos. Tembloroso de emoción, se agacha como un malhechor detrás de las jaulas del mimbrero sin atreverse más que a asomar de vez en cuando por detrás de los trabajos de mimbre para asegurarse de que los niños siguen jugando fuera. Sin embargo, no tarda en distraerlos algo y se alejan de allí corriendo. La risa alta y clara de la niña se queda pese a todo rezagada como un velo reluciente bajo el estrecho cielo del callejón. Es una risa curiosa. Empieza como un borboteo oscuro en lo más hondo del estómago y estalla por fin cuando llega a la boca, como un par de húmedas alas de mariposa que solo se despliegan cuando se liberan de la crisálida y quedan ingrávidas, suspendidas en el aire.

A la caída de la tarde va a una taberna cerca de Knipertor y aunque apenas tiene dinero suficiente para un sitio decente donde pasar la noche pide comida abundante y cerveza y media jarra de aguardiente. Hay que admirar bien el milagro que se ha obrado. Es inexplicable que se haya vuelto a cruzar con su hija, tan inexplicable como el hecho de que pudiera hallarse el paraíso en una tierra donde por lo demás solo caben muros y cercados. El aguardiente se le sube pronto a la cabeza y como no tiene costumbre de encontrarse en un cuarto con paredes normales no tarda en volverse ingobernable y cuando intentan ayudarle se pone altanero y sin ton ni son habla de su hija como un borracho, que es más bonita que la princesa de Persia y que lleva una corona con un velo de burbujeante risa. Se lo muestra a todos con los espejos y con el brocado rojo que se ha puesto en la cabeza y anda pavoneándose y haciéndose el interesante y al principio se ríen de él, luego lo abroncan y lo echan de la taberna.

En todo caso, la felicidad de haberla vuelto a ver no consiguen borrarla. Ella es una llamita que él debe resguardar ahuecando las manos para que no se apague. La mantiene así toda la noche, y a la mañana siguiente muy temprano vuelve a salir, y en esta ocasión lleva consigo todos los tesoros.

Es evidente que ahora lo reconocen. El herrero se ha puesto a observarlo desde la oscuridad del interior del cobertizo, al igual que el mimbrero, que ha estado despejando la calle de paja y de boñigas y que ahora, con la escoba bajo el brazo, lo sigue suspicaz con la mirada. Él va extendiendo uno tras otro los trozos de espejo. Es importante encontrarles el lugar adecuado. La idea es que la Niña de sus Ojos no vea los espejos, solo la luz que atrapan, con lo que tiene que contar también con los pasos y las miradas de ella. Se cubre la cabeza con el brocado carmesí para que el sol le dé una luz que lo guíe sin cegarlo y luego echa a andar agitando los brazos de un extremo a otro de la calle. A ojos de un extraño, de un herrero o de un mimbrero, por ejemplo, debía de parecer como si tuviera una cinta métrica invisible entre las rodillas y tratara de estirarla al máximo. Después de dar uno o dos de esos pasos largos, se acuclilla para juntar dos trozos de espejo o para separar otros que han quedado demasiado juntos. Y tan inmerso está en esa tarea que no se percata de que la gente se está agolpando a su alrededor. La mayor parte de los que acuden son personas elegantes vestidas de domingo que van camino de la iglesia, varias se detienen también para ayudarle a encontrar lo que creen que ha perdido. Pero no solo hay personas en movimiento. También se acercan cascos de caballerías, el tableteo acompasado de un coche de caballos. De pronto alguien lo agarra por detrás y una voz tosca le grita *¡cuidado, so necio!,* y cuando le quitan el velo ve que el herrero está sujetando con las dos manos el ronzal de un caballo que resopla. El cochero protesta maldiciendo y le escupe un gargajo negro de tabaco antes de continuar con el carruaje en dirección al cobertizo. Desde dentro del coche asoma un viajero aterrorizado, pero para entonces él ya ha visto el espejo bajo la rueda del carro y, en el mismo momento, atisba también a la niña.

Ahí están ahora los dos hermanos en plena calle, el niño con unos pantalones bien cosidos, la niña con un precioso vestido estampado de flores con el cuello de encaje y un delantal blanco y calzas blancas hasta la rodilla. Él se alegra cuando ve a la Niña de sus Ojos. Al mismo tiempo, se viene abajo de decepción y de disgusto. Así vestida a buen seguro que no se atreverá a buscar espejos, si es que se atreve a moverse siquiera con el nudo tan apretado con el que lleva sujeto el sombrero. Él quiere decirle hola con la mano o conseguir que repare en su presencia de alguna forma, pero la niña ya ha bajado a la calzada, se vuelve y da dos saltos hacia delante con los pies juntos y los brazos en cruz al tiempo que le grita a su hermano, que

está como si hubiera echado raíces en los zapatos y pone cara de rabia y de impaciencia para que la niña deje de jugar.

Niña de mis Ojos, solloza W. animándola, pero su niña ya tiene la mirada fija en el suelo. Se conoce que ha visto uno de los espejos. Él se apresura a sacar uno de los suyos, atrapa el sol con él y lo dirige hacia el fragmento que está en la calle de tal modo que el reflejo va directo a la cara de la niña. Y la risa que le estalla desde dentro (al tiempo que se lleva las manos a los ojos como si fueran cuencos): esa risa que le nace desde lo más hondo del estómago y sube por su cuerpecillo como un grito hace que el tiempo deje de existir. Y, por un instante, todo queda en suspenso, la luz y la niña ahí en la calle y la ceguera de los ojos que ella vuelve a levantar ahora despacio entre las manos, como si se tratara de un objeto precioso y delicado.

Luego todo estalla en pedazos a causa de una voz aguda que resuena desde el otro lado de la calle…

¡Sophie!

A no más de cinco brazos de distancia está Marie Thiessen con un niño de pecho en brazos y en la cara una expresión de haberlo llamado a él en lugar de a su hija, que enseguida ha echado a correr para esconderse tras las faldas de su madre. Detrás de ella hay un hombre mayor que le saca media cabeza, tiene la espalda ancha y él lo reconoce enseguida como uno de los que estaban ayudando a sujetar la rueda contra el yunque mientras el herrero enderezaba el eje torcido, y está claro que no se encuentra cómodo con una ropa tan elegante, pues cualquiera diría que se la hubieran echado encima.

W. aparta la mirada y hace un intento de seguir adelante, lo que mueve a Marie a dar otro paso resuelto. Está de pie, descansando el peso del cuerpo en una pierna, que ahora ha adelantado para poder sostener el peso del niño que más parece llevar colgado del brazo que apoyado en el pecho.

Aquí no puedes estar, Wutzig, anda, mira a ver si te vas.

Él rebusca por los adoquines los espejos que ha ido poniendo, pero lo único que encuentra son más pies y más piernas si cabe.

No es hija tuya, Wutzig. Aquí no se te ha perdido nada.

Dice esas palabras con el mismo tono duro y acusador con el que antes le decía es hija tuya, Wutzig, tienes que ver de mantenerla.

Pero si me dijiste que era mía, le dice entonces.

Pero sus palabras son solo un pálido reflejo en uno de los cristales de espejo. Lo único que le proporcionan es una imagen de su propia impotencia. Marie Thiessen se reafirma con desparpajo en lo dicho y lo hace de un modo que ni por asomo se asemeja al de la joven que él conoció en su día.

Lo que dijera entonces lo diría porque necesitaba a alguien que me protegiera, pero tú eras un blandengue con el que no se podía contar, te dedicabas a robar y a beber y acabaste en prisión.

Yo quería que fueras mi legítima esposa, dice.

¿Quién es tan necia como para casarse con un soldado?, dice ella. La boca huesuda se convierte en un cucurucho de desprecio. La cabeza se aparta del cuerpo como si quisiera acortar al máximo la distancia entre él y las burlas que va soltando.

Pero es que yo creía que querías ser mi esposa, dice él.

Lo dije solo para que comprendieras que soy una mujer decente. Ya he conocido a un hombre como debe ser, se llama Wienberger, aquí está. El niño que llevo en brazos es suyo y ha sido tan bueno que ha aceptado a los otros dos también, y no tengo más que decir una palabra para que te mate…

Hace una seña con la mano hacia el callejón donde se encuentra Wienberger. Tarda unos instantes en ver la luz: conque el hombre vestido de domingo que estaba ayudando en el cobertizo es el padre de su hijo...

Pero ¿no puedo verla otra vez?, dice.

¡No, lárgate ya!

Y entonces, de pronto, todos van contra él: como si las casas, los callejones y los portales que antes los tenían prisioneros hubieran decidido soltarlos inesperadamente. También aparece el herrero, con el pecho cubierto por un chaleco forrado de seda y con un buen reloj que saca del bolsillo y mira rápido antes de declarar: ¡un minuto tienes para largarte de aquí, alimaña miserable!

Entonces llega volando la primera piedra, aunque de dónde, no lo sabe; solo sabe que alguien grita: *A por él.*

A la primera siguen muchas más: una lluvia de piedras. Se cubre la cabeza con el brazo para protegerse y se aleja de allí corriendo encogido.

Ya camino de salir de la ciudad vuelve a oír a su espalda cascos de caballos, como si la pesadilla no tuviera fin. Vuelve a quedarse debajo del velo carmesí mientras el carruaje desconocido se acerca, y trata a la desesperada de retirarse el velo de la cabeza, pero no hay ningún velo. Se encuentra en este mundo y tiene la cabeza y los ojos al descubierto y desprotegidos frente a todo.

Resulta que es Henze quien pasa con el carro a toda velocidad.

En la jaula del fondo, con la espalda apoyada en el decorado del teatro de fieras, está sentado el niño escuálido y semidesnudo que vio antes, con las manos aferradas a las rejas y la mirada fija en el polvo del camino que levantan las ruedas del coche.

Saliendo de la ciudad en el ocaso pasa junto a un extenso campo abierto. Sobre la línea de las plantaciones el sol se está poniendo y la luz es tan intensa que la sombra de su cuerpo no se prolonga y oscurece como debiera a esta hora del día, sino que se encoge y palidece debajo de él. Continúa por la carretera junto a su sombra, que va encogiéndose rápidamente hasta que a la postre comprende que no es que el tiempo haya dejado de transcurrir, sino que el sol se ha quedado clavado en lo alto. En lugar de seguir descendiendo, se ha quedado ahí hinchándose en el cielo como una manzana atascada en la garganta. Y a medida que el sol se va agrandando, la luz que lo rodea se vuelve más intensa. Es como si se estuviera asfixiando en toda esa luz y no es posible despertarse de esa asfixia puesto que la lleva dentro, no puede salir de ella.

Y dado que la luz ha apartado todo lo demás que hay en el mundo, no queda ya ningún tiempo.

Y dado que no queda ya ningún tiempo, tampoco hay día ni noche.

Ni tampoco sueño ni vigilia.

No hay nada.

Se tiende entero en la orilla del camino y grita al aire, pero su grito es como la luz. Está por todas partes, de ahí que no se oiga.

V.

«Bestia»

Lo único que puede amar a un alma es otra alma. Y si es verdad que un alma impura puede destruir a un alma pura, también es verdad que un alma sana y fortalecida por el espíritu de Dios es capaz de sanar a una enferma.

(Heinroth, 1823)

¡Deja ya de gritar, Woyzeck, o te amordazo…!

La estaca que el señor Conrad tiene por cara se perfila en la puerta de la celda, iluminada por la luz vacilante del farol que sostiene a la altura del hombro. El médico de la prisión acaba de estar aquí, le dice a la persona que lo acompaña al interior de la celda. Nada le ocurre al delincuente, sépalo, señor pastor. No es sino el miedo a lo que ha de venir.

W. está sentado en el borde del catre con los brazos cruzados sobre el pecho. A pesar del crudo frío de la celda, tiene la piel de las manos y la cara reluciente de sudor, y le tiembla todo el cuerpo y sigue temblando a pesar de que el pastor de la prisión le rodea los hombros y se sienta a su lado.

No han transcurrido más que escasos meses desde la última vez que se vieron, pero cuando el pastor Oldrich se quita el sombrero y se arrodilla junto al catre se le ve una clara línea blanca que atraviesa la cabellera antes negra. El pastor Oldrich saca el rublo de plata del bolsillo del chaleco y lo pone en el borde de la mesa, donde ya hay dispuesta media docena de cuartillas de papel. Al resplandor de la luz que Conrad ha colocado en la mesa tiemblan las paredes de la celda y diríase que se encogen.

Woyzeck. Mi padre confesor, el pastor Hänsel, ha tenido la amabilidad de procurar que disponga en la celda de papel y pluma y me exhorta ahora a que escriba y me despida y pida perdón por el dolor que he causado, para que el día que suba por fin al patíbulo mis pasos sean más ligeros.

Pero yo no sé qué escribir, pastor.

Lo único que se me ocurre es escribirle a aquella por cuya causa estoy aquí, pero me consumen tan malos pensamientos que pierdo el hilo.

El pastor Oldrich. ¿Qué pensamientos son los que te acosan, Woyzeck?

Woyzeck. Soñé que el marido de aquella a la que maté me esperaba al otro lado.

El pastor Oldrich. ¿Quién?

Woyzeck. En el sueño era casi como en la vida real. El maestro Knobloch, mi tutor y padre adoptivo, me encomendó la tarea de poner pelucas a los muertos. Pero en el sueño no esperaban de mí que entrara en un depósito de cadáveres propiamente dicho, sino en un

inmenso campo de batalla donde se veían miembros heridos y destrozados por doquier. Del cirujano Woost solo encontré una mano. Sabía que la mano llevaba allí todo el tiempo esperando a que yo llegara y la viera en sueños. Y efectivamente: mientras yo estaba allí, la mano se puso rígida y negra y se endureció, no como si se estuviera pudriendo, sino como si la estuviera consumiendo el fuego, y mientras yo miraba, se convirtió en un crucifijo, un crucifijo negro, negro como si estuviera carbonizado por completo.

El pastor Oldrich. Pero hijo mío…

Woyzeck. Ya no me atrevo a confiar en nada ni en nadie. Por dondequiera que voy es como si las cosas se transformaran. Es la guerra. Le enturbia la cabeza al más lúcido.

El pastor Oldrich. No hay nada que temer. De ningún vivo ni tampoco de ningún muerto, dicho sea de paso. Dios nos protege en todo momento.

Woyzeck. Sabe, una vez participé en la muerte de alguien como usted. De un pastor.

El pastor Oldrich. ¿Mataste a un pastor?

Woyzeck. El capitán le sacó los ojos. Y le cortó la lengua. Para que no pudiera ni ver ni hablar ya más. Y fue en su propia iglesia. Dígame, pastor, ¿dónde estaba entonces la mano protectora de Dios?

El pastor Oldrich. Dudar es humano, Woyzeck. En particular cuando, como tú, uno siente que la muerte se acerca.

Woyzeck. No es la muerte lo que temo. Es el hecho de no poder distinguir ya entre un rostro vivo y uno muerto.

El pastor Oldrich. ¿Qué es lo que ves, Woyzeck?

Woyzeck. Pero respóndame, pastor. ¿Es un milagro del Señor o una ilusión y un engaño del Diablo la causa de que yo vea un crucifijo ennegrecido en la mano del cirujano Woost? Y cuando estoy volviendo de la guerra y me lo han arrebatado todo, ¿quién se me sienta en el hombro sin que yo lo pueda ver, aunque me respira en la nuca y en la mejilla? Deje que le diga, pastor, que las únicas veces que Dios se me ha manifestado de verdad y con plena fuerza ha sido como una ilusión y un espejismo.

El pastor Oldrich. Dios no se disfraza. La divinidad auténtica se manifiesta siempre con la forma de la verdad. El mundo está lleno de señales. Nuestro cometido solo consiste en interpretarlas correctamente.

Woyzeck. Pero los signos que a mí me llegan no los envía Dios. Son obra de demonios. Son esos demonios los que consiguen que distinga lo que es santo de lo que solo es un ídolo.

El pastor Oldrich mira fijo al frente.

Woyzeck tiene la mano abierta sobre la rodilla.

La celda late.

El pastor Oldrich. Solo la fe puede ver una clara diferencia entre lo que es sagrado y lo que es mero ídolo. Además, Woyzeck, deberías saber que con las palabras hay que tener cuidado. Una vez pronunciada la palabra demonio, has abierto la ventana por la que entrará

la Bestia. De eso no cabe duda.

Woyzeck. Le aseguro que sentí que alguien me respiraba en el cuello y en el hombro.

El pastor Oldrich. Era el espíritu protector de Dios que te soplaba en la mejilla igual que sopla cada noche sobre el círculo celeste.

Woyzeck. ¿Qué sabe usted de demonios?

El pastor Oldrich. He conocido a muchos malhechores en mi vida y muchos de ellos pensaron que yo también estaba en manos de las fuerzas del mal. Uno al que conocí creía que yo era la Muerte misma y me escupió directamente a los ojos.

Woyzeck. ¿Y cómo castigó a ese hombre?

El pastor Oldrich. Voy a confesarte una cosa, Woyzeck. Yo no creo en el castigo de Dios. Solo creo en la salvación del hombre.

Woyzeck. ¿Y qué hace Dios?

El pastor Oldrich. Dios también nos ha dado el poder de romper las cadenas.

Woyzeck. Yo soy un asesino. He cometido el peor de los crímenes imaginables.

El pastor Oldrich. Puede que sí, pero ante Dios es indiferente.

Woyzeck. No lo entiendo.

El pastor Oldrich. Porque todos, incluso el peor criminal, saben que no existe ningún derecho superior para castigar. Lo único que existe es el poder de hacerlo.

Woyzeck. Entonces, ¿no compete a Dios infligir el castigo?

El pastor Oldrich. No te voy a ocultar la verdad, Woyzeck. Lo único que puedes esperar es un aplazamiento. En todo caso, tarde o temprano el proceso tendrá que seguir su curso, no te librarás. Y si quieres saber por qué, por qué vas a recibir un castigo, puedo responderte de inmediato. Se castiga al hombre porque el rey siempre tiene que mostrarse más fuerte que el delito cometido. Esa es la única condición y el único privilegio del poder mundano: que en todo momento debe mostrarse más fuerte que cualquier otra cosa, incluido Dios.

Woyzeck. Pero Dios también sabe que yo merezco el castigo de verdad.

El pastor Oldrich. Dios no necesita castigar, Woyzeck. Él ya tiene todo el poder.

Woyzeck. Me está pareciendo que quiere engañarme, pastor.

El pastor Oldrich. No te engaño. Yo también he estado encerrado en una celda como tú.

Woyzeck. ¿Por qué delito, si me permite la pregunta?

El pastor Oldrich. Porque en mi juventud creía que si al hombre, a semejanza de Dios, se le concedía el poder sobre su vida, en lugar arrebatárselo continuamente, las malas acciones como la que tú cometiste no tendrían por qué producirse jamás. Tampoco habría sido necesaria otra justicia que la administrada por Dios.

Woyzeck. Pero ¿cómo vamos a saber qué es lo justo según la ley y qué es lo justo según Dios?

El pastor Oldrich. Recibimos señales, Woyzeck, sin cesar recibimos señales de que la salvación está cerca. Puede que el espíritu que te rozó la mejilla y la nuca fuera una de esas

señales. Ese es el modo en que Dios elige manifestarse entre nosotros.

Woyzeck. Una vez vi todo el mapa del mundo dibujado en el brazo de un ciego. Era aterrador.

El pastor Oldrich. No es el propósito de Dios que adquiramos un conocimiento de esa naturaleza. ¿Saben las letras algo del libro en el que figuran escritas? ¿Sabemos nosotros, pobres humanos, algo del mundo al que nos vemos arrojados, salvo que existe una forma y una voluntad que nos vincula a todos?

Woyzeck. ¿Y cuál sería esa voluntad?

El pastor Oldrich. El amor de Dios.

Woyzeck. ¿Y qué es el amor de Dios?

El pastor Oldrich. El amor de Dios, Woyzeck, es el sueño que nos mantiene siempre despiertos. Lo único que hace falta es que abramos los ojos. Entonces lo sabremos.

El pastor Oldrich se inclina y coge la Biblia de la mesa de la celda.

El pastor Oldrich. Existe el sentido común. Y existe la ley. Pero también el amor. En el Gran Libro no solo está escrito cómo se hace justicia, sino también cómo se manifiesta Dios entre los hombres y cómo se conforma el mundo a través de todo lo revelado. Puede que, en lugar de escribir y pedir la sanación y el perdón, debieras leer el Libro, Woyzeck.

Woyzeck se lleva otra vez las dos manos a la cara.

La oscuridad de la celda.

Dentro de la oscuridad: la celda como un corazón enorme que late.

Ahora abren el ventanuco de la puerta de la celda a todas las horas del día y Conrad se asoma a mirar. Es como si la cara se le calentara desde abajo con la luz del farol que sostiene delante del ventanuco, pero detrás de la luz sus ojos están fríos y relucientes de odio.

Es como si no pudiera soportar que W. ya no se angustie por su causa, que ya no retroceda ante la tosquedad de sus burlas sobre el inminente final, que ya no suplique su benevolencia. Se limita a quedarse abúlico e inerte en el catre o sentado a la mesa en la misma posición hora tras hora sin tocar siquiera la Biblia y el libro de oraciones que el bueno del pastor Hänsel le ha llevado, ni la pluma ni las cuartillas tampoco, salvo para hacer con ellas figuras de papel.

Así que es cierto lo que dicen, que eres un necio, un analfabeto.

Conrad ya no puede contenerse más. Ha pasado dos años vigilando fielmente a ese asesino. A su entender, tiene derecho a conseguir algo a cambio.

> *Pronto estarás ante tu creador, Woyzeck.*
> *Nuestro Señor pasó sus últimas horas rezando, ¿y qué haces tú, si no es quedarte ahí sentado dormitando como un animal?*

W. oye que Conrad da patadas al cubo de la letrina, hace ruido con las llaves y golpea los cerrojos de la puerta con la mano entera. Pero percibe la rabia de Conrad igual que percibe todo lo demás que ocurre a su alrededor. De nuevo es como si hubiera caído en el abrazo de un sueño inmenso. O quizá sea ese estado de mayor alerta del que le habló el pastor Oldrich, ese estado que solo puede darse en el más profundo de los sueños.

Aquí en estos momentos es como si la celda misma se transformara:

Se forman grietas en las paredes, largos surcos dentro de los cuales brilla una humedad gélida. A lo largo de las franjas de esos cauces crece el musgo: primero solo como una línea delicada en el cauce mismo del agua, luego cada vez más amplia y más copiosa. Pega los dedos a la pared, siente cómo la humedad se adentra por la media luna entre las uñas y los dedos hacia los nudillos y se extiende empapada alrededor de la muñeca. Cuando se lleva los dedos a los labios, el agua sabe fresca y limpia, como nada que haya probado antes. Pero al mismo tiempo hay algo debajo de lo salado, un sabor agrio del que no se cansa. Se lame y se chupa los

dedos, los brazos, pega la cara a la pared, ya totalmente cubierta de fronda. Por todas partes nacen nuevos brotes del tejido musgoso: como callosidades menudas. Y todo eso calma y suaviza, pero también ahoga y asfixia, y en lo más hondo de la asfixia se oye la voz severa del doctor Stöhrer mientras le habla.

No puedes desaparecer ahora, Woyzeck; justo ahora que estás tan cerca

—y alguien le zarandea el hombro con fuerza—

Despiértate, Woyzeck: despierta

Y, cuando abre los ojos, no se encuentra en un sueño. Al contrario, es como si toda la realidad se hubiera desplazado hasta él: al interior de la celda. Se encuentran en grupo alrededor del catre en el que él sigue acostado, como si hubieran estado a su lado todo el tiempo. Son Hänsel —el abogado— y Hänsel, su confesor, y Richter, el alcaide de la prisión; también al pastor Oldrich lo entrevé pálido junto a la puerta.

Entonces el doctor Stöhrer se yergue después de haber estado enjugándole de la cara el sudor de la fiebre.

¿Tendría la bondad de ponerse de pie, Woyzeck?

Al ver que lo intenta sin lograrlo, el doctor lo agarra bien por debajo de los hombros y lo levanta de la cama por sí mismo. El abogado Hänsel se encuentra el primero de todos con una cuartilla en la mano y una sonrisa ambigua.

Se diría que lo han premiado por su arrepentimiento, Woyzeck, le dice. En su infinita magnanimidad, el rey le comunica que se ha aprobado un aplazamiento de la ejecución de la sentencia de muerte a la espera de que se lleve a cabo un nuevo examen de su estado mental. Para suma alegría nuestra, además, el consejero y profesor Clarus ha aceptado tomarle declaración por segunda vez.

Dicho esto, lee en alto lo que parece una carta regia de dispensa que tiene en la mano. Y todos inclinan la cabeza y escuchan, ya que esa es la razón por la que se han reunido en la frondosa y floreciente celda. El único que no escucha es W. En el núcleo del círculo de personas que tiene alrededor, solo, con la cabeza erguida, se encuentra Conrad el vigilante, y lo observa.

WOYZECK.

Doctor, todo se me vuelve negro *(se sienta)*.

DOCTOR.

Ánimo, Woyzeck, unos días más y habremos concluido; palpen ustedes, señores, palpen. *(Le tocan las sienes, el pulso y el pecho.)* A propósito, Woyzeck, mueve las orejas para estos señores, yo ya quería enseñárselo a ustedes. Actúan en él dos músculos. ¡Venga! ¡Deprisa!

WOYZECK.

¡Oh, doctor!

DOCTOR.

¡Animal! ¿Habré de menearte yo las orejas?

Georg Büchner, ***Woyzeck***

Y así, es preciso empezar de nuevo. De nuevo debe examinarlo un médico. Deben comprobar la vista y el oído. Y auscultarlo también, como si le hubiera crecido por dentro algo que no se encontrara allí antes, cuando en realidad lo que ocurre es justo lo contrario. Se ha quedado escuálido, flaco de brazos y piernas y con bolsas en las mejillas, y también ha perdido dientes. Pero lo conducen a la misma sala de interrogatorios que la vez anterior, con el mismo archivo en la pared, la misma mesa elevada de escritorio con una silla que se asemeja al asiento de un juez, con brazos finos y respaldo alto; el mismo atril y el mismo tintero, la misma campanilla de la que sale un hilo de hierro que discurre por el listón del techo y sale por un agujero en la pared hasta otra campanilla idéntica que hay al otro lado, donde el guardia policial está sentado en su garita esperando a que suene o deje de sonar.

Y el mismo Clarus:

Está sentado en su sillón alto y estrecho como si no se hubiera movido un ápice desde la última vez que estuvieron allí. Achaparrado, con la barbilla en la corbata y los ojos aún más acuosos si cabe. También la sonrisa de tortuga, los dientecillos menudos y grises dentro de una boca apretada y llena de arrugas, todo es lo mismo.

Clarus. Woyzeck. Mentiría si dijera que es un placer para mí. Ni por un instante creo que este nuevo examen vaya a arrojar sobre el encausado un resultado distinto del ya establecido. En lo referido a las visiones que ***ex post facto*** se infirieron de los interrogatorios, no se les ha de atribuir demasiada importancia. Tal como ha demostrado varias veces de un modo ejemplar mi honorable colega el profesor Heinroth, no es insólito que un delincuente escenifique las enfermedades y afecciones que dice padecer para con ello eludir la sentencia y el justo castigo.

¿Es esa también la intención del delincuente?

Woyzeck. ¿Perdón, señor consejero…?

Clarus. He formulado la pregunta de forma directa y clara. ¿Es un simulador, Woyzeck?

Woyzeck. Lo lamento, no comprendo qué quiere decir el señor consejero.

Clarus. Se resiste a un juicio probatorio de su caso porque cree que si le atribuyen una enfermedad eludirá el castigo.

Woyzeck. Puedo asegurarle, señor consejero, que solo he dicho la verdad tal como es y que de ninguna manera he intentado ocultar nada.

Clarus. Bien. Porque aquello que se oculta sale a la luz de todos modos tarde o temprano. Y es que la inteligencia iluminada por el espíritu posee tal naturaleza que se libera de la materia inánime como la luz de la penumbra que la envuelve. A estas alturas hemos comprendido que el encausado es un ser humano sin alma, pues solo un ser humano sin alma puede comportarse con tal grado de bestialidad. Asimismo, es de suma trascendencia aclarar si ha actuado en estado de ofuscamiento transitorio de los sentidos o si ha cometido el crimen con la sangre fría que solo caracteriza a toda criatura privada de moral cristiana.

Woyzeck. Quisiera hacer ver al señor consejero que yo siempre he cumplido mi deber.

Clarus. ¿Y cuál es ese deber?

Woyzeck. Siempre he hecho aquello que me han ordenado mis superiores, y soy un hombre honrado y leal.

Clarus. Pero el deber no es cuestión de qué clase de persona es uno, sino de cuál es su lugar.

Woyzeck. Una vez más le ruego que me perdone, señor consejero, pero no lo entiendo.

Clarus. El reino animal, Woyzeck. Es usted un animal. Una bestia inánime. El animal puede ser terco momentáneamente, una mula que se niega a transportar la carga. Pero al final, ejecuta las tareas para cuya ejecución lo han entrenado. Las historias del animal de tiro que lleva su carga hasta que sucumbe son incontables. ¡Pero el animal también se destroza por dentro! Tira de las riendas y las desgarra sin comprender que la función de los jaeces es dominarlo, y en alguna ocasión puede suceder que un ápice de la luz del día penetre en esa oscuridad sin alma y el animal comprenda que, oponiendo resistencia, puede conseguir que el dueño se ablande. Pero dado que no existe una moral que pueda disciplinar tal conducta, cuanto hace el animal está abocado a la perdición. Quiere que su amo se rinda, para que él, en lugar de arrastrar su yugo, pueda seguir el camino de la pereza y vicio generalizado.

¿Es usted un fingidor, Woyzeck? ¿No será que, a causa de la compasión que otros le tienen, se ha creído que las leyes por las que hemos de regirnos todos no se aplican a una naturaleza tan burda como la suya?

W. no alcanza a comprender por qué Clarus, de suyo tan perfeccionista, se altera de ese modo. ¿Será acaso, como dijo el abogado Hänsel, por tener que tomarse la molestia de interrogarlo de nuevo, o quizá porque otro profesor hubiera intentado disputarle el rango? En todo caso, piensa que lo mejor es no decir nada. Clarus se lo queda mirando un buen rato, luego hace sonar la campana. El guardia asoma por la puerta, pálido como la cera.

Clarus. Guardia, ¿sería tan amable de pedirle al archivero que traiga el acta del delincuente?

W. aún sigue de pie cuando el guardia vuelve. También Clarus se incorpora. Los altos brazos de la silla apenas le llegan por los hombros. Algo, ya sea la indiferencia palmaria de W. o incluso la escasa estatura del consejero, hace dudar también al guardia. Y ahí se quedan los tres, el guardia con el archivador del acta en la mano, Clarus con la vista fija en W.

Clarus. Nos disponemos, pues, a retomar el interrogatorio allí donde lo dejamos. Me gustaría pedirle al sujeto que nos cuente de nuevo lo que ocurrió la noche en que vio por última vez a la señora Johanna Woost y la mató.

Mas ¿cómo podría explicar algo que él mismo no comprende? ¿Para qué quería aquella hoja de sable partida, por qué mendigó hasta reunir los ocho *gróschen* para poder ir al tornero y conseguirle a la hoja una empuñadura? ¿Qué clase de delito pensaba reparar o cometer de nuevo de ese modo? Algo tuvo que ser, pues ¿por qué si no se tomó tanta molestia en ocultar la hoja ya transformada en puñal? Incluso a sus propios ojos. Hasta el punto de que ni siquiera reparó en que lo llevaba encima hasta que no advirtió la figura de ella balanceándose mientras cruzaba Rossplatz y se vio allí delante, desnudo y con las manos vacías, como siempre, mientras ella tenía otra cosa entre manos, otra cosa en la boca y en los labios y en las manos, el cuerpo de otros hombres que ella ha montado y con los que se ha restregado, sentada a horcajadas sobre ellos resoplando y con los pechos colgándole pesados, mientras que él solo ha recibido un gélido destello de esos ojos bizcos de loba *claro, Woyzeck, tú quédate ahí mirando, no vales para otra cosa* y cómo podría él explicar la mezcla de excitación y repugnancia que siente cuando ella le habla así, que cuanta más bilis mezclada con alcohol echa sobre él, cuanto más le grita que *se largue de allí y ya está*, tanto más ansioso se muestra, le late por dentro una certeza cada vez más clara, será que ya hay alguien en su cuarto, allá arriba, que la espera, si no es el de la guardia urbana con el que ella anda por ahí será otro soldado, será que por eso tiene tanto empeño en librarse de él. Y cómo podría explicarle que es precisamente la vergüenza y la desesperación, pero también la excitación que le provoca la idea de ese *otro* lo que ahora lo empuja a querer echar mano del puño de la hoja de sable, aunque lógicamente él sabe que en estos momentos no puede haber nadie arriba, que allí no hay nadie más que ella y él, y que nunca habrá nadie más que ella y él, y a clavarle la hoja en el vientre. Siente cómo la hoja entra hasta la empuñadura y cómo brota la sangre caliente que le corre por el dorso de la mano y por el antebrazo, y saca la hoja y vuelve a clavarla otra vez, no sabe cuántas veces la clava hasta que ella deja de resistirse por fin y se vuelve hacia él, apoya en su pecho primero las dos manos, luego la cabeza entera, como si quisiera acurrucársele en el regazo, para después, cuando la sangre, con un potente borbotón, le brota de la boca abierta de par en par, venirse abajo y quedar tendida en el suelo de piedra desgastado y sucio de barro y porquería mientras él, con el puñal ensangrentado a la vista de todos, no solo de los que se han detenido fuera, en la calle, aterrados por el grito mortal de la mujer, sino también de los que vienen corriendo de los edificios aledaños, se adentra dando

unos pasos vacilantes en el débil dorado que aún queda de la luz vespertina para, acto seguido, doblado hacia delante y con paso largo y como estirado, poner rumbo a Rossplatz, no con rapidez, no con lentitud, sino con ese tipo de zancada eficaz que se practica en el ejército, para, pasado el estanque del centro de la plaza, arrojar la hoja ensangrentada y frenarse luego, detenerse en pleno movimiento y dejarse atrapar por los gendarmes que lo han ido persiguiendo todo el camino y que ahora le sujetan los brazos a la espalda mientras, según algunos de los numerosos testigos, lo oyen decir una y otra vez *quiera dios que esté muerta, quiera dios, quiera dios*

Woyzeck. No era yo.

Clarus. ¿Qué dice el encausado?

Woyzeck. Puedo asegurarle al señor consejero que soy inocente.

Clarus. ¿Inocente, dice?

Woyzeck. Nunca fue mi intención asesinarla. Fue un accidente, nada más. Una fatal coincidencia.

Clarus. El encausado acaba de decir hace unos instantes que quería que constara en acta que inmediatamente antes del crimen oyó una voz que le decía «mátala, mata a la Woostska, mátala de una puñalada». ¿Quiere decir ahora el encausado que se ha andado con mentiras sobre ese punto?

Woyzeck. En absoluto.

Clarus. ¿Significa eso entonces que el encausado actuó por encargo de un tercero?

Woyzeck. [con la cara entre las manos] ¿Cómo pude matar a aquella a la que quiero?

Clarus. [toca la campanilla para llamar al vigilante, que aparece en la puerta] ¿Será tan amable de conducir al sujeto a su celda? *[al escribano]* Los interrogatorios se reanudarán mañana, cuando el encausado esté más sereno.

Querido Johann:

No sé dónde te encuentras ni si recibirás estas líneas, pero me crucé hace poco con un conocido de tu hermano Heinrich, que te vio en Hamburgo y que le contó que seguías con vida y con buena salud, que Dios te bendiga. Yo también quisiera tener buenas noticias que darte, pero por la fiesta de los arcángeles del año pasado se llevó Dios consigo a mi querido esposo, después de unas fiebres que contrajo en el hospital. Le dieron sepultura con un entierro católico, tal como deseaba. Yo tenía quince años cuando nos casamos y, como solo dejó deudas, no espero gran cosa de mi condición de viuda. Por lo demás, no sé qué otra noticia contarte. Mi señor está muerto, pero mi madre sigue viviendo con Warneck, maestro herrero que regenta una fundición de cobre en Brühl. Warneck es de humor enojadizo, pero temeroso de Dios. El día que decidas volver, sabe que en la que esto firma tienes a una amiga de verdad. La señora Steinbrück se dice dispuesta a poner a tu disposición un techo si te fuera preciso.

Señora J. Woost (antes, Otto)
Sandgasse, 915
(en casa de la señora Wognitz)

Leipzig: media tarde de diciembre con un denso olor mezcla de madera quemada y excrementos de caballo en el aire. Sobre el ancho muro de la fortaleza y de las dos torres de las iglesias de San Nicolás y Santo Tomás, el cielo se alza de un amarillo azufrado, con negras nubes cargadas de nieve por caer. Sandgasse, donde Johanna Woost se ha procurado alojamiento, es un callejón estrecho e insignificante, ribeteado en ambas orillas de viejas casas de madera y talleres modestos que parecen haber llegado al callejón trastabillando y haberse detenido allí luego de puro asombro al comprobar que seguían sin derrumbarse. Fiel a su costumbre, ha dado unas cuantas vueltas por la zona, tratando de hacerse una idea, de ver qué clase de gente va y viene por allí. Al cabo de un rato, le da el alto a un niño que acaba de salir del portal de la casa de al lado y le pregunta si ahí se aloja una tal señora Woost. El niño asiente muy serio, como si fuera el pastor quien indagara. Y, en ese caso, si el niño no puede entrar corriendo y preguntar si la señora no puede bajar un momento. El niño asiente, más por miedo, diríase, que por verdadera voluntad de hacerle el gusto. Así que él se anima a cruzar el portón cuando el niño entra. La arrendadora, la señora Wognitz, aguarda en la penumbra de la escalera, debe de haberlo visto ya parlotear con el niño: una mujer menuda sin apenas pelo en la cocorota, tan alterada que tiene que sujetarse a la barandilla con las dos manos para no caerse. *¿No he dicho ya que no quiero gente entrando y saliendo de la casa?,* chilla en cuanto ve a W. *¿Qué ha venido a hacer aquí? ¡Hale, fuera ahora mismo!* El niño le coge indeciso la mano, como para distraer su atención del vocerío hiriente de la mujer. Sé bien dónde está la señora Woost, dice.

Caminan juntos por delante de la vieja muralla, luego por Brühl, y reina ese silencio que siempre hay cuando va a caer la nieve pero aún no ha caído, como si la ciudad y el cielo estuvieran encerrados en una burbuja de claro cristal, donde los objetos se presentan aumentados y los sonidos tienen eco. A lo lejos se oye un pertinaz martilleo, el ruido de una silla de postas que pasa volando, los cascos y el crujir de las riendas. Ve al niño que corre un par de pasos por delante de él con el gorro encajado en la cabeza, y piensa en cuando él y su hermana Lotte iban recorriendo el mismo camino: debía de ser una tarde de invierno como esta, cuando su madre aún trabajaba en la lavandería, y piensa en que el cielo estaba alto y

claro y como recién fregado, igual que ahora, y en cómo la nieve empezó a caer de pronto y ellos dos levantaron la cabeza para atrapar los copos con la cara, y en cómo los edificios de alrededor parecían muy altos e imponentes cuando los veían desde ese ángulo: como si las casas fueran árboles que crecieran hacia abajo con el sótano arriba, en el cielo cuajado de nieve, y con los tejados más cerca de la calle, todo boca abajo, de modo que cuando volvieron a enderezar la cabeza les pareció que la nieve caía hacia arriba en remolinos.

Querida hermana, piensa, ¿dónde te encuentras ahora?

Johanna está sentada en un taburete al lado del mostrador, con los muslos totalmente separados y las manos en las rodillas con las palmas hacia arriba, como si estuviera sosteniendo dos cuencos invisibles. Seguramente se había dormido al calor del fogón, porque casi se diría que el corpachón se le ha hundido desde los hombros hacia abajo, mientras la cabeza ha caído hacia atrás, contra la pared, y mientras da la cabezadita el resplandor del fuego le aletea sobre la cara descubierta de tal modo que parece como si no tuviera ojos, o como si los ojos solo fueran dos cascarones de huevo vacíos vueltos hacia el techo inundado de humo.

Pero si ella no lo ve, otros sí. (Él todavía no los conoce, pero pronto los conocerá.)

En un rincón del fondo del local, alrededor de una gran mesa circular que siempre está reservada para ellos, están sentados Kloos y Binder, los dos ayudantes del maestro calderero Warneck, el uno corpulento, el otro menudo y flaco como un cordel; así como el cochero Potsch, que trabaja para el mayorista lanero Campe, y el hijo del carnicero Bon, siempre con un puñado de monedas que se va pasando de una mano a otra. A la mesa también se encuentra el boticario Johann Thellmann, una *rara avis* en el grupo, con ese perfil aristocrático y esas lentes redondas, siempre con una sonrisa apagada, como si estuviera en posesión de un saber amargo y secreto que nadie más pudiera reclamar como suyo. Ese mismo Thellmann será más adelante uno de los testigos principales de la policía, pues se encontraba en Rossplatz la noche en la que el grito terrorífico de una mujer rompió la somnolienta paz vespertina, y acto seguido vio cómo, de la masa de gente que crecía casi por sí sola, salía un hombre con un puñal ensangrentado en la mano.

Claro que lo único que tiene ahora en la mano es la carta que ella le envió en su día, doblada y manoseada tantas veces que ya no es posible leer ni el remite ni la dirección. (Pero claro, lleva meses y años con ella, llevándola allí donde destinaban a su compañía, sacándola a veces por las noches para leerla, o pidiéndole a otro que se la leyera en alto, tal como se figura que ella le habrá pedido a otra persona que se la escriba —le cuesta imaginar muchas de aquellas palabras en su boca, y la letra exageradamente picuda tampoco puede ser suya—, y se pregunta a quién se estaría imaginando cuando pensaba en el destinatario de aquellas líneas. ¿A un joven aprendiz, siempre temeroso de los golpes, que la espiaba desde el rellano de la escalera, por encima de la barbería del señor Knobloch mientras ella se mojaba el pelo en el barreño? En todo caso, no al hombre de treinta y ocho años encogido y sumiso que ahora

tiene delante, con tales temblores en las manos que a veces apenas puede llevarse a la boca la taza y los cubiertos, mucho menos podría deslizar una pluma sobre una hoja de papel.)

Balbucea un poco, da un paso hacia el interior de la sala, y entonces Johanna abre los ojos y los clava en él con una mirada de incomprensión, aunque sorprendentemente despierta. Luego se levanta con tal brusquedad que el taburete en el que estaba da contra el suelo, y se queda un rato de espaldas al tiempo que hace un movimiento con la mano desde abajo para alisarse el largo cabello gris enmarañado que lleva recogido en la nuca de cualquier manera. Cuando al final se da la vuelta, su cara se ha transformado en una pura sonrisa. *¿Johann?,* dice con una voz demasiado sonora, como si aún tuviera que convencerse a sí misma. Él también quiere convencer, y por eso le alarga con torpeza la carta que tiene en la mano. Pero ella ya sostiene las dos manos entre las suyas. *¡Johann! ¿Eres tú?,* dice, y lanza una mirada angustiosa a la sala, donde los demás huéspedes fingen de pronto que están conversando.

Le agarra con firmeza la mano en la que sostiene la carta y lo lleva aparte. Recorren un estrecho pasillo que hay detrás de la cocina del mesón, por unas escaleras de madera que rechina suben hasta un cuarto situado justo debajo del caballete del tejado. En un rincón hay una cama con una pila de prendas de ropa revueltas y un orinal y dos platos de madera vacíos.

Él aún tiene la carta extendida en la mano, como si fuera lo único que de verdad puede certificar que es quien ella cree que es.

Pero *Johann, ¿de verdad que eres tú…?* repite una vez más, y lo que al principio era una sonrisa se vuelve algo demasiado grande, una mueca de dolor, y de repente se le desprende del pecho un lamento y la cara se le deshace en llanto.

Da en pensar que ella ha recordado la otra carta, la que con juvenil soberbia le escribió en su día a su difunto marido, y de nuevo manosea avergonzado la que ella le ha escrito, trata de dársela otra vez, pero se arrepiente y quiere quitarla de en medio, aunque no encuentra dónde meterla y al final se queda allí de pie con gesto torpe y dice en un susurro:

Lamento la muerte de tu marido, el señor Woost, lo siento de verdad.

Oh, Johann, no es eso, dice ella rodeándolo con sus brazos. ¡Es que estoy tan feliz de volverte a ver…!

Es ella; aun así, no es ella. Los pensamientos se le han vuelto más torpes y el cuerpo más pesado, tanto que cuando sube las escaleras para ir al cuarto que alquila la señora Steinbrück puede dar la impresión de que su cuerpo no es suyo en realidad, sino que no es más que una carga innecesaria que se ve obligada a acarrear día tras día. Sin embargo, a veces consigue dejarlo a un lado y olvidarlo, como cuando estaba sentada en el taburete detrás del mostrador del puesto de Jordan y su cuerpo simplemente se encontraba allí, con las piernas abiertas de par en par, como si viviera una vida propia más allá de toda intención o pensamiento. O como cuando se ríe y toda la cara se transforma en una enorme boca abierta con la lengua arrugada en el centro.

Y no sabe explicarlo, pero en cierto modo ella le da miedo.

Es como si Johanna, al tiempo que se olvida de sí misma, se transformara en algo mucho más grande, como si pudiera engullirlo o aplastarlo por puro descuido.

Pero algo tiene también su forma de mirarlo cuando por fin ***está*** despierta. Los recuerda de antes: esos ojos oblicuos de loba, y la mirada angustiada y vacilante. Tiene algo de calculador y, al mismo tiempo, huidizo. Como si no quisiera o no osara mirarlo de verdad. En cuanto sus ojos lo avistan se le abre esa boca enorme en una amplia sonrisa o en una risa. No porque parezca muy animoso, sino más bien como si tratara de protegerse. Como si llevara dentro algo que no quiere que se note, y planta por delante una sonrisa para que nadie lo detecte ni lo sospeche siquiera.

Y lo mismo ocurre con lo que tiene que decirle. Las palabras diríase que formaran una pared alrededor de ella. Quiere que él se lo cuente todo. Sus aventuras, le dice, cuando era soldado en la guerra. Tienes que contármelo todo, le dice, pero en el fondo no quiere saber nada. En condiciones normales, él tampoco puede decir nada, porque le faltan las palabras, pero ahora es porque nada traspasa esa pared de risa y de palabras que ella levanta entre los dos.

Así que resulta que es ***ella*** la que habla. Le habla de Woost. Nunca lo quise, dice casi con tono animado. Cuando me casé con él yo solo tenía quince años. Lo único que él quería era tener algo bonito que mostrar. Cuando estábamos en compañía de otros hombres, hablaba de lo vistosa y lo bonita que era, pero cuando estábamos solos se le ponía la entrepierna tan lacia y miserable que era irrisorio.

(—Pero… eso no es verdad, quiere objetar él.

Él recuerda la ira de Woost cuando el maestro Knobloch enviaba a la hijastra a la barbería, donde estaban los hombres sentados en hilera sonriendo con la cara llena de espuma, y cómo el dichoso Woost le gritaba y la maldecía y la golpeaba después. Era bajo de estatura, el dichoso Woost, pero en cuanto entraba en una sala todos se encogían. Recuerda los sonidos que le llegaban de la alcoba las noches que se quedaban a dormir: los placenteros gemidos de amor, todo aquello que se tensaba, que se abría y que rebosaba incluso en él, que escuchaba acostado en el piso de abajo pero que no podía imaginarse ni la mitad siquiera.)

Y ahora dice que, después de la muerte de Woost, nadie la ha considerado lo bastante buena para casarse con ella. Alguien con quien pasar el rato, para eso sí valía según casi todos, pero ni mucho menos era un buen partido. Si solo dejó deudas tras de sí, el dichoso Woost…

Claro que no debe creer que le hayan faltado pretendientes, le dice con la misma soltura, en un tono bien distinto, casi amenazador. Y empieza a enumerarlos uno tras otro: nombres de comerciantes y mercachifles de la ciudad que sabe que él no podrá emparejar con ninguna cara y que por eso puede ir soltando sin reparo. Y mintiendo así le crea un palacio lleno de mentiras en el que cada frase que pronuncia viene contradicha por la siguiente, donde dentro se vuelve fuera; el revés, derecho. Y todo es, a decir verdad, extraordinariamente extraño. De no ser porque él, un día en su mocedad, cayó rodando por una escalera de tan prendado como quedó al verla, según el rumor, ella jamás se habría fijado en él.

(Tal vez, pensará él más adelante, sean todas esas distancias aterradoras las que crean cierta afinidad aparente entre los dos. Todas esas extensiones de bosque y de tierra sola y yerta que se ha echado a la espalda en marchas de días y semanas y en las cuales terminaba perdiendo la noción de tiempo y pensamiento.

Y quizá a ella le ocurra lo mismo. Han pasado años, pero albergan muy poco contenido.

Quizá por eso tenga tantas palabras y tan poco que decir. Quizá por eso ese palacio de mentiras que están construyendo entre sí se asemeje más bien a una tortura. ¿Qué te voy a decir si no hay nada que decir? ¿Con qué te puedo sujetar si no tengo ningún punto de sujeción ni en mí mismo siquiera?)

A pesar de todo, se diría que entre las paredes de ese palacio crece con el tiempo algo parecido a cierta intimidad. Con todos esos nombres de viudos ricos y prósperos que según ella le han pedido la mano, con todas las peripecias que según él hubo de afrontar y todas las distinciones que asegura haber recibido, es como si se procurasen espacios diminutos dentro del palacio: no magníficos salones de vanagloria, sino cámaras de mentiras menores iluminadas no por un resplandor externo y fijo, que no habrían podido resistir de todos modos, sino solo por el brillo que ellos mismos están dispuestos a otorgar a las modestas historias que se construyen mutuamente a base de mentiras, y ella le dice que vaya, eres un auténtico aventurero, Woyzeck, y ¿qué no se nos ocurriría a ti y a mí juntos?

Y entonces ocurre —es inevitable— que sale a relucir la cuestión del dinero.

La cosa empieza cuando ella, desde el interior de su espléndida sonrisa, dice que no sabe cuánto va a cobrar la señora Steinbrück por alojarlo, pero ni que decir tiene que al principio pagará ella por la habitación, porque tiene un poco ahorrado, pero a la larga tiene que ocurrírseles algo y ¿no tendrá él idea de qué puede ser? Y él se sienta retrepado con gesto indolente en su cámara de las mentiras, en el interior del palacio que se han construido los dos, y le habla del rico prestamista judío de Dessau al que sirvió en su día, le habla también de que se comunicó con él por carta cuando se disolvió su regimiento y no sabía dónde podría encontrar trabajo y que el señor Schwalbe le respondió que ya no necesitaba sus servicios, puesto que había enfermado. Y entonces Johanna se acerca un poco más en la cámara de las mentiras. Quiere saber a qué clase de enfermedad se habría referido el judío y le dice que escríbele otra vez, Johann, dile que vuelves con él, dile que lo haces por compasión, así no podrá decirte que no, y quédate cuanto sea preciso, de ese modo podrás reclamar después para ti una parte de la herencia.

Y ahora hay un destello en esos ojos oblicuos y ansiosos, y la lengua se le ve gruesa y pesada en la boca que se le abre en plena carcajada. También se ríe el cuerpo: por primera vez, como si de verdad fuera una parte viva de su persona. Y le dice que tiene que prometerle que le escribirá al judío enseguida, que no perderá un tiempo precioso, para que no desperdiciemos la oportunidad.

Sí, eso dice, ***desperdiciemos.*** Nosotros. Los dos. Ella y él.

Y así quizá podamos permitirnos ingeniar algo juntos.

Luego le dice que ahora ya puede tocarla. Bien sabe ella que es lo que siempre ha querido. Después de todo eres un hombre, Woyzeck. ¿O no?

Así que pone rumbo a la casa del judío de Dessau. Para desentrañar la oscuridad, como él mismo diría después. Acaba de instalarse en casa de la señora Steinbrück, y muy cómodamente, además, en un cuarto con cama propia y con colchón relleno de paja. Pese a todo, emprende el viaje. Ya que así lo quiere Johanna. Incluso hace la prueba de decir que *su* Johanna así lo quiere, y resulta curioso lo pequeño que resulta él cuando figuran los dos nombrados en la misma frase, pequeño e insignificante, una varilla diminuta con la que ella puede señalar adonde quiera.

El judío Schwalbe no parece nada sorprendido al verlo, a pesar de que ha pasado media vida desde la última vez que lo tuvo a su servicio, y que le había dicho con toda claridad que ya no lo necesitaba.

He venido por caridad, dice W. entonces, y Schwalbe responde que ya que ha hecho un viaje tan largo, bien puede quedarse, como si fuera él y no W. quien estuviera haciendo un acto de caridad.

Resulta difícil decir cuál es la enfermedad que sufre Schwalbe. Ya era flaco cuando W. entró a su servicio por primera vez, ahora está más flaco todavía, y si antaño solo viajaba muy a su pesar, ahora se pasa la vida sentado sin moverse de un par de cojines que mandó llevar a la alcoba que le han acondicionado en una de las salas con vistas a la calle. Con una voz tan delicada como una tela de araña dice que la espalda se le ha vuelto una columna de dolor, y si cambia de postura un poco siquiera, le dolerá tanto que acabará doblado en el suelo.

W. acude con agua caliente y un paño, pero Schwalbe se ajusta más aún la manta con esas patas de pájaro que tiene por manos. Bajo los pliegues y los moretones de la piel se perfila la yugular como una costura finamente hilvanada. A veces se reanima un poco, como indicando que, si bien es cierto que tiene los latidos contados, el cuerpo aún sigue vivo. W. le lava despacio con el paño la frente, que tiene muy curvada sobre el borde en forma de yugo del hueso, hasta que el judío le pide que le ajuste las filacterias y luego empieza a hacer los movimientos del rezo con inclinaciones apenas visibles de la cabeza y la mirada puesta en el

rincón más hondo del dormitorio.

La ceremonia del rezo se repite por lo menos cinco veces al día. Así es como se miden las horas. Pero Schwalbe pasa el rato mirando fijamente el rincón más apartado y oscuro del cuarto incluso entre rezo y rezo. Cuando W. le pregunta hacia dónde mira, Schwalbe le responde que está esperando volver a ver al Señor. Pero si ahí no hay nada, dice W. Schwalbe responde entonces con esa vocecilla suya que, en la lengua hebrea, que hablan todos los hijos de Israel, hay dos palabras que significan oscuridad. Una es ***choshech,*** que significa esa oscuridad de cuando es de noche y nada vemos, y la otra, ***arafel,*** que es esa oscuridad más densa dentro de la cual se manifiesta Dios. De una oscuridad así surgió Dios ante su pueblo y Moisés le dijo luego al pueblo: ***No temáis, pues Dios ha venido a poneros a prueba, para que tengáis presente el temor de Él, y no pequéis.***

¿Cómo ha pecado usted, maestro Schwalbe?, pregunta W.

Pero el judío no le responde, sino que sigue mirando al rincón vacío, donde existe esa otra oscuridad.

Mientras aún estaba sano, Schwalbe se sentaba así. Derecho como una vela, con las piernas cruzadas como un escriba, se sentaba detrás de la cortina que separaba la antesala del resto de su negocio de prestamista, con la mirada fija en el espejo a la espera del próximo cliente, y del siguiente y del siguiente. La espera no se acababa nunca. Schwalbe no se movía, y la cortina tampoco, y nadie sabía de la existencia de los salones que había detrás. W. desearía a veces tener una paciencia así, ser capaz al mismo tiempo de estar atento al mundo y mantenerse apartado de él; de ese modo, seguramente, no habría llegado a hacer más de una cosa, pero es de temperamento demasiado inquieto e impaciente.

Mientras Schwalbe espera a que el Señor se le manifieste por fin, W. se pone a dar vueltas por la parte de atrás. La casa del judío prestamista acaso parezca encogida y como temerosa vista desde la calle, con la sencilla fachada de piedra que mira a la accidentada calle de adoquines, pero los cuartos que dan al patio parecen incontables. Todos están conectados por pasillos o tramos de escaleras que surgen unas de otras como cajitas y no a todas se accede por una puerta de verdad con picaporte y bisagras, sino que la mayoría están separadas por cortinajes polvorientos. Aunque, eso sí, siempre hay alguno de los empleados de Schwalbe sentado fuera vigilando, en su mayoría hombres de cierta edad que se asemejan de un modo aterrador al propio Schwalbe, con los miembros huesudos y las gafas empañadas. Ninguno de ellos lo saluda con demasiado entusiasmo, pero tampoco le impiden que retire las pesadas cortinas y entre donde quiera.

Las salas están llenas de bártulos reunidos a lo largo de toda una vida, todo aquello que la gente ha ido entregando para mantener a raya a los acreedores, pero que nadie ha vuelto a recuperar después: cartas de crédito, vajillas, espejos que el plomo ha ennegrecido y con el pan

de oro desconchado, querubines, cabeceros de cama con ornamentos de escayola resquebrajados, libros colocados sin orden aparente en estanterías torcidas, relojes de pie y de pared, algunos de los cuales aún funcionan, como si midieran un tiempo totalmente distinto del que impera en las salas que dan a la calle o en el mundo mensurable, un fragmento de tiempo detenido, no el tiempo que transcurre y desaparece, sino ese tiempo que se ha olvidado, *remanentes* de tiempo. En realidad, nada le sorprende descubrir en una de las salas el escritorio del joven doctor, aún con la grieta, tan visible como cuando se le abrió el día en que dejaron Waldemburgo y el escritorio cayó al suelo de tan descuidadamente como lo habían atado. La grieta sigue dejando al descubierto esa parte del interior del mueble que no debía quedar visible: los cajoncillos numerados con los tiradores de esmalte y la cara interior de las puertas con el paisaje grabado en tinta china de color negro y rojo con los hombres de ojos oblicuos con sus trenzas y las mujeres envueltas en gruesos paños de tela. Y al fondo, junto al compartimento donde guardaba el retrato de su madre y de sí mismo de niño, cuelga el joven doctor, como el péndulo de un reloj que se hubiera detenido en pleno movimiento, con las piernas arriba y la cabeza abajo, y los ojos han adoptado la misma forma que los huevos de codorniz y tienen el mismo color parduzco que la cáscara.

Al cabo de diez días, la yugular de Schwalbe deja de latir, y el judío se queda sentado totalmente inmóvil, con la mirada aún fija en el rincón vacío de siempre, en el que todavía no se ha manifestado ningún objeto, al menos, no que W. haya podido distinguir. Si antes estaban solos, la sala que da a la calle es ahora un hervidero de gente reunida alrededor del viejo prestamista. Acuden en masa de todas partes, del interior de la casa y también de la calle. Se han rasgado las vestiduras, lo que demuestra que todos ellos son hijos suyos. Una imposibilidad, naturalmente: un solo hombre, que se ha caracterizado por no alejarse ni un metro de un lugar donde una cortina separa el mundo visible del invisible, no puede haber engendrado tantos hijos varones. ¿Dónde están, en tal caso, las madres?

Nadie responde a esa pregunta de W. Cuelgan paños de tela delante de las ventanas y cubren todos los espejos, y a él no le queda sino conformarse con que lo despachen a la cocina mientras lavan el cadáver y lo ponen cara a la pared y los hijos se sientan a entonar el *kadish* por su padre.

Después de muchas y muy largas horas, uno de ellos entra en la cocina y anuncia que a partir de ese momento no precisan los servicios de W. Cuando él pregunta por el pago, el hombrecillo, que en ese momento es clavadito a su padre (sí, incluso la voz es la misma), le dice que se lleve aquello que ha ido a llevarse, que nadie se lo va a impedir. Pero W. no sabe qué se supone que debería coger, o quizá es que duda demasiado tiempo: el hijo lo ha dejado solo y se ha vuelto con los demás dolientes a la sala que ya no se compone más que de oscuridad.

Si Johanna se siente descontenta con el hecho de que regrese de Dessau sin un *kreuzer* en el bolsillo, no lo deja ver o al menos lo oculta bien. Puede que haya algo rígido en la sonrisa que le dirige y puede que se demore un poco de más con el corpachón en los peldaños y en el umbral, como para respirar y tomar aliento antes de ponerse manos a la obra con lo que se ha propuesto hacer, con la mirada siempre a un lado, vigilante, suspicaz.

En todo caso, sigue cuidándolo y ocupándose de él con maternal solicitud.

Cuando la señora Steinbrück quiere subirle la renta del cuarto sin ventilación ni estufa que le ha cedido, Johanna convence a la viuda Knobloch de que le permita vivir en una de las habitaciones que su madre arrienda en casa del maestro calderero Warneck: la misma habitación diminuta con hornilla y catre a la que ella lo llevó cuando él fue a buscarla al mesón y adonde ella misma suele retirarse cuando el descanso en el taburete no basta.

Es lo menos que podemos hacer, le dice cuando la madre le viene con objeciones, Johann era como un niño más de la casa cuando servía de aprendiz con padre.

Así que la señora Knobloch saca del cuarto los baúles de ropa y él entra con el morral y las botas militares destrozadas, que a esas alturas son lo único que posee. La habitación es como un desván polvoriento, aunque hay un fogón con estufa en uno de los rincones. Hace esquina con la escalera y es tan ruidoso que todo se oye a través de la endeble puerta, las carreras de las criadas en la escalera, el entrechocar de cacerolas en la cocina del mesón que queda debajo y las voces roncas del bar, que van subiendo a medida que avanza la noche hasta convertirse en un coro de gritos y aullidos como de animales en celo.

Tiene una ventana, una sola, que da a la fundición del patio. Allí crece un olmo de tal envergadura que parece estirarse desde los minúsculos cobertizos de herramientas que rodean la parte del grueso tronco más próxima al suelo y estirarse con las ramas más altas muy por encima de los caballetes de las casas que hay alrededor. Cuando, hacia la primavera, el sol se eleva por encima de los tejados, las ramas del árbol arrojan imponentes sombras sobre las fachadas del patio.

A pesar del calor de la estufa, sigue haciendo tanto frío que se ve obligado a aislar los marcos de las ventanas con arpillera. Aun así, todas las mañanas se encuentra los cristales

empañados de vaho por la humedad que cubre las paredes, y todas las mañanas tiene que ponerse a secar hasta que el árbol quede visible en medio del vaho. Se pone a secar con placer, rama a rama, hasta que el árbol entero se ve a la luz que entra oblicua, como renacido de la neblina gris del amanecer.

Para conseguir trabajo en la fundición de Warneck hace, por recomendación de Johanna, unos bocetos de herrajes para armarios y puertas, pues ella se ha enterado de que es un trabajo que está muy solicitado. Aunque Warneck no tiene paciencia para ***filigranas,*** como él lo llama cuando W. se presenta en la fundición para mostrar sus bocetos. Rudolph Warneck es como el árbol del patio. Todo en él es fuerte y bien formado, desde la tosca frente y la mandíbula que le cuelga en el pecho como la de un perro y las gruesas piernas, que lleva enfundadas en un par de botas altas. En estos momentos está inspeccionando al recién llegado de arriba abajo, igual que si inspeccionara a un animal: ¿valdrá para trabajar o solo para sacrificarlo? Los bocetos ni los mira. ***¡Y dice que es soldado!,*** exclama luego con un fuerte carraspeo, y escupe en la grava.

Junto a él se encuentran sus dos lacayos, Kloos y Binder, y hacen lo propio, se aclaran la garganta y escupen en la grava. Kloos, el más alto de los dos, apenas le llega a Warneck al hombro, y Binder no es mucho más fuerte que el propio W. Pero Binder es el que siempre tiene que destacar por lo que se refiere al carraspeo y a los improperios que le escupe. ***Ese no llegaría a las ubres ni aunque lo cogieras en brazos para levantarlo,*** dice con una risita negra de picadura de tabaco, y Warneck lo premia dándole en la nuca una palmada de beneplácito, hecho lo cual, los tres amigos vuelven a la fundición.

Pero Johanna no es de perder el tiempo. Ese mismo día habla con uno de los capataces del almacén de lanas del mayorista Heinrich Wilhelm Campe, en Hallisches Tor, que le promete que le encomendará a W. alguna cosa cuando surja. De una ocupación propiamente dicha no puede hablar, naturalmente, no para ese tipo de trabajo. Deberá inscribirse todas las mañanas en la lista del capataz, y luego esperar a que anuncien su nombre si queda alguna vacante.

El almacén de lana es un edificio gigantesco de tres plantas. Desde muy temprano por la mañana hasta bien cumplida la hora del ángelus vespertino, hombres jóvenes y viejos (sin distinción) se dedican a clasificar la montaña en apariencia infinita de lana que descargan en el patio todas las mañanas. Luego llevan la lana con roldanas y grúas a los distintos pisos donde la limpian y clasifican según el tipo y la calidad, lo que los capataces van anunciando sin cesar —***¡prima, secunda, tertia, quarta!***—; el zapateo y las voces son constantes mientras van embalando la lana y empaquetándola y metiéndola en sacos que llevan al muelle de carga

situado en la parte trasera del edificio, donde vuelven a clasificar los sacos antes de pesarlos en una balanza enorme. Un contable que está sentado en la calle, detrás de una mesa enorme, va anotando el peso; luego cargan los sacos en grandes coches para llevarlos a algún lugar lejano del mundo, a Egipto o a China.

Los días en que anuncian su nombre le toca trabajar como a los demás peones, o bien clasificando, o bien embalando allí donde meten en sacos la lana ya seleccionada. Con independencia de qué le asignen, es un trabajo pesado y duro. Pronto se le llenan los dedos de pelillos de la lana y la pelusilla que flota en el aire le inflama la garganta y le provoca escozor en los ojos, que se le llenan de lágrimas hasta que apenas puede respirar y el mundo entero se deshace como en una bruma enorme, interrumpida tan solo por las sombras picudas y palpitantes de los demás trabajadores, que van encogidos con su carga, y de los capataces que vigilan y apremian con unas voces que ya no tienen cuerpo, sino que surcan el aire como largos latigazos.

Hay agua en cubos a la entrada de cada sala, y de vez en cuando pasan una cantimplora caliente. Él la acepta siempre y se espabila con un par de buenos tragos, y hacia la tarde tiene la cabeza como llena de plomo. Toda la fuerza se le ha ido de brazos y piernas, y se sienta en el suelo inclinado contra la pared a la luz estriada que se filtra por las altas ventanas llenas de suciedad, hasta que la sombra alargada del capataz se dobla delante de él como una vara y lo golpea una y otra vez hasta que se levanta como puede, se echa un cuenco de agua en la cabeza y vuelve al embalado, donde la montaña de lana clasificada va creciendo a medida que transcurren las horas.

Por fin toca el silbato el capataz, él se pone en cola para recibir el jornal y se dirige tambaleándose por la calle Nikolaigasse hasta que llega a El Ganso Dorado. En el patio está Warneck con el delantal de cuero bien ajustado a la cintura como una piel de anguila.

¡Menudo cerdo!, se limita a decir, sin ningún peso en la voz y sin mover ni un dedo siquiera, solo los ojos, que centellean severos y grises bajo las pobladas cejas: los globos oculares de un gigante, en cuya superficie se ve arrastrarse su miserable figura como un insecto a la luz demasiado intensa, de una claridad casi hiriente. Va arrastrándose desde un lado al otro de la cerca de madera del patio, hasta que al final alcanza la entrada de la cocina del mesón y puede librarse de la mirada del señor Warneck y subir a rastras los dos tramos de estrechos peldaños que crujen bajo sus pies y que conducen al cuartucho de debajo del caballete del tejado, donde vomita en el orinal antes de desplomarse en la cama.

Johanna va a verlo. A través de la ranura de la puerta oye crujir la escalera, la respiración pesada, áspera; y el olor de ella, que sería capaz de reconocer a varias manzanas de distancia: un tanto agrio en las distancias cortas, pero también con una acritud más redonda, como de algodón o de hilo de lino húmedo. Ahora, además, entra por la rendija el delicioso aroma a fritura. Le lleva comida, a pesar de que sabe que en realidad Jordan, el mesonero, que tan estricto es con las raciones, lo tiene prohibido.

Es que yo sé bien lo difícil que es tu situación, Johann.

La contundente cara triangular de Johanna en el umbral, con esa mirada torcida que siempre lanza a su alrededor, como si temiera que el señor Warneck apareciera en cualquier momento o que a alguien se le ocurriera llamarla a voces desde la barra.

Sin embargo, a esas alturas no llama nadie, ya ha pasado la hora del almuerzo; los pocos huéspedes que han llegado a la taberna están sentados a solas con muchas mesas entre sí.

Engulles como si nunca hubieras visto un plato de comida, le dice ella después de sentarse a su lado en la cama. ¿Es que a los soldados no les dan de comer?

Pues hay que aprender a estar mucho tiempo sin nada que llevarse a la boca, dice él, y sigue devorando lo que tiene en el plato.

¿Y cómo se acostumbra uno a algo así, a no tener qué comer?

Él no lo sabe.

¿Y pasa lo mismo con las mujeres?, dice Johanna. ¿También tienen que aprender a privarse de ellas? ¿O hay bastantes entre las que ir escogiendo por el camino?

Siempre que va a verlo la domina el desasosiego, como si llevara dentro una angustia reprimida, pero, en todo caso, ahora quiere que le hable. No de Rusia ni de la guerra, sino de qué fue lo que pasó de verdad cuando él era aprendiz del maestro peluquero y se enamoró de la mujer de un desconocido. Desde el día en que fue lo bastante incauto como para contárselo, es la única historia que quiere oír. Porque, ¿qué fue en realidad lo que vio un joven timorato pero urgido por el apetito sexual a través del claro de la escalera una mañana en que

llevaban espumosa agua caliente a la cocina del maestro Knobloch? ¿Y sigue teniendo el pelo tan bonito como entonces?, le pregunta al tiempo que se suelta los pasadores que le sujetan en alto la melena, y deja que le caiga por la espalda y el cuello. ¿Cree que habrá hoy alguien que la vea como él la vio cuando todavía era joven? Porque, ¿no es cierto que él le escribió también a su marido? (Por desgracia, le ha revelado a Johanna esa información también.) En cambio a mí no me escribiste nunca, le dice ella de pronto, y… ¿Ha oído un auténtico reproche en su tono de voz o será solo que está jugando con él? Seguro que fuiste a muchos lugares extraños. ¿En ninguno echaste de menos tu hogar?

¿Y qué puede responder él? Lo que hace la guerra es que lo vuelve a uno mudo e indiferente. Todo nos pasa de largo. Nada puede despertar emoción o apego. Porque aquello por lo que sentimos apego nos trae la desgracia tarde o temprano. Mira Lunzer. A todo quería echarle el guante. Mujeres y pieles y rublos de plata… Y llegó a pesarle tanto que al final no fue capaz de volver a levantarse, sino que se quedó tendido con una pierna amputada, desnudo como un lechón en la nieve. Levanta la vista y la ve allí sentada dentro de la melena suelta y puede que se lo haya visto a W. en la cara o quizá sea solo que ha perdido la paciencia. De pronto se retuerce incómoda, sacude los hombros y los brazos como si le corrieran piojos por dentro de la ropa y dice que ya lleva con él demasiado tiempo y que la esperan abajo, en el mesón.

No puede atenderlo solo a él, dice.

Él le dice que tiene que quedarse con él. Por lo menos un ratito más, dice, y lo suaviza sonriendo. O tal vez él pueda ir luego a verla a Sandgasse, en casa de la señora Wognitz, ¿no?

Pero entonces la boca, por lo general tan húmeda, se le vuelve rígida y seca. No, allí no puede ir jamás. La señora Wognitz no permite que anden hombres entrando y saliendo por su casa, le dice, se recoge el pelo y se vuelve a hacer el moño con movimientos rabiosos y duros.

Luego sonríe y añade que, si él quiere, puede subir a verlo de nuevo más tarde, por la noche, cuando el señor Jordan haya cerrado.

Y dicho esto retira el plato, la jarra de cerveza y los cubiertos, y se marcha.

Y como le ha dicho que va a volver, la espera. Espera hasta que se apaciguan las voces en la taberna, el ruido de platos y el chapotear de agua cesan en la cocina, espera hasta que el mozo ha salido con las sobras para los cerdos, Warneck ha cerrado el portón del patio y Jordan y su mujer se han ido a la cama por fin (oye sus pasos provenientes de las habitaciones que quedan al otro lado de la pared donde está la estufa). Durante un rato se pregunta si vendrá siquiera, o si debería atreverse y encender una luz para indicar que sigue despierto. Entonces oye que abajo abren y cierran una puerta; luego, pasos en la escalera. Aunque son de otro tipo: no tan

ruidosos al impulsarse con el pie, la respiración enronquecida, puesto que trata de contenerla. La puerta de su cuarto, que se abre y se cierra despacio, ese peso súbito cuando ella se pone de pie muy cerca y empieza a desnudarse, luego el olor del pelo y de la piel de la nuca y de los hombros cuando se inclina sobre él. La cama cruje bajo el peso doble de sus cuerpos y ella le susurra resoplándole a un lado de la cara que tienen que ser silenciosos ahora, para no despertar a su madre, que está durmiendo en el cuarto contiguo, ten cuidado, Johann, le dice, y alarga un brazo hacia atrás para agarrarle el miembro.

Y al principio sí, al principio sí son cuidadosos.

Ella se inclina hacia delante con la cabeza encogida como un animal bajo los hombros salientes, pero pronto empieza a empujar con más ímpetu hacia atrás y de los labios, que cierra con fuerza, surgen ruiditos breves, como si se estuviera riendo.

Es como si sobre ella en alguna parte hubiera suspendida una gran risa, y ella trata de alcanzarla con todo el cuerpo, pero la risa se escabulle, sube más alto, y entonces ella también tiene que estirarse más alto para alcanzarla, y al final todo el cuerpo se balancea con las sacudidas y la base de madera de la cama que tienen debajo y, en fin, el desván entero se estremece y se arquea con esa risa, y cuando él trata de ponerle la mano en la boca, ella se mete dentro la mano entera, como si quisiera tragársela. Y entonces lo atraviesa un ardor imposible de contener. Ni la risa ni nada en el mundo puede contenerlo. Ella rodea con los suyos los muslos de él y le mete la mano entre las nalgas para presionar el duro miembro más adentro aún y la risa es ya un grito y la cama se bambolea y tiembla entera y se desplaza por el suelo, y entonces se oye gente en la escalera que grita algo así como pero por Dios bendito, ¿no podéis callar?, vais a despertar a todo el mundo; pero ella no los oye, está en plena risa, todo el cuerpo le tiembla de risa; y entonces cae sobre él hacia delante con todo su peso, lo envuelve con brazos y pechos y piernas y vientre, y hasta que él no le dice que no puede respirar, no aparta pesadamente el cuerpo a un lado y se queda resoplando junto a él en medio del denso olor a sexo abierto y al sudor picajoso de los sobacos.

Al cabo de un rato alarga el brazo y le coge el miembro enflaquecido, ya casi infantil, y lo sostiene entre el pulgar y el índice:

Anda, Woyzeck, mira, dice, un soldadito.

Para la primavera encuentra colocación con el librero Wehner, en Volkmarsdorf, un trabajo para el que resulta más apto, dada su constitución un tanto débil. Pero son jornadas muy largas. Tiene que levantarse al alba, tan temprano que, cuando limpia el vaho de los cristales, aún no se ve la copa del árbol del patio.

Por la carretera se cruza con campesinos que se dirigen a los mercados de la ciudad. Van sentados en los carros dormitando mientras los caballos avanzan en la oscuridad movidos por la costumbre, a veces con el resplandor débil de un farol colgado de la silla o del eje frontal del coche, de manera que la luz que va bamboleándose durante el viaje entre los radios de las ruedas forma un dibujo extraño y ondulante en la grava del camino sobre la que él se encuentra.

Pese a haber servido toda su vida militar como soldado de infantería, nota que se le cierra el pecho y le ocurre lo mismo que en el campo de prácticas a las afueras de Stralsund, que siente en el corazón como una serie de finos agujazos, y exactamente igual que aquella vez, tiene la impresión de que una Voluntad, un Poder superior de alguna clase, se opone a que él transite esa carretera y que la función del vaivén de luces y de los agujazos en el corazón es obligarlo a apartarse de allí.

Le lleva varias horas y una angustia enorme llegar a Volkmarsdorf cada mañana, y en general tarda lo mismo por la tarde, si bien el camino resulta más fácil de transitar, puesto que entonces hay luz, y cuando por fin regresa a la modesta habitación del tejado es como si no le quedara ya sensibilidad en los brazos y siente cómo le sube la fiebre dentro del cuerpo igual que el agua gélida se elevaba debajo de ellos en la ciénaga al este de Vilna.

Su único consuelo en esos ratos son los libros que se lleva del taller de Wehner, libros que hay que encuadernar de nuevo enteros o solo encolarles el lomo.

Hasta donde le alcanza la memoria ha tenido con los libros la misma relación extraña, casi de veneración. La veneración se debe, naturalmente, a todo el saber que atesoran, pero lo que más le gusta es tocar la tapa blanda o dura, el suave tornasol de seda o la palpable impresión en relieve de la cubierta, pasar cuidadosamente las hojas algo rígidas, respirar el penetrante olor a tinta o simplemente a moho de madera añeja que despiden. En los buenos momentos al

manejar los libros experimenta ese olvido de sí tan placentero que por lo demás solo consigue alcanzar muy de vez en cuando con el trabajo físico: una sensación de que las manos descubren solas lo que tienen que hacer, mientras el pensamiento vuela libremente.

Tal vez, le sugiere un día a Clarus, que se muestra suspicaz, haya otras formas de aprender que no sean la mirada. Tal vez no haga falta descifrar las palabras con total corrección para saber qué dice un libro.

Él tiene en mente un libro en particular: un documento bastante modesto por fuera, impreso en un formato algo mayor que una octavilla y encuadernado con una sencilla tapa de piel. En el interior de la tapa hay una ilustración de un hombre santo de avanzada edad, casi calvo del todo pero con una espesa barba. Va envuelto en un manto o hábito y sostiene en una mano una campanilla y en la otra un largo báculo rematado por una cruz, con la forma de la letra te.

El hombre santo se llama Antonio, y el libro cuenta la historia de su nacimiento en una familia acaudalada, pero sus padres mueren siendo él joven y lo dejan solo con una hermana pequeña a la que él quiere por encima de todo en el mundo. Pero como Antonio está cansado de las riquezas del mundo y de su pereza, dona cuanto ha heredado a la beneficencia, deja a su hermana en un convento para que la eduquen las monjas y se retira al desierto. Veinte años pasa recorriendo el desierto a pie y se da el caso de que transcurren varios días sin que pruebe bocado, y cuando por fin come algo no es más que pan y sal y agua que le dan campesinos y pastores bondadosos que ven con total claridad las privaciones que está dispuesto a sufrir para buscar la verdad sobre sí mismo y sobre Dios.

El hecho de que una criatura humana renuncie de ese modo y por voluntad propia a todo aquello que desea cualquier hombre no es algo que el Diablo pueda soportar, naturalmente. De ahí que este empiece a acosar a Antonio con visiones y espejismos, en sueños, sí, pero también a pleno día. Se le ofrecen mujeres, se acumula el oro en copas enormes y, cuando Antonio, para poder resistir las tentaciones, se cava una tumba, la tierra misma se vuelve contra él, se transforma en escorpiones y serpientes que se le enroscan por todo el cuerpo y lo persiguen y ni siquiera vacilan a la hora de morderle y penetrar dentro de él. El Maligno lo acosa hasta tal punto que cuando los discípulos que han empezado a seguirlo al final levantan la piedra bajo la cual se ha escondido para protegerse de la semilla del Diablo, al principio lo toman por muerto.

Sin embargo, no está muerto.

En realidad, bajando al reino de los muertos ha logrado por fin rechazar a tan malvados perseguidores y después, cuando sale del sepulcro, el Señor Jesús se le aparece en forma de un rayo de sol resplandeciente en el cielo.

En ese punto se puede decir, y eso hace Clarus, que para poder ver las imágenes que evocan las

palabras escritas en un libro es preciso saber leer. Con ver las ilustraciones no basta.

W. no niega que siempre le ha costado interpretar las palabras escritas en el orden en que se suceden en la página de un libro. Las palabras se convierten para él en objetos, a menudo inaprehensibles para todo lo que se parezca al entendimiento. Con este libro, sin embargo, fue diferente, ha de saber el señor consejero. En varias ocasiones se sorprendió a sí mismo leyendo sin mover los ojos. Era como si las palabras se comprendieran solas en el preciso instante en que posaba sobre ellas la mirada. O como si el libro mismo fuera una oscuridad. A veces cuando contemplaba esa oscuridad no hallaba en ella otra cosa que aquello que las palabras representan normalmente. En otras ocasiones era como si se vislumbrara algo detrás, no a Dios nuestro Salvador, como Antonio decía haber visto detrás de la piedra volcada, sino a un hombre ya no tan joven con el uniforme raído, con las manos envueltas en jirones de tela y las botas llenas de paja, que se abría paso por una extensión de oscuro desierto. Una y otra vez se le acercaban rodando los carruajes, pero el resplandor de luz no procedía de ellos ni de las ruedas de los coches, que arrojaban su sombra sobre la grava del camino, sino de los demonios que ascendían y descendían en el cielo uno tras otro.

Cuando lo vio con claridad, lo comprendió todo. Lo que el libro describía, si bien de forma velada, era su propia vida.

Cierto que trataba de un hombre muy ilustre, eso era indiscutible, el más noble entre los nobles, pero también versaba sobre un soldado, el más humilde y sencillo de todos. Había multitud de vínculos de esa naturaleza que los unían a los dos. El desierto al que se retiró san Antonio era como la guerra, y el paisaje devastado por la brutalidad y la avaricia, la vida disoluta a la que Antonio dio la espalda. Sin embargo, el desierto también era un lugar donde uno no podía estar sin sentir la tentación de los demonios, pues el Diablo (el libro lo decía claramente) podía soportar mucho del ser humano sin inmutarse, pero lo que no podía soportar era que una persona, por voluntad propia, eligiera el camino de la virtud y de la verdad, y al comprenderlo comprendió también que aquello que lo atormentaba, aquello que le gritaba dentro por las noches y le claveteaba el corazón no era una locura suya que él no quisiera reconocer ante sí mismo, sino los demonios, que no querían dejarlo libre.

Y como para corroborar la veracidad de esa idea, revivía una y otra vez sucesos que ya se habían producido, aunque vistos, por así decir, a través de la oscuridad del libro:

En una ocasión, cuando acababa de parar de leer, ni siquiera tenía el menor recuerdo de haber dejado el libro, se encontró de nuevo en el enorme campo de prácticas a las afueras de Stralsund, donde vio por primera vez las señales luminosas en el cielo. Solo que ahora el campo se ve negro, como si estuviera cubierto de cenizas y lleno de energía magnética, y le piden que dé un paso, y luego otro, y a cada paso que da se ve más hundido, y el que se ríe de él a su lado no es el sargento que lleva el mando, sino el Diablo en persona, la misma cabeza caprina de ojos hundidos y barbilla puntiaguda que el Diablo tiene en el libro mientras azota a sus ejércitos para que avancen.

Y en otro sueño, que sigue al anterior sin solución de continuidad, o al menos él no puede asegurar que haya transcurrido ningún espacio de tiempo entre los sueños, aunque es consciente de que pueden haber pasado muchos días e incluso varias semanas entre esos dos momentos, él mismo se ha enterrado para protegerse de todas las ilusiones y engaños del diablo y ha mandado cubrir el hoyo con una piedra, exactamente igual que Antonio pidió a sus discípulos que hicieran, y en el interior de esa oscuridad que es la propia de la tumba y de la tierra, resuenan de pronto unas voces que le hablan.

Oh, sal ya, dice una de ellas

… ha llegado tu hora…

Las voces le llegan de muy cerca, como de alguien cuyos labios se hallaran junto a su oído, y en ese mismo momento es como si algo se moviera con un objeto afilado cerca de su corazón, exactamente en la raíz donde se halla ese músculo del cual parte toda la fuerza que posee en el cuerpo, pero que también, tocado de un modo concreto, puede dejar todo su ser como paralizado, y por primera vez comprende que no son solo los masones y los oficiales al mando y sus secuaces, sino la vida misma debe vencerse, todo lo que respira y late en su interior, y movilizando todas las fuerzas que posee logra apartar la piedra a un lado y levantarse y caminar dando tumbos hacia la luz, luego baja por la inestable escalera que conduce a la taberna donde la señora Jordan aún sigue fregando vasos y jarras, para después salir dando trompicones al patio, donde el señor Warneck acaba de cerrar la cancela y de echar el postigo. Ahí se queda sentado hasta que la señora Warneck tiene que salir al retrete y lo encuentra encogido entre la valla y el poste de la cancela.

*

El calderero Rudolph Warneck y su mujer confirmarían esos datos en el interrogatorio que se llevó a cabo cuando retomaron la investigación del encausado. Por si fuera poco, la señora Warneck afirmó ante Clarus que W. parecía turbado, que agitaba los brazos en el aire y que en general se comportaba como si lo estuvieran persiguiendo. Lo condujeron al mesón y, después de tomar algo de vino caliente con azúcar, se quedó un rato sentado en un rincón junto a los fogones y poco a poco fue recobrando la cordura y empezó a hablar con los dueños del mesón con calma y serenidad, como solía, sin el menor indicio de tener turbado el entendimiento.

Y Johanna: quizá ella haya notado que algo le pasa. Pero, aunque lo note, no tiene paciencia para interesarse.

Es que eres demasiado blando, Woyzeck, le dice, y se queda tan ancha. Enseguida se agobia.

Vamos, Woyzeck, hombre, un poco de valor…

Puede que sea solo que está perdiendo el interés, ahora que él se pasa los días enteros en Volkmarsdorf. Siempre le ha prestado una atención más bien volátil.

Cuando quiere que suba con él a la habitación, ella, que casi nunca es capaz de contenerse, le dice que ya no puede ser. Hacen demasiado ruido. Su madre, que vive pared con pared, tiene los nervios muy delicados, y el señor Warneck no quiere oír que andan correteando por las escaleras después de cerrado el mesón. Y si él se atreve a bajar alguna vez, ella le da la espalda y finge que está ocupada en otros menesteres. La sonrisa torcida sigue ahí, como siempre. Pero es tan amplia que ya apenas le cabe en la cara, y la mirada errabunda expresa a la vez un punto de impaciencia y frío, algo rapaz.

Curiosamente, justo en esos momentos en que más a las claras demuestra que no quiere saber nada de él es cuando más la desea. Cuando la ve balancearse entre las mesas con ese andar artificialmente tranquilo, es como si le subiera por dentro algo cuya existencia ignoraba hasta ese momento. Como aquella vez que la vio por la rendija del hueco de la escalera con el busto inclinado sobre la palangana de la cocina, con el pelo enredado y húmedo sobre la espalda reluciente, el mismo escozor tirante dentro del pantalón ahora igual que entonces, y ello pese a que en el fondo sabe bien lo que a veces dicen en voz alta incluso los fanfarrones que tratan de sentársela en las rodillas: que ella, Johanna, es *fea*, que tiene las posaderas tan anchas como el trono de un rey.

Pero esas palabras lo excitan, esas manos bastas en las caderas y en los muslos de ella, esas caras que, fingiéndose ebrias, se frotan contra sus pechos cada vez que ella se inclina sobre la mesa para servir platos o jarras.

En esas caras rubicundas y esas manos que buscan a tientas se ve a sí mismo.

De no haber sido por esa gran sonrisa suya, que no es tanto una sonrisa como la mitad de una cara abierta, como si faltara algo.

Pero también va tras ella, igual que los demás, imita el balanceo de sus andares de piernas separadas y trasero rotundo. Como si también él, tan insignificante como es por lo que a la estatura se refiere, fuera una herramienta para ese apetito sexual interminable que impera en la taberna. Y, con la cacofonía de las risas de fondo, se le acerca sigiloso por detrás cuando ella se vuelve hacia la barra, le agarra la cintura con las manos y empieza a embestirla.

Para enseguida retroceder horrorizado cuando ella le planta una fuerte bofetada en la cara.

Pero ¿qué haces, hombre?

¿Es que te has creído que soy de tu propiedad?

Pueden pasar días, a veces semanas, sin que quiera saber nada de él. Al final aparece de nuevo ante su puerta. Y lo cierto es que cuando está con él, es como si no se saciara nunca. Nada la aplaca. Agarra todo lo que tiene a su alcance, las manos, las rodillas, se mete el miembro en la boca como si fuera algo de comer, lo pone boca arriba y fuerza la verga ya floja y húmeda entre sus nalgas generosas. Él se siente como vaciado, vuelto del revés, una nada, un jirón, algo que han abandonado, utilizado una vez más. Pero a ella le trae sin cuidado, le agarra las manos por detrás y se lo echa encima como si fuera una mochila y se coloca acto seguido a cuatro patas en la cama, con él pegado a la espalda. Y si no consigue que se mantenga dentro de ella, se deja caer de golpe de pura impotencia, como si le hubieran robado algo, algo que hubiera tenido en sus manos hacía un instante y que hubiera desaparecido de pronto, y rompe a llorar con el llanto tan incontenible como impotente de una criatura.

Ocurre también que Johanna desaparece y se pasa varios días fuera sin que nadie sepa adónde ha ido.

En esas ocasiones se lo ve sentado en la taberna, solo y abatido en un rincón, con una jarra de cerveza o sin nada.

A la mesa del calderero Warneck, a la que el propio Warneck nunca se sienta (dice que tiene demasiado que hacer para estar sentado), se sientan cada noche sus dos peones, Kloos y Binder, el alto y el bajo, que a diferencia de su maestro parecen tener todo el tiempo del mundo. A la misma mesa están sentados también el boticario Thellmann y el cochero Potsch y a veces incluso el primo del cochero, un joven escuálido llamado Filemon, que va con él y se ocupa de los caballos. Como sea, el centro del grupo es el hijo del matarife, Bon, pronunciado a la francesa *(Boonn),* puesto que la madre es de Alsacia. Según cuentan, la mujer se incorporó en la cama apoyándose en el codo después del parto y preguntó cuál era el sexo del niño. La comadrona le dijo entonces que era niño, con lo que la madre suspiró, se recostó de nuevo y dijo *C'est bon*. Y se conoce que se quedó con ese nombre.

A pesar de que tiene más de veinte años cumplidos, Bon se comporta aún como un niño regordete y grandullón. Se pasa los días en una jaula que el padre mandó construir justo a la derecha del matadero. Dentro de la jaula ha colocado su madre, como la francesa sensible que es, un canapé no muy grande cuya tapicería de terciopelo en alegre color rojo desgasta el niño con sus anchas posaderas mientras injuria a los clientes o cuenta el dinero. Y es que la alcoba, semejante a una prisión, en la que pasa los días sentado, funciona también como una suerte de caja de beneficios. El matarife o su mujer le dan un puñado de monedas antes de encerrarlo allí dentro cada mañana, y si no se presenta nadie a pagar o a pedir un recibo, el muchacho pasa el tiempo jugueteando con las monedas, va pasándoselas de una mano a otra hasta que alguna sale rodando entre los barrotes y cae al suelo, y entonces el padre, áspero y desabrido como siempre, deja la pieza que esté cortando y se pone a cuatro patas para buscar el dinero entre los tablones del suelo mientras el gordinflón, pegando el cuerpo a los barrotes con una agilidad sorprendente, grita con esa voz chillona y penetrante que todos en el barrio reconocen, demasiado basta para un muchacho tan joven:

¡Dame el dinero…! ¡Dame el dinero…!

Así les grita también a los clientes, que no tienen más opción que pagar por las salchichas

y las patas de cerdo a través de los barrotes de la jaula para que Bon les dé el cambio.

Bon siempre lleva encima monedas sueltas. Les va dando la vuelta de una palma de la mano a la otra o las coloca de canto y las hace rodar por la mesa, todo mientras mira de hito en hito a W., con una mirada que contiene a partes iguales cierto horror altanero y algo parecido a una curiosidad malévola.

Ese no ha hecho en la vida ningún servicio, solo basura, dice al cabo de un rato.

(Y en la risa que siempre se oye alrededor de la mesa cuando Bon está con ellos resuena una risita ahogada algo incómoda pero dispuesta a estallar.)

Llegó un día como quien no quiere la cosa, con el rabo entre las piernas.

O a saber dónde tiene ese hombre el rabo. ¡Si es que tiene…!

Todos ríen, con la cara vuelta o tapándose la boca con la mano. El boticario clava la vista en la mesa. Aunque él también sonríe un poco.

Cállate, Bon, dice uno, quizá el cochero Potsch, que es de natural un pensador y, por ende, el único de los allí reunidos que representa cierta mesura.

Pero se diría que de pronto algo despierta a la vida en W., que llevaba varias horas sentado e inmóvil. Mientras las monedas gotean y ruedan de aquí para allá, W. retira de golpe la silla de Bon y lo empuja hacia atrás contra el suelo:

¡Ahí tienes, por presumir y darte importancia!

Pronuncia esas palabras con una voz que nadie reconoce (ni siquiera él mismo). Sonora, profunda, como bronca. Luego levanta la silla por encima de la cabeza y la estampa contra Bon con tal fuerza que este cae al suelo y la silla se parte en dos. Acto seguido, coge una de las mitades de la silla y se emplea con Bon, que está tendido boca arriba cuan largo es, tratando de defenderse con brazos y piernas.

W. ve a Joost mientras sigue dando golpes. Como si el trozo de silla fuera un muñeco de madera y el muñeco fuera Joost: una figura totalmente acabada con la cara larga inexpresiva y los ojos siempre entornados. Y la ira que precede a cada golpe es (enseguida lo ve clarísimo) ***el alma*** de Joost, la que antes nunca consiguió entrever. Ahora el alma de Joost se ha trasladado dentro de él. Al mismo tiempo que los golpes caen sobre la espalda y los hombros de Bon, el muñeco Joost emite un sonido sibilante que solo se interrumpe cuando Warneck, seguramente avisado por alguno de sus dos secuaces, agarra a W. por detrás, le dobla el brazo atizador y echa a andar tirando de él hasta que W. se desploma en el suelo digamos que por sí solo.

Entonces es como si el muñeco también perdiera toda la fuerza, y ahora le toca a W. el turno de encogerse en un rincón protegiéndose la cabeza con los brazos. Ahí permanece sentado hasta que la señora Jordan se acerca con pasos cautelosos y al final le rodea los hombros con el brazo.

Vamos, Johann, le dice, y mientras le ayuda a subir a su habitación, oyen que W. se

lamenta sin cesar:

no era yo, no era yo…

Al día siguiente, Jordan se lleva aparte a Rudolph Warneck y le dice las cosas como son, que no pueden tener en el edificio un inquilino que no deja en paz a nadie por las noches y que se emborracha y arma bronca con los clientes. Si bien no queda claro a qué clientes se refiere Jordan. En todo caso, no puede tratarse de Bon, ayudante de tendero, que se ha recuperado con una rapidez sorprendente y no parece menoscabado por el ataque de W. Mientras los demás componentes de la mesa se arrodillan para recoger las monedas que ha dejado caer a su alrededor, Bon se ha plantado muy orondo en medio del local y le sonríe al apocado W. igual que sonríe quien sabe que se encuentra en el centro absoluto del mundo y que nunca lo apartarán de ahí, por muchos golpes que le den.

Puesto que no tiene dinero con que pagar, pasa varios días sin techo hasta que el mesonero Jordan logra por fin convencer a su viejo amigo, el vendedor de periódicos Johann Haase, de que se apiade y, al menos por un tiempo, le dé cobijo a W. También en casa de Haase tendrá que alojarse en un cuarto del desván. Ya es pleno verano y hace un calor terrible debajo del tejado. Incluso de noche: puesto que no hay ni ventanas ni un simple ventanuco siquiera por el que poder airear un ambiente tan dañino.

Durante ese tiempo, W. se comporta como si quisiera compensar todas las molestias que ha causado a Jordan y a Warneck y a la viuda Knobloch. Con el torso desnudo a causa del calor, y a la pobre luz de una simple vela que tiene a su lado, se sienta encogido sobre el trabajo que el librero de Volkmarksdorf le ha encomendado para que consiga algún ingreso por lo menos.

A diferencia de Rudolf Warneck, Johann Haase es de talante apacible y conciliador. Más tarde, cuando el consejero Clarus le pregunta, W. asegurará que en el fondo era un alma pacífica, bien dispuesto para todo y para todos, aunque aficionado a las bebidas espirituosas, y a ratos podía dar una impresión algo confusa. Sea como fuere, hasta Haase comprende que algo le pasa al nuevo inquilino. En el desván guarda montañas de periódicos viejos y otros objetos de material inflamable. Y eso le preocupa. Así como el ritmo al que Woyzeck consume las velas. Un día tras otro, el huésped baja a ver a la criada y le pide más. Al final Haase pierde la paciencia y le explica que el coste supera lo que su miserable trabajo le reporta, y que no puede seguir dándole velas.

W. continúa, pues, llevando a cabo sus tareas a oscuras.

A él poco le importa. Ya domina los movimientos de la mano y tiene en la cabeza todas las medidas y pulgadas y, con un solo corte, con la uña o con todo el dorso, es capaz de trazar una línea y luego cortarla con el cuchillo de modo que quede del todo recta.

Así vive mucho tiempo en un espacio atemporal donde lo único que existe es el calor que lo rodea en la oscuridad y la lluvia que, cuando se presenta en breves chubascos, suena como una manada de animales desquiciados que trataran de atravesar el tejado con las garras.

Pero refrescar, no refresca.

Se imagina que es posible frotar la cara externa de la oscuridad y que así aparecerá un árbol, como el árbol del patio de Warneck aparecía en invierno al retirar la capa de hielo de la ventana. Ese árbol de sombras extiende tanto sus ramas que alcanzan incluso hasta los rincones más recónditos del desván, y a veces es como si pudiera atisbar una figura humana detrás de las ramas mientras se mecen. Incluso oye pasos que crujen sobre los tablones del suelo. La figura, de la que no sabría decir si se compone de luz o si, como el Dios del judío Schwalbe, no es más que otra condensación más de oscuridad dentro de lo que ya es oscuro, va seguida de un sonido rumoroso y dentro del rumor alguien habla con la misma voz sorda, rugosamente átona que surgió de su propia boca cuando se empleó con Bon en la taberna de Jordan, la voz del muñeco Joost:

Anda, vamos, ven ya…
ha llegado tu hora…

En ese mismo instante aparece detrás de las ramas la hija del campesino ruso ciego: la que mató Dinkel. Solo la distingue vagamente, pues las ramas del árbol sombrío han empezado a moverse con violencia de un lado a otro, como si las azotara un fuerte viento. Va descalza y lleva un sencillo camisón de lino blanco, tiene el pelo suelto y oscuro y en las manos sostiene los restos del feto muerto que le arrancaron, como si quisiera ofrecérselo a él. Le sale sangre de la nariz y la boca, pero los ojos lo miran grandes y suplicantes, y en ningún momento dejan de ver. Y el rumor aumenta su fuerza y ya no es posible distinguirlo del árbol cuyas ramas azotan y golpean las paredes y el tejado del desván, como si este se hubiera transformado en una cueva de partos dolorida por todo lo que siempre tiene dentro y que ahora empuja y quiere salir ya, a cualquier precio.

Más adelante, cuando le refiere a Clarus esos sucesos, lo describe diciéndole que sentía una presión encima de la oreja al mismo tiempo que oía un rumor. Le cuenta también que alguien le hablaba con una voz muy clara y que parecía que la voz decía:

vamos, ven ya… ha llegado tu hora

De la mujer de las entrañas abiertas no dice nada.

Sea como fuere, no puede dejar de angustiarse al pensar que se le ha aparecido otra vez y que, además, le ha dicho esas palabras… ¿Por qué haría tal cosa la mujer, si no fuera una mensajera enviada por un poder superior para comunicarle que le ha llegado la hora de descender al lugar del infierno que corresponde a los malhechores como él, aquellos a los que Dios ha repudiado, y que por esa razón lleva en las manos a su hijo nonato? Esa es la señal.

Pero no se atreve a obedecer la llamada. ¿Adónde habría de ir, en tal caso? Así que se queda muy quieto sentado, con el cuerpo sudoroso y los ojos cerrados, como si eso bastara para ahuyentar las visiones y aplacar el rumor de los oídos. Como nada sucede, sino que, al contrario, el rumor se vuelve más y más alto, se levanta de la cama de un salto y baja a la alcoba de los Haase, donde es de noche o pleno día: no será capaz de recordarlo después. Pero Haase sí, él recuerda que se sentó con el cuerpo húmedo de W. en el regazo, como si fuera un recién nacido, y empezó a mecerlo mientras le decía Johann, Johann, Johann, qué es lo que tanto te atormenta, sin recibir más que vagos llantos y sollozos por respuesta.

Cuando Clarus lo interrogó, Haase le refirió a su manera serena y amable que ese verano hacía en el desván tanto calor como en un horno panadero, lo que seguramente explicaba por qué W. llegó sudando después de haber tenido pesadillas. Por si fuera poco, como todos los desvanes, estaba lleno de ratones que roían el suelo y la paja del colchón, con lo que cualquiera podría pensar que por allí rondaban fantasmas.

Mas con esa explicación no se da el consejero por satisfecho.

Clarus. ¿Eran palabras divinas lo que escuchaba o eran demonios lo que oía?

(Aunque es posible que en la lengua de las voces la diferencia no sea tan grande como Clarus se figura. Como tampoco la diferencia entre luz y oscuridad reviste tanta importancia como suelen afirmar jueces y prelados. Tal vez deberíamos decir como el judío Schwalbe que oscuridades hay de muchas clases y que no en todas ellas es ciega el alma. En realidad, día y noche, luz y oscuridad no son más que membranas por las que se deslizan las horas del día igual que pálidas sombras. Detrás de todo lo que sabemos y de todo lo que creemos oír y ver se desarrolla una actividad oculta para nosotros y, en ocasiones, aunque suele ser obra de la casualidad o del azar, una parte de todo lo que es inaudito se abre paso hasta nosotros.

Como señales.

Solo que no las vemos.)

Cuanto más cavila, tanto más seguro está W. de que no es que haya sufrido una tentación. En términos generales le da menos la impresión de que alguien o algo se haya mudado dentro de él y más de que lo hayan desplazado a él en relación con lo que es visible y perceptible en el mundo. A veces tiene la sensación de que Dios está muy cerca. Son momentos en los que experimenta una gran calma, como aquella noche camino de Vilna. Seguro que habría caído si, justo en aquel momento, alguien no le hubiese respirado en la mejilla y en la nuca. A veces se ve trasladado lejos, y entonces surge algo así como una grieta en el tiempo o en el espacio a través de la cual pueden presentarse otros poderes, precisamente como la mujer que ahora llevaba como un regalo a su hijo nonato. ¿No fueron también el rumor, las ramas de los árboles que se mecían al viento, señales de que se había producido una grieta entre este mundo y el otro? Precisamente a través de aquella grieta soplaba el fuerte

viento.

Vagamente comprende que en la tierra hay quienes están en alianza con el otro mundo y quienes saben interpretar sus signos; los masones, o algunos de los oficiales, como el sargento del campo de prácticas de Stralsund. Pero ellos tampoco tienen poder para dirigir y gobernar todo lo que ocurre allí. Los demonios y los ángeles tienen su propio cielo, ascienden y descienden siguiendo su propio orden, es imposible decidir bajo qué signo te vas a encontrar en un momento dado. Es como si estuviera sentado en un balancín gigantesco que lo desplazara según sus propias leyes, que ningún ser humano es capaz de predecir o de conocer su existencia siquiera.

Lo único que uno sabe con certeza es que lo van desplazando de un lado a otro continuamente.

Y una cosa más sabe ahora. Lo que está ocurriendo con él en estos momentos ha ocurrido antes. Con otros, antes que con él. Como en el caso de Antonio el santo. Si bien aquello que se reveló ante el antiguo egipcio tenía un aspecto diferente. Es inapelable que la grieta que él ha visto abrirse entre este mundo y el otro, esa grieta por la cual se eleva lo oculto, seguirá ampliándose; y es espantoso lo que ocurrirá el día en que ya nada pueda superarla.

Algo se está preparando en su interior. Algo grande y decisivo, acerca de lo cual él no sabe nada más que eso, que se está preparando.

Hasta que una mañana no es capaz de levantar o estirar ni los brazos ni las piernas. Y cuando quiere ponerse boca arriba, no consigue doblar el cuello ni mover la cabeza. Tiene una sensación de hormigueo, de pinchazos en todas las articulaciones, y por todo el cuerpo le estalla una fiebre tan fuerte que hasta los ojos le sudan. Todo se oscurece y flota a su alrededor como en una bruma. Le da la impresión de que alguien lo roza como con el extremo de un largo cayado o de una porra. Y como desde una distancia enorme oye que alguien susurra…

válgame, quiera dios que no haya cogido la peste

Tiene que estar muerto de verdad, ya que hablan de él en esos términos. Y así deben de percibir los muertos las voces de los vivos. Apenas como un leve rumor, suspiros apagados, un viento.

Curiosamente, esa idea le alivia el ánimo. Tal vez haya dormido un rato. Cuando vuelve en sí, sigue sin poder mover la cabeza ni los brazos, pero la fiebre ha remitido y de nuevo ve bien con los dos ojos.

Johanna ha ido a visitarlo y trata de conseguir que se trague algo acuoso con una cuchara de palo cuyo canto le roza los dientes.

Has estado enfermo, Johann. Vamos, vamos, le dice.

Él aparta la cabeza, pero allí está ella enseguida con la cuchara otra vez, y no se rinde hasta que consigue que abra la boca y trague.

Como cuando se da de comer a un niño. Luego, del mismo modo mecánico, empieza a quejarse de un hombre que es soldado y al que ella conoce. Da la impresión de que llevara bastante tiempo contando esa historia sin fijarse en si él estaba despierto escuchando.

¿O tal vez sí estaba despierto escuchando sin saberlo?

Johanna continúa metiendo la cuchara en el cuenco de sopa, retira un poco del contenido en el borde y se la mete en la boca.

Johanna, no te fíes de los soldados, le dice él tajante.

De nuevo con esa voz que le salía abajo en la taberna la noche que casi mata a palos a Bon. *Ahí tienes, por presumir y darte importancia.* Eso le dijo entonces. Con la voz del

muñeco Joost. Extraña y tosca.

E igual de extraña y tosca es la voz que le surge de la garganta ahora.

Johanna, no te fíes de los soldados.

Es como si estuviera muerto y otro hablara a través de él. Aunque, si está muerto, ¿cómo puede estar ahí tumbado y ver y oír todo lo que dice Johanna? No lo entiende. Es obvio que Johanna tampoco lo entiende. Se inclina como para averiguar si detrás de sus ojos hay alguien o algo. Luego adopta un tono jovial y dice, aunque apartando a medias la mirada:

¿Y lo dices tú, que eres soldado?

Es más una afirmación que una pregunta.

Y entonces él le dice:

A mí poco me faltó para casarme con una que también corría tras los soldados, como tú.

Y una vez más le brotan las palabras sin que él sea consciente ni sepa de dónde salen ni por qué. Nunca se lo ha dicho antes y jamás se le habría ocurrido decirle nada parecido si no se encontrara en ese estado tan extraño. Johanna está tan sorprendida como él. Manosea sin parar la cuchara, como si no supiera qué hacer con ella. Luego, de repente, se le llenan los ojos de lágrimas. Aparta la cara, pero no consigue ocultar el llanto y se encoge hasta que empieza a temblarle todo el cuerpo.

Tuvo un hijo, dice la voz que habla dentro de él.

Ella lo mira hecha un mar de lágrimas.

¿Así que eres padre de un niño? *¿Tú?* ¡En la vida me lo habría imaginado!

Trata de reír en medio del llanto. La risa es la única forma de dominar lo inverosímil, y tan inverosímil es lo que ocurre que no puede sino reír de verdad, tratar de soltar una de esas risotadas sonoras, prolongadas, incontenibles de antaño que le agitaban todo el cuerpo.

No era hijo mío, dice entonces la voz.

Y es como si le hubiera clavado a Johanna un cuchillo. Parece que le fueran a reventar los ojos.

No engendrado por mí. Yo solo me ocupé de cuidarlo.

Y era una niña, dice la voz.

Johanna se lo queda mirando, como si fuera a decir (y quizá lo diga de hecho):

¿Tú?, dice, presa de la incredulidad.

Y de pronto estalla furiosa. *¡Sois…!,* dice. Sois todos iguales, habláis mucho y os las dais de grandes e importantes, pero a la hora de la verdad, no sois capaces de nada. Os quedáis ahí, fláccidos y muertos. ¡Mírame! *¡Levántate!,* le grita.

Y le da una patada. Le patea el pecho y el costado, pero pierde el equilibrio y cae encima de él y empieza a darle puñetazos en la cara.

¡Cobarde! ¡Inútil!

Luego deja de golpearlo y se tiende sobre él con todo el peso del cuerpo, sollozando:

¡Ay!, ¿por qué no viniste, por qué tardaste tanto en venir…?

Él ve que la mano de ella aprieta la suya. Solo ve la parte más tosca de la mano, la parte externa, los duros nudillos rojizos y agrietados, y las venas que se tensan y se relajan en el dorso.

Woost y yo, dice Johanna. Dios no quiso darnos hijos. Woost decía que era porque yo no le tenía aprecio suficiente y me pegaba tanto que incluso aunque yo hubiera querido no sé cómo lo habríamos hecho.

Solloza y aparta la vista y cuando lo mira de nuevo su mirada rebosa un patetismo imprudente y aterrorizado a un tiempo.

Pobres de nosotros, se limita a decir Johanna.

Él querría abrazarla en ese momento, pero sigue sin ser capaz de mover un dedo. Al final es ella la que se lleva a la cara la mano sin vida de él, como para besarla. Pero se ve que entonces, antes de cumplir el propósito, algo la distrae, y empieza a pasarse torpemente el dorso inerte por la barbilla, como para limpiarse los mocos y las lágrimas. Luego se incorpora, recoge el cuenco de la sopa y los cubiertos y se va del desván sin mediar palabra.

Así que están juntos, pero no lo están. Y lo extraño es que precisamente en los momentos en que Johanna le permite estar con ella es cuando más lo atormenta la idea de que en realidad se encuentra en otro lugar, con otro hombre. Aunque los momentos en los que no está con él son peores aún. Entonces ni siquiera existe el tiempo. Ni siquiera existe el vacío. Todo lo que debería ser el cuerpo y la voz y la cara de ella se lo han arrancado, y en su interior no hay más que una gran herida negra, y el dolor no se puede soportar.

Además, nunca sabe de antemano si va a venir a verlo o no. Si le pregunta, su mirada se vuelve huidiza y evasiva. O brusca y reacia. Y le dice que no sabe cuándo podrá ir a verlo, y que ahora tiene que andar atenta, que Warneck está enojado con ella y que Jordan no la deja en paz ni un minuto.

Como sea, él se inventa promesas a partir de lo poco que la ha obligado a decir. Mientras descansa tendido en la oscuridad del desván de Haase, cualquier cosa que ella haya dejado caer sin pensar, como ***algún día*** o ***pronto,*** se convierte en un presentimiento o incluso en la esperanza de que de verdad irá a verlo. De que quizá ya esté en camino. Solo que se expresó de un modo tan impreciso y poco comprometido para que nadie más lo entendiera. Que ya va por la escalera, de hecho, solo que sube muy despacio para que nadie oiga sus pasos. Y al final está tan seguro de que ya viene de camino que se levanta de la cama, baja sigiloso y abre la puerta que Haase tan a conciencia cerró con llave justo antes de irse a dormir con su mujer.

Y si, después de todo, resulta que no está… No puede volver al desván sin más y dejar la puerta sin cerrar. Y se convence de que puede recorrer un breve trecho calle abajo para echar un vistazo. Y, sin saber cómo, se encuentra en la calle Sandgasse delante de la casa de la señora Wognitz, adonde le ha prometido una y mil veces que nunca iría.

Pero es que lo embarga un desasosiego tal que le impide resistirse. Y, al igual que el muñeco Joost, es salvaje e irreprimible. No quiere contenerse. En la figura del muñeco es como si fuera otro. Tosco, extraño, desmedido, va avanzando paso a paso sin temor a que lo vea alguien que sepa que no debería estar allí a esas horas. Pese a todo, ha conservado la astucia de siempre hasta el punto de saber exactamente qué calles debe tomar para bajar hasta Sandgasse sin ser visto.

El cuarto que Johanna le arrienda a la señora Wognitz, eso ya lo tiene él pensado de antemano, debe de ser uno de los que quedan debajo del tejado, con una ventana a la calle. A veces ha visto que hay luz detrás de la cortina y a veces cree distinguir movimientos que son más que meras sombras fugaces. Pero mientras la calle siga desierta él solo cree distinguir su sombra, y se imagina que se mueve ahí dentro, se desnuda y se refresca en el lavamanos, que debe de encontrarse ahí mismo, con la palangana y el aguamanil, exactamente igual que cuando está con él.

Hasta que un día ocurre lo que ha ocurrido todo el tiempo, solo que él no ha estado lo bastante alerta. Un desconocido aparece en el portal, se para un momento para ajustarse bien los pantalones y, acto seguido, se pone en marcha hacia Rossplatz. Hasta ese instante W. no puede tener la certeza, pero tras dar unos pasos el hombre remeda el balanceo de Johanna al caminar; luego se ríe, se da la vuelta y empieza a gritar algo, y la sombra de la ventana del desván cobra forma y la ventana se abre y Johanna se asoma y le grita que se largue, y entonces el hombre le grita *¡Cállate la boca, zorra asquerosa…!,* tan fuerte que resuena en toda la calle.

Entonces W. oye el tintineo de unas monedas en los adoquines, y cuando se vuelve ve a Bon con los ojillos de cerdo mirando maliciosamente desde esa cara sin barba, y con una sonrisa tan ancha que toda la grasa de las mejillas parece habérsele replegado detrás de las orejas.

Y las monedas, que tintinean mientras las va pasando de una mano a otra, una vez, dos veces. Hasta que una de ellas, como de costumbre, cae al suelo. Y como si la moneda avanzara movida por voluntad propia, empieza a alejarse rodando despacio hacia el lado de la calle donde él se encuentra.

Vamos, Woyzeck. Sin vergüenza. Solo hay que recogerla.

Él mira la moneda. Bon sigue ahí de pie, sonriendo inmóvil como un disco lunar en la bruma nocturna. En realidad es incomprensible que Bon se encuentre ahí, cuando todo el mundo sabe que donde más a gusto está es en la jaula, como un rey en su canapé, y rara vez lo ven alejarse del establecimiento de Warneck en Nikolaigasse y de la mesa de siempre en El Ganso Dorado. ¿Qué estará haciendo aquí? A menos que él también se cuente entre los que buscan el favor de Johanna por las noches.

Bon está plantado en medio de la calle, retador y ostentoso, y a sus pies se encuentra la moneda, menuda y reluciente y apetecible.

Vamos. Cógela, hombre. No será que te avergüenzas de darte el gusto, ¿verdad…?
Cógela, venga. Yo invito.

La moneda está ahí delante de él como si careciera de propósito. Y de pronto, se diría que todo careciera de propósito en la noche luminosa. Como si a cada objeto, a cada ser humano, le hubieran arrebatado las sombras y todo estuviera traspasado de luz y sin requisitos. Ahí está Bon, invita y se muestra generoso. Y Johanna lo está esperando arriba en su alcoba. En la habitación de Sandgasse donde hasta ese momento nunca le habían dado acceso. Sin embargo, ya han levantado esa prohibición. Ya no hay muros, obstáculos ni prohibiciones.

Sin embargo, al mismo tiempo que él se inclina para recoger la moneda ve que Bon da un paso al frente, como para ponerle el pie encima. Así que retrocede. Lo hace rápido. Sin pensar. Pero también sin erguir el cuerpo. Con lo que la patada de Bon impacta demasiado alto y solo le roza el hombro levemente. Y como si la patada fallida le hubiera transmitido nuevas fuerzas a sus movimientos, se pone de pie de un salto y echa a correr calle abajo tan rápido como puede.

Bon queda detrás, se mete dos dedos en la boca y emite un fuerte silbido en dirección a alguien que está esperando a un par de manzanas de allí. W. entrevé un cuerpo pegado a una empalizada, una mera condensación de oscuridad dentro de lo ya oscuro.

En todo caso, eso es suficiente para que comprenda que son varios lo que han tratado de tentarlo y tenderle una trampa. No se detiene para ver de distinguir quién es la figura nebulosa, sino que sigue corriendo como si le fuera pisando los talones el mismísimo diablo. Corre hasta que la respiración quiere reventarle el pecho y la aguja que le pincha el corazón entra cortando hasta la costura misma de la vida, donde las pulsaciones se hinchan y laten, se hinchan y laten, y al final el dolor lo supera y cae al suelo como un animal.

Ahora que sabe que los que dicen que ella va con otros tienen razón, él no quiere creerlo a pesar de todo. O más bien: cuando está solo sí lo cree. Pero en cuanto ella anda cerca, le resulta totalmente impensable que haya estado con otro. Tal es su presencia. Causa en las personas lo que causa la locura. Diluye todo límite, toda diferencia, toda distancia. Ella es la única que es, por doquier está igual de presente.

Y aunque ha querido preguntarle e incluso ha tenido la pregunta ya presta, y ha estado deambulando de aquí para allá y dándole vueltas tantas veces que ha quedado plana e inservible, como una piedra que tenemos en la mano aunque no sabemos qué hacer con ella, no se ha animado a preguntarle.

¿Es verdad lo que dicen? ¿Quieres a otro?

Es una pregunta sencillísima de formular. No tiene más que dejar que las palabras surjan de pasada. Johanna apenas notará nada, si es que le importa lo más mínimo. Con todo, no consigue que esas palabras le afloren a los labios. Mastica y remueve la lengua y separa los labios, pero no sale nada.

Ella le sonríe y su voz suena tan suave como siempre. Aunque por la mirada errabunda comprende que ella va camino de otro lugar, que quizá con el pensamiento se encuentre ya en brazos de otro, en su sonrisa amplia, abierta y cálida solo está él en estos momentos.

¿Y cómo puede creer siquiera que ella sea capaz de algo así? Le dice.

¿Y quién ha podido decirle algo tan odioso?

Y: ven conmigo, le dice.

Yo solo soy buena contigo, ya lo sabes, Johann.

Eres como un niño, le dice cuando lo toca.

Le dice que tiene la piel suave y el pelo fino como un niño.

Un niño pálido, inocente, asustado y que lleva demasiado tiempo despierto.

Tiene las manos duras y agrietadas por fuera, pero por dentro son suaves.

Y cuando ella lo toca, solo lo toca con el interior.

Y él está a su lado solo con el interior.

Todo es interior y nada más.

Hasta que un día se entera del nombre de uno de los que ella frecuenta. Se llama Böttcher. Un soldado de la guardia urbana.

Una tarde de domingo del mes de mayo los ve a los dos en Bosens Garten. A ella la distingue de lejos, pero, aunque se aprecia por cómo se mueve que va del brazo de otra persona, es como si sus ojos se negaran a ver a nadie más que a ella. Johanna se esfuerza por andar con paso breve, el codo le sobresale rígido, y mientras camina gira la cabeza levantándola hacia su caballero con un movimiento pendular y siempre con una sonrisa vacía y afectada. Se acercan los dos directos a él por el mismo sendero que él, pero sin verlo. Y él sigue caminando, pues no sabe qué hacer si no. Si se desviara de pronto, repararían de inmediato en su presencia, y precisamente ahora es lo último que querría. En todo caso, al final sucede lo inevitable. Johanna pierde el hilo del paso breve y el movimiento basculante de la cabeza. Tropieza y, cuando su acompañante la sujeta por el brazo, ella le dice algo y baja la vista al suelo. Naturalmente, en ese momento ***el otro*** también lo ve ***a él.*** Está imponente con el uniforme azul de gala, con la espalda recta y el pecho hinchado, la cara que asoma bajo el alto casco ancha y enrojecida y, ahora, sonriente bajo un potente bigote pelirrojo. Y a pesar de que la sonrisa no va de ninguna manera dirigida a él, lo ***abarca*** a él también en cierto modo. Exactamente igual que abarca todo lo demás que hay en el mundo: los árboles en flor, el centelleo de la luz del sol y la sombra que aletea y se extiende sobre el breve trecho del paseo que aún queda entre ellos. Tan grande y tan potente es esa sonrisa que todo lo abarca que no puede evitar pararse y hacer el saludo militar, como si la sonrisa hubiera sido la orden de un mando pronunciada en algún punto muy hondo de su interior. Así que se estira en posición de firmes mientras que Böttcher, el soldado de la guardia, se dispone a pasar de largo. Igual que ella, Johanna, aún con la mirada en el suelo; sí, ahí va, arrastrando la mirada hasta que llegan adonde se encuentra él, y entonces, en ese preciso momento, gira la cabeza y le dirige la más fugaz de las sonrisas, breve y fría y, en cierto modo, ***clemente,*** como si fuera un noble prominente que hubiera salido al balcón para mostrar su aprecio a los súbditos.

Y a pesar de que está allí mismo, a su lado, erguido, con la espalda recta como una estaca, por más que, cierto es, insignificante con esos harapos de mendigo que viste, ella no se vuelve a mirar ni una vez para indicarle que esa sonrisa era solo para él.

Y empieza a caminar.

Camina porque no sabe qué otra cosa puede hacer.

Camina porque de lo contrario no podría soportar la presión del mundo exterior, todo lo que *no* es ella. Si se quedara quieto un instante siquiera, el dolor lo superaría.

Así que camina…

El largo y ardiente verano va tocando a su fin. La luz va quedando descolorida y mientras el calor se eleva de la tierra, las nubes se hinchan y se vuelven negras, como si el cielo se cubriera de moretones.

Camina durante horas bajo el cielo tormentoso, por carreteras cuyo pavimiento de grava y barro reseco brilla color hueso bajo el resto de resplandor que aún queda, de tan oscura como se extiende sobre él la bóveda del cielo. Atraviesa entonces la ardiente humedad un soplo de frío y la tormenta lanza un par de truenos. Y, como si en el cielo hubieran puesto boca abajo una cuba enorme, caen sobre él raudales de agua y le corren por el pelo y por la cara y se le cuelan por el cuello y por las mangas del abrigo y el suelo que pisa se vuelve liso y resbaladizo y las botas se le hunden tan hondo en el fango que ya apenas puede levantar los pies.

Busca resguardo bajo un puente, se agazapa bajo el arco de piedra como un animal.

Y así pasa el tiempo, pasan las horas, sin que suceda nada más, solo que la lluvia sigue en pie como una pared a su alrededor en la penumbra al otro lado del arco del puente.

Sin saber cómo ha sucedido, se encuentra de nuevo en el hueco de la escalera de Sandgasse. Fuera, en la calle, persiste la lluvia. Es la misma lluvia. El repiqueteo sobre los tejados y las calles penetra como un eco sordo en la estrechura de las escaleras donde la señora Wognitz, la arrendadora de Johanna, se ha plantado en camisón pero sin gorro de dormir, con la calvorota al descubierto. El resplandor del candil que sostiene en la mano vacila más aún a causa de su estridente furia…

… pero qué haces, hombre, la señora Woost no está…

Él le arranca el candil de la mano y observa cómo la sombra de su propio cuerpo se lanza contra la pared blanqueada como si fuera otro el que corriera delante de él escaleras arriba.

Abre una puerta al azar y entra en una alcoba que está llena del olor de Johanna. Y ahí está ella, naturalmente. El vacilante resplandor del candil capta enseguida el brillo de sus ojos oblicuos. Como un animal que se revuelca perezosamente, así se vuelve ella y se pone de costado. Se atisba entonces la cabeza de un hombre que ella aprieta contra el hombro, medio oculta tras la maraña de pelo canoso tan largo que le cuelga por el borde de la cama y casi llega al suelo. Y en algún punto del nido, algo más abajo, asoman dos manazas que presionan y empujan las nalgas desnudas. El cuerpo de Johanna tiembla y se estremece encima como consecuencia de ese paciente manoseo, se estremece con ese resoplar risueño en la garganta que él reconoce a la perfección. Aunque la sonrisa de loba, la mirada de esos ojos oblicuos se dirige ahora a él.

pues claro que sí, Woyzeck, mira, mira hasta la saciedad,
¡no vales para otra cosa…!

En ese momento cesa de pronto el manoseo y la cabeza del hombre se gira hacia él y se da cuenta de que es el mismo soldado de la ciudad ante el que él se cuadró en Bosens Garten. Böttcher. Reconoce sus ojos redondos azul pálido, el bigote pelirrojo, la nariz recta; lo único que no le había visto era el pelo, puesto que ahora no lleva el casco: espeso y enmarañado también.

Más no alcanza a ver. Con una rapidez sorprendente, Johanna se ha cubierto las piernas con el camisón. Cubre con el suyo el cuerpo del hombre y se niega a moverse de ahí a pesar de que W. intenta apartarla. Mientras tanto, Böttcher ha reunido su ropa y consigue llegar a la puerta. Cuando W. sale corriendo tras él, se interpone en su camino la señora Wognitz, que está gritando algo, aunque él no oye lo que dice, pues Johanna también está gritando justo a su espalda…

Despache al entrometido, señora Wognitz,
despache a esa triste calamidad…

Él hace un intento de volver al interior de la alcoba, como para esconderse allí dentro, cuando lo alcanza un fuerte golpe en la cabeza. Se produce tan abruptamente que no sabe de dónde le ha venido hasta que no ve que la señora Wognitz lo persigue con la escoba, enorme entre los puños cerrados de sus manecillas. *Venga y lárgate de aquí, mujeriego,* le grita al tiempo que vuelve a atizarle con la escoba en la cabeza, una y otra vez, con fuertes golpes, como cuando tratamos de matar a una rata o alguna otra alimaña. Él se encoge ante los golpes y se arrastra hacia atrás escaleras abajo. Entonces la señora Wognitz le da la vuelta al palo y acierta a atizarle un par de escobazos en el cuello y en el pecho. Sus pasos resuenan en el hueco de la escalera mientras baja corriendo, sale a la calle, a la lluvia. Otra vez lo rodea por todas

partes, repiquetea sobre los tejados de alquitrán y de madera, tan fuerte que las gotas que impactan sobre los adoquines de la calle rebotan en el aire cargado de vapor. Dentro de la humedad se abre una ventana, la misma en la que la vio la noche que se encontró fuera con Bon. Pero ahora no hace ningún intento de ocultarse, sino que asoma todo el torso y en la voz bronca le resuena el júbilo:

No eres mi dueño, Johann, le grita, y se ríe como solo ella sabe. Esa risa poderosa que arranca muy en el fondo del estómago y luego va apoderándose poco a poco del cuerpo entero.

¡Nadie lo es!

La ventana se cierra otra vez de golpe, pero luego vuelve a abrirse y, como si su burla no tuviera fin:

¡Vete a casa ya, Johann; adiós, adiós…!

Esa noche, la última en el desván de Haase, el doblemente rechazado W. pierde la conciencia bebiendo aguardiente barato. Ya no bebe para acallar nada que lleve dentro. Bebe para aniquilar cuanto aún queda de ella en su interior.

Al final ha bebido tanto que solo un exterior mudo queda en pie de su persona, si acaso.

Tiene cierto recuerdo de ir bajando a trompicones la escalera del desván y que Haase y su mujer tratan de ayudarle a volver arriba. Y que durante ese ascenso hay partes de él que se sueltan y caen. Diversas partes del cuerpo. Manos. Brazos. Cabeza. Y que Haase y su mujer tienen que volver continuamente para recoger los miembros que siguen en la escalera. Y después de recomponerlo entero y de reanudar la subida a empujones aún queda algún miembro suyo que se retuerce y se revuelve entre dolores y al final incluso Haase, por lo general tan paciente, termina hartándose y dice *ya puedes serenarte, Johann, o tendremos que llamar a la policía.*

Y si al final se da por vencido o si sigue dando gritos y lamentándose toda la noche, no lo recuerda. Solo que al día siguiente deja el desván con una deuda de más de tres meses de comida y alojamiento. Nos dejó, le confesaría Haase después a Clarus, a petición propia. Dijo que no soportaba la vergüenza.

Y por esas fechas es cuando se hace con el arma homicida, ¿cierto?, dice Clarus. ¿Podría explicar el encausado cuándo y de qué modo sucedió?

Woyzeck. Lo siento muchísimo, señor consejero. Lo único que de verdad recuerdo de la época posterior al momento en que dejé a Haase es que solicité mi ingreso como soldado de la guardia urbana.

Clarus. ¿Soldado de la guardia urbana, dice? Es lo más ridículo…

Woyzeck. No se me ocurrió a mí, fue un exoficial de la guarnición quien me dijo que podía presentarme. Un soldado lo es para siempre.

Clarus. ¿Y eso cuándo ocurrió?

Exacto, ¿cuándo ocurrió? No lo sabe con exactitud, solo que vuelve con el librero Wehner de Volkmarsdorf, que se apiada de él y permite que se quede trabajando en el taller de encuadernación a pesar de que hay poquísimo que hacer y de que no va a poder ganarse la vida con ello. Luego ha hecho algún que otro intento poco entusiasta de encontrar colocación en sus oficios de antaño, de criado o de peluquero. Pero no tiene ningún documento que presentar. La carta de aprendiz que poseyó en su día se le extravió tiempo ha. Y la indumentaria tampoco causa una impresión favorable. Va vestido como un vagabundo con la pechera de la camisa sucia, el gabán descosido y las viejas botas de soldado con las costuras abiertas hace mucho. Ni siquiera tiene un cuello que ponerse.

Eso es, precisamente, lo que le advierte el teniente Pfeiffer:

¡Quien quiera ser soldado debe aprender a vestirse como tal!

Se han puesto a hablar en una taberna, W. ya no recuerda cuál, y Pfeiffer acaba de contarle que se ha alistado en el ejército sajón y que ha marchado con Napoleón contra el ruso. Se dirigieron al sur y los aniquilaron hasta el último hombre. ***Hasta el último hombre.*** ¿Se lo imagina, Woyzeck? Cuando regresó, le asignaron un puesto en la intendencia. Si algo aprende uno ahí es a cuidar de sus pertenencias, desde luego.

Pero W. no lo escucha.

Si está en la guarnición, ¿no conocerá acaso a uno que se llama Böttcher? ¿No le resulta familiar el nombre?

Y Pfeiffer asiente. Sí, a Böttcher claro que lo conoce. Está en la guardia urbana, un cretino engreído. Menciona también otros nombres, parece conocerlos a todos y despreciarlos

en la misma medida. Entonces W. dice que quiere ser soldado de la guardia urbana.

Pfeiffer baja la cabeza hacia la mesa y lo observa como desde abajo, con la mirada firme e intensa, y sí, cierto que ya lleva un trago o dos, pero Pfeiffer habla con firmeza y claridad en la voz cuando le dice que si W. quiere saber su opinión, todos los que forman la guardia urbana son ***gentuza*** que se emborracha y roba en cuanto se le presenta la ocasión, pero que si él se empeña ***por chinchar y fastidiar,*** sinceramente, no comprende qué podría impedirle conseguir un puesto tal.

¡Con lo que has luchado y te has destacado en la vida…!

Verdaderamente, quien oiga hablar a Pfeiffer en ese momento pensaría que era el mismísimo diablo el que tomaba la palabra para pasmo absoluto de W., pero a pesar de la borrachera, se diría que Pfeiffer cree lo que dice y lo dice en serio.

Aún conservas el diario militar, ¿no?, dice Pfeiffer.

No, no lo conserva, pero Pfeiffer le quita importancia enseguida con un movimiento casi brusco.

Yo tengo mano con los mandos, seguro que podemos arreglarlo, ya verás.

Puedes vivir en mi casa mientras tanto.

Tan pronto como toman la decisión, es como si una claridad inmensa se extendiera por dentro de W. Eso no se lo dice a Clarus —¿cómo puede uno decir algo así?—, pero más que ningún arma, más que ninguna intención de herir o de castigar, es esa ***claridad*** recién ganada la que propicia lo que ocurrirá más tarde. Naturalmente que no es ninguna vergüenza que se pusiera en firmes ante un superior en Bosens Garten. La vergüenza radica en esa ***sonrisa cortesana*** que Johanna le dedicó después. Como sonreímos a quien se encuentra en una situación peor que la nuestra. Con lástima y con desprecio a un tiempo. Si consigue cierto rango y logra ir vestido como Dios manda, no habrá ya quien pueda mirarlo por encima del hombro.

De modo que pasa un tiempo viviendo con Pfeiffer mientras todo se arregla. Y aunque Pfeiffer se comporta como si W. fuera su ayuda de cámara y cuenta con que lo atenderá desde muy temprano hasta muy tarde, no es ninguna vergüenza. Tampoco el hecho de que Pfeiffer cuente con que lo entretengan todo el tiempo. Si W. no tiene nada gracioso que contar, Pfeiffer bosteza de aburrimiento y lo mira como si fuera un necio. Pero Pfeiffer cumple su palabra. Ayuda a W. a redactar una solicitud dirigida a la comandancia de la ciudad para que lo admitan en la guardia urbana y, a la espera de que dicha solicitud se apruebe, W. comienza en un puesto absolutamente provisional de ayudante de almacén en la intendencia, o quizá debería llamarse ayudante del ayudante de almacén, dado que Pfeiffer es precisamente ayudante de almacén y más de una persona con ese título no hay, claro está.

Bogeschdorfer se llama el hombre que está al mando de la intendencia: un tipo como un oso del que cuentan que en su día sirvió de oficial de caballería y al que auguraban una trayectoria brillante, pero al que degradaron a un puesto de ayudante de mandos a causa de una falta tan vergonzosa que ni siquiera Pfeiffer quiere llamarla por su nombre. Si es en razón de esa ignominia o solo en razón del considerable peso corporal que se las ha arreglado para acumular con los años, la cuestión es que Bogeschdorfer hace gala de cierta flema, lo que implica que es reacio a moverse del escritorio situado en el centro del almacén y detrás del cual lo ven a ratos dormir tan profundamente que apenas parece que exista de verdad en este mundo.

Pero su sueño es solo un fino velo detrás del cual siempre vigila un ojo de pez blanco y brillante. Solo hace falta que alguien pase por allí sigiloso con una vara de hierro o con un par de esposas y se oye gritar ***¡Wallentini…!*** desde el escritorio y un cabo enjuto con la cara fina y exangüe aparece a su lado.

El cabo Wallentini es la mano derecha de Bogeschdorfer y el refuerzo de su voluntad, y dedica los días enteros a velar el sueño de su superior. Cada vez que un puñado de soldados de la guardia urbana entra dando zapatazos en la amplia sala, él se acerca corriendo con el dedo en los labios y un ***chist, chisssst, el sargento está durmiendo,*** que susurra con tal énfasis que consigue que hasta el más despistado se detenga en el acto.

La intendencia es un mundo extraño de largos pasillos bordeados de muros blancos y altas puertas de madera maciza con robustas cerraduras y guarniciones de hierro. Algunas de esas puertas dan a amplias salas vigiladas por militares viejos que se mueven de la silla tan poco como Bogeschdorfer. Entre las alargadas sombras que se alzan detrás cuelgan uniformes y capotes, las estanterías de sombreros y cascos se elevan hasta el techo, y detrás de unas puertas bien cerradas provistas de rejas hay rifles y baquetas colocadas en largas hileras. Otras salas son tan estrechas como una despensa. En una de ellas guardan las banderas y estandartes, extendidos o bien doblados en amplios compartimentos extraíbles. Esos son los estandartes que puede uno ver llevar a Vitzthun, su compañero de cuarto, cuando los militares desfilan los domingos. Vitzthun también le ha mostrado los instrumentos que toca la orquesta, las trompetas y las tubas de reluciente bronce y el gran tambor sobre cuya piel tensada cuelgan las armas y el emblema de la ciudad.

Todos los cuartos y salas y compartimentos y cajones tienen cada uno su llave específica, las más pequeñas, niqueladas y con chapas. En las chapas hay grabados números y letras que se corresponden con los números y las letras que hay impresos en unas chapas parecidas que cuelgan de la jamba de la puerta de cada una de las salas.

Es curioso que W., a pesar de lo poco que sabe de contar y de leer, haya aprendido a orientarse con tanta rapidez en ese mundo tan minuciosamente cuadriculado de etiquetas de números y letras; quizá sea porque la vida militar, que después de tantos años conoce tan bien como la mano conoce las costuras del guante, se presenta aquí libre de todo lo que, en otras condiciones, aturde los sentidos, libre del hedor, del moho, de los aullidos del hambre y de la miseria.

Pero es el mismo mundo: las mismas reglas y el mismo aparato.

Entre las tareas de W. se cuenta el ocuparse del material devuelto y por tanto localizar el pedido original y marcar como entregado, en un diario específico, cada utensilio retirado a cambio de un recibo, indicando la hora y la fecha en la última columna del margen. Que se extravía algún objeto, se redacta un informe. Que se entrega algo dañado o inservible, hay que ocuparse de la reparación, si bien no antes de haber escrito un informe con una descripción detallada del desperfecto y de cómo se ha producido (si es que fuera posible) y también ese informe debe llevar la firma de Bogeschdorfer o de algún mando por él autorizado, antes de enviar el objeto dañado al taller de reparaciones. Y en tanto que el pálido Wallentini lo obliga a correr de aquí para allá con documentos y piezas diversas (todo ello mientras Pfeiffer se dedica sobre todo a departir con los jóvenes reclutas), cae en la cuenta de que por más que el ejército sea la principal avanzadilla del orden divino en la tierra, y por más que no consientan que nada pase inadvertido al vigilante ojo de pez de Bogeschdorfer, siempre habrá algún objeto menor que se extravíe, alguna prenda suelta, alguna cosa diminuta que nadie sabe para

qué sirvió en su día, y al final resulta que W. ha reunido la colección más extraordinaria que imaginarse pueda, compuesta de un casco abollado, un penacho, un cuello con sus ribetes, la hebilla de un cinturón, un trozo suelto de la correa de una cartuchera y unos cuantos botones sobrantes, de distinta forma y color. Todo lo guarda él en una cajita al fondo de uno de los almacenes. La caja tiene el tamaño justo para que quepa en ella un par de botas, pero él ha tenido la precaución de ponerle una chapa con un número, chapa que también parece haberse extraviado de algún sitio. «3.1.80», se lee en ella, lo cual coincide —¡debe de ser una señal!— con su fecha de nacimiento. Aunque, ¿dónde se encontrará la chapa correspondiente, la que indica en qué lugar debería estar la caja con todos los tesoros?

Así es como, un buen día, da con la hoja de sable rota.

La encuentra en el fondo de una caja llena de objetos desechados que le han pedido que revise y que registre minuciosamente. Solo está el extremo de la hoja, partida transversalmente con un corte limpio, y tiene más o menos la misma longitud que su antebrazo.

¿Cómo se repara una hoja de sable partida en dos?

Bajo la inspección de Wallentini, dedica un rato a revisar la lista de los puños de sable entregados. Pero solo en apariencia. Con el pensamiento ya está dando vueltas a cómo conseguirá añadir la hoja de sable a sus tesoros; es excesivamente larga para caber en el fondo de la caja.

Aunque, ¿cómo iba a contarle todo eso a Clarus?

Sería tanto como confesar un robo.

¿Y cómo va a explicar que por las noches se sienta junto al cabecero de la cama que comparte con Vitzthun, el soldado de la guarnición, y que con los retales sueltos que ha encontrado en la intendencia ha empezado a coser lo que en principio estaba pensado como una cobertura para la hoja rota, pero que cada vez se parece más a una funda o quizá más bien a un envoltorio que tendrá que revestir por dentro con restos de piel para que la afilada punta no atraviese la tela?

¿Y cómo podrá explicar que desde entonces lleva encima a diario la hoja rota, colgada de la funda?

También Vitzthun, su compañero de cama, pasa las solitarias noches cosiendo, y mientras están ahí sentados tranquilamente cada uno en su lado de la cama, Vitzthun le cuenta que, los fines de semana y los días de fiesta, suele servir como tamborilero en la orquesta de música de la compañía de guardia, y le dice a W. que tiene que pasarse por allí un día a ver el desfile. Es un espectáculo impresionante.

¿Y cómo va a explicarle a Clarus que un domingo se encuentra allí, en la Marktplatz, entre cientos de personas, viendo cómo pasa la orquesta con las flautas y las trompetas, y Vitzthun le hace un guiño mientras camina en último lugar con un tambor enorme colgado del pecho, *pom-pom-porrón;* pero la mirada de todos (incluida la de W.) se dirige al tambor mayor que va en cabeza y que, levantando muy alto las rodillas y con un bamboleo extraño al caminar, hace girar entre los dedos la larga baqueta de tambor mayor, jugando tranquilamente como si no fuera más que una simple varilla de madera.

Y aunque el tambor mayor no se parece en nada a Böttcher (que tiene bastante más edad y una complexión más robusta), W. se figura que tiene que ser Böttcher, o por lo menos Böttcher bajo alguna forma, y luego Vitzthun le explica con una simple rama cómo da el tambor mayor aviso a los músicos manteniendo la baqueta con la bola del extremo hacia arriba o señalando al frente. Si la bola señala al frente, está indicando el sentido de la marcha, y si la orienta hacia arriba, es un aviso para que los músicos se acompasen al ritmo.

Curioso, piensa W., que todo el mundo pueda mantenerse unido con tan solo un movimiento de la baqueta.

Pero, ante todo, lo tiene fascinado la espada de los desfiles que el tambor mayor lleva en un astil, y puesto que Vitzthun guarda la llave del almacén de la orquesta, W. le pregunta un día si no podría verla de cerca. Vitzthun dice que nada más fácil, siempre que tenga cuidado; y con un potente movimiento que abarca todo el cuerpo (cabeza, brazos, hombros) empieza a sacar W. la larga espada de la vaina y sostiene la hoja afilada y reluciente de modo que resplandece a la luz que se demora pálida en las ventanas del barracón, y repite el movimiento tantas veces que es como si siguiera sosteniendo la espada incluso mucho después de que Vitzthun la haya devuelto al almacén, y a Vitzthun le dice que él sabe que tiene una misión, y Vitzthun le pregunta con su vocecilla, ¿y qué misión es, Woyzeck?, y él: Dios no me lo ha desvelado aún, pero algo hay, estoy seguro, y se tumba a los pies de la cama y le habla a Vitzthun de todas las señales extrañas que ha visto, de las líneas de la bóveda celeste que antes había tomado por signos masones, pero que ahora piensa que Dios que está en las alturas sostiene en la mano la baqueta de un tambor mayor y golpea con todas sus fuerzas hasta que la base del cielo empieza a sangrar, y que la luz que así se produce es la sangre de Dios, y que cuando los días se suceden uno tras otro en realidad es la sangre misma de Dios que cae del cielo en forma de luz.

Y así continúa el desfile: día tras día el báculo de Dios va moviéndose arriba y abajo, adelante y al lado, y la lluvia de sangre no deja de caer jamás. Hasta que unos ronquidos sordos procedentes del cabecero de la cama ponen de manifiesto que Vitzthun se ha dormido.

¿Y cómo podrá explicarle a Clarus que, cuando por fin llega la respuesta de la comandancia de la ciudad, no es una mera negativa como otra cualquiera? El alférez que le ha entregado la misiva dice que es una negativa clamorosa. Que además, él mismo ha acudido con algunos de sus hombres para estar presente cuando W. reciba la noticia, y aunque el sello ya esté roto, la carta abierta y leída, puede que incluso varias veces, tiene que plantarse allí delante de un nutrido grupo de gente con cara burlona y fingir que abre la carta ya abierta, saca la cuartilla y lee…

Vamos, ***léela,*** dice el alférez animándolo.

Pero, precisamente: W. no es capaz de leer, no solo porque las palabras y las frases que hay en el papel se confundan y se mezclen ante su mirada perdida, sino porque le tiemblan tanto las manos que apenas es capaz de sostener la cuartilla delante de la cara. El alférez se la arranca de las manos, pero en lugar de leerla en voz alta (algo que todos los presentes en el almacén, incluido el ojo de pez de Bogeschdorfer, esperan que haga), da un chasquido juntando los tacones, se adelanta y anuncia:

> Ha llegado a nuestro conocimiento que Woyzeck ha solicitado destino en la guardia urbana. Sirvió en el ejército prusiano y mecklenburgués, dice, mas no ha sido capaz de aportar ningún documento que acredite que se licenciara, pues nunca se alistó. Desertar, huir y escapar cobardemente es lo único que ha hecho en toda su vida. Si creía que aquí hallaría un último refugio, ha cometido un error mayúsculo.

Por favor, faltaría más, dice el alférez, arruga la carta y la arroja como si estuviera infectada. Tienes el día de hoy para recoger tus pertenencias y largarte de aquí.

Va a ver a Johanna ataviado con lo que le queda de las galas robadas. Con el casco abollado en la cabeza, los galones en los hombros y la hoja de sable rota balanceándose en la funda de tela. De eso no le cuenta nada a Clarus, lógicamente. Porque ¿cómo iba a decirle nada del sable, si en ese momento no recurrió a él? Señor Clarus, ya llevaba encima la hoja, pero no sabía que la tenía.

El colmo de la necedad, diría Clarus.

Lo mismo que dice siempre que W. no da la respuesta obvia o esperada a todas sus preguntas.

Es a la caída de la tarde. Reina una luz extrañamente clara, sin sombras, verdosa, como de cristal de botella. Si hubiera llevado una cota de malla o un arnés le habría brillado el pecho como revestido de plata. Ahora apenas se lo ve ahí en la penumbra sin sombras junto al portón de la fundición de Warneck. Un par de niños pasan corriendo sin reparar en él, un coche se detiene ruidosamente delante de la puerta contigua. De la posada sale un puñado de hombres dando traspiés, pero aunque alguno que otro lo reconoce sin duda, ninguno se para a conversar con él.

Se queda ahí inmóvil, como el centinela del destino en el que ha decidido convertirse.

Y entonces empieza a calmarse el alboroto en el mesón, al rumor de voces lo sustituye el ruido monótono de los platos, y la puerta del patio no tarda en abrirse y Johanna sale con un cesto de platos y cubiertos apoyado en la cadera. Ella no lo ve, sino que se vuelve de modo que queda dándole la espalda y grita algo con voz tosca hacia el interior del restaurante antes de ponerse en marcha en dirección al robusto fresno.

Entonces se para. Y a él se le ocurre de pronto que seguramente ella lo verá como el ayudante de tendero Bon cuando apareció en plena calle con un puñado de tintineantes monedas. Como un espejismo o como un fantasma.

¿Tú…?, dice Johanna.

Luego empieza a reír. Con una risa llena de incredulidad al principio, después se vuelve cada vez más hueca e inexpresiva.

¿Qué pintas ahí haciéndote el interesante? ¿No te he dicho ya que te largues?

Y la mirada que ella le clava, una mezcla de incredulidad y burla. Para anular esa mirada —o para salir de su alcance al menos—, agita el brazo en el aire y la golpea sin querer en el hombro. Ella da unos pasos vacilantes a un lado y cae de espaldas contra la cerca de tablones que separa el patio de las letrinas que hay enfrente de la pocilga, el cesto se le cae de la mano y los platos se hacen añicos al estrellarse contra el suelo. Él se agacha contrito para recoger los fragmentos, pero entonces aparece Johanna de pronto sobre él con la mirada como trastornada en medio de su enorme cabeza.

¡Qué haces aquí, ser repugnante…!
¿No te he dicho ya que te largues…?

Como si fuera un completo desconocido. Como si no supiera ella por qué se ha vestido de gala para ir a verla, por qué sería capaz de ir a verla una y otra vez, cada día, mientras estuviera en su poder.

Pese a todo, tiene poder.

Él lo sabe.

Y el poder es como una embriaguez, como un aturdimiento sin límite.

Cuando se incorpora, tiene el cuerpo duro y frío dentro de la cota de malla. Uno de los fragmentos de porcelana le ha hecho un corte en la palma de la mano. Siente cómo la sangre se le pega entre los dedos cuando agarra el cristal y por primera vez ve en los ojillos entornados de Johanna que tiene miedo.

Anda, Woyzeck, mira, un soldadito.

Aunque ahora no se atreve a decirle tal cosa. La que antes era tan lenguaraz se ha vuelto muda de pronto, arrastra los pies apartándose a un lado con las palmas y la espalda apoyadas contra la cerca. Igual que un insecto, piensa W. Igual que un insecto arrastra lo que le queda del cuerpo aplastado para protegerse.

Solo la mirada sigue ahí. Eso es lo que tiene que desaparecer.

Él apunta a los ojos con el fragmento de porcelana y oye a Johanna gritar y la ve taparse la cara con las manos: sangre entre los dedos, quién sabe si de él o de ella.

Luego alguien lo agarra del cuello por detrás y la voz ronca de Warneck le resopla en la nuca:

No te he dicho ya que no quiero por aquí gusanos como tú.

Al mismo tiempo, algo duro le da en el bajo vientre (una rodilla o un codo), y ahí está

Johanna, a su lado. Primero le rodea con los brazos el pecho y la cintura, luego, como él logra zafarse de su agarre, ella vuelve a patearle las piernas y el bajo vientre.

Y ahí se queda tirado en el suelo, con Warneck encima.

Sigue dentro de la armadura, pero el casco es demasiado pequeño. Y de la espada no queda más que la varilla que es su miembro, que se encoge en la entrepierna temeroso de la siguiente patada.

Habría podido librarse con una multa por agresión de no haberse producido derramamiento de sangre, así que le caen ocho semanas en el calabozo. Y tanto da, puesto que en la actualidad carece de techo bajo el que cobijarse.

Aunque es una época de gran angustia.

Piensa sin cesar en cómo esa rabia extraña pudo hallar acomodo en su interior y cegarlo hasta el punto de que lo único que veía era los ojos de ella. Seguro que se los habría sajado y arrancado de cuajo si el señor Warneck no lo hubiera detenido en el último instante. El calderero Warneck es hombre furibundo y mezquino, cierto es, pero W. debe estarle tremendamente agradecido pese a todo. Así como a cuantos solo pensaban en su bien: la viuda Knobloch, que le cedió su cuarto, al igual que el vendedor de periódicos Haase y su mujer, y el teniente Pfeiffer. Y cuán imposible se puso él con ellos siempre. ¿Es que no hay lugar en la tierra donde pueda hallar sosiego, lejos de esa angustia horrenda que lo destroza y lo arrastra?

Y al final lo sueltan otra vez. Curiosamente, le permiten retirar con el recibo todos los objetos robados. El casco, el cuello ribeteado, el penacho y la hebilla, incluso el pañuelo de tela en el que llevaba envuelta la hoja de sable. Con esos objetos recorre la ciudad como una ruidosa figura mendicante. De vez en cuando, a fuerza de insistir, consigue una limosna o un poco de dinero prestado a corto plazo. Alojamiento, en cambio, o un sitio donde dormir, se le niega dondequiera que va y por lo general tiene que conformarse con dormir al raso.

Un día, sin embargo, la Providencia está con él. Ve casualmente un anuncio de que se alquila cama en casa de una tal señora Wittig, en Ritterstrasse. Llama a la puerta y solicita que lo reciban. Por desgracia, resulta que la casera, la señora Wittig, yace en su lecho de muerte. Su hija alquila una cama en el cuarto de la moribunda con la idea de sacar dinero para el entierro. Y no puede cuidar de su madre personalmente, pues debe trabajar y ganar para pagar techo y comida; resulta, pues, que solo hay un cuarto y, si quiere un sitio donde dormir, le dice, tendrá que avenirse a compartir habitación con la moribunda.

La señora Wittig yace como si ya estuviera en el ataúd: boca arriba, en una cama estrecha de

más y con los largueros muy altos. Los primeros días apenas se nota su presencia, pero una noche la oye hablar con una voz muy potente que difícilmente podría ser la suya: *otra* voz, de naturaleza similar a la que surgió de él mismo en el desván del vendedor de periódicos Haase y que después lo dejó como vencido por la parálisis hasta que Johanna llegó por fin.

El discurso de la mujer se prolonga varias horas. Tiene la voz luminosa y clara, usa palabras correctamente formadas, pero cuyo significado se le escapa, como si hablara en una lengua que le fuera del todo ajena. Cuando, hacia el amanecer, osa acercarse al lecho de la moribunda, ve que la cara le suda profusamente, pero que, por lo demás, no se mueve y tiene los ojos cerrados como si se hubiera entregado a un profundo descanso. Solo las mandíbulas y la boca se mueven, diríase que contra su voluntad, para dejar salir el sonido incomprensible de su voz.

Al cabo de un par de horas cesa el discurso. Mas, como si de verdad hubiera entrado en la estancia algún elemento extraño, ha surgido un olor pestilente allí dentro. Un olor como a cadáver y a algo más: algo amargo, punzante, que se extiende por la garganta como una picazón. Cuando la hija va a verla hacia la hora de la cena, él le cuenta lo que ha ocurrido durante la noche, y ella le dice que no puede faltar ya mucho tiempo. Sin embargo, cuando él le asegura que no es capaz de pasar más tiempo en el cuarto de la moribunda, la hija le exige el pago por los días que faltan para que se termine el plazo que, a decir de ella, habían acordado, y entonces él no se atreve a marcharse.

Transcurren otros dos días. Luego aparece un hombre mayor con una levita negra que, según comprende W. al cabo de un rato, es un médico al que ha llamado la joven señora Wittig. El médico se inclina unos instantes sobre la cabecera de la cama, se aparta luego sin haber abierto siquiera el maletín ni haberle dicho una palabra a W., que ha vuelto a quedarse solo en el cuarto con la moribunda.

Esa noche la pasa la mujer en silencio, pero en cambio él sueña unos sueños muy vívidos. Por primera vez en mucho tiempo ve en sueños a su hermana. Baja cabalgando por la larga ladera de hierba que conduce al río Memel y, aunque es una niña y los pies ni siquiera le alcanzan a los estribos, ha logrado adquirir una cabeza mayestática. Grande y blanca como la de una reina, con el pelo cubierto por una corona y un velo hecho con la gasa más delicada. Y: *El Caballo*, le grita a través del sueño. Es como si creyera que él no puede ver con claridad, puesto que está dormido. Como para darle indicaciones, tira fuerte de una de las riendas y consigue que el animal dé la vuelta. Y entonces él reconoce con claridad las ancas redondeadas, de un brillo reluciente. Es El Caballo. El caballo muerto y resucitado, el caballo devorado y prácticamente roído hasta los huesos pero en todo caso resucitado entero e incólume. Su hermana suelta las riendas y El Caballo baja la cabeza hacia el suelo y pasta mientras el agua del río pasa fluyendo a una velocidad tal que es como si pensara llevarse por delante no solo las orillas invadidas de breve césped, sino también los árboles y los sembrados y los campos de alrededor, también el cielo, con ese sol de brillo mate, quiere arrastrarlo

consigo, y él empuja apoyándose en el colchón con las dos manos y se incorpora con dificultad en medio del fragor de todo lo que arrasa al pasar.

¿Y será verdad?, piensa.

Solo cuando estoy *fuera de mí* soy libre.

Cuando se despierta, la luz entra a raudales por la ventana, cuyas cortinas han abierto, y en la luz ve que la joven señora Wittig ya se encuentra en la habitación. También está el médico con su oscuro atuendo, y los dos se vuelven hacia él y le confirman lo que él ya ha intuido. La anciana señora Wittig ha muerto. El señor Woyzeck es libre de irse cuando quiera, dice la hija.

Eso sucede en primavera. De nuevo deambula por ahí sin encontrar ni casa ni trabajo. También el hedor a muerte lo sigue allí donde va. Le es imposible librarse de él. Tal vez cuando se encuentra en un camino o en campo abierto, pero en cuanto se encierra en un cuarto, vuelve el mal olor. Al igual que esa voz tan basta. Ahora ya no sabe de quién es ni con qué palabras habla dentro de él: si procede de la señora Wittig, aunque esté muerta, o si procede del interior de él mismo. En su desesperación, va otra vez a ver a Haase, que se conmueve al ver el estado tan lamentable en que se encuentra y le permite que vuelva a pasar unas cuantas noches en el desván.

Entonces se produce algo así como un milagro: Johanna vuelve con él.

Su sonrisa es la misma. También los movimientos del cuerpo, las manos al tocarlo. La única diferencia es que ahora el olor a muerto está en la habitación.

También en Johanna hay algo parecido a una muerte. Es como si le hubiera desaparecido toda la sangre de la cara. Al igual que la tosquedad de la piel, que tampoco está. Parece recién lavada y limpia. Incluso en los ojos aprecia cierta claridad. Ya no lo esquiva ni lo rehúye con la mirada.

Cuando abre la boca para dirigirse a él, su discurso es pálido, inmaterial, aunque inteligible. Le dice que está triste porque lo ha tratado mal, y que se habría portado de otro modo de no haber sido por su madre, la viuda Knobloch, y por el irascible Warneck y por Jordan, claro. Todos la habían prevenido contra él. Ahora ya sabe que él jamás quiso hacerle daño, aunque a veces sufriera raptos de cólera. Asegura que ha pensado muchas veces en aquella criatura que no procedía de su semilla, cierto es, pero que él quería como si fuera suya.

Eres un buen hombre, Woyzeck.

Cuando le dice esas palabras él advierte cómo se le ilumina la sonrisa desde dentro, aun contra su voluntad.

Empieza a mover el tronco rápidamente, ya a la derecha, ya a la izquierda, como si fuera incapaz de decidirse por la postura que debería adoptar para impresionarla y aparecer al mismo tiempo sumiso y digno.

Ella lo toca, y luego le dice que ha llegado a sus oídos que quería ser soldado de la guardia urbana de la guarnición. Él no la reconoce al ver la sonrisa muerta que le dirige en ese momento. Y entonces le dice lo que, ahora lo comprende, ha tenido en mente en todo

momento:

Si no se habrá cruzado en el cuartel con un soldado que se apellida Böttcher.

Uno con el que ella iba antes, pero que ahora ha empezado a difamarla y a decir cosas horribles de ella.

Tiene que contarle lo que Böttcher haya dicho de ella.

La sensación de querer mostrarse digno de sus atenciones se esfuma. De pronto, la tiene demasiado cerca y quiere apartarla.

Pero ella no se deja apartar, sino que sigue tocándolo y mirándolo con esa sonrisa tan fría. Y hay algo inmóvil pero al mismo tiempo duro e implacable en lo que las manos de Johanna quieren ahora. El resto de su cuerpo también lo quiere, una vez que las manos han llegado adonde pretendían. Un deseo que también es totalmente frío, porque es el miedo el que le otorga rostro y voluntad. La ve impaciente, no puede contenerse ni esperar, porque entonces el miedo puede alcanzarla. Y quizá el miedo le dé a él también un cuerpo, al principio rígido como una armadura. Pero las manos de ella ya no tienen cara interna, no hay mirada, no hay labios; solo esa respiración jadeante, como si viniera de un animal enorme, mientras un olor agrio a sexo la rodea tirante y afilado como el sudor. Y al final, cuando toda esa tensión cede, se queda tendida en el suelo con el blanco desnudo de los ojos mirando directamente al frente como los de un animal, con la cara empapada de llanto.

Él se queda sentado, aislado y miserable de tan incapaz.

Hasta que ella se levanta al fin. No quiere mirarlo a los ojos, pero ahí está de nuevo esa sonrisa fría de antes. Y esas palabras, igual de frías:

Si de verdad quieres verme otra vez, podemos concertar una cita para el sábado.

Si la traición hubiera tenido lengua, sería esa la que habría hablado.

¿Cómo dar cuenta de una vida? ¿Acaso como un movimiento de origen desconocido en dirección a un final cada vez más predecible y cada vez más claramente discernible? Pero su vida no se deja representar así. Nunca se ha desarrollado hacia delante en una sola dirección. Más bien se diría que hubiera avanzado a breves tramos inseguros, para luego replegarse de nuevo sobre sí misma, como cuando doblamos un trozo de tela: una orilla sobre otra, un borde sobre otro, una costura sobre otra. Y lo único que ha ocurrido y ocurre aún ahora es que una vez más le dice al consejero Johann August Clarus lo que ya le ha dicho varias veces. Aunque a Clarus no le interesa lo que se repite o se convierte en un patrón. Él quiere respuestas sinceras y los sucesos expuestos en un orden claro y distinto, por favor. La hoja de sable tuvo que procurársela en alguna parte, ¿no? Y puesto que el encausado, según él mismo confesó, no tenía ni un *groschen* en el bolsillo, solo cabe concluir que o bien alguien se la dio o bien él consiguió cambiarla por otra cosa. ¿O tal vez la robó sin más? En tal caso, ¿a quién se la robó y cuándo? Además, la hoja estaba partida, de ahí que tuviera que procurarle algún tipo de empuñadura, ¿y cómo lo consiguió y cómo pudo permitírselo? W. empieza a dudar. Había un carpintero conocido suyo, pero era un demonio desconfiado y, por si fuera poco, tacaño: no lo habría hecho gratis ni aunque le hubiera llevado el mango él mismo. —Ya, pero W. habría podido preguntarle a Warneck, ¿no?, sugiere Clarus. —¡Eso sí que habría tenido gracia, que se lo hubiera pedido a él! —Aunque, en honor a la verdad, ese día no pensó en la hoja de sable ni una sola vez. Eso podía garantizárselo al señor consejero. Tenía el ánimo tan ligero y apacible como ligeras eran las nubes del cielo. De hecho, para ser sincero, fue uno de esos pocos días en los que no pensó en ella una sola vez. La promesa que Johanna le había hecho seguía vigente. Habían vuelto a concertar una cita. No dijeron cuándo, solo que sería en Funkenburg, en la terraza del jardín, donde solía haber baile los sábados. Aunque habría estado bien que hubieran podido concretar un poco más. Así que por la mañana, por si acaso, pone rumbo a la calderería y a El Ganso Dorado, de ese modo tan particular que tiene él de mantenerse cerca sin dejarse ver. No tarda en comprender que ella no se encuentra allí. Del mesón no se oye más que el sonido extrañamente apacible de niños que ríen y juegan y mujeres que limpian: cepillos de fregar que frotan afilados la madera o el esmalte y el chorrear hueco del agua que cae en hondos barreños. Se abre paso entre los compradores y los vendedores de Marktplatz y continúa bajando por Peterstrasse. Fuera hay gente por doquier,

también soldados de la guardia urbana con el consabido uniforme rojo y blanco. Evita sus miradas, se aparta de la calle, se escurre por detrás de los puestos del mercado y sigue un trecho por los callejones, cruza Brühl y sube por delante de la iglesia de Santo Tomás, luego sigue por Burggasse, deja atrás los altos muros de la fortaleza de Pleissenburgo, que aún arroja largas sombras sobre los adoquines. Ya en Sandgasse demora el paso a propósito. No se atreve a entrar en el portal por miedo a que le riña la señora Wognitz, la casera, y solo por la ventana que hay debajo del tejado no es posible dilucidar si Johanna está en casa o allí dentro. A la espera de que lo embargue una mayor resolución, se pone a recorrer arriba y abajo los paseos de Bosens Garten. Allí ya se han visto antes por casualidad ella y él. Va con las manos a la espalda, trata de aparentar que tiene un recado importante. Piensa en el tal Böttcher, en que es un simple soldado con uniforme de gala. Si hubiera llevado la hoja de sable ese día, ya se habría terminado tanta farsa y tanto servilismo. Saca pecho mientras camina, pero cuando quiere imaginar cómo debería haber actuado con el tal Böttcher, se le queda la mente en blanco. En todo caso, es demasiado temprano para encontrarse con ninguna pareja paseando bajo los árboles. En uno de los senderos de los jardines hay una niña y un niño jugando a la rayuela, niños de gente pudiente, se ve a la legua, con ropa elegante y botas con lengüeta y cordones de verdad. Una mujer mayor que debe de ser su niñera tiene a su lado en el banco una cesta llena de madejas de hilo y de ropa que coser. Él se sienta en el banco de al lado, con la cara mirando al sol. Durante un buen rato, no piensa en nada. Luego cae en la cuenta de que es posible que Johanna se haya ido ya a Funkenburg. No es demasiado pronto para ir allí. La luz arde, aunque las sombras aún son espesas. Le arde en la coronilla, en lo más alto, donde más escaso es el pelo. La pelusilla, el pelo de niño pequeño, como lo llamó ella. También el alma tiene ahí su punto de apoyo externo, se dice. Justo en el cuero cabelludo, en la línea de ensamblaje que separa el mundo caótico y estremecido que hay fuera de la bruma de sueños incomprensibles y de sombras que él lleva en su interior. Se pregunta si los hombres que tienen alma por definición deben ser buenos, puesto que el alma es un don de Dios. A menos que el hombre no haya caído en manos de unos seres demoníacos. Pero Johanna le ha asegurado que él es un hombre bueno y honrado. Seguro que pensaba en la criatura que llevó a Stralsund con la señora Thiessen, una criatura que bien es verdad que no era de su carne y de su sangre, pero con la que él tanto se había encariñado pese a todo. Piensa en cómo se le empañaron los ojos a Johanna cuando él se lo dijo. Eres un hombre bueno y honrado, Johann, le dice otra vez, y no acaba de pronunciar esas palabras cuando Johann Christian Woyzeck, el pobre infeliz que fuera soldado de infantería, con un casco estrecho de más y un miembro viril diminuto, se transforma en el Rey Woyzeck, el noble que avanza por el parque a paso lento con la sonrisa a punto para todos los que ve al pasar. A buen ritmo recorre luego el largo camino hasta Funkenburg. Naturalmente, aún es demasiado temprano por la mañana, la banda de música no ha aparecido todavía, las sillas y las mesas están cubiertas de una película pringosa de polen que ha caído de los tilos del paseo. Pero aquí y allá, junto a la posta que hay

cerca del restaurante y de la escalera que lleva al antiguo lavadero, han empezado a reunirse unos hombres. Son huraños, no aptos para el trabajo, tratan de ocultar el hecho de que no tienen nada que hacer hablando tan alto como pueden. Él oye sus voces resonar detrás de la blanda película de luz solar, de aleteo de hojas y de sombra. El maestro cervecero Gottschling ha venido, y desde El Ganso Dorado también han acudido Kloos y Binder, los dos hombres del calderero Warneck, y Bon, claro está. Las monedas van pasando de mano en mano… ***se diría que está buscando a una mujer en concreto, Woyzeck…*** unas risas duras quedan suspendidas en el aire antes de que la segunda salva de voces estalle y resuene a su espalda… ***será la tal Johanna la mujer por la que suspira…*** y otra oleada desbordante de carcajadas… ***esa ramera no está aquí, anda por ahí en otro sitio…*** y si fue entonces cuando ocurrió lo que luego le contaría a los dos agentes de policía (y también a Clarus), que fue como si la mano de un gigante lo agarrara del pecho y lo lanzara por los aires. Aunque puede que no sea del todo correcto, dice luego. Me sentí más bien como si el suelo se desvaneciera y estuviera flotando en lo que yo creía que era el aire pero que no era aire, sino que más bien parecía una sustancia de otra naturaleza. No duró más que lo que tarda el ojo en parpadear, pero a mí se me antojó una eternidad. ¿Me comprende, señor consejero? Y cuando volví en mí fue como si nada hubiera ocurrido. El temblor de sombras que el lento vaivén de las copas de los árboles arrojaba sobre las mesas y los senderos de grava que discurrían entre la taberna y el lavadero eran los mismos, al igual que el veloz revoloteo de los pajarillos en las copas de los árboles. Bon y los demás hombres que se habían reunido en la escalera del lavadero en penumbra están de espaldas, sin preocuparse de aquel al que acababan de vituperar. Solo queda esa presión convulsa en el pecho, esa fuerza de atracción de vértigo cuando el suelo desapareció bajo sus pies y una voz que decía (¿fue en ese momento o más tarde?): ***esto tiene que acabar,*** y entonces (¿lo dijo en voz alta o solamente lo pensó?): ***no,*** y otra vez la voz: ***esto no puede seguir así***, y él: ***no,*** y otra vez la voz: ***mátalos, mátalos de una puñalada sin más, tú eres capaz,*** y se sintió como ebrio de sangre, con la sensación de que de pronto corría prisa, de que debía encontrarla, debía encontrarla y ***salvarla*** antes de que fuera demasiado tarde, antes de que ocurriera algo ante lo cual ninguno de los dos pudiera resistir. Si alguien, entonces o después, le hubiera preguntado si sabía lo que hacía en ese momento, no habría podido responder o solo habría podido decir que se vio transportado rumbo a algo que estaba decidido desde hacía mucho tiempo y que él no podía cambiar, como tampoco podía cambiar nada de lo que hubiera ocurrido en el pasado. Tiene el vago recuerdo de que ella le ha dicho que a las cuatro. Pero ¿cuándo se lo dijo? Lo más probable es que no le haya dicho nada concreto. Lo más probable es que ni siquiera le haya dicho que ***van a verse,*** sino solo que podían verse, si él quería. Una promesa imprecisa, a medias, sin compromiso, en todo caso, que no le da indicación alguna de adónde dirigir sus pasos. Pero ahora tiene que saberlo. Tiene que encontrarla. Hay una urgencia que no se ha dado con anterioridad a lo largo del día, que ha pasado en un estado de vagancia y de pereza ahora incomprensible.

Cuanto lo rodea ha adquirido súbitamente cantos duros, disuasorios: edificios, personas de las que él, como un perro temeroso de los golpes, huye corriendo antes de que se le hayan acercado siquiera. De ese modo sale sin querer de la sombra que arrojan árboles y fachadas y camina a la plena luz ardiente del mediodía. Es como si tuviera una campana en la cabeza, y dentro de la campana retumba sin cesar la luz. Se lleva las manos a la cabeza para evitar que la luz traspase la fina capa de pelo y le corte el cuero cabelludo como una navaja de afeitar de modo que todo lo que se desmorona dentro de él salga a la luz. Pero de pronto es como si le hubieran arrojado un cuenco de agua refrescante en la cabeza achicharrada. Cesa el estruendo del repicar de campanas. Se encuentra de pie en la penumbra de la bóveda de piedra que conduce al taller del carpintero Weprich. Conque al final sus pasos lo han traído ***aquí,*** pese a todo. Tal como ya le ha dado a entender a Clarus, adonde él se dirigía todo el tiempo era al taller del carpintero Weprich. Solo que hasta ahora no se había percatado de lo tarde que era. Ya es media tarde, una hora del día apaciguada, como encerrada en sí misma. La luz del sol se extiende como si se inclinara hacia todos los objetos, largos contrafuertes de luz dentro de los cuales enjambres de insectos diminutos vuelan de aquí para allá a sacudidas. El obstinado canto cortante de los grillos en el interior del césped que rodea el excusado, casi negriazul de tan frondoso. La puerta del taller del carpintero es un agujero que se abre en la luz y continúa en nada. Oye resoplar a un caballo en algún sitio cercano, pero en el patio no hay caballo ni coche. En realidad, el carpintero Weprich está sentado comiendo en la cocina. Oye el ruido de los platos, el zumbido espeso de las moscas cerca de la ventana abierta que se interrumpe súbitamente; luego, igual de súbitamente, se reanuda; el arrastrar de las patas de una silla que empujan hacia atrás, unos pasos que caminan por un suelo que cruje. Pero no voces. Un perro lanudo se levanta de su cama en sombra y se dirige a él balanceándose cuando se acerca a la puerta, luego se aparta como presa de un hastío repentino. Él se queda de pie en la puerta sin atreverse a entrar hasta que vuelve a oír que el carpintero se levanta en la cocina y grita ***¡no te quedes ahí escondido, hombre, acércate!*** Aunque todo eso no se lo puede decir a Clarus, naturalmente. Entonces podría parecer que fue en busca del carpintero intencionadamente. Y no fue así, sino que fue el carpintero el que le arrebató de las manos el paño con la hoja, ***¿qué es lo que tienes ahí…?,*** mientras dos niñas a las que no había visto antes pasaron corriendo por delante de él en dirección al patio, seguidas del chucho peludo que se había despabilado de pronto, ***ajá, necesitas la empuñadura,*** y entonces el carpintero y él salen al patio detrás de las niñas. Weprich se agacha para pasar bajo las vigas de la puerta del taller y tantea en la oscuridad en busca de distintos puntos donde agarrarse, encuentra algo en un cajón, sujeta la hoja en un yunque, encima del banco del torno, y empieza a golpear con un mazo para introducir la hoja en la madera, y mientras el aporrear sordo pero rítmico del mazo resuena en el patio y por la calle ya entre sol y sombra, al otro lado de la bóveda de piedra juegan al pillapilla las dos niñas del carpintero en la espesa hierba delante de los retretes. Van muy bien vestidas aunque solo es sábado, y llevan un gorrito con cintas en la cabeza, un precioso cuello

de encaje y falda corta primorosamente cosida, con su delantal. Las ve correr y adentrarse cada vez más en el jardín, hasta que solo se les ve la cabeza por encima de la hierba. ***Estamos de celebración, Woyzeck; ¿no te vas a quedar un rato a tomarte un vasito por lo menos…?*** Él le da las gracias con unas palabras vacilantes, no, no puede ser, ha acordado ver a otra persona. Pero por el camino de vuelta entra en una taberna y pide medio vaso de aguardiente. Al abrigo del tablero de la mesa saca la hoja del paño donde la lleva envuelta y prueba a agarrar la empuñadura. La empuñadura está hecha con un taco de madera de roble anguloso pero bien lijado. No pesa, pero la nota un tanto basta en la mano al cogerla. Ni mucho menos como él se había imaginado el mango de un puñal. Pero mejor así, le dijo Weprich, así podrás agarrarlo con más firmeza. Rodea el puño con los dedos. Tienes unas manos preciosas, le dijo Johanna la primera vez que la vio de verdad en la barbería del señor Knobloch. Como las de un niño o las de una muchacha. Ahora en cambio esas mismas manos se han vuelto nudosas y desfiguradas, con zonas muertas allí donde arraigó la escarcha y las uñas duras y resquebrajadas. Pero aún queda un toque infantil liso y desprotegido en la espiga de líneas que hay en el centro de la palma. Ahí siguen aún todo el contacto, todo el deseo y el dolor, las caricias encogidas como animalillos a la espera de que las despierte otra mano, y solo se precisa el más leve roce con un dedo en los nudillos o en la cara interna de la muñeca para que los músculos relajen la tensión y es como cuando se derrumba una barricada. Uno nunca lo sabe de antemano, nadie sabe si lo que empieza como una caricia terminará como un golpe o si el golpe se convertirá en su contrario. La palma de la mano y la cara interna y sin piel de los dedos, precisamente esa parte de la mano que con más fuerza agarra la empuñadura, es también la más desnuda y desprotegida. Cierra y abre la mano, ve cómo se cierra y se relaja diríase que por voluntad propia; como un corazón que palpita o como el pulso que sintió firme latiendo en lo más hondo de su seno cuando la penetró: como si hubiera una mano infantil que se abriera y se cerrara allí dentro también. Un invierno entero estuvieron esas mismas manos que ahora sostienen la hoja de sable dando forma de pájaro a un trozo suave y moldeable de madera de álamo, lijando el fino cuello para redondearlo, y luego le dio color por capas, hasta que el cuerpo de madera quedó reluciente. Eso fue en Barneck, cuando él estaba al servicio del consejero Hornig. El pájaro más bello que haya contemplado un ojo humano, adornado con plumas de madera pintadas que él había ido encajando una tras otra, hasta que formaron un plumaje parecido al natural, la cola de plumas podía incluso desplegarse tirando de un cordel. También en esa ocasión estaba el jardín lleno de niños pequeños; se habían quedado inmóviles, diseminados aquí y allá, con la alta hierba negra que les llegaba por la cintura a los más pequeños. Y a la sombra del paseo de tilos se habían parado a mirar asombrados los sirvientes, las mujeres con el faldón del delantal recogido en el pecho, todos aguardando con expectación a que la señorita Schindel saliera a la escalinata de la casa del cardador Richter para recibir el celebrado regalo. Y ahí está ahora en la puerta entreabierta esa ramera, sonriendo a todos menos a él, y él le dice ***cógelo, tócalo, es muy bonito,*** y ella

(pero antes de que alcance a pronunciar esas palabras, él mismo se las quita de la boca): ***PERO ESO NO ES UN PÁJARO,*** dice él con la voz de ella, y golpea con fuerza la mesa con el dorso de la mano ***¡YA LE DARÉ YO PÁJARO!,*** hasta el punto de que los ancianos que hay sentados unas mesas más allá se encogen asustados en el banco y el tabernero vuelve la cara furioso desde detrás del mostrador. Tiene que serenarse. No puede dejarse llevar. Ahora posee algo muy valioso, no puede permitir que se le vaya de las manos. Se ríe un poco de sí mismo y vuelve a agarrar el puño, lo aprieta y afloja; y cuando vuelve a salir a la calle, la ligera embriaguez que sentía se ha transformado en una claridad aún mayor. La tarde también ha adquirido más espacio, las sombras son más profundas y las voces de las personas, el repiqueteo de las caballerías y los coches contra los adoquines le llegan todos en ecos prolongados. Él mismo se mueve como en una acusada ralentización. No tiene que pensar ni que averiguar adónde se dirige. Los pasos discurren por sí solos, como si también ese camino estuviera predeterminado desde hace mucho. Primero pasa por delante del taller de Warneck para ver si ha vuelto al mesón. Pero en el patio que hay delante de la herrería ha cesado toda actividad, tan solo las gallinas siguen cacareando insistentes al otro lado de las letrinas como si fueran conscientes de algo. También en la calle de Sandgasse está cerrada la ventana debajo del tejado, y tras las cortinas no se aprecia el menor movimiento. Ahora por fin se da cuenta de que puede que ella no haya estado en casa en toda la noche. Y tampoco ha podido estar en casa de su madre, puesto que no la ha visto ni en la entrada del mesón ni en el patio de Warneck. La pertinaz desazón que siente en el cuerpo lo empuja de nuevo a Funkenburg. Ahora hay mucha gente que se dirige allí, jóvenes parejas vestidas de domingo, grupos de muchachos que ya están ebrios. Él ya ha estado por allí hoy. Y se ve obligado a saludar a algunos. Saluda con movimientos amplios, demasiado exagerados, como para demostrar que él también ha ido allí a divertirse, incluso da un palmetazo en el borde de una mesa y pide otra media jarra de aguardiente. Pasan cerca unos hombres que arman alboroto. Aquí y allá hay grupos de jovencitas que fingen estar conversando animadamente entre sí al mismo tiempo que miran de reojo por encima del hombro para ver quién viene y va. Hasta que empieza a acentuarse la noche. A su alrededor se agolpan personas y sombras. Se diría que la oscuridad cobra cuerpo, cálida por fuera, blanda por dentro. En el escenario los músicos empiezan a sacar los instrumentos. Con un ramillete de jarras de cerveza en la mano derecha se abre paso la mesonera avanzando de lado entre las mesas al tiempo que hace señas con la mano libre a alguien que se encuentra en el otro extremo del restaurante. Entonces empieza a resonar la música con toda su fuerza, y una pareja tras otra salen a bailar desordenadamente a la pista entre abrazos sudorosos. Un gentío. Dientes negros y grises a la vista, muy blanco el blanco de los ojos. En primera fila, al lado de la barandilla baja de madera que separa el restaurante del podio donde están los músicos, el violinista se gira en todas direcciones como la veleta de una iglesia y tensa el arco como si quiera dislocar al mundo entero. Una parte de él es más grande que todo eso, más grande que la tarde que oscurece, el bullicio y todas las

sombras que se adensan. Una parte de él busca alerta a su alrededor con la mirada atenta al menor detalle que desvele la presencia de ella: una forma involuntaria pero llamativa de mantener la cabeza alta pero, a un tiempo, un poco hacia atrás; la sonrisa, que siempre parece provenir de abajo, como si tratara de mostrarse sumisa o sometida, pero que luego transforma la cara entera en una boca enorme, mientras la mirada que sale de esos ojos oblicuos no cambia nunca, sino que permanece igual de vigilante, evasiva, angustiada. Pero cuanto más se prolonga el baile más claro tiene que no irá o que ni siquiera ha tenido intención de ir. De lo contrario, hace ya un buen rato que habría aparecido. Algo ha debido de retenerla, tal vez lo mismo (la idea no puede ya descartarse por más tiempo) que le ha impedido volver a casa por la mañana o ir a la taberna, donde seguro que la han estado esperando en vano. Siente que todo lo que ha sido posible y factible a lo largo del día, cuando cualquier promesa habría podido hacerse realidad, está adquiriendo ahora la dureza de la determinación. Tiene que hablar en serio con ella. Tiene que explicarle que está yendo demasiado lejos, que si la cosa sigue así, uno de los dos terminará cayendo irremisiblemente por el precipicio. Qué precipicio, eso no lo sabe. Solo sabe que hay un precipicio en algún lugar, un despeñadero al que ninguno de los dos debe acercarse siquiera. A pesar de que no se siente ebrio en absoluto, presta mucha atención a dónde pone los pies, lo que, naturalmente, tiene como consecuencia el que se vaya chocando con la gente que, a diferencia de él, no es nada cuidadosa. ***¡Mira por dónde vas, insensato!,*** le grita uno retirando el brazo. ***¡Es él, es Woyzeck!*** Es la voz de Bon. ***¡Un perrillo que va olisqueando el felpudo…!*** Alguien le da una patada en la espinilla. Al principio cree que podrá caminar derecho, pero el gentío lo derriba y se estampa de cabeza contra el sucio suelo de madera. Por todas partes se oye el tintineo y el chirrido de las monedas sueltas de Bon. Alguien tropieza con él y cae también dando una patada furiosa con la bota. Solo con un esfuerzo extremo, arrastrándose a gatas, consigue ponerse de pie otra vez y abrirse camino entre la gente. Lo extraño es que, aunque notaba claramente la hoja de sable apretándole entre las piernas, primero cuando se cayó y luego otra vez al levantarse, no la ha tenido en mente ni una sola vez. Lo cual se esforzó mucho en explicar primero a los dos agentes de policía que lo interrogaron, luego a Clarus. Como si fueran cosa del pasado todas esas ideas de hacerse notar ante Johanna, llamar su atención o castigarla, sencillamente. Ahora se trata solo de salvarse los dos. Ve que Clarus arruga la cara con una mezcla de disgusto y repugnancia. —¿De qué?, dice. ¿Acaso crees que puede haber para ti salvación alguna? ¡Eres un miserable, Woyzeck! ¡Una alimaña insignificante! Y además cobarde, siempre escabulléndote y dando largas. Y el hecho de que ni tú mismo encuentres palabras para describir la execrable acción que tan minuciosamente planeaste llevar a cabo no hace sino aportar más pruebas de tu taimada astucia. —Aunque, ¿cuándo y dónde dio él muestras de la menor astucia? Si ante los agentes que lo interrogaron, o ante Clarus, hubiera utilizado palabras para describir lo que sentía en ese momento, habría dicho que algo se le estaba escurriendo irremediablemente, a él, a los dos, a él y a Johanna. Como cuando una mirada o

una expresión del rostro desaparece del cuerpo moribundo de una persona. No sabía qué era lo que así se escurría, solo que si aquello continuaba, ninguno de los dos podría recuperarlo de nuevo. Y en ese momento, cuando ya está dispuesto a rendirse, la ve de nuevo. Como la cosa más obvia del mundo, camina entre un grupo de personas que van desde la calle Nikolaigasse por la plaza de Rossplatz, y se diría que todas tienen en el punto de mira el mismo objetivo. Camina con la cabeza algo girada hacia un lado, como si tuviera miedo de pisar donde no debe, y de vez en cuando alarga el brazo para tomar impulso o apoyarse en algo, parece. Debe de haber cientos de personas en la plaza esta cálida tarde de sábado, pero en cuanto la ve es como si solo existiera ella, como si el resto de la masa se hubiera fundido con el gris del atardecer. Todo en ella se presenta con una claridad irreal: el pelo gris, los restos de un recogido que se ha soltado hace tiempo, el pecho, que se le hincha, pues le falla la respiración, las piernas, que tienen claras dificultades para mantener un ritmo acompasado con el resto del cuerpo, y el brazo, que alarga como para coger o apartar un obstáculo invisible, o tal vez solo sea que está borracha y tiene que apoyarse para poder caminar derecha siquiera. Sin embargo, a pesar de que dirige sus pasos hacia el otro lado de la plaza, donde está él, no lo ve. Ni cuando se encuentra a tan solo unos pasos y ya a punto de pasar de largo y él, contra su voluntad, se ve obligado a pronunciar en alto su nombre. ***¡Johanna!*** Ni siquiera entonces se detiene. Al contrario, se sobresalta mientras camina, seguramente porque ha oído a alguien pronunciar su nombre. Pero no lo ve. De nada sirve que él entre de lleno en su campo de visión. ***¡Si habíamos dicho a las cuatro!*** Ella lo mira con esos ojos saltones que asoman por debajo del flequillo, luego sigue adelante tambaleándose aquí y allá con el brazo extendido. Él corre tras ella y lo agarra como si fuera un objeto que se le hubiera caído y que él quisiera devolverle. Ella se detiene perpleja, pero no cambia la longitud del paso ni la dirección, simplemente camina de un modo algo más torpe ahora que no solo tiene que ocuparse de llevar el brazo en alto, sino también de llevarlo a él. ***Es que te he estado esperando, me he pasado el día entero esperándote en Funkenburg.*** Ahora sí que se detiene. Ella se empeña en fijar la vista en algún punto por encima de su cabeza, quizá por eso él toma conciencia de lo bajito que es, de que es media cabeza más bajo que ella. Cuántas veces no te he dicho que dejes de ir pisándome los talones todo el rato, le dice, y recupera el brazo retirándole la mano con la suya. Él se queda allí plantado. Ahora habría podido ocurrir algo. Él habría podido llamarla a gritos, o ella habría podido volverse y reírse de él, tal vez, hacer como siempre hacía antes: burlarse de él. Pero el espacio que los rodea no es ya tan amplio como para acoger ese juego conciliador. Consigue alejarse un buen trecho, otras personas que vuelven a casa se interponen de nuevo entre él y ella, y el peso de toda la espera que ya ha soportado es tal que no puede seguir de pie sin quedar aniquilado por completo. Así que se libra como puede de su indecisión y la alcanza de nuevo a toda prisa. ***Al menos deja que te acompañe a casa,*** le dice con una voz que quiere ser prueba de cierta determinación, y vuelve a agarrarle el brazo en pleno balanceo. Tampoco esta vez opone ella resistencia. Han cruzado la plaza y han doblado hacia Sandgasse.

Entonces Johanna se para de repente, como si hubiera caído en la cuenta de algo. ***Suéltame, so asqueroso, so mandria, so…,*** dice con una voz de un tono agudo tan penetrante que resuena por toda la calle. Él solo es capaz de suplicar. Johanna… Pero ella ya está entrando en el portal, y se defiende de sus intentos de agarrarla de nuevo espantándolo con movimientos bruscos. En la calle, la gente se vuelve al oírlos. Algunos se quedan mirando. Como si acabara de intuir en su persona una debilidad súbita, se emplea con él. No solo con los puños, que él trata impotente de atrapar con los suyos, sino con los codos y la cabeza, le patea las espinillas y le da con la rodilla en la entrepierna. Y si entonces echó mano del puño del sable fue porque la tenía demasiado cerca para poder contenerse, la cara también, y la boca, que despedía un hedor terrible a alcohol y a bocanadas ácidas. Se lo aseguro, señor Clarus, fue solo para que ella no alcanzara la hoja, o a lo sumo para defenderme de los golpes, y puedo asegurárselo, también hubo un momento en el que todo ese alboroto cesó, cuando ella se volvió hacia mí, me puso las manos en los hombros e inclinó la cabeza hacia mi pecho, como si quisiera pegarse a mí, se lo aseguro, señor Clarus, estaba convencido de que en ese momento se arrepintió, y de que cuando se volvió a mí fue por amor, eso fue antes de que toda aquella sangre roja y caliente le saliera por la boca, de que se me extendiera por el pecho y por la cara y por el brazo con el que la sostenía en pie;

se lo aseguro señor Clarus que en ningún momento quise
que eso era lo último que yo quería
matar a la que amaba
por encima de todo
la amaba

W.

Durante el examen del encausado (3)

extraído de un escrito del señor consejero Clarus al editor

(conclusión)

Como prueba de mi conclusión de que en el momento de la comisión del delito el criminal estaba en pleno uso de sus facultades, si bien completamente frío e insensible, puede aducirse lo siguiente:

1. *que el susodicho, a pesar de haber pasado más de tres años de cautiverio, durante el cual a. ha estado ininterrumpidamente bajo la más estricta vigilancia de su confesor, hermano de su abogado, b. ha sido presa de las más violentas emociones, c. ha afrontado un verano de un calor insólito y un invierno como mínimo igual de extremo y, finalmente también d. que la estancia en prisión ha afectado perjudicialmente a su salud (así, por ejemplo, se comprobó en el último reconocimiento que el escorbuto le había carcomido las encías), que durante ese tiempo ni una sola vez pareció haber sufrido las visiones e ilusiones que anteriormente aseguró sufrir.*

2. *que hasta los últimos días y al parecer con absoluta indiferencia se ha estado dedicando a sus trabajos de cartulina y a distribuir las limosnas estos días recibidas entre sus parientes, su antigua amada, el hijo de ambos y el maestro de este; que ha participado en los servicios religiosos habituales en tales circunstancias, no contra su voluntad, mas tampoco con convicción digna de tal nombre; que ha redactado personalmente una oración que tenía intención de rezar en el patíbulo y que, la misma mañana del día de la ejecución,*

continuó aprendiéndose de memoria; que esa misma mañana, una vez más, pidió un desayuno consistente en un muslo de ganso que ingirió con sumo apetito, aunque con la objeción de que era demasiado grande para él, y luego subió al patíbulo como quien entra en un carruaje. La razón puede buscarse en parte en su convicción de que, después de la muerte, el alma accede directamente al paraíso, del que tenía una imagen muy material, en parte con la esperanza, alimentada hasta el último instante, de conseguir el indulto, lo cual explica el propósito de que intentara prolongar todo lo posible la duración de la plegaria por él escrita, que expresó con voz sonora y gestos de una ampulosidad antinatural. Además, cabe pensar que influyera cierto honor militar *propio del soldado, cierto desprecio de la muerte, y la aversión por su propia forma de comportarse durante todo ese espectáculo.*

La celda: cada vez se asemeja más al espacio que alberga dentro de sí mismo. Las paredes llenas de arañazos; el suelo desgastado, sucio; la luz gris, uniforme, que vaga de una pared a otra y a veces se expande lo suficiente como para alcanzar el catre donde está él, pero que no es capaz de alcanzar el interior de nada. Un juego de luces indiferente: un reloj de sol y oscuridad que no mide las horas del día y la sucesión de las estaciones, sino el tiempo a través del cual va extinguiéndose su vida devastada, latido tras latido. El primer tiempo que pasó en la celda, cuando examinaba cada rasguño y cada arañazo de la pared hecho por quienes habían estado allí antes, pensaba que las paredes parecían un paisaje: con valles, colinas y campos. Ahora se da cuenta de que forman un rostro. Aunque para ver con claridad que se trata de un rostro hay que salir de la celda. Lo cual es una imposibilidad: al menos, para él. A veces piensa que es su propia cara la que se distingue en la pared. A veces piensa que es Dios, que lo mira desde dentro de él mismo.

Cuando la tarde del 30 de julio aparecen para comunicarle que han desestimado su solicitud de indulto no reacciona consternado, ni siquiera particularmente angustiado. Lo que ocurre ahora ya ha ocurrido antes. Mil veces han ido a la celda para leerle o comunicarle algo extraído de algún protocolo o para exhortarlo a que se ponga de pie y se dé la vuelta o abra bien la boca o mire a la derecha o a la izquierda, y él ya hace mucho que ha aprendido a reconocer que son ellos por los pasos y las voces en el pasillo. Aparte de Richter, el alcaide de la prisión, el abogado Hänsel, el pastor Grüber, el doctor Stöhrer y el pastor Hänsel, su padre confesor, también se ha presentado el diácono de la iglesia de santo Tomás, el pastor Goldhorn, que lo acompañará en el postrer viaje. El fiscal adjunto asiente mirando al ayudante judicial, que a su vez mira alternativamente a uno y a otro hasta que, con un ampuloso gesto que incluye estirar el cuello y carraspear largo y tendido, despliega el documento que sostiene en la mano y lee con voz solemne:

> Pillnitz, 26 de junio de 1824
>
> Decreto de Su Majestad el Rey Federico Augusto I relativo al delincuente Woyzeck:
>
> La sentencia de muerte se mantiene firme: «… con la resolución adoptada por el alto tribunal después de las dos solicitudes de indulto enviadas a su Real Majestad con fecha de 10 de agosto de 1822 y de 10 de enero de 1824, la sentencia permanece inalterada. Al Gobierno nacional compete adoptar las medidas a que hubiere lugar».

Una vez que el ayudante judicial ha terminado de leer el documento lo miran como si ahora fuera su turno de decir algo igual de oficioso. Comoquiera que no se le ocurre ninguna declaración lo bastante pomposa, se encoge de hombros y sonríe dócilmente y con fingida timidez, como sonreímos cuando nos vemos en una situación de la que no sabemos cómo vamos a salir. Los allí reunidos parecen desencantados, esperaban otra cosa; el diácono y el alcaide de la prisión ya le han dado la espalda, y el ayudante judicial hace lo propio. Sus pasos se alejan de nuevo por el pasillo y, aunque aún faltan unas horas para que la ventosa de vidrio del sol culmine su recorrido a lo largo de la pared, es como si desde ese momento la luz de la celda se apagara por completo.

No es trabajo menor preparar a una persona cuya alma pronto se separará del peso del cuerpo. El pastor Hänsel lleva consigo un amplio maletín del que extrae una serie de documentos cuyo contenido expone en voz alta y monótona.

El pastor Hänsel. Cuando le llegue la hora, después de concedida su última voluntad, lo llevarán a la sala de audiencias, donde de nuevo leerán las acusaciones que hay contra su persona. Dichas acusaciones deberán ser oídas por usted o por un tercero. Acto seguido, confesará su culpa con voz firme y clara pero también sumisa, tras de lo cual el juez lo condenará a la pena capital y comunicará a la sala que se procederá al cumplimiento de la sentencia.

¿Lo ha entendido, Woyzeck?

(Él responde que ha comprendido lo que le ha dicho el pastor Hänsel.)

El pastor Hänsel. Luego lo conducirán a una sala aparte donde lo vestirán de blanco y le anudarán un pañuelo al cuello. Dicho pañuelo se lo quitará usted mismo cuando haya subido al patíbulo, por lo que debe fijarse bien en cómo está anudado para luego poder soltarlo con la mayor facilidad posible. Tras esos últimos preparativos, irá escoltado conmigo a la izquierda y el diácono a la derecha, y una vez al pie del patíbulo se despedirá de los dos. Debe hacerlo con dignidad y guardando la compostura. Se arrodillará para recibir la bendición. Acto seguido subirá al patíbulo con los tres verdugos. Uno de ellos llevará la espada a la espalda. ¿Lo ha entendido, Woyzeck?

(Él responde que eso también lo ha entendido.)

El pastor Hänsel. Cuando suba al patíbulo, es importante que también lo haga con dignidad. No olvide que es la última vez que su mirada descansará sobre las personas que lo han condenado. También será, naturalmente, la última vez que esas personas pueden forjarse una idea de su persona. Ha de causar una impresión resuelta pero sumisa. Subir al patíbulo con paso firme, pero no tan rápido que dé una imagen soberbia. Créame, Woyzeck. Muchos han fallado en eso. Se han creído fuertes en el momento fatal y han avanzado con pasos ágiles, pero solo han conseguido dar la impresión de desafío y de frivolidad. Es un difícil equilibrio, Woyzeck. Solo el más hábil lo domina. Y cuando esté ahí arriba, deberá rezar su última oración con voz firme y clara, pero también de modo que se entienda que está muy arrepentido. En ese punto nada debe fallar. Para garantizarlo, yo le ayudaré a encontrar las

últimas palabras. Es importante que de verdad sean de corazón.

El pastor rebusca de nuevo en el maletín, saca pluma, tinta y tintero. Lo coloca todo en el escritorio.

El pastor Hänsel. Ahora tiene tiempo de redactar su última voluntad, así como las demás confesiones que quiera dejar hechas ante el tribunal, su padre confesor y la ciudad en general. Proceda con sensatez a la hora de plasmar esas palabras, Woyzeck. Sin duda que nunca es tan pesada la carga que descansa sobre los hombros de un ser humano que cuando debe redactar sus últimas palabras, unas palabras que vivirán mucho más tiempo de lo que se recordarán sus actos. Claro que eso también puede reportar alivio a un alma en pena que, ansiando de verdad la penitencia, vuelve el rostro hacia Dios y ruega humildemente que la libere de sus obligaciones.

No sabe qué hacer con todas las cuartillas vacías. ¿A quién va a escribir? ¿A Johanna? ¿Al fallecido Woost? Se mira la mano. Recuerda aquella ocasión en Vilna, cuando trataba de agarrar el vaso y la mano no obedecía. ¿Cómo es posible que un ser humano esté en pleno uso de sus facultades mentales y, un segundo después, no sea capaz de entender nada, cómo es posible que la sangre que le corre por las venas quede esparcida como la de un animal en el matadero cuando el verdugo le separe el cuerpo de la cabeza? En el charco de sangre que impregnará la madera del patíbulo quizá pueda leerse la palabra de Dios.

Empieza a doblar las esquinas de un par de cuartillas, luego, sin saber esta vez tampoco qué hace la mano, ha doblado otras cuantas, y las cuartillas no tardan en transformarse en un patíbulo.

¿O será un teatro?

Tanto da, seguramente. En todo caso, hay una grada formada por tres cuartillas unidas delante de un escenario con su cielo y sus bastidores a ambos lados. Hay figuras que pueden salir a escena. Hay un rey o un obispo que también interpreta el papel de verdugo, la mitra que lleva en la cabeza bien puede ser la capucha del verdugo. Hay una figura más pequeña que parece un ángel cuyas alas están sujetas en un pliegue de la espalda. Al desplazar de arriba abajo el pliegue de la espalda de la figura del ángel, puede hacer que las alas suban y bajen.

La luz que había en la celda ya ha desaparecido hace mucho. Pero desde que el vendedor de periódicos Haase le prohibió que tuviera una vela encendida mientras hacía figuras de papel en el desván, trabaja igual de bien en la oscuridad. Así ni siquiera necesita hacerlo a escondidas. En la oscuridad, los arañazos de las paredes no existen y sus manos alcanzan todo el espacio del mundo, hasta las más remotas estrellas y los planetas en sus órbitas. Hace zapatitos de ángel para la Niña de sus Ojos. Tienen que ser suaves y ligeros para que pueda subir al cielo con la sola fuerza de sus pasos delicados, veloces.

Recibe una carta de Stralsund, de Marie Thiessen, ahora Wienberger tras su casamiento. En la carta ya no lo llama Johann, ni siquiera Wutzig. Ni tampoco Woyzeck. Sino Wutzek. *Estimado señor Wutzek,* escribe. Resulta extraño. Como si se dirigiera a otra persona con un nombre solo parecido al suyo.

A ese tal *Wutzek* le cuenta que en febrero fue a verla la policía, que quería hacerle unas preguntas sobre cómo se había portado él en su compañía, así como en general sobre las actividades a las que se dedicó en la ciudad mientras estuvo allí. La visita la ha indignado sobremanera. Tanto más cuanto que ella es una mujer honorable y respetada, y esa clase de visitas pueden dañar su buen nombre y el de su familia. Pero también porque poco después cayó en la cuenta de la terrible situación en la que se había puesto él solo. Entonces, y varias veces a partir de ese día se ha dicho que en realidad habría podido predecir que las cosas acabarían así, que ella vio el mal que llevaba dentro. Si ahora debía pagar por sus acciones con el peor castigo, deseaba que Dios, llegada su hora postrera, se apiadara de él y le abreviara el tormento.

Asimismo, quiere añadir unas palabras sobre su hija, que ahora va al colegio, un favor que a ella misma nunca le concedieron y que debe agradecer a su marido, el bueno de Wienberger. Como sabe que Wutzek tenía predilección por la niña, lo poco que tuvo ocasión de verla, solo quería decirle que, si al morir dejara algunos recursos, le agradecería que tuviera en mente a la criatura.

Quién sabe si Dios no mirará así con mejores ojos sus muchas fechorías. Y al final incluye la dirección a la que quiere que le envíen el dinero.

En todas las iglesias de la ciudad elevan plegarias por él. Cada noche escucha el grave resonar broncíneo de las campanas que poco a poco se pierde con la última luz del día. Entonces también se hace un silencio absoluto en el pasillo de la celda y en los calabozos que hay fuera. Dentro de la celda solo persiste el pesado y asfixiante calor de agosto como nacido de las paredes mismas, y un silencio denso, inquietante, opresivo lo domina todo y se diría que la prisión entera estuviera conteniendo la respiración.

Una noche, mucho después de que la oscuridad haya engullido toda la celda, se despierta de un sueño inquieto con el sonido de unos pasos ligeros en el pasillo. El ventanuco de la celda se abre, pero allí donde antes solía asomar la cara de Conrad iluminada por el farol, no se distingue ahora nada en absoluto. Ni cara, ni oscuridad. Se levanta, llama aterrado: ¿quién va? Luego se oye la llave en la cerradura y la puerta se abre.

Entonces, de pronto, sabe quién es.

A través de los gruesos muros resuena de nuevo el fragor del río Memel, el aire se llena del sonido de ingentes masas de agua que corren a una velocidad superior a la que ningún ser humano puede concebir.

El padre Oldrich ha envejecido. Cuando se quita el sombrero, ve que el pelo, antes negro, se ha vuelto ahora casi blanco por completo.

¿Es posible que sea la muerte la que ha venido a verlo bajo la apariencia del pastor de la prisión? Pero la mano que extiende en la oscuridad y que le roza la nuca y la cabeza es blanda y cálida, como si no quisiera otra cosa que apartarlo de la oscuridad y la confusión. Y la voz, cuando por fin habla, es igual: como si solo quisiera escuchar su respiración, los latidos de su corazón, asegurarse de que aún sigue con vida, y sin que el padre Oldrich lo haya pedido, se arrodillan delante del catre los dos juntos.

Yo, desgraciado, pobre, triste pecador.
Te doy las gracias y te alabo. De corazón.

A ti, misericordioso.

La oscuridad se ha vuelto ya más densa aún. Ahí, arrodillado en la oscura celda, apenas es capaz de distinguir a su lado el cuerpo del pastor, simplemente sabe que está ahí, al igual que el sonido del río, que aún mana y corre como si siguiera su curso justo detrás de la pared arañada de la celda.

El pastor Oldrich. Sabes, Woyzeck, desde la última vez que nos vimos he pensado mucho en la visión que tuviste cuando estabas sirviendo en la guerra. Dijiste que habías visto la mano de tu rival volverse negra en forma de crucifijo ante tu vista en el campo de batalla. ¿Lo recuerdas?

Woyzeck. Sí.

El pastor Oldrich. ¿Y recuerdas también que confesaste tu angustia al comprobar que ya no lograbas apreciar con claridad la diferencia entre lo que es obra de los demonios y lo que son los prodigios sanadores del Señor?

Woyzeck. ¡Sí!

El pastor Oldrich. Acércate un poco, que te voy a contar una historia.

Nada menos que del arzobispo del país de México cuentan que antes de entrar en la sacristía cada mañana, solía arrodillarse como tú y yo estamos ahora ante el cuerpo de Cristo y besarle los pies. Eran a la sazón tiempos revueltos en el país y el obispo tenía muchos enemigos. Uno de ellos se coló en la iglesia antes de que llegara el obispo e impregnó de veneno los pies de Cristo, y el obispo habría muerto sin duda de no ser porque, cuando llegó unas horas después, vio que el cuerpo de Cristo y el rostro entero se habían vuelto negros con el veneno.

Eso ocurrió hace muchos años, el relato se ha contado infinidad de veces y, cada vez que lo cuentan, ponen de relieve cómo Cristo, para salvar al obispo de la muerte cierta que habría supuesto el que aquella mañana le hubiera besado los pies como todas las demás, absorbió él mismo el veneno. El obispo siguió viviendo y ejerciendo muchas décadas. Así garantizó Cristo el orden establecido mediante un milagro.

Aunque es posible que las cosas no sucedieran como siempre las han contado. Es posible que Cristo absorbiera el veneno en su imagen no para salvar al obispo, en primera instancia, sino para evitar que el asesino ejecutara su acción.

Cristo vio ***al asesino.***

Sabes, Woyzeck. Entre los sacerdotes y la gente instruida se habla mucho de la importancia de llevar a cabo buenas acciones y ser bendecido por ello, como si solo con hacer lo correcto y actuar justamente según la ley de Dios tuviéramos garantizada la salvación. En cambio, del perdón nunca se habla gran cosa, ¿y sabes por qué, Woyzeck? Porque con el

perdón no es posible garantizar beneficios futuros. Quien está dispuesto a perdonar debe estar dispuesto a arriesgarlo todo. Quien perdona no solo asume la culpa de otro, carga también en su persona con el delito. Eso fue lo que Cristo quiso mostrar al obispo y a toda la comunidad, y lo que nadie entendió.

Pese a todo, el perdón es lo único real.

Al mismo tiempo —y a esta historia es adonde yo quería llegar en realidad, Woyzeck—, vivían en el lejano México dos hermanos, los dos en su condición de niños iguales ante Dios, exactamente igual que tú y yo, Woyzeck, exactamente igual que todos somos iguales ante el Creador.

Y con esos dos hermanos ocurrió que uno de ellos había cometido una acción terrible. Nadie sabe por qué ni de qué había de servirle una acción así, solo que la cometió y que una vez hecha no podía deshacerse, sino que tendría que cargar con ella por siempre jamás. Y que la carga de la acción cometida le resultaría más pesada por cada día que pasara, hasta que al final lo hundiría tanto en el suelo que no podría moverse nunca más y solo existiría la carga y no quien cargaba con ella.

Pero entonces, justo cuando eso va a ocurrir, descubren una cosa.

Descubren que se ha producido una confusión.

En realidad es *el otro* hermano el que ha cometido esa acción tan espantosa, el que ha cargado con la culpa ha sufrido injustamente.

Y ahora, Woyzeck, vamos a suponer que fueras tú quien se hubiera visto obligado a cargar con esa culpa, ¿estarías dispuesto a perdonar al hermano que debiera haber cargado con ella en tu lugar?

Tal es el perdón de Dios, Woyzeck. Dios mira la culpa, y no a quien carga con ella, y para él todos somos hermanos, y ninguna culpa con la que hayamos cargado es demasiado pesada para que él no pueda cargar con ella por nosotros.

Ten esto por cierto, Woyzeck:

En el momento mismo en que estés dispuesto a perdonarlo todo, también tú recibirás el perdón.

La última noche sueña que va por un paraje inmenso, desconocido. Solo hay piedras y rocas por todas partes, y luz como en pleno día, aunque no hay sol en el cielo, ni siquiera hay cielo. Las rocas, más altas que un hombre, están muy juntas unas con otras y tienen todas unas formas muy irregulares, con bordes duros, afilados, de manera que no es posible escalarlas ni tampoco meterse entre ellas. No sabe cuánto tiempo lleva ahí. En el sueño no existe tiempo alguno. Posa la mano en uno de los bloques de roca y se da cuenta de que la piedra está húmeda y caliente a un tiempo. Se inclina para tratar de averiguar qué es lo que hace sudar a la piedra, pero la luz que lo rodea es demasiado imprecisa y demasiado brillante al mismo tiempo para que le sea posible distinguir nada. Entonces cae en la cuenta de que el paisaje no es algo a través de lo cual él esté huyendo, sino que el paisaje es ***la huida*** misma, todo aquello de lo que ha huido y que ha dejado atrás. Así es como Dios ve su vida. Y se despierta con gran desánimo y abatimiento y con una presión enorme en el corazón.

Unas horas después, cuando van a buscarlo, la celda ya ha dejado de ser celda y lo único que hay es mucha concentración de personas y el sonido de voces que llaman y de objetos que mueven continuamente de un lado a otro. Pero él solo tiene que cerrar los ojos para ver la humedad chorreando por las paredes exactamente igual que en el sueño, y cae en la cuenta de que la humedad es el sudor que corría por el rostro de Dios cuando vio su vida tan desperdiciada y destruida y desierta.

El sudor corre también por la cara del pastor Hänsel cuando se inclina y susurra con el aliento espeso y apestando a vinagre.

> *Recuerdas todo lo que has aprendido, ¿verdad, Woyzeck? ¡La oración! ¡Tienes que recordarla palabra por palabra! Y que has de ser lo bastante sensato para comportarte ahora que ha llegado tu hora.*
> *¡Piensa en tu fama!*

El pastor Hänsel le presiona el hombro con la mano, con la palma cerrada y los nudillos hacia fuera, como para infundirle valor y fuerza. Pero el movimiento solo contribuye a reforzar las ganas de orinar que ya le está costando contener. La máscara de madera Conrad, que no ha perdido de vista a W. ni por un instante, se da perfecta cuenta de su situación y se acerca enseguida con el cubo de la letrina que, por decoro, acababan de vaciar.

¿No me van a dar de comer?, dice para desviar la atención de todas las miradas que no se apartan de él a pesar de que ahora está con las piernas abiertas sobre el cubo y con el pantalón colgando.

Y se conoce que es una respuesta afortunada. Todos se echan a reír.

Te hemos preparado un buen desayuno, Woyzeck. Y entonces entra en la celda una tercera persona, un criado, a juzgar por la indumentaria, que le lleva un muslo de ganso en una bandeja. Colocan una mesa, una servilleta, cubiertos y cerveza.

Es tu última cena, Woyzeck. Buen provecho.

Él sabe, y lo saben quienes lo están mirando, que tiene casi todos los dientes podridos y que le será imposible degustar el plato. Por eso dice que vaya muslo de ganso más grande y más gordo, ¿no lo había más grande?

Lo que todos celebran más aún. Ahora se ríen casi con alegría.

Se llevan bandeja, mantel y plato, y entra el doctor Stöhrer. Le ordenan que se desnude el torso. Aunque sus manos no logran cumplir la orden. Trata de que parezca que los temblores se han desplazado a los hombros y que, en realidad, es porque se está riendo estrepitosamente, y dice que no puede desabotonarse la camisa porque tiene las manos aceitosas del muslo de ganso. Levanta las manos para que las vean. Una vez más muestran todos su aprobación riéndose.

¡Menudo payaso!, dice uno.

Claro que para entonces Conrad, siempre presto, ya ha empezado a desabotonarle la camisa. Poco después se la quitan y el doctor Stöhrer se acerca con el fonendoscopio y escucha el corazón y el pulso y anuncia alto y claro para el escribano que ha entrado discretamente que el delincuente está totalmente sano. Traen ropa nueva. Son las prendas blancas, el pantalón y la camisa con el vivo negro que el pastor Hänsel le ha mencionado con anterioridad.

Ya no es cuestión de que él tenga que hacer nada siquiera. Por todas partes hay manos de auxilio que le meten las piernas en las perneras y los brazos en las mangas y le atan el cordón de la cinturilla. Alguien se acerca por detrás y le pone un pañuelo al cuello y le hace un nudo.

Luego le dan un empujón en la espalda y lo conducen por entre la masa de gente fuera de la celda en la que ha pasado los últimos años, bajan el largo pasillo en el que antes solo ha oído el eco de pasos, pero cuyo suelo no es capaz de recordar haber pisado nunca. Ya no recuerda nada. Es como si fuera retrocediendo a través de su propia vida hacia algo que le es totalmente ajeno.

Esa mañana reina en la sala de audiencias un alboroto febril. La gente se empuja para colocarse tan cerca como puede del delincuente; si pueden rozarle el cuerpo o la cara, tanto mejor, como si tocar a un hombre que ha hecho tanto mal pudiera protegerlos por algún mágico procedimiento de ese mismo mal precisamente, o como si rozarlo cumpliera otra función: tender un puente, aunque frágil, entre los vivos y aquel que en breve (en efecto, tiene las horas contadas) se encontrará entre los muertos.

Y así lo refirieron después, de hecho, quienes lograron tocar al condenado en el momento de entrar en la sala de audiencias o quienes, desde más al fondo, pudieron presenciar sus últimas horas de vida: que daba una impresión no de desánimo ni de resignación, sino de absoluto desconcierto. Tuvieron que conducirlo al interior de la sala. Y cada vez que los guardias, a causa de la gran multitud que allí se agolpaba procedente de todas partes, se veían obligados a soltarle los brazos, se quedaba en pie inmóvil, como si no tuviera la menor idea de dónde se encontraba ni de qué esperaban que hiciera acto seguido. También en el banquillo del acusado, adonde por fin lograron conducirlo, se quedó mudo con el confesor sentado a su derecha y el abogado a la izquierda. Luego llamaron al orden y el juez Deutrich entró en la sala con la indumentaria completa. No vaciló un instante, sino que le pidió enseguida a uno de los auxiliares judiciales de la sala que condujera al delincuente al estrado.

Acompañan a W., que queda delante del juez. En la sala han decaído y cesado todas las conversaciones y se ha hecho un hondo silencio, más grande que la gran sala dentro de la cual se encuentran y en la que enseguida procederán a dictar sentencia.

Juez Deutrich. ¡Johann Christian Woyzeck! Ante este tribunal, te pregunto: ¿reconoces que el 2 de junio de 1821, por tu propia mano, con un instrumento similar a un puñal que llevabas contigo y, por si fuera poco, de varias puñaladas en el pecho, le quitaste la vida a la señora Johanna Christiana Woost?

W. [después de que el auxiliar judicial le haya dado un codazo a W. en el costado] ¡Sí!

Juez Deutrich. ¿Confiesas que has cometido ese delito?

W. ¡Sí!

Juez Deutrich. Pues presta atención a la sentencia:

Comoquiera que tú, Johann Christian Woyzeck, ante este tribunal has confesado que el 2 de junio de 1821, provisto de un instrumento similar a un puñal que llevabas encima asestaste varios cortes en el pecho y quitaste la vida a la señora Johanna Christiana Woost, yo, el doctor Christian Adolph Deutrich, en calidad de juez interino de lo penal de la ciudad de Leipzig, declaro esta sentencia conforme a ley, y que por el asesinato de Johanna Christiana Woost, que acabas de confesar, seas condenado y castigado con la espada.

Deutrich se pone de pie, levanta el mazo y dicta sentencia.

¡Pena capital!
¡Auxiliar judicial, llama al verdugo!

Un auxiliar judicial se lanza hacia la alta puerta, la abre un poco y le susurra algo a alguien que está al otro lado, y al punto se llena la sala nuevamente del pesado repicar de las campanas, como si solo hubieran estado esperando ese susurro.

Es la tercera vez que suenan esa mañana.

Qué extraño que, aunque la oscuridad aún se extiende densa a su alrededor, todo lo demás resulte tan visible. El pasillo de piedra por el que lo conducen, flanqueado a derecha e izquierda por manos y rostros que quieren mostrarle su odio, su compasión, su consternación. Pasa ante el abogado Hänsel, que da un paso al frente y le coge la mano entre las suyas. Se produce un instante de penoso desconcierto, puesto que Hänsel solo pretendía darle un apretón de manos a modo de despedida, mientras que W. ha creído que el abogado, en el último minuto, le ha tendido la mano para salvarlo. Y cuando W., aún incapaz de comprender lo que le exigen las circunstancias, se niega a soltarlo e incluso se aferra con más fuerza a la mano del abogado, los guardias tienen que adelantarse a toda prisa para separarlos. Dado que la puerta ya se ha abierto de par en par, con solo dar un paso se encuentra en medio de la luz cegadora y el tañido de las campanas no es más que la dimensión concreta de la precipitación de la luz: la misma luz que le llena los ojos le llena también de un dolor plúmbeo los entresijos del cráneo. Una compañía de coraceros se abre ante él, una fila tras otra de soldados solemnes y firmes con el casco emplumado y la coraza reluciente. Detrás hay una muchedumbre de personas impacientes que gritan y vociferan, estiran el cuello e inclinan el cuerpo en todas las direcciones posibles para poder atisbarlo por última vez, y cuando la luz deja de cegarlo también él ve que hay racimos de gente asomada a los balcones y a todas las ventanas de los edificios que rodean la plaza. A la vista de aquel gentío es como si dentro de él se abriera una honda sima, un vértigo, un abismo. Por nada del mundo habría podido imaginar que fuera a reunirse tanta gente solo por él. Y si ahora ralentiza el paso sin querer es por mejor captarlo todo con los sentidos. Claro que no es ni el momento ni el lugar apropiado para tratar de comprender o considerar nada. Le dan un empujón en la espalda, entre la masa alguien está gritando imprecaciones y los coraceros dan un paso amenazante al frente y, sin ser él muy consciente al principio, han aparecido dos hombres a su lado, a la izquierda va el fiscal y a la derecha un caballero muy serio con paramento sacerdotal. Tiene que ser el pastor Goldhorn. Se pregunta dónde estará el pastor de la prisión. Si no irá detrás. Pero no le permiten ni volverse ni girar la cabeza, los puñetazos en la espalda y en los hombros se endurecen si lo hace, y el alborozo del público va elevándose cada vez más alto, al final alcanza hasta el punto donde el incesante retumbar del tañido de las campanas diríase que ha puesto una tapa de hierro al cielo entero. O será que alguien le ha metido algo en los oídos. De nuevo no

entiende por qué todo tiene que ser tan visible. El patíbulo: los peldaños por los que subirá al cielo. Y los adoquines que hay alrededor y debajo de él, cubiertos de fina arena, como para atrapar la sangre antes incluso de que haya empezado a correr. Y todas esas personas sin voz y sin cara que gritan y claman, a pesar de que todavía no está muerto. A pesar de que todavía no está claro que vaya a morir siquiera. Puede que alguien aparezca en el último momento y le tienda una mano para salvarlo. La mano de Hänsel, o de otro. La Niña de sus Ojos. Ya está al pie de patíbulo y los coraceros han retrocedido unos pasos. Quiere que se le doblen las rodillas para poder caer al suelo, pero se da cuenta de que, al contrario, ha empezado a subir los peldaños del patíbulo por sí solo, y la masa nota que va caminando sin apoyo y empieza a gritar de júbilo. Vislumbra rápidamente las caras que rodean el patíbulo, como si, sobre todos los cuerpos que se agolpan allí, hubieran arrojado al azar una multitud de bocas abiertas y de ojos que miran. Un paso por detrás de él van los tres verdugos. Sus pasos son tan contundentes que el patíbulo entero se tambalea. Pero él no es capaz de apremiar el ritmo, tampoco es capaz de levantar la vista. Alarga la mano con un movimiento intrépido, como para decir algo, pero pierde el equilibrio y vuelve a necesitar apoyo. Y eso no es lo que quiere ni lo que desea el público. Siente que la multitud que lo rodea empieza a impacientarse. La gente se retuerce. Él se arrodilla ante el asiento y reza tal como le ha dicho que haga el pastor Hänsel. Trata de subrayar algunas palabras en particular, para que no se malinterprete el sentido. La ola de descontento amenaza con acentuarse de nuevo, pero se apacigua en cuanto él vuelve a ponerse de pie. Nota en el hombro una mano firme que lo conduce hasta la silla. En el espacio vacío de lo más alto del cielo ya se ve a las aves de rapiña volando en círculos. Reina el silencio. Ve que debajo de la silla hay un hueco. ¿De verdad es esa la idea, que él caiga por ese hueco? Las mismas manos firmes que le han ayudado a sentarse le sueltan el pañuelo que lleva al cuello y le ponen una venda en los ojos. Detrás de la venda, sus ojos desnudos miran directamente al cielo. Está totalmente claro allá arriba, una luz clara y fría que él no reconoce. Dentro de esa luz vuelan las aves en círculos cada vez más cerrados. ***¡Señor, ayúdame!*** Caen en picado.

Las últimas palabras de Woyzeck
[plegaria, ideada y elevada por él mismo, con devoción]

¡Padre, estoy en camino! Sí, Padre celestial, Tú me llamas, hágase Tu santa voluntad, Te doy las gracias de corazón, Te alabo y Te honro, oh Tú Misericordioso, porque a pesar de mi gran culpa pones en mí tu mirada rebosante de amor y me permites que siga siendo Tuyo, Te doy las gracias porque después de todo el sufrimiento que he soportado enjugas las lágrimas que tantas veces he derramado por Ti. ¡Padre! ¡En Tus manos encomiendo mi espíritu! Por Ti vivo, por Ti muero y por Ti resucitaré a la vida. Amén.

¡Que el Señor me ayude! ¡Señor, haz que todo salga bien!

(Deja que la noche, noche sea; al fin y al
cabo hay luz del día dondequiera.)

El consejero Clarus se ha garantizado un sitio donde nadie le estorbe, para así ver claramente qué ocurre en el patíbulo, al igual que luego, ese mismo día, cuando ya hayan llevado el cadáver a la sala de anatomía, se asegurará de sentarse lo bastante cerca para poder seguir a conciencia la extracción de cada uno de los órganos del delincuente. Hace un día soleado, Clarus siente el calor bajo el grueso abrigo y el sombrero. Gracias a Dios, todo se desarrolla sin demoras. A las once en punto se pronuncia la sentencia y las campanas de todas las iglesias de la ciudad empiezan a repicar. El abogado Hänsel y el diácono Goldhorn se acercan entre los coraceros con el delincuente entre dos guardias en la fila posterior. Al ver al condenado se eleva un rumor cada vez más intenso entre la muchedumbre. Clarus contempla el mar de espectadores, los hay por todas partes, en las ventanas, en los balcones, en los tejados. Y naturalmente que lo contempla todo con satisfacción, puesto que en medida nada despreciable es obra suya. Un vago malestar ensombrece, no obstante, dicha satisfacción. El que haya sido capaz de demostrar la culpa del delincuente es sin duda un hecho indiscutible, pero tal vez de escaso valor desde el punto de vista de los que ahora lo acosan. El pueblo ansía justicia, no claridad, necesariamente. Y aunque el consejero nunca lo reconocería ni ante sí mismo siquiera, es consciente de que esos dos conceptos no siempre se dejan vincular. Ya ha llegado todo el séquito y el preso sube al patíbulo. El diácono Goldhorn y el pastor Hänsel se quedan al pie de la escalera, al igual que el abogado Hänsel y su ayudante. Arriba la silla ya está preparada, y detrás de ella se colocan los tres verdugos. El preso casi no parece consciente de dónde se encuentra, pero ejecuta las acciones que se esperan de él, si bien con una lentitud que Clarus, aún después de varios años de conversaciones, no ha aprendido a soportar. Por fin le han desatado el pañuelo y uno de los tres verdugos da un paso al frente. Levanta la espada y le saja la cabeza de un corte solo. Un procedimiento de una rapidez sorprendente. Un débil rumor de sorpresa o tal vez de consternación recorre a la multitud, que quizá esperaba algo más. El cuerpo sin cabeza permanece sentado un instante, como si también él estuviera sorprendido de la rapidez con la que ha ocurrido todo; luego se abre la trampilla, y silla y cuerpo desaparecen de la vista.

Inmediatamente después se alejan marchando los coraceros, la multitud se disgrega y comienzan a desmontar el patíbulo.

Durante el examen del encausado (4)

extraído de un escrito del señor consejero Clarus al editor (final)

Durante la autopsia ejecutada bajo la dirección del doctor Bock se halló que todos los órganos de las cavidades craneal, pectoral y abdominal se encontraban en perfecto estado, salvo el corazón, que resultó estar rodeado de una cantidad insólita de grasa. Cuando se separó la cabeza del cuerpo solo ascendió una corriente muy débil de sangre desde la arteria carótida, consecuencia acaso de la menor fuerza de bombeo del corazón a causa de la posición de caída. Recuerdo haber leído en el periódico que algo parecido sucedió en la ejecución de Sand, que, según las informaciones, sufría empiema.

El corazón extraído del cuerpo del delincuente se considera muy singular. Tan singular que, tras colocarlo en un cuenco se va pasando por la sala de autopsias para su observación por parte de expertos médicos y jurídicos. Aún muchos años después, la imagen de aquel corazón cubierto de grasa seguiría sin dar tregua a Clarus. ¿Se habría producido aquel recubrimiento graso como consecuencia de los muchos años de estancia en prisión y de la alimentación deficiente que allí ofrecían? ¿O presentaría el delincuente tal estado desde el principio y, después de iniciar la senda del delito, el corazón se fue recubriendo cada vez más, para finalmente, cuando los latidos ya no trascendían, obligarlo a la atrocidad de los últimos actos violentos? ¿Sería la capa de grasa que rodeaba el corazón la única y simplicísima razón del estado mental del delincuente, razón que durante tanto tiempo buscó él, obvia y totalmente en vano? Clarus prefería no profundizar más en la idea. Consideraba que el juicio que hizo y el castigo que de él se derivó eran correctos. La sangre que manó de la carótida debió de suponer seguramente un alivio, ya que por fin liberó al corazón del peso insoportable que sobre él descansaba.

Un asesino ordena desde la cárcel los pedazos rotos de su vida en una confesión desoladora. Una vertiginosa novela que nos enfrenta a la sangrienta historia de Europa.

W.
Una historia

Steve Sem-Sandberg

Traducción del sueco a cargo de
Carmen Montes Cano

IMPEDIMENTA

En 1821, Johann Christian Woyzeck mata a puñaladas a la viuda Johanna Woost, y es ajusticiado tras una larga controversia en torno a su salud mental. Este crimen inspiraría a Georg Büchner para escribir, en 1836, la que consideramos la primera obra de teatro contemporáneo, Woyzeck. En su celda, mientras la luz recorre las paredes, Woyzeck recuerda: los años, los días, las horas que precedieron a su crisis, alimentada por un amor loco por su amante, a la que apuñaló en plena calle, a la vista de todos los transeúntes. Vadeando los torturados recuerdos que se agolpan en su cabeza, el asesino busca darle sentido a su experiencia en un rompecabezas de locura, deseo, crimen y culpa. Sem-Sandberg esboza en W. el retrato de una Europa desgarrada, que se desmorona bajo el salvajismo de la guerra.

CITAS

«Leer W. es como cruzar, jadeando, una superficie y devorar con avidez el aire que solo la buena literatura puede ofrecer. Es un libro fantástico, hechizante y terrible a la vez.»
—Dagens Nyheter

«Una novela filosófica, brillante y conmovedora sobre la exposición humana en la vida.»
—Upsala Nya Tidning

Steve Sem-Sandberg (Suecia, 1958) colabora como crítico literario en «Dagens Nyheter». Debutó como novelista en 1976 con dos libros de ciencia ficción, aunque sus obras posteriores tienen un estilo más documental. También ha escrito ensayos, reportajes, crítica literaria y teatro para radio. Sem-Sandberg fue galardonado en 2009 con el premio Samfundet De Nios Stora, también ha recibido el Premio Literario Aftonbladet y el Gran Premio De Nios. En 2019, su obra «W.» fue nominada para el August Prize, el Premio de Literatura del Consejo Nórdico y el Premio de Literatura de la Radio Sueca. El autor fue elegido miembro de la Academia Sueca en 2020. Actualmente vive en Estocolmo.

Título original: *W.*

Edición en ebook: marzo de 2023

Copyright © Steve Sem-Sandberg, 2019
Publicado originalmente por Albert Bonniers Förlag, Suecia
Publicado de acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia
Copyright de la traducción © Carmen Montes Cano, 2023
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2023
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

The cost of this translation was defrayed by a subsidy from the Swedish Arts Council, gratefully acknowledged.

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-18668-99-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
W. Una historia
I. Durante el examen del encausado
II. Sentencia y apelación
III. La guerra
IV. El que hace la luz
V. «Bestia»
W.
Sobre este libro
Sobre Steve Sem-Sandberg
Créditos
Notas

Notas

[1] Las citas del ***Woyzeck*** de Georg Büchner están tomadas de la traducción de Carmen Gauger, Alianza Editorial, 2016. ***(N. de la T.)***

[2] (expuesto ante Clarus)

[3] ¡Ay, pero nuestras almas están en libros / ancladas y en templos muertos. A estas / copias de lo vivo, con muchos / errores ejecutadas; a ellas las anteponemos al alto magisterio de Dios. / De ahí los castigos que por esa equivocación / sin sentir nos sobrevienen. Disputas, / ignorancia y dolor. Oh, regresad / a vuestra imagen primigenia, Hombres, y a la felicidad.

Fragmento del poema «Die Welt und die Bücher», de J. G. von Herder (1744-1803), inspirado en el soneto original italiano «Modo di filosofare», de Tomasso Campanella (1568-1639). ***(N. de la T.)***